

LEAH COHN

NEFILIM

EL BESO DEL AMANECER



Cuando la joven estudiante de música Sophie conoce en Salzburgo al virtuoso y enigmático violonchelista Nathanael Grigori, lo que siente es amor a primera vista. Sin embargo, al terminar el verano él la abandona de forma repentina.

A Sophie lo único que le queda es la hija que han tenido en común, Aurora, quien al cumplir los siete años sufre una extraña transformación. Lo que Sophie no sabe es que la niña ha reavivado una antigua lucha entre el bien y el mal...

No en vano Nathanael y Aurora no son seres humanos normales, sino nefilim, inmortales, y deben cumplir una misión secreta.

EN ESTE ABSORBENTE DEBUT LITERARIO, LEAH COHN LO TIENE TODO DE SU LADO: UNAS GRANDES DOTES NARRATIVAS, EL AMOR, EL MISTERIO Y A LOS NEFILIM, LAS NUEVAS CRIATURAS CELESTIALES.



Cuando los ángeles, los Hijos del Cielo, vieron a las hijas de los hombres tan guapas y dulces, tuvieron tanto deseo de ellas, que dijeron: «Busquemos mujeres entre las hijas de los hombres y tengamos descendencia con ellas.»

Cada uno buscó entonces una mujer y la dejó embarazada, y dieron a luz gigantes que devoraron el fruto del trabajo de los hombres y luego se volvieron contra éstos para matarlos y devorarlos. Los hombres entonces se quejaron de lo que los Impíos habían hecho con la tierra.

Los arcángeles Gabriel, Uriel, Rafael y Miguel miraron desde el cielo y vieron toda la sangre que se derramaba sobre la tierra y llevaron el asunto ante el Eterno.

Entonces el Señor dijo: «Id contra los Bastardos, los Rechazados. Eliminad a estos hijos de los ángeles caídos y dejad que se enfrenten entre ellos para que se eliminen en la lucha. Los padres de esos hijos esperaban que tuvieran una vida eterna, pero este deseo no les será concedido.»

Libro de Enoc

Evangelios Apócrifos



PRÓLOGO

La vio y enseguida supo quién era.

Un mediodía bochornoso dio paso a una tarde templada; las campanadas de las numerosas iglesias de la ciudad anunciaban el fin de la jornada laboral: las de la catedral, atronadoras y fuertes, las de la iglesia franciscana, más claras y suaves. Junto a él discurrían por el muelle las habituales cuadrillas de obreros, y entre ellos un coche de caballos chirriante cargado de turistas japoneses que recorrían el casco antiguo.

Todos aquellos ruidos se extinguieron en cuanto la vio. Y las masas humanas que en aquel momento desfilaban sin descanso parecían haberse vuelto invisibles. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Cuando apenas se había alejado cinco pasos, se levantó de uno de los bancos del Salzach y fue tras ella. Tenía la mirada clavada en su espalda, como si una soga invisible lo impulsara a seguirla.

Daba igual adonde fuera, hacia dónde se dirigiera, qué planeara, cómo viviera: a partir de aquel momento la seguiría y jamás la dejaría escapar.

Le bastó una fracción de segundo para entrever los rincones más ocultos de su alma.

Era una de las elegidas.

Y él la había encontrado, ya fuera por casualidad o gracias a un plan urdido por un remoto poder del destino.

Se sentía electrizado, avanzaba a pasos cada vez más grandes y se le aceleraba la respiración, aunque, cuando se recuperó un poco del impacto de aquella repentina revelación, logró dominar la emoción. No debía llamar la atención, no podía presentarse sin más. Todavía no.



Era una de las ventajas de vivir una vida tan larga, tan angustiosamente larga, de hecho, que después de tanto tiempo no sólo podía confiar en la infalibilidad de su instinto, sino que, además, la magia del amor ya no le cegaría ni le anularía la fuerza de voluntad como antes. Controlaba sus sentimientos, aunque fueran intensos, los más intensos, fascinantes, vivos, ansiosos.

Disfrutó de su maravilloso olor, grabó cada detalle de su silueta. Otras personas —superficiales, precipitadas, indiferentes, carentes de su mirada cultivada— tal vez no se habrían fijado en ella ni se habrían percatado de su belleza, de la delicadeza de sus rasgos, la claridad de su piel, su cabello rubio y ligeramente rizado, el color miel de sus ojos, su caminar suave y silencioso, la elegancia de sus movimientos. Tenía la cabeza un poco ladeada, pero los hombros erguidos, y erizado el vello de los desnudos antebrazos. Sus manos eran delgadas y finas. No se le marcaban las venas ni se apreciaban en ella arrugas o surcos que entorpecieran el aspecto alabastrino de su tez. Aún era joven, una cría, probablemente no había cumplido los veinte años.

Ella caminaba con obstinación, y no se detuvo frente a un escaparate ni ante la mujer que vendía pequeños títeres a los que hacía bailar. Tampoco permitió que un grupo de jóvenes que gritaban, mientras se pasaban cigarrillos y botellas de cerveza, la distrajera de su camino.

Cuando él vio que una gota de cerveza le salpicaba la blusa clara, sintió rabia ante tanta desconsideración y falta de respeto. Sin embargo, también logró contenerla, igual que la necesidad de dirigirse a ella, agarrarla.

Lo que no consiguió reprimir fue el grito que profirió al topar con una sombra. Una silueta del mismo tamaño que él, igual de grácil, delgada y, al parecer, fuerte, se interpuso en su camino.

Abrió los ojos de par en par y durante unos segundos se quedó paralizado.

La desazón, el asco y el odio surgieron de lo más profundo de su alma. Aquellos sentimientos eran viejos, antiquísimos conocidos, y aun así no desaparecían, sino que eran cada vez más intensos. Le apretaban el cuello.

—¡Tú! —exclamó con voz ronca.

El delicioso olor de la chica se evaporó, su cabellera rubia desapareció entre la multitud. Se alejó de él, y con ella se desvaneció el triunfo de haberla encontrado.

—¡No des ni un paso más! —exclamó el otro con expresión amenazadora y aire siniestro.

—¿Qué me harás si no? —replicó él entre dientes.

Sintió una mano en el cuello que le apretaba sin compasión. Una mano caliente.

¡Cómo odiaba ese calor! Le recordaba a la frialdad de su propio cuerpo.

Apartó la mano con brusquedad, al tiempo que desviaba la mirada con disimulo hacia el cinturón del otro.

Por supuesto, iba armado. ¿Cómo no?

Lo que odiaba, más aún que el calor del otro, era la sensación de sentirse constantemente acechado y perseguido, la certeza de que siempre, incluso en un momento mágico como aquél, se encontraría con un adversario.

—¡Lárgate! —le ordenó el otro—. ¡No se te ha perdido nada aquí!

Miró alrededor y decidió que debía evitar una lucha encarnizada delante de tanta gente.

Eso también se lo había enseñado su larga vida: era mejor trabajar en su obra a escondidas y sin testigos. La paciencia es una virtud mayor que la temeridad de meterse en una pelea inoportuna.

Se midieron en silencio durante un rato, luego él asintió, supuestamente abatido. Sin apartar la mirada de su adversario, se retiró dando pasos pequeños. En cuanto se hubo alejado unos diez metros, se dio media vuelta y desapareció a toda prisa en el laberinto de callejuelas retorcidas.

Sí, se juró a sí mismo, lo prudente era retirarse, pero eso no significaba que fuera a renunciar a ella. Lucharía por ella hasta derramar la última gota de sangre o lo que fuera que corriera por sus venas.



CAPÍTULO 1

El día en que conocí a Nathanael Grigori, y en el que mi vida terminó y empezó al mismo tiempo, era inestable y borrascoso. Llevaba toda la semana lloviznando con frecuencia, y la Getreidegasse de Salzburgo se había convertido en un mar ondulante de paraguas. Los paraguas de los guías se elevaban entre los grupos de turistas. La gente se aglomeraba, como de costumbre, ante la casa donde nació Mozart, pero esa mañana conseguí abrirme paso entre el gentío sin llevarme ningún codazo.

Vivía en un pequeño piso en la calle Goldgasse que compartía con mi amiga Nele. Salí de allí y, al llegar al puente de Makartsteg, atravesé hasta la otra orilla del Salzach, el río marrón verdoso que discurría por debajo con un murmullo. Llevaba las partituras bajo el brazo, como siempre, y mientras caminaba iba repasando de memoria la *Sonata para piano op. 31, nº 2 en re menor* de Beethoven, una de las piezas que tendría que tocar en el examen de primer ciclo, para el que faltaban pocas semanas. Sólo de pensarlo me echaba a temblar y me sudaban las manos. No me consolaba que esa misma mañana Nele hubiera dicho con una convicción férrea que eso sería pan comido para mí. ¿Acaso no había superado los primeros siete semestres de mis estudios de piano sin esfuerzos y casi siempre con las mejores notas?, decía. ¿Me habría aceptado como alumna un profesor como Rudolph Wagner tres años antes —entonces tenía dieciséis años— de no haber visto en mí un talento extraordinario? Normalmente no enseñaba a estudiantes de primer ciclo, sino a futuros licenciados que no sólo eran mayores que yo, sino que tocaban en público más a menudo.

Para mí, sin embargo, saber que había hecho una excepción conmigo era una carga más que un honor. Me apasionaba tocar el piano siempre y cuando estuviera sola, pero en cuanto había alguien escuchando, se me formaba un nudo en la garganta por el miedo a equivocarme. Y ese miedo no eran capaces de quitármelo ni el profesor Wagner, que solía pedirme entre resoplidos que procurase controlar un poco los

nervios, ni por supuesto Nele, que decía que, a juzgar por mi cara, parecía que en lugar de ir a clase fuera a mi propia ejecución. ¡Qué sabía ella! Al fin y al cabo, no se dedicaba a la música. Estudiaba psicología, y además sin mucho esmero, porque, aunque era casi cinco años mayor que yo, no tenía las cosas claras: unas veces quería dedicarse a la publicidad, otras a la investigación, y otras proclamaba a los cuatro vientos que sería trabajadora social y ayudaría a jóvenes drogadictos a encauzar su vida. La cuestión es que ella no tenía una idea muy clara de lo que quería hacer en la vida. Yo sí. Desde que tengo uso de razón sé que quiero ser pianista.

Mi clase particular con el profesor Wagner comenzaba a las tres de la tarde, así que aún quedaban dos horas que podía aprovechar para calentar en alguna de las salas de estudio. Aunque en nuestro pequeño piso también teníamos un piano, si podía organizarme, prefería practicar en uno de los Bösendorfer o Steinway de cola de la escuela.

Llegué a la Mozarteum, en los Mirabellgarten, un inmenso edificio cúbico que albergaba bajo su techo aulas, archivos, salas de conciertos y estudio. En los anodinos pasillos del primer sótano esperaban las disonancias que solía crear la mezcla de melodías, el olor a polvo de las partituras y unos cuantos estudiantes que hablaban entre susurros de camino a sus clases. Pasé presurosa por su lado sin llamar la atención.

Sabía el nombre de la mayoría de mis compañeros, y con algunos tocaba con regularidad, pero me costaba encontrar amigos de verdad. Una vez oí por casualidad que me llamaban «la japonesa». Fui tan tonta que me sentí muy halagada porque pensé en esas estudiantes asiáticas que por lo general son muy trabajadoras y perfeccionistas. Después coincidí en clase de historia de la música con Jan Meyer, estudiante de clarinete, y me explicó que el apodo distaba mucho de ser una alabanza. La conversación empezó porque él se había perdido las últimas clases y me preguntó si podía copiar mis apuntes. Cuando vio que no sólo estaba dispuesta a prestárselos de buen grado, sino a explicarle los puntos más importantes, me miró asombrado.

—¡Tú no eres así!

—¿Y cómo soy?

—Bueno, ya sabes... como las japonesas.

Fruncí el entrecejo.

—¡Pero si son de las mejores estudiantes!

—¡Por eso! —exclamó él.

Al ver que mi confusión era cada vez mayor, se echó a reír y me explicó entre carcajadas que me tenía por una empollona triste, anticuada y bastante tímida. Yo me sentí profundamente herida, pero intenté disimularlo y forcé una risa, que a mis oídos sonaba igual de tensa que la suya. Él posó la mano en mi hombro con dulzura.

—No te ofendas —me dijo.

—¡No estoy ofendida! —me apresuré a replicar entre avergonzada y furiosa.

Él se echó a reír de nuevo y a mí se me encendieron las mejillas hasta que, al final, exclamé enfadada:

—¿Es que no tenéis nada mejor que hacer que reíros de mí? —Y acto seguido bajé la mirada para evitar que viera mis lágrimas.

Esa clase de episodios no me ayudaban a ganarme las simpatías de los demás ni me animaban a mostrarme más sociable. Hacía mucho tiempo que ya ningún compañero me invitaba a acompañarlos a un bar o a alguna de las muchas fiestas de estudiantes. Por eso me sorprendió tanto que, de repente, ese día alguien saliera de entre la multitud y gritara mi nombre. Tras oírlo varias veces me di cuenta de que, efectivamente, se refería a mí, y me volví vacilante.

—¡Sophie! ¡Sophie, espera!

Quien apareció corriendo hacia mí era Hanne Lechner, una estudiante de canto tan vanidosa y arrogante como si hubiera cantado varias óperas en el Met. Los mismos compañeros que se reían de mí y me llamaban «japonesa» dudaban a sus espaldas de que tuviera una voz tan buena como decía. Conmigo, sin embargo, siempre se había mostrado muy amable, probablemente en parte porque yo no era cantante y no le hacía la competencia. Su estatura —medía más de un metro ochenta— y su imponente voz me intimidaban, y en su presencia me daba la sensación de que tenía que encoger el estómago y bajar la cabeza porque apenas quedaba espacio a su alrededor.

—Es que... tengo que ensayar...

—Como todos —replicó, y me bloqueó el paso sin inmutarse. Se inclinó hacia delante en confianza y me susurró al oído—: ¿Te has enterado de que viene a tocar Nathanael Grigori?

Su aliento era cálido y olía a los caramelos de menta que chupaba con la misma ostentación con que se enrollaba el pañuelo de colores al cuello. Así era como conservaba su delicada voz, algo que explicaba con todo lujo de detalles siempre que encontraba la ocasión, quisieran oírlo los demás o no.

Negué con la cabeza. Nunca había oído ese nombre.



—Pues a ti debería interesarte especialmente —prosiguió Hanne—. Tú también tocas el chelo, ¿no?

En efecto, había tocado el violonchelo durante varios años, pero desde que estudiaba piano, mi gran pasión, apenas tenía tiempo. De todos modos, como en la escuela nos obligaban a tomar clases conjuntas además de las individuales, a veces aprovechaba para tocar con una chelista de Hamburgo.

—Sí —me apresuré a decir, y empecé a tramar la manera de deshacerme de ella sin parecer maleducada—. Pero no conozco a ningún Nathanael Grigori —añadí enseguida, aunque mis palabras no tuvieron el efecto que esperaba.

—¡Por Dios, Sophie! —exclamó Hanne con histrionismo, lanzándome a la cara una bocanada de aliento mentolado más caliente todavía—. ¿En qué mundo vives? ¡Nathanael Grigori ha ganado el premio Leonard Bernstein de este año!

El Leonard Bernstein era, en efecto, uno de los premios de música más importantes para jóvenes artistas.

—Y eso no es todo —continuó Hanne—, además obtuvo el primer puesto en el concurso de violonchelo Leonard Rose, el premio Eugene Istomin, y hace unos años fue nombrado por la fundación Pro Europea mejor artista novel. ¡Imagínate, si a los once años ya lo habían admitido en la escuela Yehudi Menuhin de Londres!

—¿Y qué hace en Salzburgo? —quise saber.

Hanne se encogió de hombros y empezó a hacer minuciosos nudos en el pañuelo.

—Ni idea. A lo mejor tiene algún compromiso en los festivales de verano. O tal vez ha venido a tomar unas horas de clase con alguno de los profesores. No sé si ha terminado los estudios, con lo joven que es... Debe de tener veinte y pocos.

—Tengo que estudiar... —repetí, cada vez más impaciente.

—¡Vamos, ven a echarle un vistazo! Al margen de la música, no se ven muchos hombres como él. Ese chico es un regalo para la vista, incluso para una cegata como tú, que va por la vida con una venda en los ojos.

«Cegata.» Al menos no me había llamado «japonesa», aunque en el fondo quisiera decir lo mismo: que era una aburrida. Nadie intercambiaba conmigo más palabras que las justas. Nadie quería perder el tiempo conmigo.

Disimulé la dolorosa sensación de humillación que empecé a sentir apretando los labios, y con ello perdí la oportunidad de huir de Hanne. Antes de que pudiera negarme, ya me había arrastrado con ella, así que la seguí, por un lado porque albergaba la esperanza de que así resultara más fácil deshacerme de ella, y por el otro

porque no me atrevía a desafiar su autoritarismo. La mano caliente y grande de Hanne sobre mi brazo me resultaba desagradable, pero prefería morir antes que demostrárselo.

De camino siguió hablándome de Nathanael Grigori.

—Ya ha tocado con muchas orquestas grandes. Hace poco actuó con la Sinfónica de Varsovia y luego con la Orquesta de Cámara de Alemania. También he oído que dio un concierto en el Royal Festival...

De pronto calló. O tal vez no calló, sino que yo simplemente dejé de escucharla porque otra cosa cautivó por completo mi atención.

Hanne no era la única que quería oír tocar a Nathanael Grigori. Delante de una de las salas de estudio se había congregado una multitud que no paraba de crecer. La puerta estaba abierta de par en par, pero nadie se atrevía a cruzar el umbral. Hanne fue la única que tuvo el descaro suficiente para abrirse paso entre los demás y entrar en la sala conmigo de la mano. Yo, que en aquel instante no pude oponer resistencia, quedé paralizada al escuchar la música que llegaba a mis oídos.

Serguéi Rajmáninov.

Rajmáninov era, junto con Stravinsky y Chopin, mi compositor preferido. Y al que menos justicia hacía yo, o eso temía a menudo. Unos años antes había tocado en un concurso musical el *Segundo concierto para piano* y, pese a quedar en tercer puesto, días más tarde seguía repasando de memoria todos los pasajes que podría —o, mejor dicho, debería— haber tocado mejor. En una de las actuaciones en la Mozarteum interpreté las *Variaciones sobre un tema de Chopin, opus* 22 y, cuando el profesor Wagner se me acercó por detrás con cara de entusiasmo y exclamó «¡Excelente! ¡Excelente!», no me sentí aliviada ni halagada, sólo pensé que mentía. Por supuesto, eso no se lo dije, intenté reír alegre y relajada, y al parecer no notó lo desganada y forzada que era en realidad mi risa. Apenas pude seguir los elogios que me dedicó a mí, su estudiante más joven, ante su círculo de colegas. No paraba de pensar que había destrozado la pieza. Como siempre, cuando tocaba en público no lograba demostrar toda mi capacidad. No era buena. No lo suficiente.

Nathanael Grigori y su acompañante estaban tocando en ese momento la *Sonata para piano y chelo en sol menor* de Rajmáninov. No era la primera vez que la oía, y sabía la cantidad de dificultades que contenía la pieza, no sólo en cuanto a la técnica, sino sobre todo respecto de la interpretación. En ningún otro compositor era tan sutil la frontera entre la melancolía y la cursilería, no se puede abordar esa música de una forma prosaica y objetiva. Pero cuando uno se deja llevar demasiado pronto por las emociones oscuras, tristes y furiosas de los rusos, corre el peligro de exagerar. Justo en



mi secuencia favorita del primer movimiento es fácil caer en la tentación de darle un aire de banda sonora sentimentaloide, en vez de provocar esa profunda nostalgia, dolorosa y agridulce, nada edulcorada.

Nathanael Grigori dio en el clavo. La variedad de timbres y matices distintos, que hasta entonces nadie me había hecho percibir, me fascinó. El chelo de Grigori, suave y aterciopelado, me hablaba con un murmullo ronco, penetrante y oscuro, entre gemidos y suspiros, tierno y brillante, sí, todo a la vez.

La música era mi vida. Todo lo que hacía iba dirigido a esa gran pasión. Sin embargo, rara vez escucharla era una experiencia sensorial tan intensa. Me flaqueaban las piernas y tenía las manos húmedas, me temblaban los labios y los latidos de mi corazón habían alcanzado unos límites insospechados cuando, por fin, el chelo y el piano enmudecieron.

Hasta ese momento no había visto a Nathanael Grigori. Llevaba con la mirada en el suelo desde el instante en que Hanne me había metido a rastras en la sala, como si mis sentidos, hasta tal punto entregados al oído, no soportaran más estímulos.

Primero desvié la mirada hacia el pianista. Estaba exhausto y se enjugaba el sudor del rostro con un pañuelo, con un gesto más propio de un obrero que de un pianista. Por un momento pensé que Nathanael Grigori también luciría un aspecto bastante común, que su apariencia no se correspondería con la fuerza y la magia de la música que era capaz de crear, y que por lo tanto me llevaría una inevitable decepción. Pero no podía dejar de mirarle.

Hanne no había exagerado. Ni siquiera una ingenua ciega como yo podía pasar por alto su increíble atractivo, aunque no fuera una belleza viril y física como la de Juan, por ejemplo. Juan Calisto era un estudiante de derecho de Madrid cuyas aventuras con sus compañeras de estudio normalmente no duraban más de una semana. Nele sentía un orgullo increíble por haber conseguido alargarlo dos semanas, y en aquella época me encontré varias veces a Juan medio desnudo en nuestro baño. Yo solía bajar la vista enseguida, avergonzada, pero había llegado a ver más de una vez sus impresionantes abdominales sobre los téjanos caídos. Era muy moreno, rebosante de vida y energía, y debía de creer que eso era suficiente para ganarse las simpatías de los demás porque, por lo menos a mí, nunca me dirigió unas palabras amables y educadas, aunque tal vez se debiera a que siempre, incluso en el baño, tenía un cigarrillo entre los labios carnosos.

Nathanael Grigori, en cambio, con su rostro excesivamente delgado y pálido, las ojeras oscuras bajo los ojos y su complexión nervuda y flaca, poseía una belleza anacrónica, decadente. Los actores con ese aspecto protagonizaban películas de época

donde el héroe no era el Zorro, ágil y avispado con la espada, sino un dandi de gusto refinado de la alta sociedad inglesa del siglo XVIII. Una de esas ficciones donde juegan al ajedrez ensimismados, escriben poemas a la piel desnuda de su amada o se desahogan con ideas románticas de la muerte, que siempre era temprana, como consecuencia de una tuberculosis interpretada de forma pintoresca, y no de un trivial accidente de equitación. Hacía poco que había visto una de esas películas con Nele y, después, mientras comíamos pizza, yo manifesté la fascinación que me producía el protagonista. Nele dijo que no era hombre para ella, que podrían atarla a él y no pasaría nada, pero esbozó una sonrisa bondadosa porque era la primera vez que me oía hablar de un hombre con tanta efusión. Aún cabía la esperanza de que no terminara siendo una profesora de piano rancia como Rottenmeier.

—¡La señorita Rottenmeier no daba clases de piano! —exclamé yo, escandalizada.

Nele se limitó a sonreír.

—Era broma —puntualizó.

No podía hacer otra cosa que mirar embobada a Nathanael Grigori, y en sólo unos segundos me quedaron grabados todos los detalles: los pómulos elevados, la nariz delgada y puntiaguda, las cejas bien dibujadas que se elevaban con claridad en el pálido rostro. El pelo cortado a capas, ligeramente ondulado, le llegaba hasta el mentón y era de color castaño oscuro satinado.

Hojeaba las partituras, con el chelo apoyado en la rodilla izquierda.

Tragué saliva con dificultad. Es probable también que carraspease. Algún ruido debí de hacer, porque en aquel momento alzó la vista. Recorrió la sala con la mirada, como si se diera cuenta entonces de dónde estaba y cuántos oyentes se habían reunido en torno a él, y finalmente se detuvo en mí. Durante un rato sus penetrantes ojos azules se posaron en mí —yo ni siquiera respiré—, y acto seguido bajó la cabeza y un mechón de pelo le cayó sobre la frente limpia y tersa.

—Hemos terminado. —Hablaba en voz baja, casi en un susurro.

El pianista parecía sorprendido —se había vuelto a guardar el pañuelo—, aunque también aliviado.

Nathanael no volvió a levantar la mirada mientras guardaba el chelo con cuidado y lo acariciaba un par de veces con cariño, como si fuera un ser vivo. Por fin se dirigió hacia la puerta con la mirada baja. La mayoría de la gente se había dispersado con discreción, en cambio yo seguía al lado de Hanne y, a pesar de que un instante antes ni lo pensaba, en ese momento sí lamenté que hubiésemos traspasado el umbral.

¿Es que Nathanael Grigori había dejado de tocar porque se sentía incómodo?

Pensé que tal vez debía disculparme o por lo menos decirle lo mucho que me había cautivado su actuación, pero no encontraba las palabras adecuadas. ¡Era imposible describir el hechizo de su música! Al fin y al cabo, el mayor reconocimiento para un músico ¿no era, más que los aplausos, el silencio contenido que se apoderaba de toda la sala de conciertos cuando apenas se había extinguido la última nota?

Al ver que se acercaba, sentí que me ardía el rostro y deseé que él no lo notara.

Entonces se detuvo, pero no por mí, sino porque Hanne le cerró el paso.

—¡Excelente! —exclamó entusiasmada.

A diferencia de mí, estaba claro que no temía decir trivialidades ni parecer arrogante.

Alcé la vista. La curiosidad de ver qué impresión daba Nathanael Grigori de cerca venció a la timidez. Sus labios esbozaron una sonrisa entrecortada y estrecha, pero no le llegó a los ojos. Ya no eran penetrantes, sino fríos y reservados. Desvió la vista de Hanne hacia mí, luego la volvió a mirar. Asintió con un leve gesto de la cabeza y se fue sin pronunciar palabra.

Pese a que no había dicho nada despectivo, me sentí tan repudiada y avergonzada que deseé que me tragase la tierra. Parecía que a Hanne le pasaba lo mismo, pero no reaccionó con timidez sino con indignación.

—¡Pero qué arrogante! —exclamó con desprecio, y sacudió el cabello largo y liso.

Yo la seguí rápido hacia fuera. Sorprendida, advertí que Nathanael Grigori se había parado al final del largo y oscuro pasillo y se había vuelto. Esa vez no vio primero a Hanne, sino que tenía la mirada fija en mí, y ya no parecía frío ni calculador, sino desconcertado.

No resistí mucho tiempo. Me despedí rápido de Hanne y me marché corriendo. Cuando llegué a la sala de estudio, me ardían de nuevo las mejillas.

Al cabo de dos días volví a ver a Nathanael Grigori en el MOZ, el comedor universitario de la Mozarteum. Al entrar en la lóbrega sala atestada de mesitas rojas, no advertí su presencia, sólo la del pianista que lo había acompañado la última vez. Lo vi junto al mostrador, con las partituras bajo el brazo. Había pedido un café con leche y, cuando quiso coger la taza, varios papeles se le cayeron al suelo. En vez de agacharse, permaneció confuso un rato y mantuvo la taza en equilibrio como si, ahora que se la habían dado, no pudiera soltarla sin más. Me dio lástima verlo tan torpe, así

que enseguida me arrodillé para recoger las partituras. Cuando me levanté y se las entregué, advertí que tenía la frente cubierta de sudor.

—Gracias —murmuró, vacilante.

El café se había derramado. En vez de aceptar por fin las partituras, se llevó la mano libre al bolsillo del pantalón y sacó el monedero para pagar. Yo apenas podía disimular la sonrisa ante tanta torpeza, de modo que dejé las partituras en una de las mesas. Tardó una eternidad en llevar por fin la taza hasta allí. Entretanto, se había derramado aún más café.

Si Nele hubiera estado allí se habría reído de él con crueldad. Le divertía contar chistes graciosos sobre músicos, como si todo aquel que tocara un instrumento fuera un idiota redomado en los demás aspectos de la vida. Sin embargo, tenía la delicadeza de hacer una excepción conmigo. Al fin y al cabo también era la que llenaba la nevera, ordenaba el salón y limpiaba el baño con regularidad.

—Gracias —repitió, se presentó como Matthias Steiner y preguntó de repente—: Tú eres Sophie Richter, ¿verdad? ¿Tocas con el profesor Wagner?

Asentí enseguida, sonriente, pero no por su torpeza, sino porque me abrumó el que hubiera oído hablar de mí. Pero ¿por qué? ¿Qué habría dicho de mí el profesor Wagner? ¿Que tenía talento pero no era lo bastante buena para tocar en público? ¿Que había sido un error aceptarme como alumna?

Bajé la cabeza, intenté disimular los miedos habituales, o por lo menos no mostrarlos abiertamente, y entonces vi a Nathanael. Estaba a cierta distancia, en la zona de entrada al comedor, y nos había estado observando desde allí. Volvió a esbozar una sonrisa, como el día anterior, pero esta vez no era fría, sino sarcástica. Los ojos, bajo la luz tenue, no parecían tan claros y radiantes, pero aun así no pude evitar responder hechizada a su mirada. Se acercó a nosotros despacio, con la funda del chelo en la espalda. Llevaba la misma ropa del día anterior: pantalones negros y jersey gris, y encima un abrigo oscuro y holgado.

—Imagínate —le dijo Matthias Steiner—, toca con el profesor Wagner. Un buen hombre. —Estaba dispuesto a soltar una larga retahíla de elogios, pero Grigori le interrumpió.

—Ya lo sé —se apresuró a decir—. Sophie Richter, ¿verdad? —Me saludó con la cabeza, ante lo cual yo automáticamente me ruboricé. ¿Cómo sabía mi nombre también él? ¿Es que el día anterior había querido saber, enojado, quién lo había molestado mientras tocaba el chelo?

Sin embargo, por el tono de su voz, no parecía molesto.

—¿Tú también quieres un café? —preguntó Matthias.

Rehusé y acto seguido, para mi sorpresa, vi que la invitación no iba dirigida a mí, sino a Grigori. Él sacudió la cabeza. Como el día anterior, sobre la frente despejada le cayó un mechón de pelo castaño oscuro que se apresuró a apartar.

—Quizá... —dijo de pronto, y me miró fijamente con sus ojos azules— podríamos tocar juntos algún día.

Apenas levantó la voz, que sonaba un tanto ronca. Sentí un cosquilleo en el antebrazo que me subió por la espalda hasta la nuca.

Matthias cogió el azúcar, y al verterlo con brusquedad en la taza de café, unos cuantos gránulos se esparcieron por toda la mesa. Yo me quedé con la mirada fija, mientras intentaba tomar una decisión. Pensar en la mera posibilidad de tocar con Nathanael me aceleraba el corazón, ése era el problema. Si me ruborizaba sólo con hablar, ¿cómo iba a tocar con él?

Recordé las palabras del profesor Wagner: «¡Siempre esos nervios! Tu técnica es excelente, tienes una gran sensibilidad y un oído extraordinario, y en la teoría musical eres una de las mejores. Pero esos nervios...»

Cuando se quejaba con vehementes gestos y sacudía la cabeza hasta que el cabello frágil y canoso se le disparaba enmarañado en todas direcciones, yo deseaba disculparme una y mil veces. Sin embargo, no podía evitarlo: quería ser pianista porque amaba el piano, no los grandes escenarios. Todas y cada una de las siete actuaciones que tuve que realizar durante mi primera etapa de estudios fueron acompañadas de tantas noches en vela que después siempre anunciaba que abandonaría los estudios. Es decir, delante de Nele yo insinuaba algo que hacía que me tomara por loca y exclamara a voz en grito, convencida, que nadie tocaba el piano con tanto entusiasmo y entrega como yo, así que hiciera el favor de seguir. Delante del profesor Wagner no me atrevía ni siquiera a mencionarlo.

—¿Qué te parecería? ¿Tienes tiempo?

Su mirada, aunque fría y dura, era seductora.

Abrí la boca, quería decir algo. Sin embargo, no había pronunciado ni la primera sílaba cuando Hanne se abalanzó sobre mí. No la había visto entrar en el comedor, y cuando me abrazó con tanto ímpetu, como si fuéramos amigas íntimas, me estremecí por dentro. En una mano sujetaba una botella de zumo medio llena, pero eso no le impidió besarme primero en la mejilla derecha y luego en la izquierda.

Sospechaba que la euforia con que me saludó sólo era un pretexto, y en efecto no atraje su atención mucho tiempo.

—Yo —se dirigió sin saludar a Nathanael—. A mí me encantaría tocar contigo. El piano es una asignatura secundaria para mí, pero creo que sería divertido.

Para mí, «divertido» era un concepto que no encajaba con la música, y mucho menos con la manera de tocar el chelo de Nathanael Grigori. Lo que más me irritaba era que se tomase tantas confianzas con él. Es cierto que los estudiantes estaban habituados a ello, pero en ese momento me pareció de mala educación. ¿No se había quejado el día anterior de que Grigori era «un arrogante»?

Era obvio que había cambiado de opinión durante la noche.

Él adoptó de nuevo una mirada fría.

—Si hubiera querido tocar contigo, te lo habría hecho saber —aclaró con brusquedad, con esa voz ronca cuyo timbre me perseguiría durante horas.

Oí resoplar a Hanne, y no pude contener una sonrisa. Un instante antes no había sabido reaccionar a su oferta, y ahora me invadía una sensación de triunfo hasta entonces desconocida que por un momento ahuyentó todos mis miedos.

No quería tocar con Hanne. Quería tocar conmigo.

—¿Por qué no? —dije—. Podríamos intentarlo.

Hanne soltó un bufido, escandalizada, pero Nathanael hizo como si no la oyera.

—¿Mañana a las tres?

Cuando aún estaba asintiendo, él se volvió y salió del comedor tan despacio como antes se había acercado a nosotros. Advertí que Hanne tenía un insulto en la punta de la lengua, pero Matthias se anticipó.

Le dio un sonoro sorbo a su café con leche.

—No hay quien se lo beba —se lamentó, aunque ya había vaciado la taza—. Este mejunje está demasiado dulce.

A la mañana siguiente yo me levanté destrozada, y Nele, de los nervios. Yo solía tocar el piano en nuestro piso sólo hasta las diez de la noche. Sin embargo, aquella noche no pude despegar los dedos del teclado hasta la una, aunque eso significara tener que aguantar los gruñidos de Nele después.

—¡Eres una empollona! —protestó—. Si ya estás desquiciada por el examen de primer ciclo, no sobrevivirás a las siguientes semanas. ¡Relájate!



No era la primera vez que resoplaba y gruñía impaciente cuando yo me pasaba horas practicando. Delante de los amigos explicaba bastante a menudo el martirio que suponía vivir con una pianista en ciernes. Sin embargo, más de una vez la había sorprendido en la puerta de mi habitación escuchando, a veces con lágrimas en los ojos a causa de la emoción. Y cuando en una oportunidad una vecina se quejó del constante tecleo, Nele se plantó ante ella y exclamó indignada:

—¡Tecleo! ¡Bah! ¡Si le molesta es que tiene el oído de madera! ¡Sophie es una pianista excepcional! ¡Debería alegrarse de no tener que pagar por escucharla!

Aquella mañana nadie hablaba de lo excepcional, sino de mi perfeccionismo enfermizo.

Estuve a punto de confesarle que aquella sesión nocturna no tenía nada que ver con el examen, sino con el chelista más atractivo y genial que había conocido nunca, que quería tocar precisamente conmigo, sí, eso es, ¡conmigo, Sophie Richter! Sin embargo, decidí no contárselo. Nele habría comprendido mejor por qué me había quedado ensayando hasta esas horas, pero probablemente a cambio habría querido hablar con todo detalle sobre cómo me iba a vestir para la ocasión y cómo tenía que peinarme. Tenía ideas muy precisas sobre esas cosas y, si se trataba de un hombre guapo —fuera un chelista genial o no—, podía tolerar que yo destrozara una obra de Rajmáninov, pero nunca que me presentara vestida de gris.

Sin embargo, como ella no sabía nada de mi cita, salí de casa con las bailarinas de siempre, una falda de color azul oscuro y una blusa blanca. Llevaba el pelo recogido en una sencilla trenza. Entré en la Mozarteum por lo menos con media hora de antelación, y allí me di cuenta de que en realidad no sabía dónde debía encontrarme con Nathanael Grigori: había quedado con él a una hora —a decir verdad él había dicho una hora y había dado por supuesto que yo no tendría otros compromisos—, pero no habíamos acordado en qué sala de estudio tocaríamos. Desconcertada, empecé a recorrer el pasillo arriba y abajo, hasta que decidí entrar a ensayar un rato y salir después al vestíbulo a buscarlo.

Desde el día anterior a mediodía había estado trabajando con insistencia en la sonata de Rajmáninov. Ya la había tocado varias veces, también lo había intentado con el chelo, pero faltaba algo para que «tuviera el efecto adecuado», según dijo el profesor Wagner.

Me sumergí en el tercer movimiento, que empezaba con un largo pasaje para piano, en mi opinión una de las partes más bonitas, no tan melancólica y oscura como otras, pero muy delicada, también un tanto veleidosa, como si el compositor no pudiera decidirse por el modo mayor o menor.



Como siempre que tocaba sólo para mí, el piano era mi mejor aliado. Los dedos parecían fundirse con las teclas, la música me inundaba la cabeza primero, sí, y luego todo el cuerpo. El mundo entero parecía quedar reducido al instrumento y a mí, y no había nada que me molestara, me intimidara ni me diese miedo. Vivía por aquellos escasos momentos en los que no tenía que demostrar nada a nadie, ni estaba a merced de una crítica, en los que podía entregarme por completo a mi pasión. Compensaban el suplicio de las actuaciones en público.

Sólo cuando me detuve, los sonidos enmudecieron y retiré las manos de las teclas, volvieron a apoderarse de mí las viejas dudas. ¿Por qué en el undécimo compás siempre tocaba un sol en vez de un fa sostenido? ¿Podía transmitirse el efecto de la música con mi tempo? ¿Se acercaba mi interpretación a la cantidad de emociones, ambientes y magia que transmitían las notas del chelo de Grigori?

Pensé si no sería mejor excusarme con él en vez de hacer el ridículo más espantoso, a lo mejor había cambiado de opinión y ni siquiera se presentaba, y no es que me diera miedo, era mi esperanza. Volví a empezar con el *andante* desde el principio, hasta que llegué al compás en el que entraba el chelo.

De pronto retiré las manos: en aquel preciso instante sonó de verdad un chelo que había entrado en mi interpretación con total naturalidad.

Me di la vuelta con tal ímpetu que estuve a punto de caer del taburete. Nathanael Grigori sostenía tranquilamente el chelo detrás de mí, con la funda del instrumento abierta a los pies.

—¿Cómo... has entrado?

Yo tenía la puerta a la vista mientras tocaba y, por muy concentrada que estuviera, habría notado que alguien entraba en la sala.

Esbozó una sonrisa. El azul de sus ojos me pareció más brillante e intenso aún de lo que recordaba. Llevaba los mismos pantalones negros que en nuestro primer encuentro, pero en lugar del jersey gris vestía camisa blanca. Se había quitado el abrigo.

—Estabas tan concentrada en tu interpretación que ni siquiera has advertido mi presencia.

Costaba de creer, pero me pareció absurdo discutírselo. Tal vez sí... quizá me había despistado durante unos segundos.

—Ah... —murmuré, confusa.

—¿Tienes el examen de primer ciclo en dos meses? —preguntó de pronto.



Asentí.

—Me muero sólo de pensarlo —fue lo único que alcancé a decir, y al cabo de un instante me arrepentí de mis palabras. ¡Qué inconsciente, precipitado e inmaduro era reconocerlo así! Además, ¿es que algo podría superar, aunque fuera el examen de primer ciclo, los nervios que sentía en su presencia?

Sus finos y largos dedos se extendían con suavidad sobre las cuerdas sin emitir un solo sonido. Se me pasó por la cabeza que probablemente ya estaba arrepintiéndose de haberme pedido que tocara con él. Seguro que estaba buscando desesperadamente una excusa...

En cambio, dijo con amabilidad:

—No tienes por qué. Uno se imagina un examen así mucho peor de lo que en realidad es. Bueno, podríamos dejarnos de formalidades, ¿no? Y llámame Nathan, no Nathanael.

¿Para qué hacer el esfuerzo de pronunciar un nombre tan largo?

Asentí de nuevo, con la boca seca, y, por miedo a que se me escapara algo más embarazoso o indiscreto, anuncié con relativo entusiasmo:

—Me gustaría tocar Rajmáninov.

Señaló las partituras que tenía abiertas enfrente de mí.

—Me lo imaginaba —repuso con sorna.

Pasé las hojas hasta el primer movimiento. Me temblaban las manos, pero en cuanto rocé las teclas remitió un poco.

Los primeros compases de la *Sonata en sol menor* sirvieron como primer contacto. El chelo y el piano parecían tantearse con precaución, ni muy melódicos ni muy rápidos. Generaban sonidos profundos y agudos, pero mantenían una distancia de cortesía sin arrastrarse el uno al otro. Respiré hondo, intenté controlar los nervios y, para mi sorpresa, resultó mucho mejor de lo que esperaba. Después de unos sonidos ya se habían desvanecido mis miedos e inseguridades, los dedos se movían como si tuvieran vida propia y las dudas sobre mí misma estaban olvidadas.

Lo que sucedió a continuación es difícil de describir. Por supuesto, yo también había probado las mieles artísticas cuando tocaba con otros, no sólo cuando tocaba sola, conocía la embriaguez, la absoluta entrega a la armonía. Pero para lograr esa sensación de felicidad tenía que esforzarme mucho: necesitaba una concentración extraordinaria, un esfuerzo físico extremo y luchar contra las dudas constantes de si cumpliría las expectativas de los demás.



Con Nathanael Grigori todo fluía por sí solo. No, no era perfecta, hubo sonidos que no encajaban, y tempos que no respeté, pero esos errores no molestaban. No importaban por la facilidad que él me transmitía, por el virtuosismo que, sencillamente, me arrastraba, lo quisiera o no. No iba a la zaga de su magistral interpretación, más bien él me empujaba y me regalaba la sensación de ser su igual. El hecho de que eso no me pareciera un signo de arrogancia sino, por lo menos en ese momento, de una profunda naturalidad, muestra lo desprendida y ausente que estaba. Era como si abriera unas alas por completo que hasta entonces sólo se hubieran extendido a medias, y me llevaran sin esfuerzo, de modo que ni una sola vez tuve miedo de caer. Libre y ligera como una pluma, podía alzar el vuelo en la inmensidad del cielo y despojarme de toda la carga que me oprimía.

En cuanto terminamos el primer movimiento, se hizo el silencio entre nosotros, un silencio que me resultaba tan ajeno como aquella música increíble: profundo, intenso, satisfactorio, y al mismo tiempo tan lleno de deseo, de apremio por continuar, al precio que fuera. Tenía la sensación de que, en lugar de sangre, corría adrenalina por mis venas.

Se oyó un suspiro, y al cabo de un rato comprendí que salía de mi garganta. ¡Cuánta calidez había sentido! Me volví despacio. Nathanael estaba allí sentado, tan tranquilo como antes, y no parecía nada cansado ni extasiado como yo. Tenía la mirada de sus ojos azules velada por el desconcierto y una tristeza cuya causa yo no comprendía.

—Ha sido increíble —dije. Mi voz sonó penetrante a mis oídos, y me acordé de la voz de Hanne al calificar la interpretación de Nathan de excelente. Me pareció una banalidad, pero no se me ocurría nada mejor para describir mi entusiasmo y veneración.

Nathanael no dijo nada.

«Se arrepiente. Le he desilusionado. No quiere tocar más conmigo», pensé, atemorizada.

Entonces levantó el arco, me hizo una señal con la cabeza, y empezamos con el segundo movimiento, el *allegro scherzando.*

Aquellos días pensaba mucho en el amor.

A veces le parecía un compañero tierno, cálido, amable. Otras el enemigo más peligroso, por traicionero, al que jamás se había enfrentado. Seducía, conmovía, engatusaba, tentaba, para

luego darle una estocada sin compasión. No sólo aparecía acompañado de la cercanía, la intimidad y la patria, sino también de la impotencia, el dolor, la desesperación y los celos.

Sólo una vez en toda su existencia había querido, entregado y perdido tanto. Durante mucho tiempo había intentado desterrar todos esos recuerdos de su vida. En aquel preciso instante los evocó: el doloroso y amargo final, así como la felicidad del principio.

Entonces ni él mismo se habría creído capaz de deshacerse de aquella maldición que lo perseguía desde su nacimiento. Pero esa desdicha le pareció por un breve instante, muy breve, una bendición.

Sophie...

Tal vez ella también fuera una bendición. Ojalá ella pudiera amarlo. Aun sabiendo la verdad sobre él. Y si sus adversarios no se interpusieran en su camino de nuevo.

Sophie...

Cada vez que tocábamos juntos me daba miedo que fuera la última. A pesar de que quedábamos para otro encuentro, yo contaba en secreto con que Nathanael pronto se hartara de tocar con una estudiante. Además, ¿por qué? Yo no había dado conciertos importantes ni tenía experiencia en grandes escenarios. Sí, seguro que en algún momento dejaría de aparecer en la sala de estudio.

Intentaba prepararme de antemano para el desengaño, y estaba decidida a tratarle con la mayor naturalidad posible, en caso de que en un futuro nos cruzáramos por casualidad en la Mozarteum. Me comportaría como si nunca hubiéramos intercambiado palabra, por supuesto no demostraría mi vulnerabilidad, incluso le sonreiría. Para sentirme más segura, practicaba esa sonrisa frente al espejo del baño, pero cuanto más me esforzaba por que pareciera natural, más forzada e insegura me salía. Sin embargo, por suerte no fue necesario sonreír: Nathanael acudía una y otra vez, y nuestras sesiones regulares se convirtieron en una costumbre. Además, antes de cada encuentro estaba hecha un flan, pero, con el tiempo, aunque no fuera una rutina, sí adquirí la confianza de que esa insólita liviandad que había percibido la primera vez que tocamos juntos no había sido algo aislado.

Aunque yo normalmente acudía con puntualidad a la sala de estudio, Nathanael siempre llegaba antes que yo. Salvo un breve saludo, por lo general, no decía nada. De vez en cuando, comentábamos alguna secuencia, hablábamos de cuáles eran los puntos complicados y cómo queríamos interpretarlos. Él se contentaba con dejar hablar al chelo, y yo me concentraba en el piano.



Cuando me marchaba, clavaba su penetrante mirada en mí —a menudo tenía la sensación de que iba a atravesarme con los ojos—, pero la despedida era más bien escueta.

Al principio me bastaba con estar con él y entregarme por completo a la maravillosa música que creábamos juntos. Pasadas varias semanas me atreví a hacerle por primera vez una pregunta que no tuviera que ver con nuestra siguiente cita. Hasta entonces mi inseguridad siempre había superado la curiosidad, pero en aquel momento saqué a la luz por fin algo que me quitaba el sueño.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte en Salzburgo?

—No lo sé —se limitó a contestar.

Me costó lo indecible hacer de tripas corazón, pero ya que había llegado tan lejos no quería rendirme sin más, de modo que, tras vacilar por un instante, le pregunté:

—¿Qué hacías antes?

Hanne me lo había contado a grandes rasgos, pero disimulé cuando empezó a detallar, de forma telegráfica y sin el menor entusiasmo, algunos de los grandes escenarios en los que había tocado.

—Imagino que debe de ser bonito tocar con esas ilustres orquestas... —murmuré, enojada conmigo misma por que no se me ocurriera nada más ingenioso.

—No importa dónde, ante quién ni con quién —contestó él con sobriedad—; el chelo sigue siendo el chelo.

Estaba dispuesta a hacer una nueva pregunta, pero antes de que pudiera formularla, me interrumpió con una brusquedad extraña:

—¡Sigamos tocando!

No podía haberme dejado más claro que no quería hablar de él, en absoluto. Noté que el rubor me cubría la cara, y me puse a pasar las partituras con las manos temblorosas. Sin embargo, en vez de empezar a tocar, cuando encontré la hoja correcta, él dejó caer el arco del chelo y me miró desconcertado. Parecía consciente de la brusquedad con la que se había comportado, así que empezó —era obvio que quería demostrar que no era su intención— a hacerme preguntas, aunque eran más bien retóricas.

—Estás en el séptimo semestre, ¿verdad? El profesor Wagner parece entusiasmado contigo. Ya has logrado muchas cosas para ser tan joven, porque no tienes ni veinte años, ¿no?

Pese a que empleó un tono muy amable, contesté con monosílabos sin poder evitar que mi rubor fuese en aumento. El hecho de que mencionara mi edad sólo podía significar que me consideraba poco más que una niña. Y así era como yo me sentía en ese momento: como una niña torpe, ingenua y tensa.

Pero luego dejó de hacer preguntas y seguimos tocando y, como siempre que podía entregarme a nuestra música, la inseguridad se evaporó.

Al principio pensaba que Nathanael Grigori sólo era tan callado e inaccesible conmigo, pero un día, cuando salíamos de la sala de estudio, lo abordó Matthias, que, como siempre, estaba tan sudado como si saliera de la obra. Era evidente que estaba esperando a Nathanael para comentar algo con él, posó con alegría la mano sobre su hombro y se acercó tanto a su cara que Nathanael seguro que sintió su aliento húmedo. Matthias se puso a parlotear animado sin más, pero Nathanael instintivamente retrocedió. Se leía la aversión en su precioso rostro, luego los rasgos se endurecieron. Ante el torrente de palabras que el pianista vertió sobre él, él se limitó a contestar con un sí o un no antes de darse la vuelta y salir corriendo por el pasillo como si lo persiguieran. Más adelante reproduje mentalmente una y otra vez esa escena, y me preguntaba si aparecería en su rostro esa misma expresión de repugnancia si yo lo tocara por casualidad.

Ya me había resignado a que jamás tendríamos una conversación como es debido, cuando un día después de tocar me preguntó si quería tomar un café con él.

Yo estaba guardando las partituras en el bolso, y su invitación llegó tan de repente que las hojas se me escurrieron de la mano por la sorpresa. Me arrodillé enseguida para recogerlas, y al levantarme me golpeé la cabeza contra el piano. Nathanael intentó en vano reprimir una sonrisa que le hacía parecer más joven, despreocupado, no tan serio, reservado y misterioso.

—Sólo si tienes tiempo... —añadió.

—¡Pues claro que tengo tiempo! —exclamé, y de inmediato me avergoncé de mi exceso de entusiasmo.

Bajamos en silencio. Me dolía la cabeza, pero evitaba tocarme la zona del golpe. El incidente me resultaba tan embarazoso que no quería ni recordarlo.

Esperaba que fuéramos al MOZ, pero Nathanael tenía en mente otra cosa. Abandonamos la Mozarteum y al cabo de unos minutos llegamos al hotel Stein, desde cuya terraza se veía todo el centro histórico de Salzburgo y los alrededores de la ciudad: las cúpulas de las iglesias y de la catedral, el Mönschberg y la fortaleza de Hohensalzburg, al oeste el monasterio de los capuchinos y, detrás, el Gaisberg. A pesar de que llevaba tres años viviendo allí, era la primera vez que iba y disfrutaba de las

vistas. Nathanael, en cambio, no parecía muy impresionado. Sólo paseó la mirada un instante, luego ocupó un sitio de espaldas a la barandilla, en vista de lo cual yo también me senté enseguida. El corazón empezó a latirme a toda velocidad cuando me miró, pero no lo notaba palpitar en el pecho sino en la garganta, y con tanta fuerza que creí que se me iba a salir por la boca. Ya entonces me costaba respirar, pero más me costó después, cuando surgió una sonrisa inesperada en su rostro. ¿Era de cortesía? ¿Burlona? ¿Amable?

Cuando se acercó el camarero, yo pedí un café con leche y él agua. A pesar de los nervios me rugía el estómago del hambre —aquel día apenas había comido—, y cuando vi que el camarero llevaba unos pedazos de tarta Sacher y de manzana a la mesa contigua, no pude evitar lanzarles una mirada ansiosa. El chico se dio cuenta y preguntó si también quería pastel.

Sacudí la cabeza, confusa, sin saber qué hacer con las manos. ¿Debía apoyarlas en la mesa? ¿Esconderlas debajo?

—Tómate un trozo —dijo Nathanael para animarme.

—Tú... —dije yo con voz ronca—, pero tú tampoco comes nada. —Su sonrisa se volvió más amplia.

—Mejor que no.

—¿Por qué? —pregunté, y luego añadí algo que pasados unos días seguiría abochornándome—: ¿Es que te preocupa tu figura?

No sé cómo había llegado a esa conclusión, seguramente porque había pedido agua. Me retracté con la misma brusquedad con que había pronunciado aquellas palabras.

—Lo siento —murmuré, y bajé la mirada.

Él soltó una carcajada y, entre risas, dijo:

—No, es por otros... motivos.

Cuando el camarero regresó con las bebidas, me concentré por completo en mi café con leche, pero llegó un momento en que ya no podía removerlo más y le di un sorbo con cuidado. Al levantar de nuevo la mirada, vi que me observaba de esa manera que, sin ser desagradable, resultaba tan peculiar.

Con la misma espontaneidad con que hasta entonces se había guardado de hablar, comenzó a formular preguntas: quería saber dónde vivía y con quién, si siempre había vivido en Salzburgo, qué me parecía la ciudad, cuándo había empezado a tocar el piano.

Ese último era mi tema, el único del que podía hablar sin titubeos ni timideces. Le hablé de mis primeras clases cuando tenía sólo cuatro años, y de la sensación entonces abrumadora de poder producir esos sonidos maravillosos, de los primeros profesores que me habían dado clase, de los compositores que más me gustaba interpretar, de las actuaciones y la energía que me costaban, de la esperanza de no decepcionar al profesor Wagner. Le expliqué los momentos mágicos en los que me imaginaba entregándome por completo a la música, cuando los latidos de mi corazón se amoldaban a su ritmo y parecía que literalmente la inspirara con cada fibra de mi ser. Entonces me sentía insignificante al pensar que alguien había creado algo tan grandioso, privilegiada al poder recorrer ese angosto camino que conducía directamente al cielo, y feliz de haber encontrado mi vocación, aunque a veces tuviera que superar dificultades para seguirla.

Me ardía la cara, pero ya no a causa de la timidez, sino de la pasión.

—Se te nota —dijo Nathanael de pronto.

—¿El qué?

—Ese... entusiasmo. ¡No lo pierdas! Mucha gente no siente eso por lo que hace. —La cara de despreocupación dio paso a una profunda arruga en la frente.

—Pero tú... también vives para la música.

Sus rasgos se ensombrecieron aún más.

—Eso era antes —murmuró. Vi que aún tenía el vaso lleno, había bebido sólo un sorbo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. Pero tú eres...

—No tiene importancia —me interrumpió con aspereza—. En cualquier caso, me alegro de que nos hayamos encontrado.

Me bebí el café, y él llamó al camarero y pagó. Al levantarnos, nuestras manos se rozaron. Aparté la mía de inmediato, como si me hubiera quemado, y busqué su mirada. ¿Y si aparecía en sus ojos la misma aversión que cuando lo había tocado Matthias? Pero no vi nada parecido, sus ojos azules brillaban y su rostro pareció ganar algo de color.

Tal vez fuera ridículo darle tanta importancia a un gesto tan pequeño, pero por un instante tuve la sensación de que al fin podía respirar tranquila en su presencia y flotaba de felicidad.

A partir de entonces empezamos a ir más a menudo a tomar café. Unas veces nos sentábamos en la terraza del Stein y otras en el Bazar o el Fürst. En una ocasión fuimos

a dar un paseo por la orilla del Salzach, y otro día, después de tocar juntos, esa vez por la tarde, Nathan me invitó a una pizzería. Él pidió algo de comer, pero sólo tomó unos bocados, luego revolvió el resto de la comida en el plato con gesto desganado y se limitó, como siempre, a beber agua. Yo tampoco comí apenas nada, estaba demasiado emocionada, sin embargo su falta de apetito me desconcertaba. Rechazaba la comida con repulsión, como si le fastidiara verse obligado a beber y comer algo con regularidad. Sin embargo, pese al escaso apetito, jamás parecía debilitado, al contrario: todos sus movimientos eran siempre perfectamente serenos y tranquilos. Ni siquiera después de horas tocando el chelo daba muestra alguna de agotamiento. Y jamás sudaba, ni cuando caminaba bajo un sol abrasador.

Sin embargo, había algo más que me irritaba. En cada encuentro se mostraba más abierto, amable y locuaz —por lo menos en cuanto a mí y a la música, porque de sí mismo no hablaba nunca—, pero a veces se quedaba callado a media frase y sus rasgos adoptaban una expresión melancólica y ausente. Era como si de pronto hubiera oído algo que sólo era percibible para él, o visto algo invisible para el resto de los mortales. Nunca se mostraba inquieto ni nervioso —sólo una vez vi que le temblaran las manos, y eso fue mucho tiempo más tarde—, y no obstante me daba la impresión de que sentía un profundo desasosiego, de que era infeliz.

A veces, cuando estaba con él, tenía la sensación de que aquella tristeza me invadía como una ola negra e inevitable que ahogaba cuanto alcanzaba, una forma de desesperación, violenta y absoluta, como no había sentido jamás. En esas ocasiones me faltaba el aire, me sentía tensa, impotente y vulnerable, y, aunque disfrutaba cada segundo que pasaba con él, me asaltaba la imperiosa necesidad de huir lo más lejos posible. No obstante, la mayor parte de las veces ese arrebato sólo duraba unos instantes, tras lo cual desaparecía la oscuridad de su semblante y yo volvía a sentirme como en los momentos en que su música me daba alas: despierta, eufórica, sensible, despreocupada.

Entonces llegó el día —yo ya no contaba con ello— en que estuve esperando a Nathan durante horas en la sala de estudio. No apareció. Hice lo imposible por convencerme de que había memorizado mal la fecha, pero en el fondo sabía que no era cierto.

Pasada una hora que se me hizo interminable, otros estudiantes reclamaron la sala. Yo empecé a recorrer el pasillo arriba y abajo, ofuscada, incapaz de irme de la Mozarteum. Me había propuesto firmemente no molestarme con él si llegaba un día en que no quisiera seguir tocando conmigo, pero ahora no podía dejarlo pasar sin más, sin que me diera una explicación. ¡Y aunque no estuviera dispuesto a hablar conmigo de su decisión, por lo menos quería verlo y oír su voz, si no podía ser el chelo!

—Vaya —exclamó Hanne—, ¿tu ídolo te ha plantado?

Como no la había visto acercarse, me sobresalté. Se arrimó a mí como si quisiera darme un abrazo de consuelo, pero, en cambio, dijo con tono mordaz:

—No me extraña. ¿Qué iba a hacer él con una chica como tú?

Me limité a mirarla, indefensa. Aunque se me hubiera ocurrido algo que contestar, me lo habría callado. Me dolía la garganta como si me hubiera tragado un trozo de cristal.

—Al fin y al cabo, él también es un tipo raro —prosiguió ella con indiferencia—. Lo único que sabemos de él es lo que aparece en la biografía de nuestra página web. Parece que nadie lo conoce bien. En realidad puedes estar contenta de haberte librado de semejante tipo.

Aunque fui incapaz de pronunciar palabra, conseguí zafarme de ella y, cuando me hube alejado unos diez pasos, susurré:

—Déjame en paz.

Aquel día no tenía sentido quedarse en la Mozarteum, pero a la mañana siguiente me presenté puntualmente y recorrí de nuevo el pasillo arriba y abajo, frenética, en busca de Nathan. Me salté una clase y una audición, aunque después ya no me atreví a faltar a la clase del profesor Wagner, que me riñó con una dureza inusual por mi falta de concentración. Yo no paraba de disculparme, pero no podía contenerme: tenía los dedos rígidos y desmañados, y las partituras se desdibujaban ante mis ojos.

Durante todo el mediodía y la mañana siguiente estuve yendo de una sala de estudio a otra, pero no encontré a Nathan en ningún sitio. En el comedor, donde lo fui a buscar por último, pedí un té, pero no me lo tomé, sólo removí la taza llena, aferrada a la esperanza de que le hubiera pasado algo tan urgente como inevitable que lo hubiera obligado a irse de Salzburgo. Y no había podido avisarme a tiempo porque no tenía mi dirección ni mi número de teléfono. ¡Sí, debía de ser eso!

A última hora de la tarde del tercer día me encontré por los pasillos de la Mozarteum no a Nathan, sino a Matthias Steiner. Lo abordé y, sin saludarlo siquiera, cansada de ser educada o hacerme la indiferente, le pregunté si sabía dónde estaba Nathanael Grigori. Se encogió de hombros.

—Ni idea —murmuró lacónicamente, pero me dio su dirección.

Nathan vivía en el cruce de Linzergasse y Priesterantsgasse, no muy lejos de allí. Fui corriendo y llegué casi sin aliento. Repasé los nombres del portero automático y me detuve ante un timbre con las iniciales N. G. por toda indicación. Tuve que contenerme

para no ponerme a llamar al interfono como una desesperada. Por mucho que me costara esperar, no quería presentarme ante él empapada en sudor y jadeando. Así pues, aguardé a recuperar el aliento y llamé. Nadie me abrió. Me quedé hasta que oscureció, sin parar de llamar, aunque sospechaba que era inútil, y luego me fui a casa a paso lento, desanimada y abatida. Me esperaba una noche agitada. Pasada la medianoche logré conciliar el sueño, pero a las cuatro de la mañana volví a despertar. Sin pensar lo que hacía, me vestí como si fuera sonámbula y salí de casa para dirigirme de nuevo a Linzergasse.

«¡Loca, loca, loca!», resonaba en mi cabeza al ritmo de los pasos, ¡estaba obsesionada con él, no podía apartarlo de mis pensamientos!

Hasta entonces sólo una cosa podía generar en mí semejante determinación: tocar el piano. Sin embargo, durante los últimos tres días apenas había practicado, y ahora me lo reprochaba, «¡loca, loca, loca!», a pesar de lo cual no podía reprimir el ferviente deseo de ver a Nathan.

Cuando llegué era noche cerrada. Esperé a recuperar el aliento y volví a llamar. Durante unos minutos no pasó nada, y ya iba a desistir cuando de pronto apareció una sombra tras la puerta de cristal de la entrada. En vez de abrir con el portero automático desde su casa, Nathan había bajado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin saludarme.

Al verlo sentí un alivio casi doloroso. Fue como si, después de estar sumergida durante mucho tiempo en agua fría, hubiera recobrado la sensibilidad en el cuerpo. Sin embargo, el alivio no duró mucho, ya que enseguida se convirtió en horror: bajo la deslumbrante luz de la lámpara que iluminaba el pasillo parecía otra persona. Estaba delgado y débil, como si hubiera perdido varios kilos en esos pocos días, y caminaba encorvado, como si arrastrara una pesada carga. Tenía el rostro desfigurado, como si se hubiera puesto una finísima máscara de cera que lo hacía aparecer todavía más pálido, cansado y, en cierto modo, sin vida, y mataba por completo el color y el brillo de sus ojos. Durante un rato no pude hacer más que observarlo atónita.

—¿Qué haces aquí? —volvió a preguntar.

Me restregué las manos en un gesto de impotencia. Hasta entonces no me había percatado del frío que hacía aquella noche.

—Yo... sólo quería saber si... estabas bien... —tartamudeé. Me había parecido inevitable ir hasta allí y, sin embargo, en ese instante deseaba que me tragara la tierra. ¡Cómo se me ocurría sacarlo de la cama a esas horas de la madrugada! ¡A juzgar por su lamentable aspecto, probablemente estuviese enfermo, y yo lo había despertado!

Bajé la cabeza y di un paso atrás.

—Lo siento... —murmuré, y de nuevo resonaron en mi mente las mismas palabras: «¡loca, loca, loca!».

Al volverme, estuve a punto de caer. La calle estaba desierta y en la escalera reinaba un silencio sepulcral.

—¡No quiero verte de nuevo por aquí! —me gritó. Su voz sonaba gélida, inexpresiva. ¿Podía haber una ofensa mayor?

Debería haber imaginado que le iba a molestar... «Ya no quiere tocar conmigo... es eso...»

Pensé en la sonrisa que había estado ensayando frente al espejo, y en que debía fingir ante él que me era indiferente, pero ahora era imposible salvar la situación y volverme hacia él por última vez. Sólo podía huir, aunque no a la velocidad a que había ido hasta allí. Me costaba dar un paso tras otro. Sentía que su mirada me quemaba en la espalda. Como no había oído que se hubiera cerrado la puerta, estaba segura de que seguía observándome desde la entrada, y de pronto tropecé.

Antes de que cayera él ya estaba a mi lado. Me agarró del brazo y me ayudó a enderezarme. No lo había oído acercarse, había corrido hacia mí en absoluto silencio. Me estremecí del susto.

—¡Sophie, espera! —La voz ya no sonaba fría, sino más bien triste y apesadumbrada. Me soltó y, a pesar de su reclamo, seguí caminando, incluso aceleré el paso. De nuevo corrió tras de mí, me tocó los hombros, primero vacilante, cauto, luego me agarró con fuerza y me obligó a detenerme—. ¡Sophie! Hay tantas cosas que no puedo contarte... —Hizo una pausa y prosiguió—: Pero... no quería herirte. Lamento haberte dejado plantada, y lamento aún más haberte ofendido así. ¡Pero eso no significa que no quiera tocar contigo! Para mí es muy importante que sigamos colaborando...

Nathan, a quien hasta entonces siempre había visto tan sereno y dueño de sí mismo, de pronto se mostraba desazonado.

Eso me dio coraje para volver a mirarlo a la cara.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué quieres tocar conmigo? No sé nada de ti, sólo que eres un chelista con talento y mucho éxito. Yo, en cambio, soy una simple estudiante. Entonces, ¿por qué?

Yo temblaba bajo sus manos, pero por dentro estaba tranquila.

—Madre mía, qué preguntas haces, Sophie. —Esbozó una sonrisa—. Hacía mucho tiempo que no conocía a una mujer tan extraordinaria como tú.

Estaba segura de que se burlaba de mí. Sin duda era una pianista entusiasta, tal vez con un talento extraordinario, pero ni mucho menos una mujer extraordinaria. No me sentía especialmente guapa ni segura. Por experiencia sabía que la gente se fijaba en las mujeres como Hanne o Nele, pero no como yo. Sin embargo, no había rastro de burla en su mirada, sino un afecto profundo y sincero.

—Nathan... —murmuré.

Al cabo de un instante ya daba igual lo absurdas que sonaran sus palabras. Podría haberme dicho cualquier cosa que le habría creído.

Me estrechó entre sus brazos con más fuerza, y dejé de temblar. El azul de sus ojos volvía a ser penetrante y claro. Me parecía percibir su brillo en mi frente, en la nariz y las mejillas. Acercó la cara a la mía, y se detuvo en el último momento. Sentí su aliento, y salvé la última distancia que nos separaba, impulsada por la misma extraña fuerza que me había hecho cruzar Salzburgo de noche y llamar a su puerta. Nuestros labios se encontraron, cálidos y suaves. Él deslizó las manos por mi cuello y lo acarició. Sentí en la espalda un cosquilleo que se transformó en escalofrío. La presión de sus labios, titubeante al principio, se volvió más urgente. Abrí la boca, lo saboreé y seguí sintiendo escalofríos, que ahora resultaban agradables. Nuestras lenguas se encontraron un instante, saladas, cosquilleantes, fogosas. La sensación fue rara, casi demasiado intensa para resistirse a ella, de modo que me aparté. Sin embargo, no aguanté mucho tiempo sin sentirlo y saborearlo, sin disfrutar de esa cercanía e intimidad. La segunda vez acerqué la boca con mayor ímpetu, con pasión e impaciencia. Cuando nuestras lenguas se encontraron, ya no fue extraño. Nuestros labios parecían fundirse, igual que nuestros cuerpos, en uno solo.

Cuando finalmente nos separamos, ya no estábamos a oscuras. A lo lejos comenzaba a vislumbrarse una luz grisácea sobre el manto oscuro de la noche. Por una estrecha franja surgía un resplandor rojo que bañaba de una luz tenue las azoteas de la ciudad, las torres de las iglesias y el barrio alto de Salzburgo. El nuevo día aún dudaba, tiritando en el frío aire matinal, si despojarse de su camisón. En el cielo seguían acumulándose nubes de un violeta oscuro, hasta que al fin fueron arrancadas de golpe, como una molesta cortina, y tras ellas apareció el fúlgido círculo del sol naciente.



CAPÍTULO 2

*M*ás tarde Nele me contó que durante aquellas semanas yo iba por la vida como una sonámbula. Nunca escuchaba con atención, apenas me daba cuenta de su presencia, lo único que me afectaba era Nathan y la música, que en realidad eran inseparables. Nathan representaba la música misma, perfecta, celestial, apasionante, ensimismada, nostálgica, divina. El tiempo que no podía pasar con él era insoportable, como un gran vacío en mi vida que debía superar de algún modo.

No me di cuenta de que por aquel entonces Nele tenía una aventura con un estudiante de biología de Ámsterdam. Además, el inminente examen de primer ciclo ya no me daba miedo.

De haber estado más despierta y atenta, habría advertido mucho antes esas señales misteriosas que sólo más tarde, mucho más tarde, supe interpretar. Entonces me pasaban por alto muchas cosas que podrían haberme puesto en alerta y haberme preparado para lo que estaba por venir. Pero una noche noté algo.

Durante el camino de regreso a casa, seguía embelesada. Primero Nathan y yo habíamos tocado juntos, luego fuimos a pasear a la Kapuzinerberg. Sé que me admiró su forma física porque a mí apenas me llegaba el aire para hablar tras la empinada cuesta, mientras él contemplaba, tranquilo y meditabundo, el Salzburgo vespertino. El aire era nítido y templado. Las moscas zumbaban alrededor, mejor dicho, sobre todo a mi alrededor, porque yo estaba sudada, y Nathan no. No hablamos mucho, pero me rodeó con el brazo con cuidado. Esperaba que me besara, como aquella vez al alba, pero, aunque no lo hizo, no tuve la sensación de que faltara algo, de que aquel momento no fuera de perfecta felicidad, plenitud y ternura. Besarle era emocionante, estar muy cerca de él un placer un poco menos excitante, pero, precisamente por eso, más relajado.

—Nele, ¿estás ahí? —grité al entrar en el piso. Estaba segura de que estaba en casa, me pareció notarlo. Sin embargo, no contestó cuando volví a llamarla, y en su cuarto sólo encontré el caos habitual: montañas de apuntes y copias, trastos, cajas de pizza vacías y latas de refresco. Seguí avanzando y abrí la puerta del salón. En el umbral me di la vuelta.

Sentí frío, un frío gélido. El salón estaba a oscuras, la casa de enfrente proyectaba sombras alargadas sobre la nuestra y ahuyentaba los rayos del sol. Cuando nos íbamos de Salzburgo en invierno durante las vacaciones del semestre y no encendíamos la calefacción, después siempre nos esperaba un congelador. Pero no era invierno, las noches eran frescas, pero no frías, y aun así la habitación estaba tan fría que se me puso la piel de gallina.

No conseguí desentumecerme hasta que empecé a tiritar. Fui corriendo hacia la calefacción y la encendí. La tubería empezó a borbotear, pero tenía tanto frío que no quise esperar a que el radiador se calentara. Salí corriendo del salón y cerré la puerta con fuerza tras de mí.

Enseguida volví a sentir calor, pero seguía estando incómoda. Vacilante, fui de una habitación a otra, sin saber qué o a quién buscaba. Todo parecía normal, el aseo, el baño, la minúscula cocina en la que sólo cabía una persona. Tuve que hacer de tripas corazón para bajar el pomo de la puerta de mi habitación. Suspiré aliviada al notar que en ésta reinaba una temperatura normal, pero me quedé de piedra al desviar la vista hacia el escritorio.

Yo siempre era más ordenada que Nele, y en comparación mi cuarto estaba casi perfectamente arreglado, pero nunca era meticulosa, aunque Nele a veces me acusara de eso en broma. Sin embargo, mis papeles —sobre todo partituras, pero también un par de manuscritos y documentos— estaban apilados con mucho cuidado en el escritorio, como si alguien hubiera medido las distancias con regla y hubiera comprobado hoja por hoja que las esquinas coincidieran milimétricamente. Me acerqué titubeante y me quedé un rato frente al escritorio, sin atreverme a tocar la primera hoja. ¿Estaría fría? ¿Alguien había removido mis partituras para luego esmerarse en volver a colocarlas? ¿O es que la imaginación me estaba jugando una mala pasada?

Cuando llegó Nele un poco más tarde, se rio de mí. En el salón hacía fresco, pero no un frío gélido. Yo iba por detrás de ella a mucha distancia mientras examinaba todo el salón.

—¿Se supone que aquí hace frío? —Se volvió hacia mí y sacudió la cabeza—. Seguramente te sientes helada porque no estás cerca de tu Romeo.



De pronto me avergoncé de haberme mostrado tan temerosa. Ahuyenté todos los pensamientos sobre el frío e intenté dejar de inspeccionar con recelo el escritorio. Al día siguiente no se lo expliqué a Nathan.

Al cabo de tres días el frío del salón ya estaba olvidado. Cuando Nele me comunicó por la tarde que no dormiría en casa —probablemente iba a casa del estudiante de biología de Ámsterdam—, no me dio miedo, al contrario, me alegré de poder practicar sin que me molestaran. Aproveché cada minuto que me quedaba hasta las diez de la noche, después me di un generoso baño y me acosté poco antes de medianoche. Desde que conocía a Nathan, dormía mal y poco, pero como no estaba del todo cansada decidí leer un poco. Apenas podía concentrarme en las palabras. No paraba de pensar en Nathan, en el tiempo que habíamos pasado juntos, y sonreía para mis adentros: contenta, como diría yo, como una boba, como habría dicho Nele, en tono de mofa.

Cuando me desperté estaba muy oscuro. No recordaba haber apagado la lamparilla de noche. El libro, cerrado, estaba entre la barbilla y el pecho.

Uno de los cantos se me había clavado en la piel y me hacía daño. Dejé el libro a un lado y me froté en la zona dolorida. Me había quedado dormida medio sentada, así que me incorporé para colocar bien la almohada.

En aquel momento lo oí: voces, varias voces, apenas más audibles que un susurro, pero furiosas.

Dejé caer la almohada. Las voces parecían venir directamente del pasillo. Hablaban entre sí cada vez más rápido, entre los susurros sólo se distinguía un bisbiseo, pero ninguna palabra.

—¿Hola? —Me falló la voz. Lo único que logré emitir fue un graznido, pero fue suficiente para que los susurros y murmullos cesaran por un instante. Agucé el oído en tensión. Silencio sepulcral. Entretanto la vista se me había acostumbrado a la oscuridad, y en mi cuarto todo parecía estar como antes. Busqué a tientas la lamparilla de noche, intenté encenderla, pero por mucho que apretara el interruptor seguía a oscuras. De pronto me dio un vuelco el corazón.

No había luz.

Alguien había cortado la corriente.

Me levanté, fui de puntillas hasta la puerta y apliqué el oído a ésta. Todo seguía en silencio.

La linterna... Se me ocurrió que en algún sitio del piso teníamos una linterna para casos de emergencia como aquél...

Sin embargo, cuanto más me preguntaba dónde estaría, más vueltas absurdas daban mis pensamientos.

De pronto se oyó otro ruido, y no pude evitar soltar un grito. Esta vez no era un susurro ni un murmullo, sino un estruendo. Se había cerrado una puerta, y en un primer momento tuve la certeza de que se trataba de la de nuestra casa. Temblorosa, me precipité al pasillo a oscuras, miré en todas direcciones, presa del pánico, y por fin comprendí que los sentidos me habían engañado.

Los susurros se reanudaron, pero, al igual que el portazo, no venían de nuestro piso, sino de la escalera. Recorrí el pasillo tiritando y me di un golpe en el codo con una cómoda. Del perchero colgaba mi chaqueta, cuyo contorno, en la oscuridad, parecía la silueta de un ahorcado.

Introduje la llave en la cerradura de la puerta de casa y la hice girar dos veces, busqué a tientas el pestillo de seguridad, que casi nunca utilizábamos, y lo corrí. Luego desvié la vista hacia la mirilla. Las voces fueron subiendo de tono, pero, pese a que se oía a varias personas que cuchicheaban en la escalera, delante de casa también estaba oscuro.

¿Qué hacía aquella gente ahí a oscuras?

Un momento de lucidez me permitió dominar el pánico, cada vez mayor.

«¡A ver, idiota!», me reprendí. ¡Por supuesto que en la escalera también estaba oscuro! ¡No había corriente! Los demás inquilinos de la casa se habían dado cuenta mucho antes que yo de que se había ido la luz y seguro que ahora discutían sobre qué hacer.

La tensión se convirtió en una risa nerviosa. Quería volver a acostarme rápido y entrar en calor bajo la colcha. Sin embargo, aún no me había separado de la puerta cuando se desató un ruido ensordecedor. Oí jadeos y gemidos, pasos rápidos y un crujido fuerte, sacudidas, empujones, patadas. De nuevo se cerró una puerta, se oyeron suelas de zapatos que chirriaban contra el suelo de linóleo, una curiosa rascadura y un tintineo. Esto último sonó como si se rompiera una cantidad enorme de porcelana.

Volví a acercarme a la mirilla, pero, una vez más, lo único que distinguí fue una gran negrura, así que me retiré, asustada, no sólo por los inquietantes ruidos, sino porque de pronto tuve la certeza de que había alguien justo enfrente de mi puerta, que respiraba despacio y me miraba fijamente.

Un escalofrío recorrió mi espalda y, a pesar de estar tiritando de frío y miedo, sentí las palmas de las manos empapadas en sudor.



De pronto aquella figura extraña se puso a hablar conmigo. Su particular voz no sonaba humana, sino como el siseo de una serpiente, pero aun así me pareció entender cuatro palabras que me susurró a través de la puerta.

«Él es el impostor.»

El eco de aquella breve frase no cesaba en mis oídos. Tenía la sensación de que se iban a desgarrar, y esta vez no hice ninguna reflexión sensata que me salvara del pánico. Fui corriendo al salón, y de camino rocé la chaqueta que colgaba del perchero y éste cayó al suelo con gran estruendo. Sin embargo, aquel sonido era suave en comparación con el angustiante estrépito que se produjo en la escalera.

En el salón busqué a tientas el teléfono. El auricular se me resbaló varias veces y, cuando por fin logré marcar, no recordaba el número de emergencias. En algún momento logré contactar con la policía. Mientras los gemidos, patadas y ruidos continuaban, tuve que tranquilizarme, dar mi dirección y explicar qué estaba pasando.

Sé que balbuceé mi nombre, pero no recuerdo cómo maté el tiempo hasta que por fin apareció la policía.

Cuando aparecieron los dos agentes de policía, el ruido ya hacía tiempo que había cesado y yo me había vestido. Toqué el interruptor del pasillo sin querer, y las bombillas se encendieron enseguida. Una vez controlados los nervios, decidí que probablemente no se trataba de un apagón, simplemente mi lamparilla de noche se había estropeado. Eso no explicaba en absoluto qué hacían todas aquellas personas a oscuras en la escalera.

Sólo cuando los agentes llamaron abajo y comprobé el portero automático me atreví a abrir despacio la puerta de casa. Una luz gris penetraba por la ventana de la escalera, no se oía ni se veía a nadie; todo parecía normal. Oí los pasos de los policías y también que de pronto se quedaban quietos. Me incliné sobre la barandilla de la escalera.

—¡Estoy aquí! ¡Sophie Richter! —Mi voz sonaba débil—. Yo les he llamado.

Un robusto agente alzó la mirada hacia mí, el otro se había agachado sobre algo y parecía estar observándolo con detenimiento.

—Qué curioso —le oí decir—. Es tan... oscura. Esto tiene que verlo la policía científica.

Me puse las zapatillas y me acerqué a ellos. Cuando los alcancé, el fornido de uniforme verde revolvió algo y sacó un móvil que parecía bastante grande y anticuado.

—¿Y si tiene algo que ver con los asesinatos de Untersberg? —preguntó el otro con gesto pensativo.

—¿Asesinatos? —pregunté yo, consternada.

—No es tan importante —fue la parca explicación del gordo, que desvió la mirada hacia mí—. ¿Usted es Sophie Richter?

Era una pregunta muy normal, pero por un momento me puse nerviosa, como si tuviera que aprobar un examen.

—Sí —balbuceé—. Sí, he llamado al oír el ruido...

—¿Qué ruido?

—No sé cómo describirlo. Sonaba de un modo muy particular, como un... fragor. Como si se rompiera una vajilla, pero...

Hice una pausa al ver la mirada más que escéptica que intercambiaron. ¿Es que no me creían? ¿Me tomaban por una histérica? Lo cierto, sin embargo, es que era así como me sentía en aquel momento.

—Esos asesinatos en Untersberg... —dije, nerviosa— no sabía nada de eso.

—Durante las últimas semanas han desaparecido algunos excursionistas —me contestó el otro agente, un poco más amable—. Los encontraron mucho después y...

—¿Algunos excursionistas? —lo interrumpí horrorizada.

—Es evidente que han sido víctimas de un crimen violento. Fueron... —Esa vez no fui yo quien le interrumpí, sino su colega, que parecía de mal humor.

—Eso no tiene nada que ver con esto —exclamó—. Además, si le interesa, puede informarse en cualquier periódico. Hace días que los periodistas no hablan de otra cosa. Mejor explíquenos con más detalle qué ha oído.

—Bueno... —empecé, pero guardé silencio.

Mi mirada había topado con aquello que los había retrasado. Sobre el suelo gris de linóleo y en una parte de la pared clara había una delgada mancha de sangre. Si se observaba de cerca se veía que estaba compuesta de muchas gotitas. Sin embargo, la sangre no era de color rojo intenso, sino oscura, casi negra, como si llevara horas bajo el sol ardiente.

—¡Dios mío! —exclamé, horrorizada.

—Vamos, venga. —El oficial amable me agarró del brazo con suavidad y me condujo arriba—. Hablaremos en su casa.

Durante la mañana acudieron más agentes a examinar la mancha de sangre. Cuando hablé con uno de ellos más tarde, ya no comentaban la conexión con la serie de asesinatos. Probablemente prevalecía la sospecha de que dos vagabundos borrachos se habían peleado con botellas de cerveza vacías, uno había herido al otro y luego habían huido los dos. Interrogaron a todos los residentes del edificio, pero como nadie podía completar mi testimonio, no siguieron el caso.

Nele se enfadó cuando se lo expliqué.

—¡Eso es porque esos idiotas nunca cierran la puerta del edificio con cerrojo! ¡Imagínate que llegas a casa de noche y te encuentras con un borracho!

Estuvo un rato inmersa en sus fantasías salvajes sobre todo lo que podría haber pasado. Sólo dedicó un comentario casual al hecho de que yo todavía tenía el susto en el cuerpo:

—Tienes muy mala pinta.

—¿Has oído hablar de la serie de asesinatos en Untersberg? —pregunté.

Nele me miró con una mueca de impaciencia.

—Todo el que no va cegado de amor por la vida ha oído hablar de eso. Han desaparecido algunas personas, y las han encontrado muertas al cabo de una semana.

Yo seguía tiritando de frío, aunque ya me había puesto dos chaquetas.

—¿Cómo?

—¿Cómo las encontraron?

—¡No! ¡Cómo las asesinaron!

Nele se encogió de hombros.

—Por lo visto les abrieron el tórax y les extrajeron el corazón. Pero para entonces ya estaban muertas. Probablemente se trata de un asesinato ritual. —No sonaba horrorizada, sino más bien fascinada, como si estuviera resumiendo la trama de una película de terror muy recomendable.



Sacudí la cabeza, asqueada; no quería profundizar en el tema, y Nele siguió despotricando sobre los vecinos, que no cerraban bien la puerta del edificio por las noches.

Al final recogí mis cosas y me dirigí a la Mozarteum.

Contempló su imagen en el espejo, y su aspecto le repugnó.

Los ojos.

Como siempre, se le notaba en los ojos.

La mayoría de las veces podía ocultar perfectamente quién era, pero una noche como la de ayer hacía mella. En el blanco de los ojos estallaban multitud de venitas, y la sangre que salía de ellas no era roja, sino azulada. Parecía que le hubieran tirado gotas de tinta en los ojos.

Bajó la cabeza y soltó un gruñido involuntario, levantó la mano y la cerró en un puño. Antes de saber lo que estaba haciendo le dio un puñetazo al espejo y lo destrozó. Con un suave tintineo, cayeron al suelo miles de pedazos que dejaron un agujero. Sólo el marco del espejo había quedado intacto.

Respiró hondo y por un momento se avergonzó de su debilidad.

Se arrepentía de haber entrado en la pelea aquella noche. Había salido airoso, pero seguía siendo una imprudencia y, sobre todo, no tenía sentido: era demasiado pronto para forzar la decisión, y tras la sensación de embriaguez sólo quedaban un vacío, cansancio, hastío.

Retrocedió, contempló el plateado mar de cristales y luego se miró las manos. Estaban intactas. ¿Cómo iban a herirle unos ridículos fragmentos de cristal?

Suspiró y pensó en ella para calmarse.

Pensó en su olor, su música, sus pasos suaves, su ágil figura. Recordó sus gestos, que parecían un tanto asustadizos cuando se apartaba el pelo rubio, la arruga de la frente cuando se concentraba, y su cálida sonrisa cuando se ponía contenta.

Cuando volvió a abrir los ojos, la imagen que había evocado se desvaneció, y vio su propio rostro, tal como se reflejaba en los fragmentos del suelo. En ninguno en concreto se veía del todo, su rostro parecía disgregado, descompuesto en muchas partes que no encajaban.

«Así soy —pensó—. Descuartizado.»

Iba de un lado a otro sin rumbo en aquel inmenso océano, infinito, vasto y vacío, de cuyas insondables profundidades siempre surgían enemigos insidiosos. Sólo le consolaba la idea de un puerto de salvación.

Soltó un gemido, volvió a cerrar la mano en un puño, pero esa vez, en lugar de golpear el espejo, quiso hacerse una promesa a sí mismo.

Decidió que no sería así para siempre. Llegaría un día en que cambiaría su suerte.

El inquietante barullo en la escalera y la noche de escalofríos ya casi estaban olvidados. Después de mayo llegó un junio más cálido y soleado. Tal vez no siempre hiciera calor y sol, a lo mejor también llovía de vez en cuando, pero yo no me daba cuenta, y precisamente por eso tampoco me molestaba. No me importó que en una ocasión nos quedáramos sin corriente al mediodía —y esa vez no eran imaginaciones mías, como aquella noche—, tras lo cual Nele vació el congelador y propuso, muy seria, que nos lo comiéramos todo porque de lo contrario se echaría a perder. Lástima que los arándanos, la salsa boloñesa y las espinacas no combinaran bien. No me molestaba que las legiones de turistas fueran cada día más numerosas en la Getreidegasse, ni que una vez me insultara una señora con traje amarillo porque pensaba que le había clavado una cámara en la espalda. Me dio igual que una mañana el suelo del comedor universitario apareciera cubierto de colillas, restos de una fiesta de estudiantes clandestina a cuyos organizadores todo el mundo encubría, y me preguntaran quién la había organizado. Era la única que no mentía al decir que lo ignoraba, pero aun así no me libré de la mirada furiosa de la propietaria del MOZ. Poco antes me habría muerto de vergüenza y me habría sentido culpable, aunque no fuera culpa mía. Ahora ya no. Nunca había vivido, visto, sentido ni olido con tanta intensidad, y al mismo tiempo jamás había estado tan ciega a todo lo que sucedía alrededor. A veces Nathan y yo íbamos a pasear a los Mirabellgarten, y, sobre todo en el laberinto de los setos altos, tenía la sensación de que estábamos solos en el mundo, un mundo multicolor, de un verde tan suntuoso que olía a verano y emanaba felicidad.

Era feliz cuando simplemente paseábamos tranquilamente juntos, feliz sólo de poder contemplarlo. Lo único que me daba miedo eran los momentos breves y extraños en que de pronto Nathan parecía taciturno, ausente y melancólico, pero no duraban mucho, y por otra parte fui acostumbrándome a ellos. Empezó a confundirme otra cosa: a veces, cuando paseábamos juntos por Salzburgo, se paraba de repente, se daba la vuelta, nervioso, y buscaba con la vista por todas partes, como si sintiera que alguien lo seguía. En esos momentos se le marcaban arrugas de preocupación en la frente, e incluso cuando seguíamos caminando me daba la impresión de que esperaba oír pasos que se acercaban a nosotros.

Una vez reuní el valor para preguntarle qué o quién lo inquietaba tanto.

—¿Qué te pasa?

Sin embargo, cuando posó su mirada en mí, lo vi como ausente, como si despertara de un sueño tenebroso.

—No es nada.

—Parece que... —No pude seguir hablando, porque en ese preciso momento se inclinó hacia mí y me besó, como aquella vez al amanecer, delante de su casa. De nuevo sentí su aliento cálido en mi rostro, saboreé sus labios, me estremecí y al mismo tiempo sentí un calor abrasador. Cuando finalmente me soltó, me temblaban las rodillas. Nos estuvimos mirando un rato, fascinados, luego me acerqué a él, lo besé y él me correspondió de inmediato.

A partir de entonces apenas hablamos, nos besábamos tan a menudo y con tanta naturalidad e intensidad que no quedaba tiempo para hablar. Nos besábamos delante de la puerta de casa, en la Goldgasse, cuando me acompañaba por la noche, en los pasillos del Landertheater, donde vimos una ópera, y en un banco de Mönchsberg, desde donde se veía la escuela Felsenreitschule, el parque Fürtwängler y el colegio benedictino. Una tarde en Mönchsberg parecía que no quería soltarme, y no sólo me besó en la boca, me lamió los lóbulos de las orejas, durante tanto tiempo y con tal intensidad que se me contrajeron las entrañas. Me arrimé a él, sentí cada fibra de su cuerpo, no recordaba haber estado tan ávida de algo como del sabor de sus labios, su piel cálida y suave, el cabello sedoso y un poco rizado en mis manos. Quería sentirlo, no sólo en mi rostro, en la boca, sino en todas partes, así que agarré sus manos y se las deslicé por el cuello hasta los pechos. Entonces se me quedó mirando y se apartó con delicadeza y decisión.

—Hay tiempo —murmuró con voz ronca—. Mejor... no precipitar las cosas.

Asentí con las mejillas ardiendo y contemplé el atardecer de Salzburgo. Todo me parecía extraño, una ciudad desconocida, como si jamás hubiera pisado sus calles y callejones ni oído tañer las campanas de las iglesias. El mundo de Nathan y mío era único, separado y liberado de todo, pero cuando despertaba de nuevo a la realidad me sentía fría y sola. Sin embargo, no pasábamos mucho tiempo separados. Después del beso al amanecer delante de su casa, estuvimos viéndonos todos los días durante dos semanas.

Tiempo más tarde, llegué a pensar que su ternura y los numerosos besos tal vez sólo tuvieran como objetivo eludir todas mis preguntas. Durante aquellas semanas viví únicamente para estar cerca de él, para sentir la pasión que despertaba en mí. Estaba atrapada en una ola de felicidad, convencida de que no podía ser más feliz.

Por eso me resultó aún más duro cuando de pronto Nathan se fue. A mediados de junio desapareció por segunda vez, sin avisar, sin una nota ni una explicación. Nos habíamos despedido delante de la Mozarteum y al día siguiente ya no lo vi. Él sabía dónde vivía, y tenía mi número de teléfono, pero no dio señales de vida.

La primera vez, que desapareció tres días, se me hizo insoportable. Ahora ya había pasado una semana, y los días transcurrían con tanta lentitud que me parecía un año entero. No paraba de repetirme que la primera vez había vuelto, e intentaba ensayar para mi examen final y comportarme ante Nele como si no me importara. No podría aguantar ni sus bromas bienintencionadas ni sus indirectas sobre mi amado, que, según ella, para mí era poco menos que un Dios, algo que básicamente era un error, ya que un hombre siempre es un hombre. Sin embargo, cada día estaba más asustada: ¿y si no regresaba? ¿Cómo iba a vivir sin su música, sus besos y sus caricias, sin esa forma de mirarme entre pensativa y melancólica?

Nathan me había dado a entender que no volviera a buscarlo a su casa nunca más, pero después de esa semana me daba igual. Mi desesperación forzó la decisión de no seguir de brazos cruzados.

¡Quería una explicación! ¡Me la debía! ¡Y no volvería a sonrojarme, a sentirme culpable, cuando me lo encontrase! Por lo menos, ésa era mi intención.

Justo cuando llegué a su casa en Linzergasse, una mujer salía del edificio, así que aproveché y entré corriendo sin llamar al interfono. Subí mirando todos los nombres que figuraban en las placas de las puertas, todos de desconocidos, hasta que, en el ático, encontré las iniciales N. G.

En lugar de llamar al timbre, aporreé la puerta mientras gritaba su nombre. Mis gritos, al principio un poco contenidos y reservados, se volvieron más fuertes y enérgicos y, al ver que no había reacción alguna, empecé a vociferar, cada vez más desesperanzada y cegada por la rabia:

—¡Nathan! Nathan, ¿dónde estás? ¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes irte sin más, sin decir nada! Me preocupas. ¡Si no quieres estar más conmigo, dilo, pero no huyas de mí! ¡Sólo quiero saber si estás bien!

No tenía esperanzas de verle, pero no paraba de hablar, de llamarlo. Mientras estuviera inmersa en aquella vorágine de palabras, no sentía malestar ni turbación. De pronto se abrió la puerta y apareció Nathan. Además de aporrear la puerta con fuerza, estaba apoyada contra ella, de modo que a punto estuve de perder el equilibrio y caer sobre él. Recuperé el equilibrio justo a tiempo. Me quedé mirándolo y me aparté, tan consternada como aturdida.

Nunca lo había visto así, vestido sólo con unos pantalones negros, con el torso desnudo. Siempre me había parecido muy delgado y nervudo, pero ahora veía sus imponentes músculos. No entendía cómo me podía haber pasado por alto cuando lo abrazaba, pero poseía unos hombros, un vientre y unos antebrazos fuertes y marcados, de una belleza perfecta.

Se me ocurrió que una figura así sólo se conseguía a base de horas de entrenamiento diario, tiempo que un chelista debería aprovechar para otras cosas. No podía apartar la mirada de él, y mi asombro era tal, que ni siquiera pensé en avergonzarme por verlo medio desnudo.

—Sophie...

—¿Dónde diablos estabas?

—Sophie... —Tenía los ojos como hundidos en las cuencas. Miró alrededor en la escalera, inquieto, luego me agarró de los brazos, me hizo entrar en el piso y cerró la puerta—. No deberías haber venido... —No parecía molesto ni receloso, más bien abatido.

—¿Y qué se supone que debía hacer? —exclamé—. ¡Llevas una semana desaparecido! Nadie sabía dónde te habías metido. De hecho nadie sabe nada de ti. ¿Quién eres, Nathan? Y sobre todo, ¿qué significo para ti, si por lo visto ni una vez te dignas...?

—Sophie...

Entonces caí en la cuenta de que seguía agarrándome de los brazos, que me abrazaba con fuerza. Sentí la piel fría y suave de su pecho desnudo. Al cabo de un rato me soltó, pero yo ya no podía separarme de él, porque el alivio era mayor que toda la rabia y la confusión. Allí estaba de nuevo. Podía volver a acariciarlo.

Ya no tenía la mirada nublada, era penetrante. Me estremecí al levantar la mano y pasarla por su pecho desnudo a cámara lenta.

—Tuve que irme de Salzburgo —murmuró—. Tenía que arreglar una cosa... no te lo puedo explicar... pero ¡por favor, Sophie! ¡Por favor, confía en mí! No tiene nada que ver contigo, que yo no quiera...

Al principio mis caricias eran prudentes, luego se volvieron más atrevidas. Una vez salvadas las distancias, ya no podía parar de tocarle. No pensaba en lo que hacía, si podía o debía hacerlo, simplemente me dejé llevar por el instinto. Nathan se apartó un poco, al final se separó de mí y fue del pasillo a la única habitación del piso. Yo le seguí y vi que el cuarto era amplio y claro, amueblado con austeridad. En vez de una cama había sólo un colchón: no había manta, ni almohada encima, sólo estaba cubierta por

una sábana. Había una silla al lado, y vi la funda del chelo, pero no vi un armario o una mesa. Me daba la sensación de que era la casa de un monje, no de un músico.

Sin embargo, al cabo de un segundo, me dio igual dónde me encontraba y cómo estaba amueblada la habitación. Me había quedado al lado de Nathan, muy cerca, y cuando se volvió hacia mí me abracé de forma instintiva a su cuello. Antes de poder acercarme a él, ya se había inclinado sobre mí y nos fundimos en un largo beso, tan intenso y apasionado que me temblaba el cuerpo de deseo.

Cuando me retiré, apenas podía respirar.

—No vuelvas a hacerlo... irte así, sin más.

—Eso no te lo puedo prometer.

—Pero ¿por qué? —pregunté, sin entender nada.

Él sacudió la cabeza y se mostró inquieto.

—Lo siento, Sophie. Me gustaría, pero...

De pronto su rostro reflejaba tal desesperación que yo sólo sentía la necesidad de consolarlo, hacerle feliz de nuevo y ponerle de buen humor. Volví a besarle, y una vez más fue tan hermoso sentir su sabor y el calor de su cuerpo que casi resultaba doloroso. La tensión entre nosotros hacía vibrar el aire, como si fuéramos dos imanes que se atraen y se repelen al mismo tiempo, y de repente aquella tensión ya no estaba en medio, sino alrededor, como si nos hallásemos en un círculo secreto que nos protegiera del mundo. Lo que sucedía parecía irreal, y al mismo tiempo muy natural. Ya no había tiempo para reflexionar y hacer una pausa, ni para retroceder o huir de la intimidad excesiva. Sólo me impulsaba el deseo de notar al máximo su piel tersa y desnuda, de asegurarme una y otra vez de que volvía a estar allí, que sentía haberme preocupado, y que me quería. En un momento dado ya no tuve suficiente con besarle, acariciarlo y sentir su cuerpo contra el mío. Quería más, quería sentir todo su cuerpo. Le di un tirón a mi blusa, con las prisas arranqué algunos botones, luego cayó al suelo, seguida de mi sujetador, y yo también me quedé con el torso desnudo. No me sentí expuesta ni insegura, sentía que era lo correcto, que estaba bien.

La melancolía se desvaneció de su mirada cuando me atrajo hacia sí. Perdí el equilibrio y me dejé caer en sus brazos, entregada. Al cabo de un segundo estábamos tumbados en el colchón.

Murmuró algo que no entendí del todo. «Lo he intentado... de verdad que lo he intentado...» Mientras hablaba cubrió mi rostro de besos, y el cuello, los hombros, los pechos. Me desabroché la falda al tiempo que tiraba de sus pantalones. Tras algunos movimientos bruscos e impacientes nos quedamos los dos desnudos.



—¿Qué? —pregunté, con la voz entrecortada—. ¿Qué has intentado?

Entrelacé las piernas con su cuerpo para acercarlo más a mí, sentir su piel suave, toda su cercanía. Aún tenía frío y calor al mismo tiempo, y además estaba esa sensación de derretirme, arder, estallar, fundirme, todo a la vez.

—He intentado resistirme —murmuró.

¿Por qué iba a querer resistirse?

Sin embargo, no tenía la cabeza para indagar el sentido de sus palabras. Lo guié a través de su pelo castaño oscuro, mientras él acariciaba mi cuerpo con las manos. Estaba totalmente poseída por el deseo, y no había dudas, reflexión ni pausa. Me abrí a él, caliente, húmeda, preparada. Cuando se adentró en mí, nuestras miradas se encontraron.

Sentí un temblor, rápido e incontrolado. Intenté contenerlo, pero me di cuenta de que no era mi cuerpo el que se agitaba, sino el suyo. Casi vibraba, no paraba de temblar.

—¿Qué te pasa?

Nuestras miradas se habían fundido en una.

—Te quiero, Sophie —susurró—. Te quiero.

Todavía quedaba una semana para el examen de primer ciclo cuando supe que estaba embarazada.

No me sorprendió mucho. Visto en retrospectiva, tal vez sólo intentara convencerme a mí misma, pero en realidad ya lo había sospechado mucho antes, la mañana después de nuestra noche juntos.

Habíamos hecho el amor una segunda vez, más despacio, con cariño, con calma, luego me dormí en brazos de Nathan y me desperté con la luz del alba. Primero la habitación estaba gris y brumosa, luego se extendieron los primeros hilos rojos. Para entonces Nathan ya no dormía. Cuando levanté la cabeza, vi que me estaba observando. Antes de poder interpretar la expresión de su cara, él se inclinó, me besó y me abrazó. Después me levanté sin decir palabra y me vestí. No había nada que decir. No había palabras para describir la embriaguez a la que nos habíamos entregado aquella noche, la intimidad y el amor, el deseo y la satisfacción. Cuando salí de la casa, el cielo estaba al rojo vivo. Nathan me acompañó abajo y me siguió con la mirada mientras me separaba de él, despacio. En realidad no caminaba, más bien bailaba, daba



brincos y vueltas sin sentir el suelo bajo los pies. Y mientras me volvía una y otra vez para mirarlo, se me pasó por la cabeza por primera vez la idea de haber concebido un niño.

No pensé en las consecuencias, que no era el momento adecuado, lo insensato de no haberlo evitado: estaba tan impresionada por la idea como por los recuerdos de aquella noche.

Quedaría lo único que iba a pasar con Nathan. Durante las siguientes tres semanas vivimos días maravillosos, aunque sin que se repitiera la pasión de aquella noche. Luego Nathan me explicó que tenía que irse unos días y, aunque lo sentía, me pareció que el hecho de que me lo dijera era una prueba de la formalidad de nuestra relación. Esa vez no se fue sin avisar, me explicó no sé qué de Múnich y de un antiguo profesor de chelo al que tenía que ir a ver, una ocasión única, ya que el profesor vivía en Estados Unidos y estaba en Europa poco tiempo. Tiempo más tarde me pregunté por qué no me había molestado que no me invitara a ir, pero en aquel momento ni lo pensé, en realidad no pensaba en absoluto, sólo anhelaba volver a estar entre sus brazos cuando regresara. Sin embargo, cuando por fin volvió a Salzburgo, estuvo alejado de mí. Se moría de ganas de verme de nuevo, pero durante el viaje había contraído un virus, nada serio, pero contagioso, así que era mejor que sólo habláramos por teléfono. Saber que estaba en Salzburgo y no poder verlo me resultaba insoportable, pero no me quedaba otra opción que aguantarme, y no dudé de su curiosa enfermedad, como tampoco de su viaje a Múnich. Veía todo lo que sucedía alrededor, pero, en mi estado de felicidad, no lo cuestionaba.

Ni siquiera los primeros síntomas físicos del embarazo —los pechos hinchados, las leves náuseas, la sensación de vértigo cuando me levantaba con brusquedad— lograron aplacar esa felicidad. Cuando me compré un test de embarazo, me pareció que la farmacéutica me miraba con compasión, pero yo esbocé una sonrisa sincera y radiante.

Justo en el momento en que esperaba a que las rayas del test cambiaran de color llegó Nele a casa. Enseguida supo lo que tenía entre manos y vio el resultado casi antes que yo. De hecho, yo no necesitaba confirmación. Sabía que el hijo de Nathan, nuestro hijo, crecía en mi interior.

—Pero ¿cómo puede haber pasado?

Sonreí feliz a Nele.

—¿Te alegras? —dijo, atónita.

Asentí. No podía evitar sentir más que alegría.

—Pero ¿no me dirás en serio que quieres tener un niño ahora, en mitad de tus estudios? ¡Pero si no tienes ni veinte años! Tú... ¡quieres ser pianista!

En algún lugar dentro de mí sabía que era una insensatez, pero estaba feliz, me sentía fuerte y segura de poder con todo. Tenía ganas de abrazar al mundo entero.

Le planté un beso en la mejilla a Nele y, sin decir una palabra más, me fui de casa. Corrí eufórica por la Getreidegasse y el Markartsteg en dirección a la Mozarteum. La noche anterior Nathan me había llamado, me explicó que se había recuperado de la enfermedad y me propuso que nos viéramos. Recorrí el camino muy rápido, pero no llegué agotada, tenía la sensación de que podía seguir corriendo así para siempre. Nathan ya estaba en la entrada y miraba inquieto alrededor. Era un día templado, pero llevaba un abrigo grueso y oscuro. Después de hacerle una seña con la mano y que me viera, siguió paseando la mirada, inquieto.

—¡Nathan! —grité—. ¡Nathan!

Sin reducir la velocidad, me abalancé sobre su cuello sin poder contener la alegría de volver a verlo por fin y la emoción de saberme embarazada. Nuestros cuerpos chocaron con fuerza, y él se sobresaltó. No había pensado en cómo comunicarle la noticia, si decírselo a bocajarro o adoptar una actitud más cautelosa, y al verlo me salió de carrerilla. Estaba tan ebria de felicidad que no imaginé que su reacción fuera a ser tan parecida a la de Nele. Estaba atrapada en aquella idea y no podía parar de decir que iba a tener un hijo suyo.

Nathan no contestó y volvió a mirar con inquietud en todas direcciones. Cuando por fin posó la mirada en mí, me pareció que me atravesaba. Al principio reaccionó a mis palabras despacio, muy despacio. Algo desfiguró sus preciosos rasgos finos: era puro terror.

—¿Qué dices? —susurró.

Di un paso atrás.

—¿No has oído lo que acabo de decir? Estoy embarazada. Voy a tener un niño y...

Antes de que pudiera continuar, me tapó la boca con la mano. Me ardían los labios.

Retrocedí de nuevo.

—¿Te has vuelto loco? —farfullé como pude, ya que Nathan seguía presionando la mano contra mi boca.

—¡No hables tan alto! —me increpó—. Alguien podría oírte.

Miré alrededor. En el patio interior de la Mozarteum se habían reunido algunos estudiantes de música a fumar. Por la calle corría una mujer con un niño pequeño de la mano y un cesto con las compras en la otra. Un señor mayor llevaba atado un caniche con un estridente vestido de punto rosa. No se veía a nadie más, y esas pocas personas no nos prestaban atención ni a Nathan ni a mí.

Le aparté la mano con un gesto brusco.

—¿Quién... quién iba a oírnos? Además, aunque...

Esta vez me colocó la mano con mucha más delicadeza en los labios, no fue rudo como la primera vez, pero seguía siendo desagradable. Antes me sentía alegre y llena de energía, pero ahora me amenazaban la sensación de engaño y el miedo, cada vez más al ver que no paraba de volverse inquieto.

Podría llegar a entender que no se alegrara, pero ¿que ni siquiera reaccionara ante la noticia? ¿Ni siquiera cuando finalmente me llevó hacia el Salzach, y no a la Mozarteum?

—Vamos, voy a llevarte a casa...

—Pero...

—¡Vamos!

La orden sonó tan contundente y dura que me estremecí y no me atreví a desobedecerle.

Caminamos juntos en silencio. Tras los primeros pasos no sólo me había soltado, sino que se había distanciado claramente de mí. Desde fuera, cualquiera habría pensado que no nos conocíamos, que caminábamos al lado por casualidad. Lo miré de soslayo varias veces, quería decir algo, pero él evitaba mi mirada, y a mí no me salían las palabras.

Cuando cruzamos el Salzach estaba convencida de que había sido un error asaltarlo por sorpresa con una noticia así. Intenté convencerme de que sólo necesitaba tiempo para digerirla.

Llegamos a la Goldgasse.

—Sophie —empezó, y parecía que le costaba pronunciar las palabras, pero luego, lacónicamente, dijo—: Hablaremos de eso más tarde. Vendré por la noche.

Me miró con ojos ausentes, como antes, parecía pensativo. No hizo ningún amago de abrazarme ni darme un beso.

Me di la vuelta vacilante y subí la escalera. Los pies me pesaban como si fueran de plomo. En cuanto llegué al piso me fui a mi habitación, abrí la ventana y miré abajo. Nathan seguía en el mismo sitio delante de casa, yo quise hacerle una seña, pero él no levantó la vista, no paraba de mirar en una y otra dirección, como si buscara algo, y al final se fue presuroso.

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció de mi campo de visión, debatiéndome entre la desazón, la desilusión y la alegría por el niño.

Por la noche no apareció como había prometido, y tampoco al día siguiente. Fui a buscarlo a la Mozarteum, pero no lo encontré, y cuando volví corriendo a mi casa, esperanzada, tampoco estaba allí.

Esperé.

Esperé durante el mediodía, toda la tarde, toda la noche. No dormí, no comí nada, no bebí nada. Cuando a la mañana siguiente Nele me encontró con todo el cuerpo temblando y bañada en lágrimas, se puso furiosa.

—Ven aquí —resopló, mientras me agarraba del brazo—, pero ¿qué esperabas? ¿Que diera saltos de alegría al ver que te quedas embarazada la primera noche? ¡Eso no funciona así!

—Nele...

—¡Ahora vas a comer y vas a intentar dormir! Estás horrible. —Y luego, al ver que yo no reaccionaba, dijo—: La mayoría de los hombres son así. Primero se hacen los héroes, y luego esconden la cabeza. Si tienes suerte, en unos días se le habrá pasado el susto y a lo mejor está dispuesto a ayudarte económicamente.

—No se trata de dinero —tartamudeé.

—¡Bah! —exclamó—. En todas las relaciones, tarde o temprano, se trata sólo de dinero. Así es la vida. Ay, Sophie... ¡desengáñate!

Quizá me levanté a comer algo, tal vez durmiera también unas horas, ya no lo sé. Sólo sé que más tarde seguí esperando, de nuevo durante el mediodía, toda la tarde, pero sólo la mitad de la noche. Después ya no aguanté más.

Bueno, no era la primera vez que desaparecía sin avisar ni dar una explicación, pero esto era distinto, eso lo sabía: le había dicho que estaba embarazada y me había prometido que hablaríamos aquella misma noche.

Cuando se fue de Salzburgo la última vez me dio su número de teléfono, pero me dejó claro que sólo debía llamarle en caso de emergencia extrema. Marqué su número sin parar, y sólo escuché una y otra vez una voz metálica que me informaba de que el número ya no existía. De madrugada tomé la decisión de ir a su casa: otra vez, como me reprochaba una voz en mi cabeza que aún no había sido vencida por la pena y la fatiga. Al principio llamé con timidez, luego a golpes: no pasó nada. La casa estaba completamente a oscuras.

Me quedé hasta el amanecer en la puerta de la entrada, luego fui corriendo a la Mozarteum para preguntarle a todo el mundo, literalmente, incluso a la mujer de la limpieza, si habían visto a Nathanael Grigori. La mujer me miró confundida, en cambio en la mirada de Hanne Lechner vi compasión, pero también una pizca de desdén.

—¿Ya estás buscándolo otra vez? ¿Puede ser que tu chico se vaya cada dos semanas? Yo no lo toleraría. Por lo visto te está destrozando, ¿has visto la cara que tienes?

Hice caso omiso de sus comentarios y volví a preguntarle si había visto a Nathanael. Hanne ya no se acordaba de cuándo se había encontrado con él por última vez. Al igual que las otras veces, nadie lo había visto, nadie sabía nada de él, era como si se hubiera esfumado.

De camino a casa, empecé a llamar a todas partes. Primero a la policía, luego a todos los hospitales de la ciudad. Llamé hasta a los más lejanos, como el de Hallein.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Nele sorprendida al entrar en el salón.

—Ha tenido que pasar algo. No puede ser que desaparezca así, sin más.

Ella arrugó la frente, escéptica.

—¿No ha desaparecido ya unos días un par de veces sin avisarte?

—Sí, pero esta vez parece distinto. Yo tampoco lo sé. Yo... —Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Mantuve la esperanza durante dos días más, y proseguí mi búsqueda, ya menos frenética, aunque igualmente desesperada, siguiendo siempre la misma rutina: llamaba a su número de teléfono, a los hospitales, esperaba delante de su casa, preguntaba por él en la Mozarteum. Entonces llegó la carta.

Aquella mañana estaba tan falta de energía que no podía levantarme. Hasta entonces apenas había notado el embarazo, y tampoco había malgastado un solo pensamiento en él, pero ahora sentía fuertes náuseas y malestar. No recordaba haberme sentido nunca tan mal. Hacia el mediodía me arrastré hasta la cocina para hacerme un té y comer unos palitos salados, convencida de que no iba a poder

retenerlos en mi interior mucho tiempo. Estaba removiendo la cucharada de miel en el té cuando llamaron a la puerta. Contenta, me precipité hacia el pasillo, pero cuando abrí no era Nathan el que estaba ante mí, sino un mensajero que traía una carta. Me fijé en el remitente. En el dorso, con una letra fina y elegante, figuraba «Nathan». No había apellido, ni dirección. Nada más cerrar la puerta, abrí el sobre.

Saqué una hoja blanca y vi que las líneas sólo ocupaban el tercio superior.

Me han dicho que me estás buscando, y quería pedirte que lo dejaras. He decidido no quedarme más en Salzburgo. Desde un principio mi estancia iba a durar unas semanas.

Sophie, a lo mejor te he dado falsas esperanzas, pero pensaba que siempre habías tenido claro que lo que había entre nosotros no podía durar. No quería hacerte daño. Si lo he hecho, lo siento. Te deseo todo lo mejor en tu futura vida, pero es mejor para los dos que no volvamos a vernos nunca más.

Ni una despedida. Ni una firma. Y sobre todo: ni una palabra sobre mi embarazo.

Leí la carta tres veces, luego se me resbaló de las manos heladas. Me fallaron las rodillas y me desplomé en el frío suelo. Me quedé allí sentada durante horas, luego me arrastré hasta el piano. Me coloqué ante las teclas sin tocarlas.

Cuando llegó Nele, me encontró todavía allí. No levanté la vista, no dije una sola palabra a modo de explicación, pero ella debía de haber encontrado la carta de Nathan y la había leído, porque dijo muy enfadada:

—¡No puede ser verdad! ¿Ha desaparecido así, sin más?

—Sí —respondí, sin volverme hacia ella, con una firmeza que me asombró a mí misma.

Deslicé las manos despacio sobre las teclas, primero sin apretarlas, como si las acariciara. Cuando por fin empecé a tocar, eran notas confusas sin una melodía.

—¡Qué canalla! —soltó Nele.

—Sí—me limité a responder.

—¿Y qué quieres hacer ahora? —Sentí por su cálido aliento que se había colocado detrás de mí. Tenía que gritar para superar las disonancias—. ¡No puedes aceptarlo! En algún sitio tiene que estar. ¡Tráelo aquí! ¡Pídele explicaciones! ¡Que no te despache con estas ridículas líneas! Tiene que asumir su responsabilidad.

—No.

Yo aporreaba las teclas. La multitud de tonos disonantes hacían daño a los oídos, pero de algún modo me sentaban bien, eran liberadores.

—¿Y el niño? —gritó Nele entre el ruido—. ¿Qué pasa con el niño? ¿Quieres tenerlo?

—Sí.

Apenas se oía mi voz.

—Pero ¿sigues queriendo ser pianista? ¿Cómo lo vas a hacer? Tal vez sería mejor...

—No.

Paré de tocar de repente. Nele colocó las manos sobre mis hombros, pero yo me aparté con brusquedad. En aquel momento no podía soportar tanta cercanía, cercanía física.

—Vamos, Sophie... —suspiró Nele con tristeza—, ¿no puedes decir otra cosa que no sea sí o no?

Me di la vuelta y la miré fijamente. Le lancé una mirada terrible, y ella contuvo la respiración, asustada.

—Sophie... —susurró, temerosa.

Me sentía petrificada, incapaz de volver a rozar las teclas, y mucho menos de seguir tocando. Pensé en mis actuaciones, en los nervios que siempre me acompañaban, la desesperación que se apoderaba de mí cuando, pese a las protestas del profesor Wagner, estaba convencida de no haber tocado bien. No lo suficiente.

Tampoco había sido buena para Nathan, no lo suficiente. Sin duda él tampoco se había portado bien conmigo, pero ¿eso qué importaba?

Me había dicho que me quería, pero ahora veía claro que me había engañado. Yo no dudaba de mi amor por él, siempre lo iba a querer, pero dudaba de mí en otro sentido: no creía tener un talento extraordinario, que valiera para ser pianista, todo eso era sólo una invención mía. En ese instante lo vi claro.

Cerré la tapa del piano con un ruido metálico. Cuando el sonido se extinguió, dije con una voz fría que ni yo misma reconocí, en medio del silencio:

—No voy a tocar el piano nunca más.

No fui consciente de cómo pasaron los meses siguientes, de que un verano caluroso se convirtió en un otoño lluvioso tras el que llegó un invierno gris. No sentía el frío ni el calor, sólo dolor: al principio tan intenso como si me fuera a desgarrar, más adelante una palpitación constante y sorda en el pecho. No estaba segura de la causa del dolor, si era la pena o también las molestias físicas propias del embarazo. No lo combatía, me lo tomaba con la misma indiferencia que la desidia que se había apoderado de mí. Cada paso era un reto, cada bocado de comida me provocaba náuseas. Mientras otras mujeres engordaban durante el embarazo, en mi caso crecía la barriga, pero el resto del cuerpo parecía cada vez más consumido y débil.

Nele ya no tenía consejos que darme, se debatía entre la impotencia que le producía que yo rechazara todas sus recomendaciones y la consternación de verme en un estado tan lamentable. Al principio lo intentó todo para sacarme de mi letargo. Fue inútil.

Sin embargo, Nele se atrevió a hacer un nuevo intento y a finales de las vacaciones de verano invitó a casa a algunos compañeros de estudios, aunque sabía que yo no era especialmente querida en la Mozarteum. Hanne Lechner era una de las invitadas. Cuando vieron mi estado, se quedaron perplejos y todos empezaron a bombardearme con que no debía dejar de tocar el piano porque tenía un talento increíble. Observé sus rostros, no les creí, murmuré algo de la «japonesa» que era yo a sus ojos, una empollona, solitaria, nada interesante. ¿Por qué no me dejaban en paz?

—Ya sé que te dan miedo las actuaciones en público —dijo Jan Meyer, el clarinetista—, pero eso no es motivo para...

¡Como si yo hubiera dejado el piano por miedo escénico! ¡Como si esas razones tuvieran alguna importancia, comparadas con el único gran miedo que era real: el miedo a vivir sin Nathan!

—Ya no puedo más —murmuré—, simplemente no puedo más.

Al ver que no lograban convencerme, me dejaron con una mezcla de extrañeza, lástima y desprecio. Al día siguiente vino a verme el profesor Wagner. La rabia porque hubiera dejado pasar mi examen de primer ciclo era mucho más profunda que la preocupación. Estuvo hablándome durante una hora, me dijo que no dejara escapar mi don, y me aseguró que tenía que recuperar el examen más adelante, que no era problema suspenderlo durante unos meses, si... antes me habría resultado muy embarazoso que me encontrara en semejante estado —aún en la cama en camisón, sin duchar, con el pelo desgreñado y la piel mortecina—, pero ahora todo me daba igual, también que su voz adquiriera un tono cada vez más colérico.



—¿Qué quiere hacer con su vida? —me preguntó, y yo lo miré con expresión ausente y pensé: «¿A qué vida se refiere?»

Lo único que no me daba igual era el niño. Durante los primeros cinco meses noté primero sus suaves movimientos, como si una mariposa revoloteara en el interior de mi abdomen. Me negaba a preocuparme por el parto —ni leía consejos ni asistía a cursos de preparto—, pero cuando me acariciaba el vientre redondo, atisbaba la luz al final del túnel. Nada me impulsaba a recuperar mi antigua vida, el punto de inflexión que Nathan había provocado era insuperable, era como si mi vida se hubiera dividido en dos partes que jamás fueran a conformar un todo. Sin embargo, de una cosa estaba segura: en esta nueva existencia, que tal vez en algún momento volviera a ser una vida con deseos, sentimientos y anhelos, no estaba sola.

Nele llamó enseguida a mi padre, con el que yo apenas tenía contacto. Se había separado de mi madre muy pronto, y la última vez que lo había visto fue cuando ella murió, cinco años antes. Mi padre se presentó en casa, me miró de arriba abajo como si fuera una desconocida y no pudo disimular la desazón que sintió al verme. Justo aquella criatura descuidada tenía que ser su hija. Intentó recomponerse y me explicó que me apoyaría en todo lo que pudiera. Me quedó claro que se refería a dinero. Dinero era lo que siempre me había ofrecido —pagaba el alquiler del piso y mis estudios—, pero nunca tiempo para conocerme mejor. Asentí, sin saber qué decirle, y él pareció aliviado cuando, pocos minutos después, nos despedimos.

En aquella época —eso me lo confesó más tarde—, Nele también intentó localizar a Nathan. De haber podido, no le habría importado seguirle por media Europa para pedirle explicaciones, no sólo para ayudarme, sino porque ella también sufría mucho viéndome en esa situación. Sin embargo, nadie sabía nada de él, y no sólo en Salzburgo, tampoco en las grandes salas de conciertos donde Nathan había actuado. Nele no encontró a nadie que supiera decirle dónde estaba. Todas las llamadas cayeron en saco roto, todas las búsquedas por Internet acabaron en un callejón sin salida.

En un momento dado, Nele se dio por vencida, y también empezó a perder la esperanza de llegar hasta mí. Hablábamos poco y, aunque de vez en cuando Nele me preparaba un té o algo de comer, yo tenía la sensación de que cada vez me evitaba más. A decir verdad, yo lo prefería, porque me sentía mejor cuando estaba sola.

Por Navidad se marchó con sus padres, y cuando volvió a Salzburgo y entró en mi habitación, se le descompuso el rostro al verme. Más tarde comprendí que en ese momento temió que yo hubiera cometido una locura, aunque a mí jamás se me ocurrió semejante idea. Pese a las continuas náuseas, yo había comido durante las fiestas con regularidad, pero no se me notaba y, salvo por el vientre y los pechos hinchados, se me veía más delgada.



—¡Como coja a ese canalla! —exclamó Nele de pronto.

Durante los últimos meses ya no hablábamos de Nathan. Siempre que nos acercábamos al tema yo me ponía a hablar de otra cosa.

Yo me miré las manos con gesto pensativo.

—Me dijo que me quería —murmuré— y que era una mujer extraordinaria...

—Seguramente para llevarte a la cama. ¡Será cerdo!

No contesté, sabía que todo indicaba que era así. Sin embargo, ni la tremenda desilusión, ni la desolación ni la inseguridad enturbiaban la certeza de que Nathan no mentía.

Estaba convencida de que su desaparición tenía algún motivo, y también de que jamás llegaría a conocerlo.

Mi hija nació en marzo del año siguiente.

Me desperté en la oscuridad de la noche al notar un doloroso tirón en el abdomen. Logré recordar vagamente que el reloj de la catedral había tocado las doce cuando apagué la luz. Poco después me dormí. No tenía ni idea de cuántas horas habían pasado desde entonces, pero cuando abrí los ojos me sentí desvelada. Me levanté, encendí la luz. El dolor que me había despertado me provocó un nuevo pinchazo en el vientre. Era molesto —como si alguien tirara de mis órganos, los anudara y los volviera a soltar—, aunque no del todo angustioso, y cuando se extinguía me sentía tan viva y febril de la embriaguez como hacía meses que no me sentía. Escuché en mi interior, pero no había tristeza. Me despejé el pelo desgreñado de la cara, con cuidado, vacilante, como si algo me fuera a agarrar, sujetar y condenar a la inmovilidad. Pero no fue así. La fatiga, el letargo y la melancolía se desvanecieron en pocos minutos.

Me acaricié con ambas manos el vientre abultado, esperé casi ansiosa a que el dolor remitiera y con él la repentina certeza de que era lo bastante fuerte para soportarlo, que no había sucumbido a la separación de Nathan, que aún me quedaba fuerza, mucha fuerza para mí y para mi hijo. Primero llegaron las contracciones a intervalos de diez minutos y luego eran cada vez más frecuentes. Los tirones se convirtieron en sacudidas, la respiración en jadeos. A pesar de todo, permanecí tumbada y no me levanté hasta que la luz comenzó a despuntar tras las cortinas.

Estaba buscando mis zapatillas de estar por casa cuando me sacudió una nueva ola de dolor, más intensa y mucho más larga que la anterior. Ya no eran como nudos, sino más bien como si alguien me clavara un cuchillo afilado y lo removiera al azar sin acabar de decidir en cuántas partes descuartizarme. Solté un alarido, me apoyé en la pared y permanecí en esa posición hasta que sentí un líquido caliente entre los muslos. Pensé que era sangre, ya que por el dolor no podía ser otra cosa.

Pese a que me sentía mareada, empecinada en soportar todo el dolor, en aquel momento el pánico se apoderó de mí.

—¡Nele! —grité—. ¡Nele!

Salí dando tumbos y llamé a su puerta. Tardó un rato en sacar la cabeza, soñolienta.

—¿Qué pasa?

Cuando me miré los pantalones del pijama mojados, vi que no era sangre.

—He roto aguas... tengo contracciones desde hace unas dos horas...

Ella despertó de golpe.

—Pero ¿estás loca? ¿Por qué no me lo has dicho antes? Nos vamos ahora mismo al hospital. ¿O debería llamar al médico de urgencias? ¡Dios mío, no sé qué hacer! Y no has preparado una bolsa para el hospital...

De pronto hizo una pausa.

—¡Madre mía, Sophie!

Me agarré al marco de la puerta. El dolor aumentaba y penetraba, cortaba y daba tirones, se hundía y me despedazaba. Me puse en cuclillas por instinto.

—Creo que no llegamos al hospital —murmuré. Entonces me di cuenta de que me había mordido los labios hasta hacerme daño.

Nele se abalanzó sobre el teléfono, llamó a una ambulancia y me llevó al salón. Me arrodillé con las piernas abiertas delante del sofá y apoyé las manos y la cabeza en él. Ésa era la única posición en la que soportaba las punzadas del cuchillo que se revolvía en mi interior. El dolor de las contracciones se atenuó, pero se trasladó a la espalda. Me palpé la columna vertebral; la sentía como una serpiente ondulada que escupía veneno en todas direcciones.

Grité sin parar, una y otra vez.

—¿Y ahora qué hago? —se lamentaba Nele—. Estudio psicología, no medicina.



Yo no podía darle consejos, pero mi instinto me decía que el médico de urgencias llegaría tarde. Nele no podía parar de hablar de los nervios. Hablaba del cuello uterino... de cuánto había dilatado... de si el niño estaba bien colocado... de si el dolor era ya de las contracciones del parto... porque si no —eso lo había visto en una película— había un momento en que la mujer tenía que dejar de empujar y acompañar las contracciones con la respiración.

Yo no alcanzaba a desentrañar sus palabras. Mi mente parecía separada del cuerpo, elevada a algún lugar del espacio muy por encima del dolor espasmódico que me infligía el cuchillo, el cuchillo al rojo vivo que se revolvía una y otra vez en mi interior. Yo no respiraba para aliviar el dolor, como me gritaba Nele histérica, sino que me dejé llevar por su ritmo. La energía, la fuerza y la resolución de antes dejaron paso a un único deseo: la esperanza de que todo acabara y los dolores disminuyeran.

En algún momento tuve la sensación de que, por un instante, el cuchillo se detenía. Levanté la cabeza y vi que Nele había abierto las cortinas. El viento había descompuesto las marañas de nubes en finos hilos que se entretejían con el gris oscuro hasta que penetraron los primeros rayos de sol, todavía débiles y apagados, de color rosa pálido.

Cerré los ojos con fuerza, y me oí gritar a lo lejos de dolor.

—¡Siéntate en el sofá! —gritó Nele—. ¡Y abre las piernas! Si no, no veo nada.

Obedecí, cambié de posición y finalmente dejé caer la cabeza hacia atrás. Cuando volví a mirar al cielo, las nubes se habían dispersado y el rosa pálido se había convertido en un rojo abrasador que retiró el último velo de la noche.

—Veo la cabecita —vociferó Nele. O más que gritar, soltó una risita histérica.

Yo, en cambio, estaba absolutamente tranquila. Ya no chillaba ni gemía. Me quedé mirando fijamente el rojo ardiente del cielo con la sensación de que flotaba hacia él, liberándome de mi propio cuerpo y abandonando todo lo que constituía la antigua Sophie: la inseguridad, que a menudo disfrazaba de aspereza, el miedo a equivocarme, del que no lograba desprenderme, ese amor incondicional y frustrante hacia Nathan, que tan feliz y tan desdichada me había hecho, la terquedad con la que me enfrentaba a las cosas, aunque me destruyera. ¿En quién iba a convertirme si no quedaba nada de esa Sophie? ¿Podría deshacerme de ella tan fácilmente?

Justo cuando contemplaba el cielo absorta, convencida de que no habría un momento en mi vida más intenso, más duro y más bonito que aquél, la voz de Nele me devolvió al mar de dolor.

—¡Empuja! ¡Tienes que empujar!

Entonces ya no pude pensar más en mí y me aferré a la esperanza de que los dolores desaparecieran en algún momento.

Cuando llegó la ambulancia, mi hija ya había nacido. Nele la sujetaba en brazos y sonreía feliz y agotada a la vez.

Los sanitarios llamaron a la puerta y ella me dejó a la niña sobre el vientre. Estaba caliente y húmeda, y gritaba a pleno pulmón. Levanté la mano, le acaricié la cabecita, que parecía aplastada, y el pelo oscuro, que estaba cubierto de sangre y una mucosidad amarillenta.

Los llantos se volvieron un poco más suaves. Cuando el médico de urgencias llegó corriendo al salón, mi hija abrió los ojos por primera vez. Me sumergí en aquel azul brillante, el azul de Nathan.

—Es una niña —susurró Nele.

Yo siempre lo supe, aunque durante el embarazo no había querido saberlo y en aquel momento tampoco lo comprobé.

El rojo ardiente palideció mientras el médico examinaba primero a la niña y luego a mí.

—Aurora —murmuré—. Tiene que llamarse como la diosa del arrebol. Aurora.



CAPÍTULO 3

Durante los primeros años evitó por todos los medios acercarse a ella. Ni siquiera quiso observar desde la distancia cómo crecía la niña, sino que se mantuvo firme en su ridícula maniobra de distracción.

No era fácil vencer la melancolía, pero tampoco insoportable. Al fin y al cabo tenía que prestar atención a tantas cosas, había tanto sobre lo que reflexionar, tanto que preparar para la futura obra... Tenía que reunir a sirvientes en torno a él que fueran dóciles, combativos, sumisos, y debía ocuparse de que fueran lo bastante fuertes.

Además le resultaba más fácil mientras la niña fuera una lactante mofletuda y calva y careciera de atractivo para él.

Eso fue cambiando poco apoco.

Cuando, pasados muchos años, se atrevió a acercarse a ellas por primera vez, vio que se había convertido en una niña de extraordinaria belleza. Poseía unos rasgos finos similares a los de su madre. El pelo oscuro y ondulado desprendía un brillo rojizo al sol. El penetrante azul de sus ojos resaltaba sobre su pálida piel.

Sabía que no se quedaría así, pero cuando el tiempo trajera la transformación, presentiría quién era. Hasta entonces no había nada que aprendiera con especial rapidez ni lentitud. Era un poco reservada, parca en palabras e insegura, pero no para llamar la atención.

Sophie parecía aceptar que Aurora fuera una de esas niñas más calladas y sensibles, tal vez demasiado racional y pragmática para su edad, pero al parecer contenta y tranquila consigo misma.

No sospechaba hacia dónde se dirigía Aurora.

Tampoco imaginaba que él había vuelto a su vida como una sombra silenciosa.

Saldría a la luz en el momento adecuado, no sólo para reclamarla a ella de forma definitiva, sino también a la niña, sobre todo a la niña.

Pasados siete años

Cuando llegué con Aurora al lago de Hallstatt, era pasado mediodía. La bruma estaba suspendida sobre el agua y la superficie de color verde oscuro parecía sedosa como el musgo. Ni una sola arruga surcaba aquel manto liso y desvelaba las frías profundidades que se encontraban debajo. El agua se arrimaba sin fisuras a la orilla, que era rocosa, cubierta de hierba o por espesos bosques de coníferas, cuyas sombras puntiagudas se alargaban en el agua.

Había bajado la ventanilla del coche, respiré hondo el aire fresco y sentí que disminuía la tensión.

Era cierto que habíamos llegado, me decía, sí, era cierto.

No era la primera vez que intentaba convencerme de algo, pero nunca lo había logrado del todo.

Habíamos salido de Salzburgo poco después del almuerzo, y en la A1, antes de Thalgau, llegamos a un atasco donde permanecimos paradas por lo menos dos horas. No paraba de tamborilear impaciente en el volante, mientras Aurora hojeaba uno de sus libros completamente ajena al retraso. Habíamos parado en Wolfgangsee, bebimos té de frutas y comimos pastel de amapolas. El cielo era de color azul reluciente, sólo manchado por algunas nubes blancas, pero cuando llegábamos a Hallstatt la luz se volvió más turbia.

Las primeras casas se alzaron sobre nosotras y le hablé a Aurora del lugar pintoresco y las imponentes montañas que lo rodeaban. Sólo se veía el pie de las montañas de Dachstein. Las cimas estaban cubiertas de velos de niebla. Aurora no contestó, pero vi por el retrovisor que había dejado a un lado el libro y miraba fuera con curiosidad cuando dejamos atrás Steingraben, pasamos por un túnel hacia la enrevesada ciudad de Hallstatt y llegamos a la calle Obertrauner. De allí salía una callejuela, a unos cinco kilómetros del centro, hacia la zona alta en la que se encontraba el caserón. Lo había heredado de mi padre, que lo había comprado unos años antes y nunca llegó a cumplir el sueño de mudarse de Salzburgo y pasar allí la vejez. Yo, en los

tres años que habían pasado desde su muerte, tampoco me había preocupado de aquella propiedad porque temía la gran cantidad de reformas que necesitaba.

La última parte era tan escarpada que sólo se podía recorrer en primera. El motor rugió varias veces.

Cuando paramos delante de la casa, me volví hacia Aurora con una mirada que, pese a mi estado de incuestionable relajación, no dejaba de estar cargada de preocupación. No era para menos, en vista de lo que había ocurrido desde su séptimo aniversario. Además, el hecho de irnos de Salzburgo de forma precipitada, una semana antes de las vacaciones escolares oficiales, hacía que pareciera una huida. Sin embargo, al ver el rostro de curiosidad con el que Aurora observaba la casa, tuve que sonreír.

Sí, era cierto que habíamos llegado, volví a pensar. «Aquí todo volverá a salir bien, o por lo menos será normal, igual que nuestra vida unos meses antes.»

—Bueno, aquí estamos —dije.

Aurora se desabrochó sola el cinturón de la silla infantil y salió del coche de un salto para inspeccionar el edificio.

Alzó la vista, fascinada, hacia la primera planta.

—¡Esos torreones de ahí arriba parecen de un castillo!

Mi sonrisa se volvió más amplia. Hacía semanas que nada la ilusionaba tanto. Pese a que hasta ese momento siempre me había quejado para mis adentros al ver la casa porque había montones de cosas por reparar, ahora sólo la veía a través de los ojos de Aurora.

Fue construida a finales del siglo XIX por una familia de comerciantes de Viena que veraneaba allí con su prole, cada vez más numerosa. Parecía que el tiempo se hubiera detenido desde entonces. Debía de haber pasado por lo menos un siglo desde que pintaron por última vez el edificio. En la fachada aún se veían los colores claros verdosos originales del enlucido, pero en la mayoría de la casa la pintura estaba desconchada. Los miradores, antes de color blanco reluciente, estaban de un color gris sucio, arrugados por algunas grietas profundas. La hiedra trepaba por varios sitios, aunque las hojas habían perdido su verde intenso tiempo atrás, estaban marchitas y en parte habían caído al suelo, donde se descomponían en una masa mugrienta y marrón. Cerca del suelo la pared mostraba varias manchas húmedas coronadas con moho oscuro. El tejado había sido rojo en algún momento, pero los colores habían palidecido y se encontraba cubierto por una capa verdosa de moho. Incluso faltaban algunas tejas, de modo que la madera de debajo quedaba al descubierto y ya se había podrido. En caso de lluvias intensas, estaba segura de que había goteras en las habitaciones

superiores, pero de todos modos nosotras no íbamos a utilizarlas. Junto a la cocina y el baño, había arreglado la sala de estar, además del pequeño comedor contiguo, que serviría de habitación para Aurora. El salón octogonal de la primera planta lo utilizaría yo para trabajar.

Cogí de la mano a Aurora, que estaba asombrada, y la llevé hasta la entrada.

—¿De verdad esto es nuestro? —preguntó, impresionada.

—¡Pues claro!

La puerta de hierro forjado estaba cubierta de óxido y chirrió al abrirla. Tuve que empujar con todas mis fuerzas para abrirla de un golpe. El caminito que conducía a la entrada de la casa estaba invadido por el musgo y la hierba. Cuando llegamos a la puerta de entrada de la casa, Aurora dio una vuelta sobre sí misma. El solar estaba bordeado por abetos comunes y rojos en tres de los lados. Entre el espeso ramaje se divisaba a lo lejos el centelleante lago. Hacia el oeste se elevaba un seto asilvestrado que nadie podaba hacía años. En todo el jardín la hierba llegaba a la altura de las rodillas, excepto en los sitios donde la presionaban las ramas y las cortezas que las últimas tormentas de invierno habían arrancado de los árboles. En el antiguo parterre de flores se veían algunos rosales marchitos, arbustos que habían proliferado, raíces y maleza.

Evité pensar en el enorme trabajo que supondría convertir aquella selva virgen en un jardín agradable.

—¡Mira! —gritó Aurora.

Estaba mirando emocionada una estructura circular que antes había servido de pérgola, donde la familia de comerciantes vieneses tomaba el café de la tarde. Ahora estaba abarrotada de utensilios: debajo había carretillas, rastrillos y una escoba, incluso un viejo cortacésped completamente oxidado.

—¡Fíjate! —gritó Aurora, y echó a correr para examinarlo todo más de cerca.

Mientras ella exploraba el jardín, yo entré en la casa y me apresuré a abrir todas las ventanas. Durante las últimas semanas había aireado continuamente las habitaciones, pero el olor ligeramente rancio y cargado, propio de las casas antiguas, persistía.

A continuación saqué del coche sólo lo imprescindible. En una bolsa había bocadillos y una sopa de sobre. Al abrir en un principio el grifo de la cocina, comenzó a salir a borbotones un agua sucia de color marrón rojizo, pero al cabo de un rato el agua era clara y pude preparar la sopa.

Tuve que obligar literalmente a Aurora a entrar en casa. Cuando por fin se sentó a la mesa de la sala de estar, estaba demasiado emocionada para comer. Miraba fascinada la enorme chimenea de piedra, con las paredes negras del hollín.

—¿Podemos encender un fuego? —preguntó, lista para ponerse manos a la obra.

—En verano no —le expliqué, sin explayarme.

Por fin Aurora empezó a tomar la sopa. Se llevó a la boca unas diez cucharadas con una lentitud increíble, luego dijo que estaba llena y apartó con energía el plato medio lleno. Bajó de un salto y examinó el salón con detenimiento. Era obvio que la enorme librería la había fascinado. Eché un vistazo a los títulos de los lomos —muchos de ellos resquebrajados y polvorientos— y vi que la mayoría eran viejos diccionarios que el antiguo propietario coleccionaba y mi padre había decidido conservar. Decidí que, si en algún momento tenía tiempo, los revisaría y vendería una parte de ellos a un anticuario. Pero ahora lo primero era meter en la casa el resto del equipaje, que todavía tenía el coche lleno hasta los topes. Una parte del mobiliario de la casa aún se podía utilizar, pero no había ropa de cama, vajilla, toallas ni aspiradora. Todo eso tuve que traerlo de Salzburgo. Y junto a todo ello, también aguardaban fuera multitud de cajas de libros que iba a necesitar para trabajar.

Sólo de pensarlo me dolía la espalda, pero ese día estaba decidida a realizar aquel esfuerzo físico.

Aurora me siguió fuera. Ella cargó las bolsas menos pesadas, pero se quedó en el camino, entre la casa y el coche, y miró alrededor. La luz gris crepuscular se había tragado entretanto todos los colores. El verde del lago había palidecido, la luna creciente, aún desflecada por hilos de nubes, afloraba con nitidez en el cielo. Las moscas y mosquitos que zumbaban alrededor buscaban la luz con desesperación. El bosque, que a nuestra llegada lucía un color verde intenso, se había vuelto como un muro oscuro que rodeaba la casa. Las copas de los árboles susurraban. Una lechuza inició sus gritos aterciopelados a lo lejos. Si escuchabas con atención, también se distinguía el ruido de los coches que pasaban, pero la luz de los faros no llegaba hasta nosotros entre el denso ramaje.

Tras recorrer por tercera vez el camino del coche a la casa, me quedé pensativa ante el maletero abierto. ¿Debía dejar el coche ahí fuera o aparcarlo en el garaje? La segunda opción significaba tener que abrir la puerta grande junto a la pequeña de hierro forjado y, a juzgar por su estado, hacía tiempo que nadie lo había hecho. Dudaba de si debía hacer aquel esfuerzo, y al final decidí que no y saqué la última bolsa del maletero. Lo cerré, cerré el coche, y entonces pegué un respingo.



Aurora se había detenido a unos pasos del coche. Estaba muy rígida, como una estatua de mármol, y miraba en dirección al bosque. Tenía a sus pies una bolsa de plástico con algunos animales de peluche. La había dejado caer distraída y no se había dado cuenta de que la liebre que le había regalado Nele por su quinto cumpleaños había salido rodando y estaba junto a los neumáticos del coche.

—¡Aurora! —Mi voz sonó estridente. No era la primera vez que me la encontraba en ese estado, pero no dejaba de impresionarme—. ¡Aurora! —volví a gritar su nombre, pero ella no contestaba, ni siquiera se inmutó.

Entonces yo también dejé caer mi bolsa. Me abalancé sobre Aurora, la agarré de los hombros y la sacudí con suavidad.

—Aurora, ¿qué te pasa?

Levantó la cabeza, y su rostro reflejaba un terrible pavor. El resplandor de la puerta de la casa entreabierta era débil, pero aun así vi que le temblaban los labios y le castañeteaban los dientes. Era cierto que durante las últimas horas había refrescado, pero el aire seguía siendo templado, veraniego.

—¡Aurora! —Me puse en cuclillas a su altura, quería estrecharla entre mis brazos y hacerla entrar en calor, pero ella dio un paso atrás.

—Él está ahí —dijo en voz baja.

No estaba segura de haber entendido bien. Las sílabas quedaban entrecortadas por el castañeteo de los dientes y no tenían sentido.

—¿Qué dices?

El temblor remitió un poco.

—Él está ahí —repitió, y volvió la cabeza de nuevo en la misma dirección en la que observaba con tanta intensidad.

Seguí su mirada. El cielo estaba ahora tan oscuro que apenas se distinguían los árboles. En las copas seguía susurrando el viento, y al grito de la lechuza se unió el penetrante alarido agudo de un mochuelo.

—¿Hola? —grité con decisión a la oscuridad.

Por un instante me pareció percibir un movimiento: entre los troncos muy juntos se deslizó una silueta negra, cuyos pasos quedaron amortiguados por el suave musgo. Sin embargo, poco después ya no estaba segura de que no hubiera sido una alucinación. Tal vez sólo fuera una rama doblada que el viento mecía de un lado a otro.

—¿Hola? —grité de nuevo.

Solté a Aurora y me dirigí con decisión al bosque. Si realmente había alguien ahí escondido que nos observaba, que no pensara que me iba a asustar tan fácilmente.

—¡No, mamá! —Aurora me agarró la mano con la suya suave y me retuvo.

Su voz transmitía tal pánico que enseguida me quedé quieta. Me di la vuelta de nuevo hacia ella, la abracé con fuerza y le acaricié la cabeza. Esta vez no se resistió al abrazo.

—¡No te acerques a él! —me dijo con voz ahogada al oído.

Los temblores remitieron poco a poco.

—Tranquila —consolé a Aurora—, tranquila. Sólo era el viento... y aunque de verdad hubiera alguien, hace tiempo que se ha ido.

Miré al bosque, pero no advertí ni el más mínimo movimiento.

Aurora permaneció durante unos minutos abrazada a mí. Luego se soltó y recogió sus animales de peluche. La liebre de Nele se había manchado de barro.

—Podemos lavarla —le dije a Aurora, aunque estaba segura de que la desesperación de su rostro no era por el peluche sucio.

Fuimos corriendo hacia la casa, en cuanto entramos eché el cerrojo a la puerta y cerré los postigos de las ventanas, incluso en las habitaciones de arriba, que estaban sin reformar.

Estuve dando vueltas en la cama, inquieta.

Algunos pensamientos oscuros no me dejaban dormir, sobre todo recuerdos de las últimas semanas, pero también me corroía la duda de si la decisión de pasar allí el verano había sido un error.

¿Por qué?, me pregunté, como tantas veces. ¿Por qué había cambiado tanto Aurora?

Teníamos una vida sin preocupaciones, las dos formábamos una unidad perfecta, aunque Nele afirmara que eso no existía.

Desde el día de su nacimiento me dedicaba plenamente a ser madre, y en eso nunca había tenido que enfrentarme a la inseguridad ni a la sensación de no ser lo bastante buena como cuando era una pianista en ciernes, por lo menos hasta ahora. Disfrutaba de mi vida, y era feliz, todo lo feliz que podía ser sin Nathan. A veces no podía evitar pensar en él y sentía un gran vacío en lo más profundo de mi alma, pero la melancolía y la desidia que me acompañaron durante el embarazo desaparecieron el día en que nació Aurora, y con ellas la timidez, el miedo a equivocarme y la

desagradable costumbre de sonrojarme continuamente. Me limitaba a tener sólo el contacto imprescindible con personas externas y evitaba sobre todo a los desconocidos, pero ya no me asustaban ni me afectaban como antes.

Si Aurora estaba bien, yo también, y mientras ella estuviera bien, todo iba bien.

Sí, llevaba una vida tranquila, apacible, plena... hasta que Aurora cumplió siete años.

Seguí dando vueltas, nerviosa. Me vino a la cabeza aquella tarde con Nele. El día en que le conté mis preocupaciones.

Nele se mudó a las pocas semanas de nacer Aurora. Dijo que el piso era demasiado pequeño para las tres, aunque creo que también tenía ganas de empezar de nuevo ella sola. De todos modos, dijo que le encantaría ser la madrina, que nos visitaría con regularidad y que le haría regalos y me echaría una mano cuando necesitara canguro.

Según lo que estuviera pasando en su vida —si se había enamorado otra vez o había cambiado de nuevo de vocación—, Nele venía con mayor o menor frecuencia de visita. Durante los últimos meses llevaba una vida un poco más inestable. Seguía cambiando de chico cada dos por tres, como siempre, algunos eran el amor de su vida durante poco más de cinco semanas, hasta que resultaban ser unos idiotas y unos fracasados, pero por lo menos la elección de una profesión era definitiva. Tras varias incursiones en el sector de la publicidad y en redacciones de revistas de estilo, hacía dos años que había decidido ser psicóloga infantil, y desde entonces hacía prácticas y cursos de formación sin parar. Antes no creía que estuviera hecha para eso, pero después de verla tratar a Aurora con tanto cariño y desenvoltura, estaba segura de que podía tener un trato extraordinario con los niños. Era juguetona y un poco alocada, hacía reír a Aurora y consiguió ganarse su confianza.

Y con la suya, se ganó también la mía. Durante la conversación no paré de caminar de un lado a otro del salón, nerviosa, mientras Nele se masajeaba los pies sentada en el sofá.

Al principio insinué sólo vagamente que Aurora se comportaba de forma extraña, y Nele lo descartó enseguida y afirmó que posiblemente estaba pasando por una etapa excéntrica.

—¡Ojalá sólo fuera eso! —exclamé—. ¡Pero es mucho peor!

—¿Qué? ¿Qué es mucho peor?

—Será mejor que lo veas tú misma.

La invité a acompañarme a la habitación de la niña, abrí un poco la puerta y le cedí el paso. Cuando Nele vio a Aurora sentada en la cama, se le descompuso la expresión del rostro. Dejó de reírse de forma burlona por mi exagerada preocupación, retrocedió un paso y chocó conmigo. Cuando me miró a los ojos, los tenía desorbitados.

—Pero ¿qué hace ahí? —preguntó Nele, impactada.

—¿Entiendes ahora por qué me preocupo tanto? —le susurré.

Nele bajó la cabeza afectada y asintió.

—Sí —contestó—, ahora te entiendo.

No podía dormir. Me incorporé y me froté las sienes. Tenía la nuca rígida, como si tuviera un nudo en la cabeza que me provocaba dolores punzantes. Tal vez debía levantarme y tomar una pastilla, pero no sabía en qué bolsa había guardado los medicamentos. Me dejé caer de nuevo sobre la almohada con un suspiro. Quizás el dolor de cabeza se debiera al largo viaje agotador, o a la imagen que tenía grabada en la mente y que me perseguía sin cesar.

La imagen de Aurora, sentada en su habitación, sobre la cama, con los ojos azules abiertos de par en par...

Aurora no nos miró —ni siquiera había advertido nuestra presencia—, parecía mirar fijamente a un punto imaginario en la distancia. Estaba sentada con las piernas cruzadas y se balanceaba con el torso adelante y atrás. Para entonces ya sabía que podía pasar horas en aquel estado, completamente ausente y abstraída, sorda y ciega al mundo que la rodeaba.

—Dios mío, pero ¿qué hace ahí? —susurró Nele, profundamente consternada—. Es como, es como un...

—Como un trance —apunté para acabar la frase por ella.

—¿Y dices que cada vez pasa más a menudo?

—La vi así por primera vez hace unas semanas —le expliqué—. Al principio pensé que sólo se estaba divirtiendo; además las primeras veces duraba muy poco, como mucho unos minutos. Pero luego se quedaba en esa posición durante medio día. Además... —suspiré—, en cierto modo ya no es la misma. Ya sabes que siempre ha sido

un poco soñadora, pero ahora parece que duerma con los ojos abiertos. Y cuando duerme de verdad, la mayoría de las veces se despierta gritando. Creo que tiene pesadillas, pero no me las explica, aunque se lo pida muchas veces. En realidad casi no me cuenta nada. A veces me observa y al mismo tiempo mira a través de mí. Me rechaza cuando quiero abrazarla, y ya no me acuerdo de cuándo fue la última vez que se rió de corazón.

Nele arrugó la frente, desconcertada.

—Está muy distante conmigo. Ya no sé cómo acceder a ella. Dime, ¿podría ser que... que...? —dudé en transmitirle mis peores temores, pero luego respiré hondo y pregunté—: ¿Podría ser autista?

Nele estuvo reflexionando un rato, pero finalmente sacudió la cabeza.

—No lo creo. Los síntomas del autismo se manifiestan mucho antes. Además, nunca ha tenido dificultades con el habla.

—Pero ¿entonces qué es? —exclamé yo, desesperada.

—Déjame probar una cosa... —dijo Nele al fin.

Se acercó despacio a Aurora y se sentó a su lado en la cama. Esperaba que la agarrara de los hombros y la sacudiera, como había hecho yo tantas veces, por desgracia siempre en vano, pero Nele respetó la distancia. Aurora miraba fijamente al frente hacia el punto imaginario, el torso se balanceaba adelante y atrás, adelante y atrás... No soportaba verla así.

Entonces Nele levantó una mano de repente, la paró justo frente a la cara de Aurora y chasqueó los dedos con fuerza.

Una sacudida recorrió el delgado cuerpo de Aurora, dejó de balancearse, levantó la cabeza y miró a Nele aturdida, como si despertara de un profundo y largo sueño.

Se me escapó un grito de sorpresa y alivio al mismo tiempo.

—Hola, tía Nele —dijo Aurora. La voz sonaba apagada, débil, pero sobre todo abatida. Mi alivio se desvaneció. ¿Dónde había quedado la niña que antes esperaba emocionada en la escalera con toda su ilusión cuando Nele venía de visita?

Me acerqué despacio a la cama. La mirada de Aurora era de nuevo despierta, pero parecía perdida y triste. No me miró, ni a mí ni a Nele, estiró las piernas, levantó las rodillas y apoyó la barbilla en ellas.

—¿Qué hacías? —preguntó Nele, en un tono despreocupado.

Yo esperaba la respuesta en tensión. En realidad contaba con que no contestara, pero finalmente Aurora explicó casi inexpresiva:

—Meditar.

Esperaba que Nele siguiera preguntando, pero cambió de tema.

—¿Quieres que leamos juntas un libro?

Aurora se encogió de hombros. Se agarraba las piernas con las manos, parecía más delgada y delicada de lo normal.

—Si no tienes ganas, podemos jugar al teatro.

Nele le había regalado a Aurora por su cuarto cumpleaños un teatro de guiñoles y, desde entonces, en todos los aniversarios y Navidades, traía una figura nueva. Nele era fantástica modulando la voz, y dando vida tanto a la princesa como al cocodrilo. A Aurora le entusiasmaban aquellas representaciones, pero esta vez volvió a encogerse de hombros con indiferencia.

—También podríamos ir a tomar un helado —propuso Nele, que intentaba sonar entusiasta.

Aurora levantó la cabeza, vacilante.

—Ya no me gustan los helados.

Era esa maldita palabra la que más me asustaba.

«Ya» no me gustan los helados.

Así, como si la esencia de la niña pequeña a la que uno podía seducir con dulces de todo tipo hubiera cambiado para siempre. Como si todo lo que hasta entonces le alegraba y divertía ya no le entusiasmara.

—A lo mejor quieres comer otra cosa —dijo Nele.

—No tengo hambre.

—Entonces ¿qué te gustaría hacer?

Nele levantó la mano y acarició los rizos de Aurora. Ella no se resistió, pero el cuerpo se le puso rígido.

—En realidad preferiría estar sola.

Nele no contestó.

—Bueno, entonces te dejo tranquila. —Sonaba cariñosa y contenta, como si la frialdad de Aurora fuera lo más natural del mundo.

En cuanto se levantó y se acercó a la puerta, la expresión del rostro reflejó su consternación.

Aurora no volvió a entrar en trance. Cuando cerré la puerta de su habitación se quedó sentada, enfrascada en sus pensamientos como una niña desgraciada y solitaria.

Así tomé la decisión de pasar el verano en Hallstatt. De momento Nele no me aconsejaba recurrir a un psiquiatra. Tal como ella veía la situación, a un médico no se le ocurriría otra cosa que recetar pastillas que anestesiaran el espíritu de Aurora, en vez de reanimarla. Nele sugirió que tal vez ayudaría un cambio de aires que despertara una nueva vitalidad en la niña. Y tampoco estaría mal que yo saliera por una vez. ¿No hacía demasiado tiempo que vivía en aquella ratonera?

Le di la razón a Nele, no en cuanto a la ratonera, sino en cuanto a que a Aurora le iría bien un cambio de aires. Pensé en la casa de mi padre, vacía desde hacía tantos años, y decidí meterme de lleno en las reformas.

¿Y ahora?

Ya la primera noche habíamos tenido aquel curioso incidente. No podía quitármelo de la cabeza, lo rígida que se había puesto Aurora, cómo le castañeteaban los dientes, y cómo había susurrado, presa del pánico: «Él está ahí.»

Pasada la medianoche por fin me venció el sueño. Fue una noche intranquila. Me perseguían sueños confusos. Aparecía Aurora, pero también un bosque que parecía formado por personas. Del espeso ramaje salían manos con largos dedos negros que intentaban agarrarme, de las raíces terroríficas garras que me rodeaban los pies, de las ásperas cortezas rostros arrugados que se burlaban de mí. Sin embargo, finalmente mi cuerpo cansado se impuso. Los sueños se desvanecieron, y yo me sumí en la oscuridad más profunda.

Al día siguiente por la mañana me despertaron los cálidos rayos de sol que penetraban al sesgo a través de los postigos de las ventanas, y en los que danzaban pequeñas partículas de polvo.

Me estiré, me sentía reposada y, en cuanto entré en la cocina y puse agua a hervir para el café, empecé a pensar de nuevo en lo que había sucedido la noche anterior. Con aquel día soleado el miedo y los pensamientos agotadores perdían fuerza, y el pánico con el que había entrado en la casa el día anterior y había cerrado todas las ventanas me pareció casi ridículo.



Cuando Aurora llegó a tientas a la cocina, aún parecía dormida, pero en ningún caso asustada. Mientras le mezclaba la leche y el cacao, no mencionó al hombre oscuro que creyó ver, quería hablar de Hallstatt.

—¿Sabes que este sitio fue de los primeros en poblarse de Europa? —empezó, muy seria—. Hay rastros que llegan al neo... neo...

—Neolítico —la ayudé—, el neolítico.

—En todo caso aquí ya vivía gente hace más de diez mil años —explicó, muy impresionada.

—También está el osario —le expliqué—. Podríamos ir a verlo algún día. Allí...

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —me interrumpió, emocionada—. Allí hay calaveras. ¡Más de mil! ¡De personas conocidas de Hallstatt! Las han pintado y han escrito la fecha de la muerte.

—¿Eso te lo han enseñado en el colegio? —pregunté.

Ella asintió, contenta.

—¿Cuándo podemos ir?

—Bueno, las calaveras tendrán que esperar, hoy lo primero es desempaquetarlo todo.

Tardé media hora en abrir la puerta grande para poder meter el coche en el garaje. La puerta apenas se movía. Estaba invadida por la hiedra y otras plantas trepadoras, y tuve que deshacerme de ellas con esfuerzo. Cuando por fin abrí la puerta, el chirrido dolía a los oídos, y me propuse comprar algo para engrasarla en cuanto tuviera ocasión.

Antes de volver a entrar en casa, miré en dirección al bosque, donde Aurora había visto la silueta oscura el día anterior. No se veía a nadie en ningún sitio. Por la mañana, los árboles apenas proyectaban sombras en el jardín. Oí gorjeos de los pájaros y muy a lo lejos las voces de algunos ciclistas o paseantes. Me quedé inmóvil un instante, disfrutando del silencio y el aire fresco y resinoso. Luego me di la vuelta y alcé la vista hacia las montañas. Mientras que en los desfiladeros aún estaba atrapada la bruma, más arriba las cumbres escarpadas y cubiertas de nieve se alzaban entre la luz gris. Cuando bajé la mirada, vi por primera vez el edificio cercano a la casa: inclinado hacia mí, construido en la pendiente, a sólo unos cientos de metros en línea recta. Probablemente accedían a él por la calle paralela. A diferencia de nuestra casa, desgastada por la huella del tiempo, aquella vivienda blanca parecía muy moderna. Por lo que veía, la fachada estaba compuesta sólo por enormes ventanales de cristal, el

techo era plano y el césped estaba cortado con esmero. ¿Cómo no me había fijado hasta ese momento?

Desvié la mirada y volví a entrar. Más tarde limpié la cocina y el salón, colgué un par de cuadros en las paredes y decoré las habitaciones con cojines y mantas. Ahora todo parecía un poco más agradable, sólo mi futuro cuarto de trabajo seguía lleno de polvo y repleto de una montaña de cajas de libros sin ordenar.

Tal como anuncié en su día, me había contenido y en todos esos años no había vuelto a tocar el piano, pero no le había dado la espalda del todo a la música. Durante el semestre de invierno, después de nacer Aurora, empecé a estudiar musicología e historia y, cuando terminé, empecé a trabajar como autónoma para una gran editorial de música de Salzburgo. El profesor Wagner me facilitó el contacto, aunque nunca me perdonó que abandonara los estudios de piano de forma tan brusca. A continuación empecé en el departamento de prensa, luego probé como lectora y al final el director de la editorial me propuso desarrollar un proyecto: una serie de biografías musicales más entretenidas que científicas. Se vendían bien y recibían buenas críticas.

A decir verdad, no habría sido necesario trabajar. Tres años antes mi padre me había dejado, además de la casona en el lago de Hallstatt, una considerable fortuna como única heredera.

Cuanto más contemplaba las cajas llenas de libros del despacho, menos ganas tenía de empezar a desempaquetarlas. Al final decidí aplazar la tarea para los siguientes días —como la de limpiar las ventanas— y salir a comprar con Aurora. De camino paramos en un pequeño mesón, donde Aurora no comió mucho, pero lo hizo sin rechistar.

No sabía dónde estaba el supermercado más cercano, así que me paré en la siguiente tienda, de las que ya sólo se encuentran en los pueblecitos aislados. Allí pude comprar lo imprescindible, para hacer más tarde una gran compra en Eurospar, Hofer o Billa. La tienda estaba a menos de medio kilómetro de la casa. Más adelante podría ir a pie o en bicicleta. Mientras pensaba si debía comprarme una o tomarla prestada para el verano, Aurora había descubierto un parque infantil cerca de la tienda, una superficie redonda en medio de los árboles con un columpio torcido, un tobogán viejo y un tiovivo oxidado. Miraba ansiosa el columpio. Dudé por un momento si dejarla allí sola, pero entonces vi a una mujer con dos niños pequeños que se dirigía hacia el parque.

—Está bien. Súbete y espérame ahí.

Vi cómo se subía al columpio y entré en la tienda. Al abrirse la puerta, sonó una aguda campanilla. El surtido estaba al alcance de la vista. Había todo lo necesario:

detergente en polvo, cepillos de dientes, fideos, conservas, fruta y queso, todo con una variedad reducida. Como no había lechuga, compré un repollo, en vez de plátanos, peras, y por último la única verdura congelada disponible, guisantes.

Dejé las cosas en una cestita y con ella recorrí los estrechos pasillos hacia los quesos, que estaban colocados junto a paquetes, latas y botellas. Según me acercaba, vi a la tendera, que estaba allí sentada. Era una anciana con el cabello gris recogido en un moño, un chaleco marrón sobre la bata blanca de trabajo, unas gafas gruesas y una amable sonrisa picara.

Delante de ella había una clienta que, a pesar de haber pagado ya y haber guardado con actitud ceremoniosa toda la compra y el monedero, se resistía a marcharse. Por la manera de hablar, diría que era alemana, y parecía estar de vacaciones. Llevaba un pesado abrigo de paño tirolés, que sin duda debía de ser muy caro, pero demasiado grueso para aquel día de verano.

—¿Se ha enterado? Ha desaparecido otro.

Miró el montón de periódicos junto a la caja. La anciana sacudió la cabeza y suspiró.

—¡Esta vez fue un ciclista de montaña! —dijo la turista alemana—. Tres personas en tres semanas, ¡como si se las hubiera tragado la tierra! Primero dos montañeros, y ahora éste.

Señalaba la fotografía de debajo del titular, en blanco y negro, y tan borrosa que apenas se distinguía una cara.

—La gente a menudo subestima el tiempo que hace —opinó la tendera—. En lo alto de la montaña puede cambiar rápido. Uno sale a caminar con sol y de pronto llega una tormenta glacial.

—¡Pero esas personas han desaparecido sin más! ¡No las encuentran!

—La zona es muy amplia...

La turista resopló, estaba indignada. Parecía que le molestara que su destino de vacaciones, en principio tan idílico, resultara ser una zona peligrosa donde los montañeros podían despeñarse en cualquier momento. Se inclinó sobre su bolsa de la compra y salió de la tienda. La campanilla sonó de nuevo.

La dependienta me dedicó una sonrisa y marcó los precios en silencio en la caja. Yo revolví en el monedero.

—¿Está de vacaciones? —preguntó de repente.



Miré por la ventana por si veía a Aurora. Estaba sentada en el columpio, ensimismada. Había más niños y madres en el parque.

—Vivo en una casa del pueblo que he heredado de mi padre —contesté—, por lo menos durante el verano.

Lancé una mirada hacia las montañas.

—Ah, ¿en la casa Leiningen?

Me encogí de hombros.

—No sé si se llama así. Sólo he oído que la construyó una familia de comerciantes vieneses en el siglo XIX.

—Sí, era la familia Leiningen. Es un edificio precioso, pero probablemente hay que hacer bastantes reformas para poder vivir en condiciones.

—Sí... después del verano sabré cuánto debo invertir.

—Bueno, pues bienvenida. —Se levantó un poco de la silla giratoria y me tendió la mano. El apretón fue cálido y firme—. Me llamo Josephine Rütting, llámeme Josephine. Y si necesita algo, no dude en pedírmelo. Vivo encima de la tienda, así que muy cerca de usted.

—Muchas gracias.

Volvió a tomar asiento y me ayudó a colocar la compra en una bolsa de plástico. Pagué y me volví hacia la puerta, pero entonces volví a quedarme quieta.

—Por cierto —empecé, dudosa—, a mi hija le pareció ver ayer a un hombre vestido con ropa oscura en el bosque de enfrente de nuestra casa.

—¿Tiene una hija?

—Sí, Aurora. Tiene siete años. —Señalé hacia al parque, y Josephine siguió mi mirada.

—Qué niña más guapa.

Sonreí, pero de pronto me puse seria.

—Ese hombre, a lo mejor se lo ha imaginado, pero a mí también me pareció...

—Caspar von Kranichstein —me interrumpió Josephine enseguida—. Sólo puede ser él. Siempre va de negro. Tal vez en sus círculos es lo habitual.

—¿Sus círculos?

—Los Kranichstein son una antigua familia noble, son propietarios de muchas tierras y bienes de la zona. Caspar von Kranichstein hizo construir la finca que se

inclina sobre su casa. Seguramente la ha visto, es un edificio claro con una enorme fachada de cristal.

—Sí, me he fijado esta mañana.

—Al principio se decía que Caspar iba a convertirla en un hotel, pero ha tomado otra decisión.

—¿Cuál?

Josephine se encogió de hombros.

—Por lo visto ofrece seminarios regularmente. Una especie de formación para directivos, o algo parecido. Peces gordos de esos que están tan podridos de dinero que pueden permitirse algo así. Caspar von Kranichstein lleva una vida retirada. Durante los últimos años nunca ha comprado aquí en persona, todo lo hacen sus empleados. Pero se dice que le gusta salir a pasear. Podría ser que ayer pasara junto a su casa.

—Como le decía, no estoy segura de que realmente hubiera alguien.

—De todos modos no debe tener miedo de Caspar. Es inaccesible, muy callado. Aquí la gente dice que es un tipo muy extravagante. Pero bueno, cuando uno tiene tantísimo dinero, tampoco necesita tener trato con el pueblo llano.

Se echó a reír con ironía.

—¡Llévese esto! —Agarró una barra de chocolate y me la ofreció—. Para su hija.

—Muchas gracias.

Cuando dejaba la chocolatina con el resto de la compra, mi mirada recayó de nuevo en el diario local, los enormes titulares y la fotografía borrosa de los turistas desaparecidos.

Josephine había seguido mi mirada.

—Y tampoco tiene por qué preocuparse de eso. La prensa local tiene poco sobre lo que informar, así que les gusta exagerar cualquier cosa que ocurra. Aquí vienen muchos deportistas: salen mal equipados, se pierden o les sorprenden las tormentas. ¡Unos imprudentes! Pero seguro que usted no es como esos locos.

—No —respondí. Le devolví la sonrisa y después de despedirme, salí de la tienda y llamé a Aurora.

La semana siguiente fue tranquila y relajada. Tiempo más tarde recordaría esa época a menudo y agradecería aquellas horas de despreocupación que me habían dado valor y fuerzas, pero en ese momento desconocía hasta qué punto iban a hacerme falta. Cada día la casa era un poquito más nuestro hogar. Casi todos los días pasaba por la mañana un operario para arreglar, renovar o reconstruir algo. Por la tarde, solíamos hacer una excursión o hacíamos la compra. Mi despacho iba tomando forma, y empecé a adoptar la costumbre de sentarme por las tardes a trabajar en mi libro. Hasta que anochecía dejaba las ventanas abiertas de par en par, para que el aire tibio de la tarde, que desprendía aroma a bosque, flores y verano, perfumase la casa. Durante el día a menudo me tumbaba al sol en el jardín. Obviaba a propósito el trabajo que había que hacer ahí, mientras Aurora daba saltos alrededor. Recogía flores, o jugaba con la pelota, y ya no tenía nada en común con la niña letárgica que tanto me preocupaba.

Fuimos varias veces al parque que había junto a la tienda de Josephine. Yo me sentaba en el banco, leía libros para mi trabajo y de vez en cuando levantaba la mirada para ver cómo Aurora se hacía amiga de otros niños.

En realidad le costaba acercarse a los niños de su edad y entablar amistad. Yo la entendía, ya que a mí me resultaba igual de difícil y, aparte de Aurora y Nele, no dejaba que se me acercara nadie. Siempre había deseado que a ella le resultara más fácil y encontrara amigas, y había hecho todo lo posible para ayudarla, aunque, por desgracia, sin mucho éxito. Había cumpleaños a los que había invitado a la mitad del grupo de la guardería, y más tarde de la clase del colegio, pero al final siempre presenciaba cómo los niños jugaban entre ellos en armonía, mientras Aurora los observaba desde un rincón. En Hallstatt, obviamente, todo parecía más fácil. Los dos niños y una niña mayor del vecindario no hablaban mucho y, por lo tanto, tampoco esperaban que ella lo hiciera, y no dudaban en dejar participar a Aurora cuando jugaban a ver quién saltaba más lejos. Para mi sorpresa, desarrolló una verdadera ambición de ser mejor cada día.

Yo también conocí a las madres de los niños, y a veces el intercambio de unas cuantas frases de cortesía sobre el tiempo se convertía en una breve conversación. Yo les hablaba un poco de nosotras, y ellas, a cambio, me contaban los últimos cotilleos del pueblo. Seguro que no me lo contaban todo porque era una forastera, pero no me molestaba, me sentía a gusto. Prefería leer.

Un día, mientras estaba con Aurora en el parque, volví a ver a Josephine. Estaba reponiendo el estante de frutas de la tienda y, al reconocerme, me saludó haciendo señas con la mano. Su sonrisa era igual de cálida y amable que la última vez, pero desde lejos tuve la sensación de que aquel día no se reflejaba en sus ojos. Tardó bastante tiempo en llenar el estante de fruta. Sus movimientos parecían vacilantes,

como si le doliera la espalda. Además se dio la vuelta varias veces en una u otra dirección, como si buscara a alguien con la vista. Parecía inquieta por algo.

Crucé la calle y me dirigí a la tienda. En mis compras la selección de fruta y verdura fresca era más que previsible, pero las manzanas rojas parecían muy dulces y jugosas, y quería comprar algunas para Aurora y para mí. Sin embargo, antes de decirlo, Josephine ya me había metido algunas en la bolsa de papel.

—¡Para usted y su hija! —exclamó, y me hizo un gesto cuando quise revolver en el monedero.

—No es necesario...

Insistió, así que le di las gracias de corazón y me di la vuelta para ir al parque. Ya casi estaba en la calle, cuando de pronto Josephine me detuvo:

—¿Ya... ya se ha enterado?

—¿De qué?

Aunque hasta ese momento lucía un sol espléndido, el cielo acababa de cubrirse de nubes grises que levantaron un viento fresco. Josephine miró el estante de la prensa, pero el viento dio la vuelta a la portada del periódico de manera que no pude leer los titulares.

—Al principio pensé que la prensa volvía a exagerar, pero ahora...

—¿Qué ha pasado?

—Han... han encontrado a esas personas.

Al principio no sabía de qué hablaba, pero luego recordé nuestra última conversación sobre los excursionistas y ciclistas desaparecidos, y me vino a la mente la turista alemana que se había mostrado inquieta y verdaderamente indignada.

—¿Dónde? —pregunté—. ¿Dónde los han encontrado?

Josephine empezó a sacudir la cabeza. Parecía afectada, y en su rostro ya arrugado se dibujaron surcos más profundos. El viento hizo que se le soltaran algunos mechones grises del moño.

—Es una historia realmente terrible...

—¿Los sorprendió un temporal? ¿O se despeñaron?

—No, los han... asesinado.

—¿A todos? —pregunté, horrorizada.

—Sí, a los tres —confirmó Josephine.

Nos quedamos un rato en silencio. Yo sostenía la bolsa de las manzanas apretada e instintivamente la estreché contra mi pecho.

—¿Y cómo? —pregunté por fin.

Se encogió de hombros.

—No se sabe. La policía quiere mantenerlo en secreto, aunque se han hecho muchas conjeturas. Por lo visto los encontraron en un estado horrible... probablemente mutilados.

—Pero si la policía no ha dado información, tal vez se lo hayan inventado todo los periodistas. A lo mejor fue un trágico accidente con el que quieren saltar a las portadas de los periódicos. —La última vez ella me había tranquilizado al adoptar una actitud despreocupada, y ahora era yo la que intentaba calmarla. Por lo visto no lo estaba consiguiendo.

Josephine se encogió de hombros.

—Sí, a lo mejor...

Nos despedimos, y me apresuré a ir a buscar a Aurora. Intenté no pensar en las víctimas y, durante los días siguientes, me negué a leer la prensa y encontrarme con sus truculentas especulaciones. Aun así, todas las noches me cuidaba de echar el cerrojo de la puerta y de que todos los postigos de las ventanas estuvieran cerrados, y ya no perdía de vista a Aurora ni un segundo.

Hasta entonces siempre había retrasado el trabajo en el jardín, pero después de tropezar con una raíz por tercera vez en el camino que conducía desde la verja a la casa, una mañana después del desayuno decidí declarar la guerra a la engorrosa maleza.

Me coloqué unos guantes de goma y rebusqué una herramienta adecuada en la pérgola o, mejor dicho, me planté frente a la montaña de cachivaches sin saber qué hacer, con miedo a que la escalera, la carretilla, el cortacésped y los demás trastos se me cayeran encima al entresacar algo de la maraña. Al final encontré un rastrillo de madera. Aunque le faltaban algunas púas, por fortuna me sirvió para rastrillar como mínimo la maleza y, con mucho esfuerzo, pude limpiar el estrecho sendero.

Aurora me observaba trabajar con curiosidad, aunque dibujó con recelo un amplio arco alrededor del montón espinoso de malas hierbas que fue creciendo a lo largo de la mañana en un rincón del jardín.

—¿Y qué haremos después? —preguntó.



Me enjugué el sudor de la frente. En realidad quería dedicar todo el día a trabajar en el jardín, pero no estaba acostumbrada al trabajo físico y decidí que por la tarde nos fuéramos de excursión.

—Podemos ir a las minas de sal —propuse.

—¿Y qué hay ahí?

—Hay galerías que llevan a lo más profundo de la montaña. Han puesto un trenecito para que entren los turistas. Se ven lagos salados, y hay desprendimientos...

—¿Y si la montaña se hunde mientras estamos dentro?

Sonreí.

—Eso no pasa. Las galerías son antiquísimas. Hace siglos que los mineros extraen sal de allí.

Aurora hizo una mueca de escepticismo.

—A lo mejor esa gente se perdió en la montaña.

—¿Qué gente? —pregunté, al no comprender de qué hablaba.

—Los que... desaparecieron sin más durante las últimas semanas. Y que encontraron después muertos.

Tardé un instante en recordar a quién se refería.

—Seguro que esa gente no se perdió en la montaña. A lo mejor... —Reflexioné detenidamente cómo ocultarle que esas personas habían sido asesinadas, sin mentir, pero me ahorré la respuesta porque en aquel momento llegó un coche.

Me sobresalté sin querer. Vivíamos tan aisladas que aquel ruido resultaba casi extraño. Durante las últimas semanas había pasado sólo un coche de improviso, el del guarda forestal, que era uno de los pocos con autorización para utilizar la pista forestal en la que desembocaba la calle principal. Oí que se cerraba la puerta del coche, dejé la escoba y me dirigí a la puerta del jardín. Aurora me siguió, vacilante.

Cuando vi aquel costoso Mercedes negro aparcado delante de la casa, pensé que su propietario se había perdido, sobre todo porque no conocía al anciano que acababa de salir. Sin embargo, en vez de preguntarme por el camino correcto, como yo esperaba que hiciera, no pareció advertir mi presencia y se dirigió a una de las puertas traseras para abrirla. Entonces se me ocurrió que debía de ser el chófer, y que el verdadero visitante saldría ahora del coche.

Noté que Aurora se arrimaba a mí.

—¡Mira qué gorro tan gracioso lleva el hombre! —Quería sonar divertida, pero aquel sombrero, que formaba parte de un uniforme oscuro, me parecía muy extraño en aquella zona rural. Sin embargo, aún me inquietó más la vestimenta del hombre que por fin apareció y se acercó despacio a nosotras.

Pese a la cálida temperatura, llevaba un abrigo hasta las rodillas, también negro, al igual que los elegantes pantalones, la brillante camisa de seda y los zapatos. El chófer cerró la puerta tras él y se quedó apostado junto al coche sin prestarnos atención a Aurora y a mí, mientras el hombre de negro nos sonreía.

Supe quién era antes de que se presentara. Me vinieron a la cabeza las palabras de Josephine. Describió a Caspar von Kranichstein como una persona extravagante e inaccesible, pero, ahora que lo tenía delante, la descripción no me pareció del todo ajustada.

Su sonrisa parecía de lo más amable, sus pasos no eran rígidos, sino ligeros y flexibles, y su erguida postura, elegante. Debajo de aquel ser extravagante me imaginaba a alguien excéntrico, callado, tímido, pero cuando Caspar von Kranichstein comenzó a hablar, me resultó extremadamente entrañable.

—Acabo de volver de Bad Ischl y he pensado dar un pequeño rodeo y aprovechar la ocasión para presentarme ante usted. Al fin y al cabo somos algo parecido a vecinos, ¿no es cierto?

Hablaba de forma mesurada. Aunque su voz no era especialmente fuerte, sonaba desagradable a mis oídos, como si chocaran dos platillos metálicos.

Se detuvo a unos pasos de la puerta del jardín, pero en vez de abrirla y acercarme a él, de forma instintiva retrocedí un paso. No era extravagante ni huraño, pero al verlo de cerca parecía bastante raro.

La figura bajo el abrigo oscuro era de una delgadez insólita. Sus dedos finos y largos recordaban a una araña. La piel pálida del rostro parecía lívida, como si en realidad se hubiera cubierto provisionalmente el rostro con una máscara de cera, un poco desgastada en algunos sitios, como alrededor de las mejillas y en la fláccida barbilla. Lo que más me inquietaba eran los ojos. Eran tan negros que apenas se distinguían las pupilas y el iris. Cuando le devolví la mirada tuve la sensación de estar contemplando un espejo oscuro. Lucía el cabello negro peinado hacia atrás con gomina de tal modo que parecía llevar un casco en la cabeza.

Cuando vio que retrocedía un paso más, reforzó su sonrisa, pero ya no era amable, sino sarcástica.



—Mi nombre es Caspar von Kranichstein —continuó, con la misma voz metálica—. Pero probablemente eso ya lo sabe. Vivimos más o menos en un pueblo, donde son costumbre las habladurías.

Asentí, cada vez más incómoda.

—Sophie Richter —me presenté con rapidez—. He heredado la casa de mi difunto padre.

Su sonrisa se volvió de nuevo un poco más cálida.

—Ya lo sé, había conversado varias veces con él. A decir verdad la casa había sido mía.

—Ah —se me escapó—. No lo sabía.

—De todos modos nunca la utilicé. Era necesario hacer tantas obras de saneamiento y reforma... pero eso seguro que ya lo sabe. Así que al final decidí venderla. Creo que, si está dispuesta a invertir algo de dinero, podría convertirla en una verdadera joya.

Mientras me hablaba, mantenía la oscura mirada clavada en mí. No parpadeó ni una sola vez, ni miró en dirección a Aurora. Al parecer ni siquiera había advertido su presencia. Yo noté que ella se agarró a mí con más fuerza. Posé las dos manos sobre sus hombros para calmarla, pero no podía apartar la mirada de Caspar von Kranichstein. El rostro pálido, los ojos oscuros y la voz metálica provocaban rechazo, el ridículo peinado estaba pasado de moda y la indumentaria negra era exageradamente elegante, y sin embargo tenía una presencia fascinante. Era de esas personas que atraen todas las miradas en cuanto entran en una habitación y provocan un mutismo general aunque no digan nada. No era de extrañar que hablase tan bajo. Probablemente nunca tuviera que alzar la voz para llamar la atención.

Intenté disimular mis sentimientos encontrados —angustia, pero también fascinación—, y expliqué enseguida:

—Me alegro de que haya venido. La casa queda bastante apartada, está bien saber quién vive cerca.

—Es el lugar perfecto cuando uno busca un poco de tranquilidad, ¿verdad? Por suerte lejos del centro. Cuando pienso en esas masas de turistas que acuden en tropel a Hallstatt... —Hizo una mueca de hastío.

—Sí —me limité a decir—. Sí, esto es muy tranquilo.

—Sin embargo, no mucha gente soporta esta soledad. En caso de emergencia, uno no tiene a quién recurrir.

No estaba segura de qué quería decir con eso, pero no contesté.

Se hizo un silencio. Permanecí un rato mirándolo embobada, luego me deshice de su oscura mirada. Vi que el chófer continuaba en la misma postura rígida junto al vehículo, pero ya no estaba solo. Una mujer joven y un hombre habían salido del coche, los dos con la misma vestimenta oscura que Caspar.

—Mis asistentes —observó de manera escueta.

Recordé que Josephine me había explicado que Caspar ofrecía seminarios y formaciones para directivos.

No me presentó a sus asistentes por su nombre pero tampoco dio muestras de querer marcharse.

—Por cierto, ésta es mi hija Aurora —me apresuré a decir, para romper aquel silencio incómodo—, y ahora tengo que volver...

—Lo sé —me interrumpió con brusquedad.

Se dirigió hacia la puerta del jardín con su andar liviano y lento.

¿Cómo sabía de Aurora? ¿Acaso mi padre le había hablado de ella?

De cerca, su piel pálida me pareció más blanca aún, y los ojos más negros. De pronto, levantó la mano. Pensé que quería saludarme, pero su intención era otra.

—Aurora —dijo sin emplear el tono metálico de antes, sino con un susurro seductor similar al bisbiseo de una serpiente—. La diosa del arrebol.

De pronto bajó la mano hacia los rizos de color caoba de la niña, los acarició con suavidad y posó su mirada en ella.

Por un instante nos quedamos como si estuviéramos esculpidos en piedra: nadie se movía, tampoco nadie parecía respirar. Entonces empezaron a temblarme las rodillas. De pronto oí en mi mente la voz de pánico de Aurora, la forma en que susurró aquella tarde «él está ahí», y eso me sacó de mi ensimismamiento.

—Lo siento, pero tengo cosas que hacer. —Sonó más maleducado de lo que pretendía.

Caspar von Kranichstein no reaccionó. No apartó la mano del cabello de Aurora, así que yo la agarré con más fuerza de los hombros y la aparté de él.

Entonces empezó. Sin previo aviso, el cuerpecito de Aurora comenzó a temblar y a sufrir convulsiones. Quise darle un abrazo de consuelo, ya que pensaba que aquella extraña situación la había asustado y era la causa de los temblores, pero de pronto se desplomó sobre las rodillas, el torso cayó a un lado y se dio un fuerte golpe en la



cabeza contra el suelo. Tenía los ojos desorbitados, luego se le empezaron a desviar las pupilas y los ojos se le quedaron completamente en blanco.

—¡Aurora!

No sólo temblaba, todo su cuerpo sufría las sacudidas de los espasmos. Se le dislocaban las articulaciones de forma antinatural, le castañeteaban los dientes, le costaba respirar y lo hacía de manera entrecortada.

—¡Aurora! —volví a gritar.

La cabeza se le caía una y otra vez hacia atrás. Yo intentaba sujetársela, mantenérsela erguida, pero los espasmos eran más fuertes que yo. Cuando al fin logró abrir la mandíbula y separar los dientes, empezó a salirle espuma blanca por la boca y a deslizársele por la barbilla.



CAPÍTULO 4

No podía parar de caminar de un lado a otro del pasillo del hospital. Se respiraba un intenso olor a desinfectante, y al cabo de un rato empecé a sentir un ligero mareo. Me serví un vaso agua de un expendedor, pero estaba tibia y sabía a rancio. Sólo pegué un trago, y me temblaban las manos cuando tiré el vaso de plástico medio lleno.

Nadie parecía advertir mi presencia. Los médicos y las enfermeras pasaban ajetreados a mi lado, las puertas se abrían y volvían a cerrarse. Una mujer paseaba arriba y abajo junto a una señora mayor en albornoz y, con mirada impaciente, clavaba los tacones en el suelo, como si así pudiera conseguir que la señora caminase más deprisa. Un paciente salió de una habitación y se sentó no muy lejos de mí, en una de las sillas blancas de plástico, a leer un libro. Era obvio que en el pasillo estaba más tranquilo que en su cama.

Yo me frotaba las manos, inquieta. En el momento, cuando Aurora sufrió los espasmos, me planteé la posibilidad de llamar al médico de urgencias, pero luego decidí llevarla yo misma al hospital lo más rápido posible.

Ahora me parecía una negligencia imperdonable por mi parte no haber pensado antes dónde estaba el hospital más cercano y cómo llegar en caso de emergencia.

—Mejor que vaya a Bad Aussee.

Eso me había dicho Caspar von Kranichstein. Ya no recordaba como había reaccionado él cuando Aurora sufrió el colapso, si se mostró afectado, indiferente o incluso sintió repugnancia. Al pensarlo ahora, casi me daba la sensación de que hubiera asomado una sonrisa a sus labios.

Sacudí la cabeza, era ridículo. ¿Por qué le iba a divertir ver a una niña pequeña sufriendo espasmos y expulsando espuma blanca por la boca? Además —de eso me acordé en ese momento— me había indicado el camino al hospital más próximo y se había ofrecido a llevarnos en su coche. Yo decliné la oferta. La presencia de aquellos desconocidos aún me resultaba más amenazadora en esa situación, quería quedarme a solas con Aurora cuanto antes y pedir ayuda a un médico.

De nuevo se abrió una puerta con gran estrépito. La bata blanca de un médico revoloteó con la corriente de aire. Me resultó familiar, probablemente había examinado a Aurora antes en urgencias. Cuando llegamos, Aurora ya se había calmado. Seguía con la mirada fija —un poco como cuando estaba en trance—, pero los espasmos habían cesado, ya no tenía los ojos en blanco y no le salía espuma por la boca.

El médico, que ahora buscaba a alguien con la mirada, me había preguntado nada más llegar si, además de expulsar espuma blanca, había vomitado. Cuando quise contestarle, estaba tan nerviosa que no me había salido la voz. En ese momento negué con la cabeza y no recuperé el habla hasta que quisieron echarme de urgencias. Entonces rompí a gritar hecha una furia y me negué en redondo a dejar allí sola a Aurora, hasta que una enfermera con mano izquierda me agarró de los hombros y me empujó hacia fuera. Tratando de apaciguarme me convenció de que se ocuparían lo mejor posible de mi hija, no paraba de asegurármelo, y de que yo no podía ayudar, y no sé si fue su voz cadenciosa, la presión de la mano o la sensación de fatiga que me invadió después de la tensión, pero al final me calmé.

En ese instante me abalancé sobre el médico.

—¿Cómo está mi hija?

—¿Sophie Richter?

Me observó con gesto pensativo, que reflejaba —no podía interpretarlo de otra manera— escepticismo y un asomo de enfado.

—Primero hemos hecho un TAC, luego, como no se veía nada, un electroencefalograma —explicó—. Sin resultados.

—¿Eso qué significa?

Suspiró.

—No hay conmoción cerebral, ni hemorragia cerebral, ni indicios de epilepsia. También hemos tomado el valor de glucemia, todo en orden. ¿De verdad su hija expulsaba espuma blanca por la boca?

¿Es que no me creía? Me parecía recordar que le había limpiado la boca al llegar al hospital.

—¡Por supuesto! —grité indignada—. ¡Ya se lo he dicho!

—¿Había tenido antes un... ataque parecido? —preguntó, alargando la palabra «ataque». Seguramente con sus colegas no hablaría de un ataque, sino de las imaginaciones de una madre histérica.

—No, no. —Reflexioné un instante si debía mencionar los curiosos estados de trance de Aurora, pero la expresión de su rostro era tan fría que dejé pasar el momento sin aprovecharlo.

—A su hija no le pasa nada, absolutamente nada —explicó.

—¿Tiene que... quedarse aquí? —pregunté.

Garabateó algo en una hoja médica.

—No veo por qué. Pocas veces veo a una niña tan sana. Todos los parámetros perfectos, todo en orden, ni un resfriado.

Resultaba obvio que aquel tipo pensaba que no merecía la pena hablarme de tú a tú.

—Pero ¿qué hago si vuelve a...?

—Voy a recetarle algo.

Sacó un bloc del bolsillo, escribió algo y no pude evitar pensar que sólo se trataba de un placebo. Tenía las manos empapadas en sudor cuando me entregó la receta en la mano.

—Gracias —murmuré, y al cabo de un segundo me enfadé conmigo misma. ¿Por qué no insistía en que no me había inventado los espasmos de Aurora? ¿Por qué dejaba que me despachara como a una niña tonta?

Unos instantes después se volvió a abrir la puerta, y salió una enfermera con Aurora de la mano.

Estaba pálida, pero al verme gritó con alegría:

—¡Mamá! —Y vino corriendo hacia mí.

Suspiré aliviada, parecía que estaba bien de verdad. Abrí los brazos, la estreché contra mí y sumergí mi rostro en su pelo caoba.

—Mamá, ¿podemos irnos a casa?

Por un momento me planteé si debía volver a hablar más despacio con el médico, pero luego se impuso el alivio de que los espasmos no hubieran acarreado ninguna consecuencia grave. La habían examinado, me dijo, no encontraron nada, estaba sana...

Además, ¿no era buena señal que Aurora tuviera ganas de regresar a su nueva casa? ¡Eso sólo podía significar que se sentía a gusto! Cuando me di la vuelta, el médico ya había desaparecido.

Salimos del hospital cogidas de la mano. Volvimos a casa en silencio. Aurora fue contemplando el paisaje por la ventana, observando las montañas, que se alzaban cada vez más altas ante nosotras, hasta que se quedó dormida.

Cuando llegamos a la casa, seguía durmiendo. El Mercedes negro ya no estaba allí, sólo las marcas de los neumáticos en la grava recordaban la visita de la mañana. Por eso me sorprendió más aún ver a Caspar von Kranichstein cerca de la verja del jardín. Parecía rígido, como si no se hubiera movido durante las últimas horas. Entonces fui consciente del tiempo que había pasado. Habíamos llegado al hospital hacia mediodía, y ahora el sol tejía sus últimos hilos rojos.

Miré el asiento trasero, me cercioré de que Aurora siguiera dormida, y salí del coche procurando hacer el menor ruido posible. Caspar se volvió hacia mí mientras me acercaba a él. Lucía una sonrisa amable pero inexpresiva, y bajo la luz del crepúsculo la negrura de sus ojos parecía más insondable aún.

¿Dónde estaba su coche?, me pregunté. ¿Qué hacía allí solo? Era imposible que hubiera estado esperando todo ese tiempo frente a la casa, y sobre todo: ¿cuál era la razón? ¿Preocupación sincera? Entonces, ¿por qué esa sonrisa tan peculiar?

Tal vez me había visto llegar en coche desde su finca, pensé, pero no podía haber llegado tan rápido a recibirme.

Estuvo a punto de lanzar una pregunta, pero antes de que pudiera formularla me apresuré a explicarle:

—Mi hija está bien, en las revisiones no han visto nada... malo. Pero... preferiría que Aurora no le viera. —La situación me superaba demasiado para disfrazar mis palabras con fórmulas de cortesía. Sin embargo, mi brusquedad no hizo más que reforzar su sonrisa.

—Me alegro mucho de que se encuentre mejor —dijo, pero sus palabras, más que afecto, denotaban sarcasmo.

Cada vez me sentía más desconcertada e incómoda, pero intenté disimularlo.

—No sé qué ha ocurrido exactamente —aclaré, sin vacilar—. Sólo que el encuentro con usted le ha afectado mucho. Señor Von Kranichstein, creo que lo mejor sería que no volviera a venir.

Una vez más, fracasé en mi voluntad de guardar las formas al no añadir a mis palabras un «por favor».

Por lo visto, a él no le importó en absoluto.

—¡Por supuesto! —Levantó las manos. El viento infló el abrigo oscuro.

La sonrisa se borró de sus labios en cuanto se dio la vuelta, pero sus ojos negros despedían un brillo, como si lo embargara la alegría.

Cuando se marchó, Aurora seguía durmiendo.

Desperté a Aurora sólo un momento para llevarla a casa. En cuanto se tumbó en la cama, volvió a dormirse. Me quedé un buen rato sentada a su lado, observando su rostro dormido, que reflejaba auténtica placidez y en el que ya no se adivinaba ninguna señal de los espasmos. Mientras escuchaba su respiración regular, el sueño me venció.

Al día siguiente intenté despertarla varias veces, pero ella torcía el gesto de mala gana, se resistía a levantarse y se volvía a dormir. Eran más de las doce cuando por fin apareció en la cocina. Al principio yo sonreí preocupada, pero cuando me saludó con un radiante «buenos días», sentí un gran alivio.

Sólo comió media rebanada de pan con mantequilla, pero tomó dos tazas de leche con cacao y, al terminar, bajó de la mesa de un salto, llena de energía, y dejó la taza en el fregadero. Después tampoco pudo quedarse quieta, salió corriendo en camisón al jardín y allí pasó un rato saltando en la hierba, que aún estaba húmeda del rocío.

—¿Qué hacemos hoy? —preguntó por fin con ganas de actividad.

Yo propuse que pasáramos la tarde tranquilamente en el jardín, ya que no quería que se fatigara demasiado, pero ella frunció el entrecejo y lo encontró aburrido. La experiencia en el hospital parecía olvidada, y de momento no había dicho ni una palabra de la visita de Caspar von Kranichstein.

Pensé que tal vez no fuera mala idea hacer algo y alejarse un poco de lo ocurrido el día anterior, así que propuse ir al centro de Hallstatt, que aún no habíamos visitado. Aurora se mostró de acuerdo enseguida.

Brillaba el sol cuando, junto con otros turistas, paseamos por las pintorescas callejuelas que rodeaban la plaza mayor. Me relajé al ver que Aurora señalaba con entusiasmo la multitud de casas rústicas pintadas con gracia, levantadas unas junto a otras en las empinadas cuestas. Más tarde, admiramos en el museo de Hallstatt los aparatos con los que se extraía sal tres mil años antes, los costosos objetos fúnebres que se descubrieron en el siglo XIX en famosas necrópolis, la vajilla de cerámica y cristal



que habían dejado los romanos, y finalmente los cuadros del gran incendio de 1750. Mientras que por lo general Aurora solía bombardearme a preguntas, ese día leía en silencio los textos de los folletos y después me lo explicaba con gran solemnidad. Me sorprendía que supiera leer tan rápido, en el colegio nunca era de las mejores. Cuando salimos del museo aún no estaba cansada, y quiso dar una vuelta en bote. Yo estaba encantada de complacerla, y Aurora enseguida condujo el barquito eléctrico con entusiasmo hacia la orilla del este del lago, donde contemplamos a cierta distancia el castillo Grub, una enorme construcción vallada y en parte derruida que necesitaba más reformas todavía que nuestra casa.

Cuando volvimos al embarcadero, Aurora seguía sin dar muestra alguna de cansancio. Saltó del bote con agilidad y fue dando brincos todo el camino. Yo traté de seguirla, pero alguien me detuvo por el camino con un «*Excuse me*».

Al ver la barca, dos turistas ingleses se acercaron a mí y me preguntaron cuánto costaba la hora.

Ya me disponía a contestar mientras pensaba cómo se diría «bote a motor» en inglés, cuando Aurora volvió corriendo, se colocó con arrogancia a mi lado y miró a los ojos a los dos ingleses sin su timidez habitual. A continuación, les dio toda la información en un perfecto inglés.

Los ingleses le dieron las gracias con una sonrisa amable y se dirigieron decididos al embarcadero.

Miré a Aurora estupefacta. Ella me había agarrado de la mano y quería llevarme con ella, pero me resistí.

—¿Dónde has aprendido? —le pregunté, sin aliento.

—¿El qué?

—¡Has hablado con ellos en inglés!

—¿De verdad? —Ya no tenía la mirada radiante, parecía un poco ausente, como si no recordara lo que acababa de suceder.

—¡Sí, y sin acento! —exclamé elevando el tono sin querer—. ¿Cómo sabes ese vocabulario tan complicado?

Aurora se encogió de hombros.

—Lo aprendimos no sé cuándo en el colegio.

Que yo supiera, las pocas clases de inglés a la semana consistían en cantar canciones infantiles.



—¿Habéis aprendido cómo se dice «bote a motor» en inglés? —Me costaba moderar el tono.

Esta vez no contestó, volvió a encogerse de hombros y siguió tirándome de la mano. Yo la seguí, aunque con la frente arrugada, hasta una heladería.

—¿Me compras un helado? —preguntó, como si no hubiera pasado nada, y añadió con insistencia—: ¡Por favor!

Asentí distraída mientras nos colocábamos al final de una larga cola.

Bote a motor... yo no lo habría sabido...

Cuando por fin llegó nuestro turno, pregunté qué helado quería, porque iba a pedir por ella, como de costumbre.

Sin embargo, en vez de contestarme sonrió con simpatía al hombre de detrás del mostrador. Era italiano, como desvelaban no sólo el pelo oscuro y la piel morena, sino también el hecho de que exclamara: «*Che bella ragazza!*»

Al principio miró radiante a Aurora, luego a mí.

—¡Y qué madre tan guapa! —añadió.

Respondí al cumplido con una sonrisa fugaz, que desapareció en cuestión de segundos cuando Aurora se puso de puntillas y pidió un helado en fluido italiano.

Me quedé de piedra, boquiabierta, al ver que Aurora hablaba italiano con la misma naturalidad y fluidez con que acababa de hablar inglés un momento antes. Por un instante no vi nada, ni los helados de distintos sabores que tenía delante en el mostrador, ni a la gente que empujaba por detrás, ni al italiano que le dio el helado a Aurora.

—¡Mamá, tienes que pagar!

Su voz fue lo primero que me llegó. Le oí en la lejanía. Me estremecí, sentí como si despertara de un largo sueño oscuro, luego busqué el monedero ensimismada. Saqué unas monedas y las dejé sobre el mostrador, sin comprobar si era la cantidad correcta. El italiano miró sonriente mientras yo seguía con pasos rígidos a Aurora. La niña le dio un par de lametazos al helado.

—¿No quieres uno, mamá?

El cuerpo me pedía que hablara con ella, que le preguntara dónde había aprendido el vocabulario en italiano que había utilizado con tanta seguridad, pero pensé que reaccionaría igual que antes, cuando le había preguntado por su inglés.

Me ofreció su helado.

—Puedes tomarte el mío, es demasiado para mí.

—¡Podrías haberlo pensado antes! —la reñí. Mi voz sonó aguda y transmitía mucha tensión—. Eras tú la que querías un helado.

—Sí, pero ya no.

Me hizo agarrar el cucurucho, y yo lo lamí distraída, sin saborearlo. Tenía la lengua y los labios entumecidos.

«Ya no...»

Eran las palabras que le había dicho Aurora a Nele aquella vez en Salzburgo, cuando la despertó de su estado de trance.

«Ya no me gustan los helados.»

De todos modos, en aquella ocasión estaba tan pálida y frágil, y tenía la mirada perdida, como si no supiera del todo dónde estaba. Ahora, sin embargo, daba saltos tan fresca y tenía las mejillas sonrojadas.

El helado se me derretía en las manos y me goteaba por los dedos. Lo tiré cuando llegamos al coche. Una vez dentro, Aurora fue incapaz de estarse quieta. Tamborileaba con los pies en el asiento delantero, mientras yo buscaba un pañuelo para limpiarme las manos. Las pataditas me ponían nerviosa, pero me mordí la lengua para no volver a reñirla.

¿Cómo podía hablar inglés? ¿Y lo del italiano?

Nele hablaba un poco de italiano. A lo mejor le había enseñado a pedir un helado.

Cuando paramos frente a la casa poco después, Aurora seguía llena de energía. Apenas se había detenido el coche cuando se quitó el cinturón y bajó del coche de un salto. Era obvio que estaba ansiosa por llegar a casa, pero de pronto se quedó inmóvil, paralizada por los ruidos que ahora yo también oía.

Me estremecí.

Se oyeron unos fuertes ladridos detrás de nosotras. Me volví hacia la pista forestal, y desde ahí vi que se abalanzaba sobre nosotras un perro enorme, con el pelo marrón oscuro, la cola tupida, las orejas vueltas hacia atrás, probablemente un rottweiler. No llevaba bozal, ni siquiera correa, y al parecer iba solo.

—¡Fuera! —grité, presa del pánico.

El perro ni me vio, tenía los ojos amarillos clavados en Aurora. Aceleró el paso, comenzó a ladrar, gruñó enseñando los dientes y se abalanzó sobre mi hija.

Busqué alrededor algo que me sirviera de arma, tal vez una rama grande para clavársela al chucho si era necesario, pero ya no había tiempo. Oí que una voz se fundía con los ladridos. Entre jadeos, un hombre gritaba un nombre, el del perro, pero éste no reaccionaba, sino que corría cada vez más rápido hacia Aurora. Ya no podíamos escondernos. Recordé la recomendación que había leído en una ocasión para las personas que salen a correr: si te ataca un perro, debes proferir chillidos agudos porque al animal le recuerda a sus cachorros. Pero yo tenía la garganta seca y, en lugar de seguir ese consejo, en el último momento decidí colocarme delante de Aurora. Ya casi me parecía sentir las patas clavándose en mi estómago y mis muslos, los dientes desgarrándome la piel, hincándose en la carne y despedazándola, cuando, de repente, el perro se quedó quieto a unos tres pasos de nosotras. No es que aminorara el paso, sino que se quedó petrificado en medio de un movimiento, como si fuera una imagen congelada de una película.

Aurora se quedó tan inmóvil como el perro. Yo pensaba que estaba a salvo detrás de mí, pero de algún modo había conseguido ponerse delante.

—¡*Benni, Benni,* no! —gritó una voz masculina. Entonces alguien salió del bosque precipitadamente. Era un hombre barbudo con una chaqueta de paño tirolés, el pelo empapado en sudor y el rostro rubicundo. Al ver a su perro, él también se quedó pasmado.

Durante un rato nadie se movió, todas las miradas estaban centradas en Aurora, que además de situarse delante de mí, tenía la mano derecha levantada con los dedos estirados y separados. Sus ojos azules, que nunca me habían parecido tan brillantes y penetrantes como ahora, estaban clavados en el perro. Su mirada no sólo había impedido que nos atacara, sino que además lo estaba obligando a retroceder. El pelaje del lomo aún encrespado fue alisándose, el animal comenzó a menear el rabo despistado y el leve ladrido se convirtió en un quejido lastimero mientras se alejaba y se echaba al suelo. Estaba temblando, y parecía tan bondadoso que me habría agachado a acariciarlo. Ya nada recordaba al perro furioso que segundos antes nos enseñaba los dientes.

Aurora bajó despacio la mano. El dueño del perro se acercó con paso vacilante y la mirada insegura. El miedo a que se le escapara el perro había dado paso primero a la confusión y luego a un profundo asombro.

—*Benni* —dijo en tono neutro, y acto seguido añadió—: No me había pasado nunca.

Su mirada de confusión oscilaba entre Aurora y el perro.

—Si no es capaz de controlar a su perro, debería llevarlo atado. —En realidad pretendía increparle con rudeza para desquitarme del susto, pero mi voz, lejos de corresponderse con mis palabras de enfado, sonaba casi tan lastimera como el gemido del perro. Tampoco podía apartar la mirada de Aurora y el amedrentado animal.

Al final la niña se acercó al perro. Por un momento parecía que fuera a retroceder de nuevo, pero luego se levantó con seguridad, como si respondiera a una señal invisible, y Aurora le acarició un poco el pescuezo. Después volvió a apartarse del animal y se volvió hacia mí.

—¿Entramos en casa? —preguntó, impasible.

Antes de que yo pudiera contestar, intervino el propietario del perro:

—Por favor... ¡por favor, no me denuncie! ¡No ha pasado nada!

Fruncí el entrecejo y no logré entender por qué su voz rayaba la desesperación.

—¿Que no ha pasado nada? —exclamé todavía jadeando.

—*Benni* ya mordió una vez a una excursionista —explicó Aurora enseguida, antes de que el hombre añadiera nada más—. Si se produce otro incidente parecido, hay que sacrificarlo.

Me volví hacia ella aterrada, pero evitó mi mirada.

¿Cómo lo sabía?

El dueño del perro no reaccionó con la misma perplejidad. Por lo visto, aquella historia había corrido como la pólvora, y dio por supuesto que nos la habían contado. Se quedó cabizbajo y asintió, abatido.

—Es verdad.

No dije ni una palabra.

—Ven, *Benni* —murmuró al fin, y el perro lo oyó enseguida y se dejó atar sin rechistar—. Por favor —repitió cuando ya había devuelto a *Benni* a la pista forestal—, ¡por favor, no me denuncien!

Yo seguía sin poder decir nada, y él, sin esperar una respuesta, desapareció en el bosque.

—¿Cómo has calmado a ese perro? ¿Por qué no te daba miedo? ¿Por qué se ha dejado acariciar por ti? ¿Y cómo sabes...?

Aurora se encogió de hombros. Le brillaban los ojos con un azul tan penetrante como antes, pero ya no parecía concentrada, sino ausente.

—Los niños del parque me lo contaron...

Estaba segura de que no me estaba diciendo la verdad. De todos modos, no sabía si mentía de forma consciente o ni siquiera ella misma entendía lo que había sucedido.

Caminamos despacio hacia la entrada de la casa.

—¿Y qué debo hacer... con el perro? —tartamudeé, y antes de acabar de formular la pregunta ya me estaba arrepintiendo de estar cargándole a ella una decisión que en realidad debía tomar yo.

Aurora se encogió de hombros de nuevo.

—No lo sé —murmuró, lacónica, antes de pasar a explicarme con todo detalle—: El perro era un rottweiler. La raza se llama así porque antes se criaban por todas partes en la ciudad de Rottweil, para los ganaderos locales. De hecho, los rottweiler son pacíficos, afectuosos y amantes de los niños, siempre y cuando se los trate bien. Si no se los sabe tratar, se vuelven agresivos y tienen más tendencia a morder que otras razas caninas. Hay que tener experiencia en cuidar perros para comprar un rottweiler. —Hizo una breve pausa y luego, como si nada, preguntó—: ¿Abres?

Yo sostenía la llave de casa con la mano, pero me temblaba tanto que no acertaba a introducirla en la cerradura.

No podía dejar de preguntarme cómo sabía todo eso. ¿Por qué hablaba inglés e italiano? ¿Cómo había apaciguado al perro? ¿Y de dónde salían sus conocimientos sobre la raza?

Me recompuse, reprimí con todas mis fuerzas los temblores de la mano y abrí la puerta. Aurora se me adelantó y, cuando su cuerpo me rozó, sentí un escalofrío.

La seguí con la mirada mientras corría por el pasillo hacia el salón y me invadió un frío helador. Lo peor no eran sus peculiares capacidades, no, lo peor era que en aquel momento sentía miedo de mi propia hija.

Miedo. Aurora me inspiraba miedo.

Al día siguiente me senté a trabajar temprano. Justo después del desayuno, volví a la primera planta, encendí el portátil y ordené los papeles de la investigación. No lo hacía por voluntad propia, de hecho estaba muy desconcentrada y las letras se



disipaban ante mis ojos. Lo hacía porque durante el desayuno Aurora se había descolgado diciéndome que, después de la pausa del día anterior, debía retomar mi trabajo si pretendía terminar el libro a finales de verano.

Había empleado un tono no sólo petulante, sino en cierto modo autoritario, y muy seguro, como si hubiéramos intercambiado los papeles y yo fuera la niña a la que había que decirle lo que tenía que hacer y ella la madre que tomaba las decisiones.

Quise contestar, no sólo porque me pareciera inconcebible volver a la cotidianeidad después de todo lo sucedido el día anterior, sino porque oía la voz de Nele diciéndome que jamás debía ceder la autoridad, y mucho menos siendo una madre tan joven. «Es tu hija, y tú asumes la responsabilidad. No es tu amiga, ni tu compañera, ni tu ventana al mundo.»

Esa advertencia siempre me pareció exagerada, y sobre todo infundada. Sin embargo, asentí apocada mientras Aurora me daba órdenes, y me sentía como si me hubieran descubierto haciendo algo malo.

«No lo estás haciendo bien... no eres buena madre... no lo bastante buena... mira cómo te comportas... ponle límites... no dejes que te confunda... cómo puedes tener miedo a tu propia hija... es imposible... eres incapaz...»

¿La voz que oía en mi interior era en realidad la de Nele o era la mía? Una voz cargada de las viejas inseguridades que creía superadas tiempo atrás, pero de las que en realidad sólo me escondía, ingenua como una niña pequeña que cree que sólo hay que cerrar los ojos para ser invisible.

La expresión de la mirada de Aurora me molestaba más que aquellas voces. No sabía cómo interpretarla. Era entre siniestra y fascinante, y al mismo tiempo intransigente, curtida, resabiada, intensa.

Sucumbí a su peculiar mirada porque no pude soportarla, y menos aún la pregunta que suscitaba: por qué se había erigido un muro invisible entre nosotras y no me sentía capaz de tocarla, ni siquiera de acariciarle el pelo.

Ese día el cielo estaba brumoso, el aire todavía era frío, y mientras trabajaba —o fingía hacerlo—, Aurora estaba sentada en el salón leyendo unos libros. Yo me asomaba cada media hora y le preguntaba si todo iba bien. Ella me miraba un momento, con cierta severidad, como si fuera a preguntarme hasta dónde había llegado. En el fondo me sentía aliviada al salir del salón y poder evadirme en el trabajo, no estar con ella en una habitación y esperar a que dijera o hiciera algo que me resultara inexplicable.



Así transcurrió la mañana, seguida de la comida, que consistió en un par de bocadillos preparados de cualquier manera. Aurora se comió sólo uno, pero al menos era algo. Después quise hacerme un café, pero estaba tan enfrascada en mis pensamientos que llené la máquina con mucho más café del necesario.

—¿Vamos... vamos a pasear? —propuse.

—Yo prefiero seguir leyendo. Y así tú sigues trabajando.

Una vez más, su contundencia no dejaba espacio a la réplica. Y de nuevo obedecí como una niña asustadiza y apocada.

Después de cada línea que escribía, y de cada nota que elaboraba, tomaba un sorbo de café, tan fuerte que al poco empezaron a temblarme las manos. Sin embargo, seguí tomándolo, como si fuera un alivio que aquellos temblores y hormigueos se debieran excepcionalmente a algo tan banal y cotidiano como el café, y no a la desazón, la inquietud y el desconcierto.

A última hora de la tarde ya no podía seguir, apagué el ordenador y fui a la habitación de Aurora a ordenarla. Sin embargo, no había mucho que hacer, y no era lo habitual: la cama ya estaba hecha, los libros y los juegos estaban cuidadosamente colocados en la estantería. Sólo la liebre de peluche de Nele estaba desatendida en un rincón. Me agaché a recogerla y recordé cómo le había caído de las manos el peluche a Aurora la primera tarde, cuando dijo ver una silueta oscura.

«Él está ahí.»

Sin querer apreté el peluche, enterré la cara en el suave tejido, llena de nostalgia de poder abrazar y acariciar así a Aurora, sin temor ni desconfianza. Los ojos de plástico se me clavaban en las mejillas, pero no me molestaba mientras oliera a Aurora y fuera suave como su pelo.

De pronto dejé caer el peluche.

Murmullo... había oído un murmullo.

Al principio no estaba segura de dónde procedía, y cuanto más escuchaba, me parecía menos un murmullo y más una especie de gruñido, o no, más bien un susurro, un bisbiseo que me resultaba conocido.

Al entrar corriendo en el salón se me cayó la liebre de peluche de la mano. Noté un soplo de aire frío, y vi la verja del jardín abierta de par en par. Sin embargo, lo que me aterró no fue el viento, sino otra cosa.

Aurora debía de haber abierto la puerta, porque de pronto apareció una figura, una silueta oscura. El abrigo que llevaba ondeaba al viento, lo único que no levantaba el viento eran sus negros cabellos, repeinados y pegados a la cabeza como un casco.

Caspar von Kranichstein.

¿Por qué le había abierto Aurora? Y sobre todo: ¿qué hacía allí? ¿No había sido lo bastante clara el día anterior al pedirle que no volviera a acercarse a Aurora?

Tal vez ése fuera el motivo por el que había entrado en el jardín directamente, sin llamar.

Por lo visto, ni siquiera había advertido mi presencia. Tenía los ojos oscuros, que de lejos parecían agujeros, clavados en Aurora, mientras le tocaba la cabeza con la mano derecha y le decía algo entre susurros. Aurora no hacía amago de apartarse. Estaba quieta, escuchando. Cuando corrí hacia ella y la agarré de los hombros, tenía el cuerpo rígido como una tabla. La última vez, al tocarla, ella había comenzado a temblar y a echar espuma por la boca. Esa vez, sin embargo, fue distinto. Su cuerpo estaba como petrificado, igual que su mirada, como si estuviera hipnotizada. Lucía una leve sonrisa, pero era una sonrisa fría e inaccesible.

—¿Qué hace aquí? —le increpé a Caspar von Kranichstein—. ¿Qué diablos se le ha perdido aquí?

Se encontraba inclinado hacia la niña y se incorporó despacio, muy despacio. Apartó la mirada de Aurora. No había traspasado el umbral hasta el salón, y tampoco en ese momento hizo amago de acercarse. La luz del día, en decadencia, daba un aspecto más oscuro a su rostro y más delgado a su figura.

—Sólo quería pasar a verla —dijo, con poco más que un susurro. Me apresuré a ponerme delante de Aurora y tuve la sensación de que la mirada fija de la niña me quemaba la espalda.

—¡Váyase! ¡Fuera! ¡No quiero que se acerque a ella, ya se lo he dicho!

Mis primeras palabras sonaron secas y enfurecidas, luego se me quebró la voz. Él seguía manteniendo la distancia, sonriente. Sin embargo, había algo en él que me asustaba, que me impulsaba a alejarme, a agacharme, a taparme la cara con las manos, y me costó un gran esfuerzo contener ese impulso. Lo que no pude disimular era que tenía las mejillas al rojo vivo. Me sentía en parte como cuando era estudiante de piano antes de las actuaciones: indefensa y expuesta.

—¡Váyase ahora mismo! —grité.

—Sophie... —Pronunció mi nombre con su característico hablar susurrante. A pesar de que no se movió, me dio la sensación de que iba a acariciarme el rostro y el

cuerpo con sus largas manos delgadas—. Sophie, no haría nada que pudiera... perjudicar a su hija.

—¡Yo decido qué perjudica a mi hija y qué no! ¡Salga de mi jardín! —grité casi desgañitándome.

Su sonrisa se volvió más amplia y denotaba una especie de indulgencia. Era como si pretendiera decirme que, por muy fría que me mostrase con él, antes o después acabaría aceptando sus consejos. Sentí que el miedo se me agarraba a la garganta. ¡No, eso nunca!

Se retiró con mucha lentitud, atravesó el jardín y por fin llegó a la puerta. Antes de abrirla con un leve chirrido, se volvió sonriente una última vez y levantó la mano para despedirse.

«No os desharéis tan fácilmente de mí», me pareció que decía una voz, como si Caspar hablase conmigo sin pronunciar realmente las palabras.

El abrigo negro se hinchó con el viento, que parecía soplar con más fuerza y frío que antes. Me temblaba todo el cuerpo. Cerré la puerta del jardín enseguida y me agaché hacia Aurora. No quedaba nada de mi aversión ni incomodidad al tocarla. La agarré de los hombros, la abracé con fuerza y al final la sacudí con suavidad.

—Aurora, Aurora, ¿estás bien?

Permaneció un rato dominada por una rigidez antinatural, hasta que de pronto una sacudida le recorrió el cuerpo y su inexpresiva mirada volvió a la vida.

—¿Qué quería de ti? ¿Qué ha pasado antes de que yo entrara en el salón?

Me arrepentí profundamente de haberla dejado sola, una niña pequeña y desorientada, en la que por lo visto ya no quedaba ni rastro de la seguridad y el aura de poder que transmitía sólo unas horas antes.

—Caspar von Kranichstein... ¿Qué quería?

Pero Aurora ni siquiera parecía saber de quién le estaba hablando y no reaccionó. Sólo se le transformó el azul de los ojos, que de un tono más pálido y descolorido pasó a uno más oscuro. Unos instantes antes el color recordaba al de un arroyo cristalino, y ahora en cambio al de un mar profundo y frío.

—No debes tenerle miedo —le expliqué, tratando de transmitir mayor seguridad de la que en realidad sentía—. Ya no vendrá más por aquí. Se... se lo he prohibido.

Aurora se apartó de mí, se dirigió hacia el sofá y cogió uno de sus libros, como si no hubiera pasado nada. Al cabo de un rato levantó la cabeza y dijo:



—No servirá de nada. —Y lo dijo como si albergar cualquier clase de sentimiento, ya fuese de miedo, firmeza, indignación o pánico, constituyera un acto del todo inútil—. No servirá de nada. Él... tiene que volver.

Cuando más tarde llamaron a la puerta, el susto que me llevé en el cuerpo fue casi doloroso. En cuanto desapareció Caspar von Kranichstein, cerré todas las contraventanas bajo la mirada escéptica de Aurora. No quería abrir la puerta, bajé a la niña del sofá y la abracé con fuerza. Permanecimos así en medio del salón, y ni siquiera cuando llamaron por tercera vez me moví.

Aurora me había seguido la corriente sin rechistar, pero en ese momento dijo en voz baja:

—No creo que... sea él.

Como las contraventanas estaban cerradas, el cuarto estaba casi a oscuras. No estaba segura de la hora que era. ¿Las cuatro, las cinco de la tarde? ¿Quién iba a venir a esas horas?

Habían dejado de llamar al timbre, que fue sustituido por unos golpes, seguidos de una voz furiosa.

—¿Sophie? ¿Sophie, estás ahí? ¡El coche está aquí! Habíamos quedado en que...

Fui corriendo a la puerta y abrí. Nele se iba de vacaciones al día siguiente o al otro, por eso habíamos quedado en que nos haría una visita, ya que quería ver la casa del lago de Hallstatt.

—Aquí estás. —Se inclinó para abrazarme y besarme en las mejillas, pero yo la agarré con fuerza del brazo, tiré de ella hacia dentro y, después de mirar temerosa a todas partes, volví a cerrar la puerta. Acto seguido le di dos vueltas a la llave.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nele, y me miró de arriba abajo, irritada.

Se me tranquilizó un poco el pulso.

—Nada, es sólo...

Me estuvo mirando un rato, preocupada. Luego se quitó la chaqueta y la colgó del perchero.

—¿Por qué me has tenido tanto tiempo en la puerta? ¿Tienes miedo? Es por...

No terminó la frase. Aurora me había seguido hasta el pasillo, y en ese momento gritó, visiblemente emocionada:

—¡Tía Nele! —Aurora salió corriendo hacia Nele y ésta la recibió con una sonrisa y los brazos abiertos.



Yo observé el abrazo con una mezcla de sentimientos. Me sentía dividida por dentro: por una parte me alivió ver que Aurora seguía siendo la niña despreocupada y despierta de siempre, y que la extraña visita no le había afectado en absoluto, pero por otra me produjo cierto recelo comprobar que delante de Nele se comportaba con total normalidad, que con ella no se mostraba autoritaria, rígida, inaccesible ni exageradamente madura. Eso me causó cierta confusión: ¿y si era yo la que estaba provocando todo eso por la aversión que sentía hacia ella, la incomodidad que me producía tocarla? Aunque, por otro lado, mi actitud era la consecuencia, ¡no la causa de su comportamiento!

Nele se separó de Aurora.

—¡Estás preciosa! —afirmó.

Aquello fue una de las exageraciones de Nele, porque tampoco podía decirse que Aurora tuviera buena cara: estaba igual de pálida y delgada que en nuestro último encuentro en Salzburgo. Sin embargo, a Nele le resultó un alivio el mero hecho de no encontrársela paralizada en su habitación, mirando a un punto fijo.

Ahora, en cambio, apaciguaba a los perros violentos, se dejaba hipnotizar por nuestro siniestro vecino y hablaba inglés a la perfección, pensé para mí, pero no lo dije en voz alta.

—Tú, en cambio, no tienes buen aspecto. —Nele se levantó y se acercó a mí—. ¿Tiene que ver con esos... asesinatos? —preguntó.

Durante los últimos días yo no había vuelto a pensar en eso, pero el tema seguía ocupando las primeras páginas de los periódicos y se habían hecho especulaciones en toda Austria sobre qué significaban tres muertos en pocas semanas. Nele dijo que, según había leído, el turismo sufriría pérdidas.

—¿Te acuerdas? —añadió—. Cuando aún estudiábamos, también se cometieron unos asesinatos en serie por la zona de la Untersberg. ¡A las víctimas les habían arrancado el corazón! ¡Qué espanto!

Intenté hacer callar a Nele señalando con la barbilla hacia Aurora, aunque no parecía que estuviera escuchando la conversación.

—¿Cuánto tiempo te quedas, tía Nele?

—No mucho, sólo unas horas. Mañana vuelo a Rodas.

Mientras yo iba a la cocina a prepararle un café a Nele —yo ya estaba bastante excitada por dentro como para tomar otro café— la oí fantasear con el hotel que había reservado. Aurora no parecía muy impresionada.



—¡Uf! —exclamó Nele, y me siguió a la cocina—, hoy ha sido un día de lo más ajetreado. Los últimos días antes de las vacaciones siempre son así.

Se me cayó un poco de café molido, intenté limpiarlo enseguida y esperé que Nele no se diera cuenta de cómo me temblaban las manos. Pero ella no se fijó porque estaba demasiado concentrada contándome hasta el último detalle de su trabajo: en ese momento estaba haciendo unas prácticas de varios meses en una consulta de psicología infantil.

Me contó que todas las citas se reservaban con semanas de antelación, lo que en realidad era bastante triste, porque significaba que muchos padres no salían airosos de la educación de sus hijos. Y que sabía que sonaba fatal, pero que sin duda eso era bueno para ella, ya que así siempre tendría suficiente trabajo, aunque durante las semanas previas a las vacaciones no le habría importado tener un poco menos.

Mientras hablaba, abrió el bolso y sacó una botella de un vino blanco que solía llevar cuando cenábamos juntas. La guardé en la nevera.

Hablaba como una cotorra, cuando comentaba casos concretos de la consulta apenas la seguía, pero todo aquello poco a poco me fue calmando. La energía de Nele... Aurora, que siempre se alegraba de sus visitas... el olor a café... todo prometía normalidad.

Cuando llevé el café al salón, Nele miró alrededor asombrada.

—¿Por qué estáis a oscuras?

Me encogí de hombros y volví a abrir enseguida todas las contraventanas. La histeria que Caspar von Kranichstein acababa de suscitar en mí en ese momento me pareció casi ridícula. Al fin y al cabo no había entrado a la fuerza en mi casa, simplemente había accedido al jardín. Pese a que no era de buena educación, tampoco era motivo para atrincherarse.

—¿Por dónde iba? —preguntó Nele—. Sí, por la niña pequeña cuyo nombre no puedo desvelar. Aún no tiene diez años y ya sufre un trastorno dismórfico corporal extremo. Hasta ahora sólo me había encontrado adolescentes con esos síntomas.

A Nele le encantaba ir lanzando conceptos científicos, y la mayoría de las veces yo no preguntaba qué significaban para ahorrarme una de sus interminables conferencias, pero como hasta entonces casi no había dicho nada, pregunté por educación:

—¿Qué es eso?

Nele tomó aire y estaba a punto de contestar, cuando antes de que pudiera decir nada, Aurora, que se había quedado de pie junto a la puerta, explicó:

—Las personas con algún trastorno dismórfico corporal sufren porque se consideran extremadamente feas.

Nele soltó el aire y se volvió hacia ella sorprendida.

—¿Y tú cómo sabes eso, enana?

Aurora se encogió de hombros.

—¡Tienes razón! —exclamó Nele—. Son personas que están completamente obsesionadas: porque tienen acné, los pechos pequeños o la nariz torcida. Les resulta imposible llevar una vida normal porque siempre están pensando en lo feas que son. Como decía, hasta ahora nunca había visto una paciente tan joven. ¡Un drama! Todo es culpa del culto a la imagen de la televisión, que envenena el alma.

Nele suspiró.

—Los trastornos dismórficos corporales son muy difíciles de tratar —añadió Aurora, muy seria—. Sin ayuda psiquiátrica continuada no mejoran.

—¡Chapó! —exclamó Nele para demostrar su admiración—. ¿Lo has leído en algún sitio?

Aurora volvió a encogerse de hombros.

—A lo mejor tienes un geniecillo en casa, Sophie... Sophie, ¿qué te pasa, que estás tan pálida?

Me mordí los labios para reprimir un grito. Un segundo antes estaba esperanzada de que aquel día tan demencial acabase de una forma normal y agradable. En ese instante, volvieron a invadirme esos sentimientos que tanto me desmoralizaban: pánico, histeria, desazón y miedo hacia mi propia hija.

—Sophie, ¿qué te pasa?

—Nada. —Sacudí la cabeza y deseé que no viera cómo se me tensaba el pecho y se me contraía el estómago—. Nada... es que acabo de recordar una cosa... quería ir a la compra... pero luego me he concentrado tanto en el trabajo que me he olvidado... ahora que estás aquí... y que Aurora no tiene por qué venir... ¿puedo ir en un momento...?

Mis palabras cada vez eran más confusas.

—¿Quieres ir a la compra ahora? —preguntó Nele, obviamente molesta porque quisiera dejarla a solas con Aurora, después de hacer un viaje tan largo para verme.

Sin embargo, me sentía incapaz de dar más explicaciones.

—Yo... yo... vuelvo enseguida —dije muy rápido, y no le di tiempo a contestar. Salí corriendo por el pasillo, agarré las llaves y el bolso y salí de la casa.

Poco después me metí en el coche y me marché.

No sabía cómo enfocar el hecho de que Aurora supiera tantas cosas que era imposible que supiera, que yo no fuera capaz de entenderla y, lo que es peor, que mi propia hija me pareciera una desconocida. Pero, aunque no podía influir en el comportamiento de Aurora, podía hacer otra cosa.

Caspar von Kranichstein... todo tenía que ver con él...

Desde que apareció, tocó a Aurora y ella tuvo el ataque espasmódico, estaba claro que había cambiado.

En aquel momento no tuve presente que los estados de trance de Aurora no podían guardar relación con él, ya que habían empezado a producirse mucho antes. Lo único que tenía claro era que no pensaba quedarme de brazos cruzados. Caspar von Kranichstein iba a tener que vérselas conmigo.

No iba a volver a pedirle en persona que se alejara de nosotras, pero se me había ocurrido otra idea para conseguirlo, y no quería dejar pasar más tiempo sin llevar a cabo esa decisión.

Apreté el acelerador, dejé atrás la casa y llegué al bosque. Hasta entonces siempre había conducido con prudencia por aquel tramo empinado, pero esta vez tomé la primera curva a demasiada velocidad. Los neumáticos chirriaron al salirse de la calzada, y el coche dio un bandazo cuando apreté con todas mis fuerzas el pedal del freno. Se me clavó el cinturón en el cuerpo y me quitó la respiración. Aunque agarré el volante con las dos manos, por un momento perdí el control del vehículo. Pisé el pedal una y otra vez, intentando controlar el giro, pero no logré dominar la fuerza invisible que lo empujaba. Después de lo que pareció una eternidad, el coche por fin se detuvo. Todos los ruidos se extinguieron. Me desabroché el cinturón, respiré hondo y maldije mi imprudencia. ¡Qué locura tomar la curva tan rápido!

Miré por el retrovisor y confirmé que había tenido una suerte increíble. Los neumáticos de la derecha, tanto el delantero como el trasero, se habían salido de la calzada y habían resbalado por la superficie del bosque, pero en aquel lado la pendiente no era muy pronunciada, todo lo contrario que en el lado opuesto de la carretera. Si hubiera derrapado por el otro lado, habría caído por el precipicio y me habría estrellado contra los árboles.

Volví a respirar hondo, metí la marcha atrás y apreté el acelerador, esa vez con mucho cuidado. Las ruedas traseras dieron algunas vueltas resbalando por el suelo del bosque con un crujido hasta que por fin alcanzaron al asfalto. Sin embargo, una vez estuve en terreno seguro me asusté hasta tal punto que me quedé encogida y retiré los pies de los pedales, de modo que el coche dio una sacudida inesperada y el motor se apagó.

Tiré del freno de mano, miré hacia fuera angustiada y abrí despacio la puerta del coche. No, no me había engañado la vista... había algo rojo colgando... entre las ramas oscuras... un trozo de tela que parecía hecho trizas.

No podía apartar la vista de allí y de pronto pensé que tal vez no había ido a parar a allí por casualidad.

Vacilante, salí y miré a mi alrededor. No se oía ruido de gente, sólo el viento que susurraba entre el ramaje y el graznido de un pájaro. Aquel punto de color me atrajo como si fuera mágico, parecía una señal dirigida sólo a mí. Me alejé del coche paso a paso, me adentré en el bosque, en cuya espesa frondosidad se extinguía la última luz del día, y finalmente llegué al árbol del que colgaba la tela. Pese a estar desgarrada, pude distinguir con claridad que se trataba de una camiseta, y por el tamaño parecía de hombre. El viento se la había llevado y había quedado colgada entre las ramas.

Pensé que tal vez alguien de los alrededores había tendido la colada, la camiseta se había soltado y había llegado hasta allí...

Los jirones de tela roja ya no eran significativos. ¡Una señal! Bah... una señal ¿de qué?

Me alejé sacudiendo la cabeza, aparté la vista de la camiseta y bajé la mirada hacia el suelo del bosque, y entonces me quedé petrificada. Fue como si el bosque hubiera oscurecido de repente. Las hojas susurrantes de los árboles frondosos, las agujas puntiagudas de los abetos, la corteza surcada de los troncos, todo había dejado de ser verde y marrón y se había vuelto negro.

Me pregunté si tal vez al encontrarme en estado de shock no distinguía los colores y por eso lo veía todo en blanco y negro.

El bosque estaba negro y... el cadáver blanco.

Justo debajo de la camiseta roja, en un lecho de musgo blando levantado por una raíz nudosa, una persona muerta me miraba con los ojos desorbitados.



CAPÍTULO 5

Volvieron los colores. El bosque seguía negro y el cadáver blanco, pero los uniformes de los agentes de policía eran de color verde oscuro.

Ya no sabía cuánto tiempo había pasado desde que había encontrado el cadáver. Después de informar a la policía, entré en el coche, cerré desde dentro y esperé. Sólo había visto la escena un instante, pero cada horrible detalle quedó grabado en mi mente y ahora esas impresiones se reproducían en bucle, cada vez más impactantes, más atroces, más repugnantes.

Los ojos.

Lo peor era sin duda la expresión de los ojos completamente fuera de las órbitas. Además de reflejar el vacío negro del muerto, también transmitían los últimos sentimientos que esa persona había experimentado: un miedo atroz, pavor, pánico, y la certeza de que se acercaba su fin.

El hombre no era viejo. Entre la abundante cabellera marrón no se advertía ni un solo mechón blanco, el cuerpo parecía musculoso y fornido. Sin embargo, su piel blanca exhibía un aspecto senil. En algunos sitios parecía una funda fláccida cuyo contenido original hubiera ido menguando, y en otros, en cambio, se veía abultada de forma artificial, como si la hubieran rellenado.

Había otro detalle casi tan insoportable como la mirada hueca: las manos del fallecido, que no se asemejaban en nada a las de una persona. Cuando posé mi mirada en ellas, enseguida pensé sin querer en uno de los libros infantiles de Aurora. En él aparecía dibujado un hombre de los bosques al que le habían crecido raíces de árbol en los brazos. Las manos del cadáver eran igual de oscuras, nudosas y con costras, no porque se hubieran vuelto de madera, sino porque estaban cubiertas de sangre, que se

había incrustado y vuelto negra. ¿Sangre propia? ¿La del asesino? El lecho de musgo sobre el que yacía también estaba oscuro, lleno de un líquido viscoso que, más que sangre, parecía betún.

Los policías llegaron a la conclusión de que el hombre se había resistido a su agresor y por eso presentaba heridas graves en las manos. Esa sangre no tenía nada que ver con la causa de la muerte real. Había fallecido por un profundo corte en la arteria carótida que lo había llevado a desangrarse. Uno de los agentes comentó en voz alta que había algo curioso. Normalmente una herida así dejaba un rastro de sangre. La sangre debía de haberle brotado del cuello como una fuente y haber dibujado una línea rodeada de motas cada vez más finas. Sin embargo, en los árboles y matorrales de alrededor no habían encontrado nada parecido.

—Debería haber perdido mucha más sangre de la que se ve debajo del cuerpo —señaló el agente.

Yo escuché en silencio. Al llegar la policía, me había bajado del coche y los había llevado hasta el escenario. En ese momento me encontraba allí, con la mirada clavada en el tronco de un árbol para evitar contemplar la imagen del cadáver. Y no volví a mirar el suelo del bosque hasta que llegó la ambulancia y se llevaron al muerto, cubierto con una tela oscura a través de la cual se distinguía el contorno de su cuerpo rígido.

Uno de los policías se me acercó.

—Puede irse, si quiere, señora Richter. Si tenemos más preguntas nos pondremos en contacto con usted.

Ya no recordaba si le había dado mi nombre y mi dirección a alguno de sus colegas. Sin embargo, aún resonaban en mis oídos las pocas palabras con las que había explicado cómo había encontrado al muerto y qué me había hecho fijarme en él.

Entretanto habían retirado la camiseta roja de las ramas y la habían guardado en una bolsa de plástico.

—¿O prefiere que la acompañe alguien a casa?

Sacudí la cabeza en silencio, me dirigí hacia el coche, pero a medio camino me detuve de nuevo.

—Perdone... —empecé.

El hombre se dio la vuelta. Transmitía una tremenda tranquilidad. Probablemente sus largos años de profesión le habían enseñado a superar la repulsión, y una imagen horrible como aquélla ya no le revolvía las entrañas, sino que, a lo sumo, le estropeaba el humor.

—¿Sí? —preguntó al volverse.

—Cuando he encontrado al muerto, en realidad iba a verles —murmuré—. Quería... quería poner una denuncia.

—¿Sí? —volvió a preguntar.

Respiré hondo. Las palabras que me salieron en aquel momento sonaron confusas.

—Caspar von Kranichstein... me da miedo... acosa a mi hija... no quiero que se acerque a ella... ¿hay alguna forma de que ustedes se lo prohíban?

El agente de policía apenas me miró, se le iba la mirada hacia el lugar del suceso. No habría podido dejar más claro lo que le pasaba en realidad por la cabeza: «Nos enfrentamos a la peor serie de asesinatos en años... ¿y usted me viene con eso?»

Nada más terminar la frase, me ruboricé. Hacía mucho tiempo que no sentía tanta vergüenza.

—Cuando el señor Von Kranichstein —pronunció el nombre con toda naturalidad, probablemente lo conocía—, cuando el señor von Kranichstein se acerca a su hija, como dice, ¿qué hace? ¿La ha... tocado de forma deshonesta?

Sonaba indiferente, como si, aunque pudiera ser cierto, no fuera grave.

Cada vez que decía algo me sentía más insegura.

Antes de encontrar el cadáver estaba decidida a no permitir más esas visitas, pero ahora todas mis preocupaciones y miedos parecían ridículos en un lugar como aquél, donde una persona había encontrado una muerte cruel y sangrienta.

—Es su vecino, ¿verdad? —preguntó el agente.

De nuevo casi oí lo que le pasaba por la cabeza: «El vecino pasa por su casa por casualidad y habla con la niña. Y el vecino le acaricia la cabeza. Si no hay nada más...»

Seguía con los ojos clavados en la mancha situada en el lugar de donde acababan de llevarse el cadáver. Se oyó el chirrido de neumáticos al pararse más coches de policía. Los agentes hablaban a voces entre sí o por los aparatos de radio, sus pasos crujían sobre el lecho del bosque y lo revolvían. Aunque a simple vista ya no había rastro del cadáver sobre el suave lecho de musgo, a mí me parecía seguir viéndolo ahí, me sentía a merced de su mirada de terror.

—No es para tanto —murmuré—. Probablemente ahora tiene otras preocupaciones...

No contestó, y yo me dirigí presurosa al coche.



Antes de entrar en casa, estuve paseando un rato para calmarme.

Mientras respiraba hondo el aire fresco, sin querer se me desvió la mirada arriba hacia la propiedad de Caspar von Kranichstein. Aunque aún no era de noche, parecía que detrás de los enormes ventanales reinara una oscuridad absoluta. ¿Estaba ahí sentado? ¿Me observaba? Pero ¿por qué iba a hacerlo, y qué quería de Aurora?

Un ruido en la puerta hizo que me volviera, pero sólo era Nele, que me había oído y salía a buscarme.

—Sophie, ¿qué haces aquí?

Estuve a punto de explicárselo todo: el siniestro descubrimiento que había hecho, los ojos vacíos del cadáver, cuya imagen no podía quitarme de la cabeza, las sospechas de la policía de que le habían rajado la carótida y se había desangrado. Y también me habría gustado explicarle el extraño comportamiento de Aurora, hablarle de Caspar von Kranichstein y su poder hipnotizador sobre ella, de mi decisión de denunciarle, que de nuevo empezaba a tambalearse. Pero me quedé callada. No encontraba las fuerzas para decírselo. Reproducirlo en palabras significaba revivirlo.

—¿Va todo bien con Aurora? —pregunté enseguida.

—¡Claro! Hemos estado viendo libros ilustrados. Ahora mismo quería acostarse. Parece que le sienta bien el cambio de aires... aunque no puedo decir lo mismo de ti. ¿Qué te pasa? ¿Dónde estabas?

—Como te decía, tenía que ocuparme de una cosa —dije para eludir responder.

Ella arrugó la frente con un gesto de escepticismo, y no podía censurarla por ello. No llevaba ni una sola bolsa que contuviera la supuesta compra.

Bajé la cabeza ante su mirada escrutadora.

—No podemos quedarnos aquí —le expliqué acto seguido. Hasta entonces yo tampoco lo tenía muy claro, pero en el momento en que lo dije en alto, me pareció la única solución sensata—. Sí —insistí—, no ha sido buena idea mudarnos aquí. ¡Es más, ha sido un gran error! No aguanto estar aquí. No... no funciona. Hoy mismo haré las maletas y luego volveremos a Salzburgo.

Las arrugas de la frente de Nele se volvieron más profundas.

—Pero ¿por qué tan de repente? —exclamó ella, sorprendida—. Sophie, ¿qué te pasa? ¿Qué ha pasado?

No contesté, sólo quería pasar, dispuesta a llevar a cabo mi decisión. En la entrada de casa me encontré a Aurora. Me dio la sensación de que llevaba allí mucho tiempo, y yo no hubiese reparado en ella. Sacudía la cabeza con fuerza. Ya llevaba el fino camisón, iba descalza, se le había puesto la piel de gallina en los brazos.

—¡A la cama ahora mismo! —grité con severidad—. ¡Te vas a resfriar!

Ella seguía sacudiendo la cabeza. Luego dijo algo, pero en voz tan baja que casi no la entendí.

—¿Qué? —pregunté, aturdida.

—Tenemos que quedarnos aquí—repitió—. No podemos volver a Salzburgo.

—¿Por qué no?

—Por favor, mamá, por favor... no quiero volver. Tenemos que quedarnos aquí.

Sonó a súplica, como si su vida dependiera de ello, y por un momento hizo que se tambaleara mi determinación. Me encogí de hombros, impotente.

—Pero...

Antes de que Aurora dijera nada, Nele se puso de parte de la niña.

—¡Lo ves! ¡Aurora está a gusto aquí!

Aurora me miraba desesperada, Nele me hizo un gesto para animarme. Al fin y al cabo ella era la que me había aconsejado pasar allí el verano.

Me sentí indefensa ante aquella superioridad de fuerzas.

—Nos quedamos, ¿verdad? —preguntó Aurora. De nuevo empleó un tono de súplica.

—Vete a la cama y tápate —me resigné—. Y sí... por mi parte... nos quedamos.

Más tarde Nele y yo tomamos una copa de vino, mejor dicho, ella bebía vino y yo jugueteaba a girar mi copa con la mano. Estuve a punto de contárselo todo en varias ocasiones, pero no fui capaz.

—¿Cómo llevas tu trabajo? —preguntó Nele, después de que yo contestara a todos los demás temas que había planteado con un esquivo «sí», «no» o «no lo sé».

Me encogí de hombros.

—Ahí está. Hoy he estado escribiendo todo el día.

Dudaba que hubiera escrito algo con sentido, pero eso no lo dije en voz alta.

—¿Sí? —observó Nele con prudencia—. Aurora cree que no lo llevas muy bien.



—¿Cómo? —Me sorprendió que Aurora hubiera hablado con Nele de mi trabajo.

Nele no insistió.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo enseguida—, económicamente no lo necesitas... pero siempre me había dado la impresión de que te gustaba escribir.

¿Cómo sabía Aurora cómo me iba con el trabajo?

—De momento no tengo tranquilidad para trabajar —dije con brusquedad.

—¿Sabes? —Nele se levantó—, eso es precisamente lo que me preocupa. Sophie, siempre te ha gustado atrincherarte en tu pequeño mundo, pero nunca has sido tan miedosa.

—¿A qué te refieres?

—Me he fijado en que miras a Aurora como si fuera una niña frágil de cristal, como si la más mínima corriente de aire fuera a derribarla. No es bueno para ella, pero para ti tampoco. Transmites verdadero pánico, y...

—No tienes ni idea de lo que ha pasado —la interrumpí de pronto. Respiré hondo, necesitaba desahogarme y contárselo todo, pero Nele continuó decidida.

—Nunca había visto a Aurora tan llena de vitalidad, tan contenta, tan despierta. Parece que aquí avanza bien... y tú... tú no eres más que la sombra de ti misma. Esos extraños trances no han vuelto a repetirse, ¿o sí?

No, me dije, al menos no mientras Caspar von Kranichstein se mantuviera alejado de ella.

—No hace falta que me convenzas de que nos quedemos aquí —murmuré—. Ya está decidido. Lo hago por Aurora.

Nele sacudió la cabeza.

—No es suficiente, Sophie. Sabes que me voy mañana, esta vez no puedo ayudarte, pero creo que deberías buscar a alguien por horas... para Aurora.

—¿Por qué? —pregunté, desconcertada.

—¡Para poder trabajar tranquila! ¡Así tienes un poco de tiempo para ti y de paso te relajas un poco! Seguro que en este sitio hay un montón de chicas agradables a las que les gustaría ganar algo de dinero así.

La sola idea de dejar a Aurora en manos de un desconocido me revolvía el estómago.

—Antes de que os mudarais me preocupaba sobre todo Aurora —continuó Nele—, pero, si te soy sincera, ahora me preocupas tú. ¿Has comido algo hoy?

Sabía que Aurora había comido un bocadillo, pero no recordaba si yo había comido o no. Tenía el estómago vacío, pero a decir verdad tampoco tenía hambre.

—Voy a prepararte algo de comer —anunció Nele con resolución—. No soy buena cocinera, pero tendrás unos espaguetis y un poco de *pesto* en casa, ¿no?

Me encogí de hombros de nuevo, pero Nele ya se había levantado para dirigirse a la cocina.

—Y piénsatelo, ¿eh? ¡Lo de buscar una canguro!

No me gustaba nada la idea, pero para no tener que seguir discutiendo de eso con Nele, asentí débilmente.

Estaba ocurriendo rápido, mucho más rápido de lo que esperaba, y todavía no sabía si alegrarse o alarmarse.

En esta etapa Aurora era muy frágil. Cualquier cosa podía salir mal y destruirla para siempre. ¿Y si Sophie no estaba preparada? ¿Y si se volvía loca?

Por otra parte, le producía un profundo alivio que por fin esa ardua y angustiosa espera estuviera llegando a su fin. Un hombre normal no habría demostrado tanta perseverancia, tanto control sobre sí mismo, tanta determinación. Y es que no se trataba de días, semanas, meses o años de espera. En realidad habían sido décadas. Siglos. La espera no sólo había sido por ELLA y por su hija... sino también por otra cosa bien distinta.

Lo único que le mantenía firme era pensar en la felicidad que le aguardaba. Eso, si todo iba bien, si nadie se interponía en su camino, si Sophie lograba resistir.

La presión que sentía era casi insoportable. Apenas se dio cuenta de cómo agarraba con las manos el árbol tras el cual estaba escondido. No notó que la áspera corteza se le estaba clavando en la piel. Sólo cuando se oyó un crujido amenazador y le llovieron multitud de pequeñas agujas, dio un salto atrás con brusquedad. Si aquel descuido hubiera durado un segundo más, habría desarraigado el árbol.

¡Qué insensatez!

Sophie tenía que aguantar, pero él también. El más mínimo error echaría a perder todo lo que había planeado hasta el detalle más pequeño.

Al cabo de dos días llamaron a la puerta a primera hora de la mañana. Estaba untando una tostada con mantequilla, y se me cayó el cuchillo de las manos. Aurora estaba mirándome fijamente con un gesto pensativo y un tanto crítico. Seguía sin saber cómo enfrentarme a ello, cómo romper esa distancia que se había abierto entre nosotras y que crecía día a día.

Fui corriendo a la puerta de casa.

¿Quién podría desplazarse hasta allí sin avisar? ¿Sería un agente de policía que venía a preguntarme por el cadáver? ¿O Caspar von Kranichstein, que tal vez se había enterado de que quería interponer una denuncia contra él?

Al abrir la puerta, comprobé que no era ninguno de los dos, sino una mujer joven que me escudriñaba de arriba abajo con sus ojos verdes. Pese a la tensión, a primera vista me llamó la atención su increíble belleza. No era una de esas bellezas espectaculares y llamativas; la blusa gris y el pañuelo color burdeos eran demasiado sencillos para eso, y por lo que yo veía no utilizaba maquillaje. Sin embargo, su rostro en forma de corazón enmarcado en una abundante cabellera, castaña y brillante, era absolutamente armónico: los grandes ojos brillantes bajo las cejas finas y arqueadas, la nariz fina, los pómulos que sobresalían y los labios suaves. Tenía la tez luminosa y clara, sólo se distinguía un color rosa claro en las mejillas.

Me quedé mirándola unos instantes en silencio.

—¿Sí? —pregunté al fin.

—Me han dicho que busca una niñera para su hija.

Me tendió la mano, extremadamente suave, y con una piel tan pálida y fina como la de su rostro. Apenas noté el apretón.

No había vuelto a pensar en ello, pero en aquel momento recordé las palabras de Nele... que insistió en que contratase una niñera.

Por lo visto no se había quedado de brazos cruzados y el día antes de irse había buscado a alguien y me lo había mandado.

No era propio de Nele, que no solía tomar decisiones precipitadas ni entrometerse tanto en la vida de otros.

—En realidad... —dije, insegura.

Oí unos pasos por detrás de mí. Me volví y vi que Aurora se acercaba a nosotras. Me agarró de la mano, se arrimó a mi cuerpo —por primera vez en muchos días— y



miró fijamente a la desconocida. Al cabo de unos segundos, sus labios dibujaron una amplia sonrisa sin ningún asomo de timidez.

La mujer también sonrió.

—Me llamo Cara Sibelius.

—Sophie Richter —respondí.

Aunque seguía sorprendida, la invité a pasar. Atravesó el umbral despacio y con una actitud cautelosa, y al llegar al pasillo se detuvo y echó un vistazo a su alrededor.

—Su nombre —murmuré—, Cara... es muy poco común.

—Cara es italiano. Significa «querida». También existe la palabra en gaélico, pero significa «amiga» —terció Aurora antes de que Cara tuviera ocasión de contestar.

La sonrisa de Cara se intensificó, yo, en cambio, me horroricé, como siempre que Aurora hablaba de algo que era imposible que supiera.

—Espero no venir en mal momento —se disculpó Cara.

Desvió la mirada con disimulo hacia la cocina, donde se amontonaba la vajilla de los últimos días sin lavar en el fregadero. Había cosas por todas partes. Me dio vergüenza verme sorprendida en semejante estado de desidia; por lo general nunca descuidaba las tareas domésticas.

—Es que no estoy segura de que necesite realmente una niñera —le expliqué, y me apresuré a cerrar la puerta de la cocina. Pensé en qué estado se encontraba el salón, y en cómo conseguir sacarla de allí con buenas maneras. Pero Cara no se movió.

—Si molesto, sólo tiene que decírmelo —aclaró en voz baja, y esa vez me llamó la atención lo melodiosa que era su voz.

—No molestas —se adelantó Aurora—. Y no vienes en mal momento.

¿De dónde sacaba la confianza para tutear así a esa desconocida? Por lo general, solía mostrarse bastante distante con los adultos.

—En todo caso, no necesitaría una niñera todo el día —me excusé con voz trémula—, sólo por la tarde, tal vez unas dos o tres horas... mientras escribo. Pero eso...

—Me va bien —me interrumpió ella—. Por la mañana trabajo en la guardería local.

—Ah.

Había otra cosa que me sorprendía. ¿Cómo había encontrado Nele a una empleada de guardería de Hallstatt? Y si se había informado en el pueblo, ¿cómo no me lo había contado?

Aturdida, avancé despacio por el pasillo mientras pensaba si debía ofrecerle algo de beber. De nuevo, Aurora se me adelantó. Se acercó a Cara y la agarró de la mano.

—¡Ven! —exclamó de pronto, y la condujo al salón—. Desde la ventana se ve el lago de Hallstatt.

Había que fijarse mucho para distinguir a lo lejos las finas franjas de color verde oscuro, pero Cara asintió.

—El lago de Hallstatt mide 5,9 kilómetros de largo y 2,3 kilómetros de ancho —le explicó Aurora—. Lo atraviesa el río Traun, se encuentra en la zona norte de Dachstein y limita al este con Sarstein.

Cada palabra sonaba como si recitase de memoria, como un robot, una entrada enciclopédica.

—¡Aurora! —la interrumpí, mucho más cortante de lo que pretendía. Aurora enmudeció—. ¿Sabe? —agregué volviéndome hacia Cara Sibelius—, tal vez sería mejor que volviera más tarde. Todavía no tengo claro que necesite una niñera, pero deme su número de teléfono y así puedo llamarla cuando me haya decidido y...

No acabé la frase. Aurora me miró fijamente con sus brillantes ojos azules y sentenció con contundencia:

—Mamá, quiero que se quede.

La miré desconcertada. La expresión de su rostro era seria y decidida.

—Pero...

—¡Por favor! —suplicó, y repitió—: Quiero que se quede.

Me sentí tan impotente como cuando se empeñó en que teníamos que quedarnos en Hallstatt.

—Aurora, de verdad que no sé si...

Cara soltó a Aurora y se acercó a mí. Sus pasos eran delicados, casi silenciosos.

—Probemos una semana —sugirió con una voz agradable capaz de apaciguar hasta a la persona más aterrorizada—. Luego ya veremos.

Me costaba reconocerlo, pero Cara Sibelius fue como una bendición caída del cielo. Al principio, me resultó incluso inquietante lo rápido que Aurora tomó confianza con ella. Ya el primer día no se separó de su lado: primero le enseñó el jardín y la pista forestal. Más tarde me encontré a Aurora en el regazo de Cara, mientras ella le leía un libro. No salía de mi asombro, aunque entendía a Aurora. Cara parecía una mujer tranquila y apacible. Sus palabras desprendían sensatez y cordura, y tenía una sonrisa cálida y cariñosa. Al cabo de unos días, todas mis dudas se habían disipado y, después de la semana de prueba, veía claro que debía seguir viniendo a casa.

Llegaba a la una, siempre puntual, pero la mayoría de las veces se quedaba más de lo acordado, casi siempre hasta que oscurecía. Aunque me preguntaba si Cara tenía vida privada, nunca saqué el tema porque para mí era un descanso que se quedara a cenar con nosotras tan a menudo y Aurora vaciara el plato sin rechistar.

Además, en presencia de Cara era como si Aurora floreciera. No sólo ganaba peso, sino que su rostro fue adquiriendo un tono rosado, y cada día estaba más activa y ansiosa por explorar el entorno. Al principio, yo prefería que se mantuviera cerca de mí, si estaba trabajando arriba, para poder echar un vistazo al jardín de vez en cuando o al salón.

Sin embargo, al cabo de pocos días dejó de preocuparme y les di permiso para hacer grandes excursiones, y lo cierto era que yo también agradecía el hecho de poder concentrarme en mi trabajo y hacer llamadas. Por la noche, Aurora me contaba entusiasmada lo que habían hecho: una vez una excursión a la mina de Hallstatt, otra una visita a la cueva de hielo de Dachstein.

—¡Hemos ido por unos pasadizos muy largos, cada vez más adentro de la cueva! Y luego hemos llegado a una sala de estalactitas y luego a la cúpula del rey Arturo. ¡Había bloques de roca enormes por todas partes! Imagínate, hace un tiempo se encontraron huesos de osos de las cavernas. Y luego hemos ido al palacio de hielo y a una gran montaña de hielo que mide casi diez metros de alto. ¡Y cómo relucía el hielo! Parecía que toda la cueva estuviera llena de diamantes.

Hizo una breve pausa, luego añadió en tono explicativo:

—El hielo se forma con las aguas de infiltración que llegan a la cueva de la llanura de Dachstein por ranuras y columnas en la roca. Si la temperatura exterior supera los cero grados, pero en las salas de la cueva el aire sigue manteniéndose frío, el agua que entra se congela y así se forman los objetos de hielo.

Mientras me lo explicaba todo con un grado de detalle insólito, volvió a invadirme cierta inquietud, pero el brillo de sus ojos hizo que pasara por alto mis miedos. Había una cosa que me tranquilizaba por encima de todo lo demás: desde que

había aparecido Cara, Aurora no había vuelto a mostrarse esquiva y no sólo buscaba su cercanía física, sino también la mía, y además lo hacía con tanta naturalidad que no entendía cómo había podido dudar en acariciarla en algún momento. Aun así, muchos de sus comportamientos seguían sin tener explicación, pero, aparte de los vastos conocimientos que exhibía como si fuera lo más normal del mundo, no ocurría nada extraordinario.

Los primeros días de julio hizo un calor bochornoso. Incluso en el fresco entorno del lago el bochorno resultaba agobiante. Me costaba trabajar, y cada vez con más frecuencia acompañaba a Aurora y Cara a los lagos de alrededor, el Altaussersee o el Grundlsee, para darme un baño con ellas. En la superficie, el agua estaba a una temperatura agradable, pero justo debajo estaba congelada y era una manera estupenda de refrescarse.

Un día Cara llegó un poco antes porque yo quería ir a Salzburgo. Tenía una cita en la editorial para enseñarles una parte del manuscrito y luego había quedado con un asistente de la universidad que estaba trabajando, igual que yo, en un libro sobre Anton Bruckner. En un principio también quería aprovechar para hacerle una visita a Nele y agradecerle que nos hubiera enviado a Cara, pero aún estaba de viaje.

De regreso, entré en el Café Demel de la plaza Mozart y compré una tarta Sacher porque a Aurora le encantaba. Sin embargo, cuando llegué a casa no se me pasó por la cabeza que el glaseado pudiera haberse derretido durante el viaje.

—¿Aurora? ¿Cara?

Dejé la tarta en la cocina y me lavé rápidamente las manos antes de buscar a Aurora y a Cara. Me encontré a Aurora sola en su habitación, y en el salón se oían murmullos.

—Está hablando por teléfono —dijo Aurora, antes de que le preguntara.

—Ah.

Salí de su habitación y me dirigí a la cocina para rescatar el glaseado de chocolate, pero, al pasar por el salón, una frase de Cara me hizo detenerme.

—No —me pareció oír—, no, no tiene ni idea.

Me acerqué de puntillas a la puerta. Estaba entreabierta y me asomé por la rendija. Cara estaba sentada con las piernas cruzadas en el sofá, de espaldas a mí, y no me veía.



—No me parece bien —dijo al cabo de un rato—. Hay que decírselo cuanto antes.

Contuve la respiración instintivamente para no hacer ruido.

—Claro que es difícil, pero...

Se interrumpió. Por lo visto, su interlocutor la había interrumpido.

—¡Ya sé que no quieres reconocerlo, pero tienes que hacerme caso! No podemos ocultarlo —dijo pasado un rato—. Sí, está bien... las señales son menos frecuentes, pero porque yo estoy a su lado y la voy guiando. Sabes tan bien como yo...

Me esforcé para no hacer ruido, pero de pronto Cara se dio la vuelta y me miró. No se mostró en absoluto sorprendida, se limitó a dirigirme una mirada amable y abierta.

—Tengo que colgar —dijo de pronto, y colgó.

»Sophie —dijo—, así que ya has vuelto. No he oído el coche.

Hacía ya unos días que habíamos empezado a tutearnos.

—¿Algún problema?

Se levantó despacio.

—No —contestó, escueta.

—Lamento entrometerme, pero ¿con quién hablabas?

—No importa. —Quiso pasar por mi lado, pero la agarré del brazo, con más energía de la que esperaba. Ella me esquivó enseguida.

—¿Quién... a quién hay que decirle algo? —pregunté.

Sus mejillas claras se tiñeron de un rojo suave. Entonces pensé que durante las últimas semanas Aurora se había puesto muy morena, y Cara, que había pasado como mínimo tanto tiempo como ella al sol, no había cogido nada de color.

—Estaba hablando por teléfono con un conocido. Su madre tiene alzheimer, y hasta ahora no se lo ha dicho nadie.

El rubor desapareció de su rostro. Su sonrisa se volvió inexpresiva, estaba segura de que mentía. Durante las últimas semanas había estado tan pendiente del estado de ánimo de Aurora que había desarrollado una extrema sensibilidad hacia los cambios de tono y de gestos, por sutiles que fueran.

—Voy a ver cómo está Aurora —explicó.

—Sí—dije yo, confundida.

Aquella noche Cara no se quedó a cenar. Preparé unos bocadillos de queso para Aurora y para mí, y de postre comimos un trozo de tarta, o lo que pude rescatar de ella. Aurora comió con hambre, pero sólo contestó con monosílabos cuando le pregunté qué había hecho con Cara.

Después de acostarla, me puse a pasear nerviosa por el salón. No me quitaba de la cabeza las palabras de Cara.

«No tiene ni idea.»

«Hay que decírselo.»

«Las señales son menos frecuentes porque yo estoy a su lado.»

Observé fijamente el teléfono. Por desgracia no tenía una pantalla donde se grabaran los números de las últimas llamadas. Al final cogí el teléfono y llamé a Nele al móvil. Sonaron siete tonos antes de que descolgara. Apenas la oía, ya que se perdía entre unos fuertes murmullos.

—¿Sophie? —gritó—. ¿Eres tú?

—¿Aún estás en Rodas?

—Estoy en el aeropuerto... hoy tengo el vuelo de vuelta... tengo que colgar.

Sólo entendía una de cada dos palabras.

—Tengo que preguntarte algo sin falta —grité al auricular—. ¡Es importante!

—Sophie, no puede...

—Sólo quería saber hasta qué punto conoces a Cara.

—¿Qué Cara?

Los murmullos remitieron, pero de fondo se oyó un fuerte y confuso rumor de voces. La conexión se interrumpió varias veces.

—Bueno, la niñera de Aurora... ya sabes, la chica que trabaja en la guardería de Hallstatt. La que me has enviado para que cuidara de Aurora.

—¿De qué hablas? Yo no te he enviado a nadie.

Noté que empezaban a sudarme las manos y por poco se me escurre el auricular.

—A lo mejor no la conoces en persona... a lo mejor a través de algún contacto... —Me quedé sin palabras.

—¿Qué? —dijo, no entendía nada.

—Nele —le expliqué con insistencia, intentando mantener la calma—. Me recomendaste que buscara una niñera que se quedase con Aurora y así poder trabajar tranquila. Y al cabo de dos días se presenta una chica en la puerta y me ofrece su ayuda. Pensaba que me la habías enviado tú.

Volvió a crecer el murmullo en el auricular.

—Es verdad —oí que decía Nele a lo lejos—, es verdad que te lo aconsejé encarecidamente, pero estoy segura de que no te he enviado a nadie. ¿Cómo iba a hacerlo? No conozco a nadie en Hallstatt aparte de ti. ¿Algo no va bien?

No esperó mi respuesta.

—Sophie... ahora tengo que colgar de verdad, la azafata ya me está mirando muy enfadada, así que luego hablamos... —Las últimas palabras se mezclaron con interferencias y murmullos, y acto seguido se cortó la conexión.

Estuve un rato paralizada. Me quedé con el auricular en la oreja, como si aún fuera a recibir una explicación de Nele si esperaba lo suficiente. Cuando los tonos regulares se hicieron insoportables, colgué.

Me levanté del sofá, en el mismo lugar donde antes estaba sentada Cara mientras hablaba por teléfono.

«No tiene ni idea.»

«Hay que decírselo.»

«Las señales son menos frecuentes porque yo estoy a su lado.»

No lograba entender qué significaban exactamente aquellas palabras, pero sabía que la tranquilidad de las últimas semanas era una ilusión y había terminado definitivamente.

Quería hablar con Cara al día siguiente por la mañana, pero estaba demasiado alterada para esperar tanto. No lograría conciliar el sueño como no aclarase enseguida qué estaba sucediendo.

Al principio, Cara me había dado su dirección, así que busqué la calle en el plano de Hallstatt. Se hallaba a sólo unos kilómetros de la casa y sopesé si era mejor dejar a Aurora sola o despertarla y llevarla conmigo. Finalmente entré en la habitación de la niña con el corazón encogido, encendí la luz y la zarandeé con delicadeza.

—¿Qué pasa, mamá?

—Lo siento, cariño... pero tenemos que ir a casa de Cara. Ahora.



Se incorporó sin rechistar y dejó que la vistiera aunque continuaba con los ojos cerrados. Me siguió al coche sin hacer preguntas. En cuanto le abroché el cinturón, abrió los ojos de pronto.

—¿No estarás enfadada con Cara?

—No, no —murmuré, ensimismada, y arranqué el coche. Cuando nos alejábamos de la casa, le pregunté—: ¿Te ha dicho por qué... por qué vino justamente a nuestra casa?

Vi por el retrovisor que Aurora se frotaba los ojos, soñolienta.

—Creo que me buscaba —dijo en voz baja.

Un instante antes me había sentido fatal por haberla despertado a esas horas, pero en ese momento tuve que contenerme para no increparla impaciente: ¿qué significa que te buscaba?

¿A qué venían esas peculiares alusiones? ¿Todos esos secretos?

Me mordí los labios y me callé, y apreté con tanta fuerza el acelerador que los neumáticos chirriaron.

«¡Tranquila! —intenté calmarme—. ¡No es el momento de perder los estribos! ¡Ya has estado a punto de caer a la cuneta una vez!»

Evité pensar en el accidente que casi llegué a provocar ese día y en lo que sucedió después, y me concentré en la calzada. Cuando por fin llegué a la calle donde vivía Cara, la recorrí varias veces porque no alcanzaba a leer los números de las casas.

—¡Ahí! —dijo Aurora de pronto, y señaló un edificio amarillento—. Allí vive Cara.

—¿Has estado alguna vez aquí?

—No, pero lo sé.

Suspiré, pero no dije nada.

La casa era sencilla, pequeña y anticuada. En la planta baja había unos tres locales. En el piso superior, según la placa colgada en la puerta del jardín, se alquilaba un apartamento para las vacaciones, que ahora mismo estaba libre. El jardín era mucho más pequeño que el nuestro, y estaba mucho más cuidado. El césped estaba recién cortado, había un estanque con nenúfares y los setos de tuya habían crecido tanto que era imposible ver el jardín desde el otro lado del inmueble, pese a estar podados con esmero.

—¿Te parece bien esperar aquí en el coche? ¿Sólo un momento?

Tenía que hablar a solas con Cara enseguida.

Aurora asintió, dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Salí del coche, fui corriendo a la puerta de la casa y llamé con fuerza.

La rabia y la impotencia que acababa de contener con tanto esfuerzo, volvieron a brotar en mí.

Cuando por fin Cara abrió y apareció ante mí con el rostro enfurecido, palideció al verme.

—Sophie...

Empecé sin saludar.

—¡Ya no aguanto más! —grité con fuerza—. ¡Todas esas insinuaciones extrañas! ¡El comportamiento de Aurora! Y ahora apareces tú de repente, aunque Nele no haya hecho nada, y...

—¿Quién es Nele? —preguntó, ya que no me entendía.

—¡Mi amiga de Salzburgo! —Me temblaba la voz, pero me esforcé porque no se me notara—. Es psicóloga infantil. Me recomendó que buscara a alguien que cuidara de Aurora con regularidad. Pensaba que te había dado el contacto y que por eso habías venido a casa para...

—Sophie. —Cara se acercó a mí y me puso las manos sobre los hombros para calmarme—. Sophie, ¿podemos hablar de eso más tarde? ¿Mañana?

Yo la aparté, impaciente, y entré en su casa.

—No, no podemos —contesté, decidida—. Nele no te conoce de nada. Así que no pudo...

—¡Fue Josephine! —me interrumpió Cara enseguida.

Sólo había dado unos pasos cuando ella me agarró y se interpuso en mi camino. Volvió a ponerme las manos sobre los hombros, esa vez no para calmarme, sino para evitar que diera un paso más.

Entonces me di cuenta de que había lanzado varias miradas intranquilas por encima del hombro.

—¿Qué? —pregunté.

—Josephine... ya sabes, la dueña del pequeño colmado... la conozco bien. Y me avisó de que buscabas a alguien para Aurora.

Sacudí la cabeza, confundida. ¿De verdad lo había mencionado alguna vez mientras compraba?

—No recuerdo... —murmuré bajando el tono.

De pronto noté que el aire se estaba enrareciendo a mi alrededor y que el rostro redondeado de Cara era cada vez más pequeño.

Me daba la sensación de que las paredes del recibidor se me venían encima. Sentí un hormigueo en los brazos y luego en la espalda.

Luché contra el mareo.

—Sophie, de verdad que ahora no es el momento...

Sus palabras fueron cediendo hasta convertirse en un murmullo.

—Perdona... tengo que sentarme un momento...

Me aparté de ella y avancé entre tambaleos hacia donde supuse que se encontraba el salón. Aunque la imagen que veía ante mis ojos se diluía en multitud de pequeños destellos, vi que la sala no estaba vacía. Había alguien allí, y Cara, nerviosa, volvía la vista una y otra vez. Él estaba sentado en una silla giratoria, y al principio sólo le vi las piernas.

El mareo disminuyó, aunque seguía oyendo murmullos en los oídos.

Entonces lo presentí. Intuí a quién tenía sentado enfrente mucho antes de que girase la silla despacio hacia mí y se levantara. Levantó los brazos casi a modo de disculpa.

Más de siete años después de abandonarme sin ninguna explicación, volvía a tener ante mí a Nathanael Grigori.



CAPÍTULO 6

No sé cuánto tiempo estuve mirándolo, completamente inmóvil, como si un solo movimiento brusco fuera a destruir la imagen que tenía ante mí. Parecía que ninguno de nosotros respiraba, tragaba saliva ni se movía.

Cara, que se había quedado quieta en la puerta del salón, fue la primera en moverse. No oí que se acercaba a mí, pero sentí cómo me tiraba del brazo con suavidad.

—Sophie, deja que te explique...

Volvieron los susurros, su voz se mezcló con ellos. No veía ni oía nada de lo que había a mi alrededor, sólo podía mirar a Nathan, que en aquel momento también abrió la boca y dijo algo. Apenas lo oí, como me pasó con el intento de calmarme de Cara. No había espacio más que para la perplejidad que me invadió, y un segundo sentimiento que jamás me habría embargado si mi mente hubiera sido capaz de luchar contra él: cariño, un profundo cariño.

Nunca había tenido una foto de él, y cada año que pasaba tenía la sensación de que su recuerdo quedaba cada vez más desdibujado. Cuando me lo proponía, lograba evocar el sonido de su chelo, pero no el de su voz. Los ojos azules de Aurora me recordaban todos los días a los suyos, pero en cuanto a sus rasgos, su corpulencia, su pelo, su altura, lo había olvidado casi todo. Sin embargo, no era cierto que el tiempo y la distancia lo hubieran convertido en un extraño. En ese momento me encontraba frente a él y me resultaba cercano, como si durante todos estos años me hubiera ido a dormir con él por las noches y hubiera despertado a su lado todas las mañanas, como si hubiera acariciado su rostro a menudo —esa cara pálida, fina, bella— y sentido su cuerpo suave, nervudo, delgado. No había cambiado ni lo más mínimo, los siete años habían pasado por él sin dejar huella, y de pronto me sentí como si yo también volviera

a ser la chica de diecinueve años, un poco torpe y tímida, que se sonrojaba ante la menor emoción, pero al mismo tiempo ambiciosa y decidida, a veces brusca y terca, casi siempre para disimular la propia vulnerabilidad.

—Sophie... —Esta vez su voz sonó más alta que los susurros. Provocaba un dolor increíble, como el que puede causar una pieza musical que en realidad es demasiado bella para soportarla, que abruma, corta la respiración y llena los ojos de lágrimas.

Las lágrimas cayeron por mis mejillas despacio, muy despacio, hasta los labios, saladas y cálidas, y fueron esas lágrimas las que me hicieron recobrar el conocimiento.

Había derramado tantas, tantísimas lágrimas por él los días, semanas y meses después de que me dejara sin más.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté con un hilo de voz.

En lugar de contestar, se acercó más a mí. Entonces me pareció notar el calor de su cuerpo y me sentí envuelta en su olor. Era tan agradable y placentero... como si me rodearan con un pañuelo de seda suave, me acariciaran, me dieran calor, y eso ayudara a calmar un poco el susto de verlo, el dolor de los recuerdos. Retrocedí por instinto y levanté las manos con un gesto de rechazo.

—¡No te acerques a mí! —grité, aunque había distancia suficiente entre nosotros y no podía tocarme. Mi voz no era suave, sedosa y melódica como la suya, sino chillona, estridente y dura. No traslucía ningún atisbo de la familiaridad, la nostalgia, el recuerdo de la felicidad que una vez existió: sólo reflejaba decepción, soledad y dureza.

Me dirigí a Cara.

—¿Qué hace aquí? —grité—. ¿De qué lo conoces?

Antes de que yo entrase en su casa, Cara parecía muy asustada. Ahora, sin embargo, por la expresión de sus ojos, daba la sensación de que sabía con exactitud lo que me pasaba, o de que se sintiera aliviada por no tener que guardar más el secreto.

—Sophie, deja que te explique... —dijo en voz baja. Volvió a tocarme, era obvio que quería llevarme al sofá.

—¡No! —Retiré el brazo con ímpetu y le aparté las manos—. ¡No, no hay explicación que valga! ¡No para lo que me hizo!

Me volví hacia Nathan. A pesar de todo el acaloramiento y la ira justificada que me invadió, me sentía muy insegura. Su presencia era tan fuerte que, además de provocar que los ojos se me llenaran de lágrimas, parecía engullirme. Cuando él bajó la mirada, aunque el brillante azul de sus ojos continuaba hechizándome, me resultaba

mucho más fácil aguantar el terrible enfado, insultarle, echárselo todo en cara. Después de nacer Aurora había intentado aplacar mi ira hacia él, pero en aquel momento le vomité encima todos los desengaños polvorientos y rancios que había ido acumulando con el tiempo en algún rincón de mi interior. Y cuando empecé, ya no pude parar. Fue como si me viera arrastrada por un oscuro torbellino en cuyo final aguardaba todo lo que ya no quería ser: una chica joven, insegura, perdida, sola con su embarazo, y hasta cierto punto sola también en un mundo donde todo lo que importaba hasta entonces de pronto carecía de valor.

—¡No, no hay explicación que valga! —grité—. ¿Cómo te atreves a aparecer aquí? —En aquel momento no pensé que era yo la que había aparecido sin avisar en casa de Cara y no él en la mía—. Tú... tú... ¡te fuiste sin más! ¡Sabías que iba a tener un hijo tuyo y me abandonaste! ¡Y esa ridícula carta! ¿Tienes idea de lo que me has hecho? ¡Desapareciste sin más! Te estuve esperando durante días. Fui a tu casa más de una vez, pregunté por ti, te busqué... incluso llamé a la policía y a todos los hospitales... me daba tanto miedo que te hubiera pasado alguna desgracia que... que... ¡venga ya, podrías haber muerto! Y tal vez hubiera sido mejor, más fácil, por lo menos habría sabido a qué atenerme, y... y... ¡pero cómo pudiste! ¡Tenía diecinueve años! Era una niña y me quedé sola, y tú...

Dejé de hablar no porque me faltaran palabras, sino porque necesitaba respirar. Nathan alzó la vista, y ante su mirada enmudecí. Ya no se me ocurría ningún insulto, ni reproches, ni desprecios. Sólo una pregunta: ¿cómo había podido vivir sin él? ¿Cómo soportaba haberlo perdido?

—Sophie, tenemos que hablar de Aurora.

Al oírle pronunciar su nombre con tanta naturalidad volvió la furia, pero esa vez no se tradujo en palabras encendidas. Sentí la frialdad, una agradable frialdad que mitigaba, paralizaba y aturdía el dolor.

—No —dije casi con indiferencia—, no tenemos nada...

—Sophie, la niña...

—No es hija tuya —le interrumpí—. Es decir, por supuesto que lo es, pero no tienes ningún derecho sobre ella. No te has ocupado de ella durante todos estos años. No me has ayudado económicamente ni una sola vez. ¿Por qué apareces ahora? ¿Por qué justo ahora?

Me vino una idea... las palabras de Cara... «no tiene ni idea»... «hay que decírselo»... «las señales no son tan frecuentes»...



Posiblemente Cara sabía el motivo del peculiar comportamiento de Aurora igual que del hecho de que Nathan estuviera frente a mí en aquel momento. Sin embargo, no quería escuchar sus explicaciones, ahora no, y sobre todo no quería oír la voz de Nathan, esa voz suave, melódica, susurrante...

—¡No te atrevas a acercarte a Aurora, no te atrevas! —dije con voz entrecortada, entre jadeos—. No tienes nada que hacer con ella. ¡Y yo tampoco quiero volver a verte, Nathan, nunca más! Te fuiste sin darme una explicación. Ahora no se te ha perdido nada en mi vida.

Sus ojos tenían una expresión casi suplicante, pero cuando parecía estar a punto de hablar, Cara le hizo una señal y él se mantuvo callado.

Ya no aguantaba su mirada ni un segundo más. Tampoco soportaba mi amargura, ni mucho menos la nostalgia, que no lograba erradicar la amargura: nostalgia de estar con él, de mirarle a los ojos, besarlo y abrazarlo, tocar con él esa música mágica, divina.

Me dirigí a la puerta con las rodillas temblorosas, pasé junto a Cara y atravesé el pasillo. Cuando por fin salí al aire libre, me quedé un momento quieta, casi esperando oír su voz pidiéndome que me quedara. Sin embargo, sólo escuché silencio, ninguno de los dos intentó detenerme. La distancia hasta el coche se me hizo eterna, cada paso suponía un esfuerzo. Cuando por fin abrí la puerta, me sentía vacía.

Por lo visto, Aurora no se había movido del sitio en todo el rato. Me miraba intrigada, pero no dijo nada. El aire era pesado, caliente y pegajoso, aunque a ella no parecía molestarle.

Cuando arranqué el coche, preguntó por fin en voz baja:

—¿Volvemos a casa?

Asentí.

—Sí —murmuré, aunque de pronto no entendía cómo podía haber encontrado un sitio al que llamar hogar en un mundo sin Nathan—. Sí, eso haremos.

Aurora siguió callada cuando entramos en casa. Luego se quitó la ropa y se puso el pijama sin salir de su ensimismamiento. Yo la ayudé con gestos mecánicos. No podía dejar de oír el incesante eco de la voz de Nathan pronunciando el nombre de Aurora.

El nombre de nuestra hija.



No, me corregí enseguida, Aurora era hija mía, sólo mía.

Arropé a Aurora, apagué la luz y cerré la puerta de su habitación. Me quedé apoyada en la pared del pasillo.

Sí, me convencí, era lo correcto decirle que nos dejara tranquilas. «¡Cómo se le ocurre aparecer por aquí!»

Me lo repetí una y otra vez con insistencia, aunque acto seguido salí al jardín con la esperanza oculta de verlo aparecer. Todo seguía en silencio.

«¡Gracias a Dios! —pensé, con terquedad—. Lástima no poder echarle en cara nuestra vida una segunda vez. ¡En realidad me encantaría hacerlo, una y otra vez! Insultarlo, maldecirlo, gritar y reprochárselo todo, prohibirle que se acercase a nosotras.» Al final me preparé para dormir igual de mecánicamente que había ayudado antes a Aurora a desvestirse. Pasé varias horas a oscuras, me prohibí pensar en Nathan, pero no podía dejar de oír su voz. Sonaba más ronco cuando hablaba conmigo, aunque mirado en perspectiva el tono de voz tenía todos los matices: irónico, cariñoso, nostálgico, atractivo, osado, despótico, lleno de remordimiento, frío, amable, arrogante, tierno, inseguro. Parecía que no me hablaba un solo Nathan, sino varios...

Mucho más penetrante que su voz fue el sonido que me despertó a primera hora de la mañana siguiente de un sueño placentero. Al principio me hallaba todavía tan enfrascada en el sueño que no sabía ni quién era. Nathan no aparecía en los sueños, pero yo volvía a ser la joven aspirante a pianista que quería tocar ante los rigurosos ojos de distintos profesores y no lo conseguía. Estaba sentada frente al piano y apenas podía levantar las manos, y cuando tras un esfuerzo enorme por fin lo lograba, tenía los dedos tan rígidos que no podía tocar ni una tecla.

Volvió a sonar el timbre de la puerta. Fui corriendo hacia ella con el corazón acelerado, sin saber si tener miedo o desear que fuera Nathan el que llamaba.

Sin embargo, cuando abrí, vi a Cara ante mí, bien vestida y peinada como siempre, con una sonrisa cálida y en cierto modo compasiva.

Sentí ganas de cerrarle la puerta en las narices. Era consciente de que mi reacción era infantil, pero no podía hacer otra cosa. Sin embargo, cuando me dispuse a cerrar, ella se impuso con energía y cruzó el umbral.

—Por favor, Sophie...

De todos los sentimientos que se desencadenaban en mi interior, el de la obstinación era el que se manifestaba con mayor insistencia.

—No quiero oírlo —dije con la voz más bronca—, no quiero saber qué hacía Nathan Grigori contigo ni por qué ha aparecido aquí. Será mejor que te vayas.

—No pronunciaré el nombre de Nathan —replicó Cara—. Pero me gustaría ver a Aurora. —Su voz sonaba muy decidida, pero yo me interpuse en su camino con la misma determinación.

—No —dije—. No, a mí no me parece bien.

En ese momento me vino a la cabeza la conversación telefónica con Nele, y el hecho de que no hubiera sido ella, sino Josephine, quien había enviado a Cara Sibelius a mi casa. Era el momento de insistir en ello, pero no tuve fuerzas. Había demasiadas cosas sin aclarar, demasiadas cosas que me superaban. Tenía la sensación de que todos mis temores y mi malestar iban a desplomarse sobre mí si tocaba una sola cosa, como una hilera de fichas de dominó donde basta que caiga la primera para que caigan, una detrás de otra, todas las demás.

Cara no intentó pasar, pero tampoco retrocedió ni un paso.

—Sólo quiero...

—¡No, por favor, vete!

De pronto, un grito más penetrante y más fuerte que mis encolerizadas palabras me hizo estremecerme. Al volverme, vi a Aurora en el pasillo. Sus ojos desorbitados reflejaban el mismo pánico que expresaba su voz la tarde que llegamos y vio al hombre de negro.

—¡No puede irse! —Ya no gritaba, susurraba.

—Pero...

Antes de que pudiera impedirlo, salió corriendo hacia Cara, la abrazó con fuerza y se estrechó contra su vientre. En realidad siempre me había alegrado de que tuviera tanta confianza con Cara, pero en ese momento sentí una punzada de dolor. En el fondo, sabía que Cara y yo no éramos rivales, y aun así no pude evitar pensar: «¿Por qué se pone de su parte y no de la mía? ¡Yo soy su madre!»

La madre que no la entendía.

La madre que le tenía miedo.

La madre que no era lo bastante buena.

Intenté ahuyentar aquellos pensamientos porque, de pronto, una duda despertó mi inquietud: ¿acaso Cara le había hablado de Nathan? ¿Sabía Aurora que su... padre estaba cerca?

Además, no era su padre. No se había ganado ese título. Sólo la había engendrado.

—No quiero que se vaya, por favor, mamá, tiene que quedarse. —La abrazó más fuerte, mientras yo me frotaba las manos con impotencia.

—Sophie —Cara intentó mostrarse tranquila, imparcial—, Sophie, no tenemos por qué hablar de... él, si no quieres. No tenemos por qué remover el pasado. Yo me limitaré a seguir viniendo todos los días para que puedas trabajar.

La mera idea de sentarme frente al portátil y escribir textos como si no hubiera pasado nada me resultaba absurda.

—Sé que hay muchas cosas que ahora mismo no entiendes, pero...

—¡No entiendo ni una palabra! —exclamé levantando la mano con un gesto amenazador.

—Pero insisto en que me gustaría estar cerca de Aurora —aclaró sin más.

¿Era pariente de Nathan? ¿Venía de ahí su interés por mi hija?

Entre suspiros, repasé las tres posibilidades que me quedaban. Podía aceptar la propuesta de Cara y hacer como si no hubiera pasado nada la noche anterior. Podía oponerme a los deseos de Aurora y despedirla. O podía hacerle la multitud de preguntas que me atormentaban. Expresar.

Me faltaban fuerzas y valor para esta última opción. Y aún era más impensable hacer algo que hiciera daño a Aurora, así que sólo me quedaba la primera posibilidad.

Cerré la puerta con un fuerte golpe, mientras Aurora llevaba a Cara al salón.

—Ni una palabra sobre él —murmuré, y oculté mi humillación, desconcierto y vulnerabilidad tras un gesto de indiferencia.

Cara asintió y tampoco transmitió ningún sentimiento.

—Te lo prometo.

Visto en perspectiva, me parece ridículo que en ese momento llegase a creer que íbamos a recuperar la normalidad tan fácilmente. Al principio me pareció posible, pero el precio que pagué fue muy alto. Iba por la vida como sonámbula, y tenía todos los sentimientos como muertos. Aurora lo notaba, Cara lo notaba, y yo también lo notaba. Ellas dos pasaban a mi lado de puntillas, como si estuviese enferma y conviniera mantenerme alejada de todo lo que pudiese perturbarme. Todo lo que hacía o decía me parecía absurdo, como si se tratara de una obra teatral en la que cada uno seguía interpretando su papel aunque el escenario ardiese en llamas.



Me volcaba en mi trabajo hasta que me salía humo de la cabeza. Nunca había producido tantos textos en tan poco tiempo, pero en cuanto apagaba el ordenador ya no sabía qué había escrito.

Las tareas del jardín las tenía completamente abandonadas, y me ponía de mal humor cuando tenía que arrancar la maleza y las malas hierbas de los parterres de flores y el césped. Lo hacía con tanta rabia que, después, en lugar de presentar un aspecto más cuidado, parecía que hubiera pasado por el jardín una manada de rinocerontes. Mientras me lavaba las manos llenas de tierra, Aurora me observaba en silencio. Notaba que mi comportamiento la alteraba, pero no podía explicárselo. ¿Cómo iba a explicárselo? ¿Tenía que decirle que su padre había aparecido de la nada? ¿Y con su niñera?

Casi no podía soportarlo, y buscaba la ocasión de rehuir su mirada. Fui a pie a la tienda de Josephine, y al sonar la campanilla, como de costumbre, tuve la sensación de que me adentraba en un mundo maravillosamente normal en el que sólo contaba si uno tenía leche suficiente para el café de la tarde.

Empecé a meter cosas en la cesta de la compra, sin criterio, entre ellas muchas, que no necesitaba: compota de manzana, cereales tostados y varios rollos de film transparente.

Josephine me observaba con una sonrisa que parecía afectada.

—No tiene buen aspecto. ¿Le ha afectado lo del muerto?

En un primer momento, no tenía ni idea de a qué se refería. Distraída, coloqué las cosas junto a la caja.

—No, no —murmuré.

—Acabo de hacerme un té —dijo—, ¿le apetece una taza?

—No —contesté—, tengo... algo... algo... —Hice un esfuerzo para controlar el tartamudeo—. ¿Qué ha dicho de un muerto?

Suspiró.

—Me han dicho que usted encontró el cadáver. Lo siento mucho. Debió de ser una experiencia terrible...

Instintivamente cerré los ojos, pero no encontré el consuelo de la oscuridad que buscaba. La imagen me asaltó de inmediato: vi el cadáver blanco, los ojos fijos que reflejaban el terror, y las manos sucias y escoriadas con las que se defendió hasta el último momento.



Los acontecimientos de los últimos días habían sustituido aquella imagen, pero no podía borrarla de mi recuerdo. Me estremecí.

—Es cierto —dije con voz ronca—, yo lo encontré. Dicen que... que se desangró.

No sabía si podía contarlo o si la policía aún ocultaba los detalles de la causa de la muerte, pero Josephine asintió con el entrecejo fruncido.

—Ya lo he leído. No quería recordárselo innecesariamente. Lo que pasa es que como han vuelto...

Se interrumpió y lanzó un suspiro.

—¿Han vuelto a qué? —pregunté, e intenté contener el temblor de la voz.

Josephine no dijo nada más, pero lo leí en su mirada, en la que se mezclaban la compasión, la repugnancia y la preocupación.

—¿Han desaparecido más personas?

Seguía sin decir nada, sólo me miraba.

—No sólo han desaparecido —deduje de su silencio—. Ya han aparecido los cadáveres... —agregué con un hilo de voz.

Por fin asintió.

—Esta vez fueron dos excursionistas —anunció—, salieron a caminar juntos... pero no se desangraron, sino... —Respiró hondo, parecía que le costaba hablar—. Los degollaron —añadió al final en un tono apenas audible.

Empecé a encontrarme mal, tenía la sensación de que no podía permanecer ni un solo instante más en la estrecha tienda sin lanzar un grito o asfixiarme.

—Tengo que irme —me apresuré a decir, y evité echar un vistazo al estante de prensa, donde seguro que había grandes titulares sobre los terribles sucesos. Luego salí corriendo.

Recorrí la cuesta de vuelta casi sin aliento. Las asas de las bolsas de plástico se me clavaban en los dedos, pero no aminoré la marcha porque al menos el dolor me distraía de los pensamientos oscuros.

Cuando llegué a la casa, dejé las bolsas y recuperé el aliento. El dolor en el pecho remitió un poco. Al cabo de un rato pude abrir la puerta y atravesar el umbral. Y entonces lo oí: lo sentí como un golpe y dejé caer las bolsas.

El paquete de cereales se abrió, las manzanas echaron a rodar delante de mí. Los huevos, que ya no tenía conciencia de haber comprado, se rompieron. Las yemas amarillas cayeron espesas en las baldosas claras.



Escuché atónita.

No, los sonidos que tanto me aterrorizaban no eran una invención. Fui corriendo tan rápido al salón que resbalé con los huevos rotos. Caí al suelo y me hice daño.

Aún se oía la música.

—¡No! —grité—. ¡No!

Ya no reconocía mi voz. Sonaba profunda, como un bramido.

Lo que allí sonaba era Serguei Rajmáninov. La sonata en sol menor para piano y chelo. Ese maravilloso fragmento del segundo movimiento, el *Allegro scherzando,* un pasaje que sonaba extraordinariamente melódico después de unos primeros compases confusos, trepidantes.

Faltaba el piano, cuyas notas tuve que imaginar, pero la música de chelo cesó. Cada nota era muy dolorosa, como si el arco no acariciara cuerdas, sino mi alma desnuda, y dejara profundas heridas sangrantes.

Hacía años que no oía aquella música, y en aquel momento esas notas evocaban todo un mundo. Aparecían imágenes ante mí que había enterrado en lo más profundo de mi ser: me vi recorriendo los pasillos de la Mozarteum cuando vi a Nathan por primera vez junto a Matthias Steiner, cuando nos encontramos en el comedor de la universidad. Recordé el insomnio, la sensación de felicidad, la inquietud, el desconcierto, los altos vuelos en el piano, el primer beso al amanecer, la única noche en brazos de Nathan. Y volvieron a invadirme la insondable desesperación y el vacío que sentí cuando desapareció sin más y que aprendí a sobrellevar al nacer Aurora.

—¡No! —volví a gritar.

El miedo y también la tristeza —que me provocaba un nudo en la garganta— se convirtieron en rabia. ¡Cómo podía! ¡Le había dicho abiertamente a Nathan que no quería saber nada de él y que no volviera a acercarse a mí! ¿Y ahora se presentaba allí sin más y se sentaba en mi salón a tocar el chelo?

Avancé hacia el salón hecha una furia. Apenas me di cuenta de que Cara había salido a mi encuentro y levantaba las manos para calmarme. Probablemente, quería advertirme de la imagen que estaba a punto de presenciar, como si a fuerza de persuasión creyera que podía mitigar el espanto.

Me quedé helada.

Quien estaba tocando el violonchelo de manera magistral no era Nathan. Era Aurora.



La música de chelo enmudeció, tal vez porque Aurora dejó de tocar, o porque el zumbido de mi cabeza lo acallaba todo. Me detuve junto al marco de la puerta.

Un sueño, sólo era un sueño... o mejor, una alucinación. Eso era. Tenía que ser eso. Lo estaba imaginando todo. Probablemente estaba enferma. Hacía semanas que oía y veía cosas que no existían.

Sin embargo, las cáscaras de huevo que se me quedaban pegadas a los dedos eran reales. La casa, en cuyo salón me encontraba, también. Y también Aurora, que estaba allí sentada con el chelo entre las piernas y que era tan pequeña que apenas podía agarrar bien el instrumento. Sí, tocaba el chelo, y no como una principiante que arrancaba de las cuerdas quejidos dolorosos para los oídos, sino con la misma perfección que Nathan. No se apreciaba ni un solo titubeo, ni una nota disonante, y en medio del torbellino de sentimientos me invadió el imperioso deseo de tener un piano para hacer un todo de aquella mitad. Durante los últimos años apenas había echado de menos el instrumento para el que había vivido en mi juventud, o más bien me había prohibido echarlo de menos, pero al ver las partituras frente a mí recordé la digitación. Sí, ahora viene re bemol, la bemol, fa, la bemol, re bemol, mi bemol, fa...

—¡No! —grité de nuevo, esa vez con una voz menos sombría y penetrante que antes.

Aurora dejó caer el arco. Levantó la vista como si la hubiera despertado de un sueño. Al principio su mirada de ojos azules estaba ausente, luego se llenó de culpabilidad.

Cara se acercó a mí, quiso decir algo, pero antes de que pudiera articular la primera palabra, yo pregunté en susurros:

—¿De dónde ha sacado el chelo?

En cuanto pronuncié esas palabras fui consciente de lo ridículas que sonaban. Lo que en realidad me preocupaba era otra cosa. ¿Cómo podía tocar el chelo con la misma maestría que su padre?

Sin embargo, me resultaba imposible expresar en palabras un hecho tan desconcertante.

—Es el chelo de Nathan —afirmé, antes de que Cara pudiera contestar.

—Sophie, tienes que creerme, él no quería. Fue idea mía. A sus espaldas he...

«No tiene ni idea.»

«Hay que decírselo.»



«Las señales ya no son tan frecuentes porque yo estoy a su lado.»

Tenía la sensación de que el espacio que me rodeaba empezaba a dar vueltas lentamente, pero no me di por vencida. «¡No te pongas histérica! ¡No pierdas los estribos», me dije.

Pasé junto a Cara. Me dirigí a Aurora sin mediar palabra, le quité el chelo de las manos y lo guardé en la funda, con brusquedad y sin importarme que pudiera dañarse. Sabía que los músicos odiaban que los profanos trataran su precioso tesoro como si fuera una aspiradora, pero en aquel momento tenía ganas de arrancarle todas las cuerdas.

—Sophie —insistió Cara. Se había acercado a Aurora y le acariciaba la cabeza para calmarla—, es el momento de que...

—Quédate aquí —la interrumpí en un tono gélido.

Cogí la funda del chelo y salí corriendo. Las compras seguían en el pasillo, en el suelo. Me limpié los dedos pegajosos en la chaqueta.

Lancé el chelo con brusquedad al asiento trasero del coche, complacida en secreto por los ruidos metálicos que provoqué. Vi que Cara y Aurora me habían seguido y miraban con perplejidad desde la puerta del jardín. Cara puso las manos sobre los hombros de Aurora, como si quisiera consolarla.

Me di la vuelta rápido y arranqué el coche. A mi regreso de la tienda de Josephine estaba cayendo la tarde, y ahora ya la oscuridad empezaba a eclipsar los restos de luz rojiza que teñían de dorado la superficie encrespada del lago. Cuando atravesé el bosque, ya no resplandecía bajo las últimas luces, sino que descansaba pálido y frío tras de mí.

Miré una y otra vez por el retrovisor la funda del chelo. Echaba pestes contra él como si el instrumento fuera un ser humano contra el que podía despotricar y rebelarme. En el cruce con la calle principal estuve a punto de estrellarme con un pequeño autobús. El conductor me gritó algo y gesticuló con los brazos. Levanté la mano a modo de disculpa. La tremenda tensión se fue disipando poco a poco, al menos hasta que llegué a casa de Cara, porque al detener el coche en la puerta empecé a sulfurarme de nuevo. Salí, cogí el chelo del asiento trasero y cerré de un portazo. Ni siquiera el aire de la tarde lograba aliviar el calor de mi rostro encendido.

Me dirigí a la entrada de la casa, llamé una vez, dos, y hasta una tercera. Nadie respondió. Fui a la esquina, vi que por lo menos había luz en una habitación, que, si no recordaba mal, era el salón. Volví a llamar, y de nuevo nadie me abrió.

—¡No vas a escabullirte tan fácilmente! —grité, furibunda.



Pasados otros cinco minutos empecé a aporrear la puerta.

—¡Nathan! ¡Nathanael Grigori! ¡Ábreme de una vez! Sé que estás ahí. ¿Cómo se te ocurre darle tu chelo a mi hija? ¿Quién te crees que eres para aparecer así, sin más? ¡Canalla! ¡Maldito bastardo! ¡Eres...!

Grité hasta quedarme afónica, y cuando ya no pude continuar, rompí a llorar. Podía vencer la histeria, pero no la profunda tristeza y la desesperación que me asolaban.

—¡Maldita sea! —Me sequé las lágrimas de los ojos—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Cuando al fin me quedé en silencio y dejé de sollozar, me pareció oír un ruido. No estaba segura de dónde procedía, pero dejé el chelo en la entrada y me asomé a la esquina del jardín. En la penumbra, los setos altos parecían una pared negra, y el estanque con nenúfares, un agujero. No se veía a nadie.

Quise regresar a la entrada y volver a llamar, pero entonces volví a advertir ese extraño ruido. Sonaba como un tintineo de cristales, pero más fuerte y amenazador, y al oírlo repetidas veces surgió un recuerdo de lo más profundo de mi memoria. Ese tintineo... ya lo había oído antes... aquella vez en Salzburgo... en el descansillo de nuestro piso... cuando llamé a la policía, y los agentes descubrieron la sangre azulada...

Sin separarme de la pared de la casa, entré en el jardín y me dirigí a la parte norte del terreno. El límite no estaba marcado ni por una pared ni por unos setos, sino por unos enormes abetos como los de mi jardín. Apenas pude distinguir las dos figuras que se batían delante de los enormes árboles y se fundían casi completamente con la oscuridad. El tintineo y los jadeos eran lo único que me permitía saber que estaban allí.

Me asomé y presencié una escena que hizo sentirme igual que antes, al sorprender a Aurora con el chelo y contemplar algo que en realidad era imposible, algo que no podía ser sino una mala jugada de mi cerebro enfermo.

Sin embargo, mis sentidos no me engañaban, aunque en mi fuero interno deseaba que fuese así. Ante mis ojos había dos hombres librando una encarnizada lucha... con unas espadas enormes.

Noté que me sobrevenía una risa nerviosa que finalmente brotó de mi garganta. Tal vez fuera expresión de la histeria, o mera diversión. Si lo que tenía ante mis ojos era real, y no una alucinación, no podía ser en serio. Era una parodia, una ridícula representación de dos hombres adultos que querían jugar como niños pequeños.



Ensayaban para una obra de teatro, querían dar una alegría a sus hijos, tenían una afición disparatada...

Mis pensamientos se vieron interrumpidos.

El fragor de las espadas era más fuerte que mi risa. Y no se acercaban el uno al otro como si jugaran, sino con rabia, con decisión y sin piedad. La risa se me atragantó cuando la luz de la luna cayó sobre los dos y bajo el pálido resplandor azulado pude vislumbrar sus rostros. No sabía qué me daba más miedo, si el hecho de reconocerlos a los dos —eran Caspar von Kranichstein y Nathan— o sus rostros desencajados por el odio, la rabia y la tensión. Parecía que el aire que los rodeaba centelleara, como si estuviera cargado de electricidad y crease alrededor de los dos hombres una esfera que impedía que ningún espectador pudiera acercarse sin echar a arder y acabar carbonizado. Retrocedí, o tal vez una fuerza invisible me arrojó contra la pared de la casa.

Tenía la cabeza a punto de explotar, pero no podía dejar de mirarlos. Las peculiares espadas, que parecían sacadas de un museo medieval —eran de acero, les llegaban a la altura de la cadera y lucían una empuñadura adornada con perlas y una hoja muy afilada—, ya no eran lo que más me desconcertaba. Lo que más me impresionaba era la fuerza, una fuerza sobrehumana, con la que se embestían y se golpeaban. En sus manos parecía que las espadas no pesaran, aunque probablemente el solo hecho de sujetar la preciosa empuñadura decorada exigiese un esfuerzo ímprobo. El ritmo de sus movimientos resultaba igual de increíble: se precipitaban uno hacia el otro, retrocedían, saltaban, se daban la vuelta, levantaban las armas y las dejaban caer, se agachaban y volvían a levantarse. Era como si aquel grotesco baile se sucediera ante mí a cámara rápida. Cuando me parecía ver caer una espada, ya la habían recogido. Cambiaban de posición en pocos segundos, recorrían distancias de cuatro, cinco metros con un solo salto.

Era un espectáculo horrible, y al mismo tiempo fascinante y cautivador. No recordaba haber visto nunca nada tan bonito, tan delicado y elegante pese a la cruda violencia. Cada movimiento parecía formar parte de una coreografía perfeccionada con esmero, sí, como un complicado ejercicio acrobático que sólo podía ejecutarse tras ensayar cada movimiento con gran esfuerzo y dedicación.

Aunque había reconocido a Caspar y Nathan, a medida que pasaba el tiempo me parecían dos auténticos desconocidos, como si sus cuerpos no fuesen más que modelos de una perfecta animación por ordenador.

A pesar de la lucha, hablaban entre sí, Nathan con su habitual susurro y Caspar con ese bisbiseo metálico que resultaba tan desagradable a los oídos. En un primer

momento yo estaba demasiado aturdida como para entender lo que decían. En realidad, los entendía tan poco como si hablasen un idioma extranjero. Sin embargo, en ese momento, intenté concentrarme con todas mis fuerzas para desentrañar el significado de sus palabras.

—¿Qué, ya has tenido suficiente? —se burló Caspar.

—No puedes vencerme, ya lo sabes —replicó Nathan.

—¿Quién ha dicho que quiera ganarte? ¿De verdad crees que ésta es la verdadera lucha? Esto no es más que un pasatiempo... para ir entrando en calor.

—Entonces, ¿cómo es que estás tan fatigado?

—¿Fatigado yo? Podría seguir durante horas. ¿Acaso tienes miedo?

—¡De ti seguro que no!

Mientras hablaban, mantenían cierta distancia. Luego emprendieron un nuevo ataque, aunque sin lograr que la balanza se decantara. Estaban completamente igualados. Uno retrocedía, pero al cabo de pocos segundos volvía a llevarle ventaja al otro, y al revés. En un momento dado, me pareció ver que Caspar rasguñaba a Nathan en el brazo con la espada y me tapé la boca con la mano para contener el grito. Pero Nathan continuó luchando como si no hubiera pasado nada. La tela de la camisa estaba rasgada, pero él no sangraba. Ninguno de los dos daba señales de cansancio. Parecía que el ritmo, en lugar de aminorar, aumentaba. Sus movimientos eran cada vez más ágiles, los giros más rápidos y los saltos más altos. Era como si reunieran las facultades de todos los deportistas de élite: saltadores de altura, velocistas, patinadores artísticos.

En un momento dado, ya no pude continuar mirándolos y cerré los ojos hasta que, de pronto, el fragor se extinguió.

—¡Sophie!

El que había pronunciado mi nombre era Nathan, pero cuando abrí los ojos vi que quien se dirigía corriendo a mí no era él, sino Caspar. Su rostro lucía pálido bajo la luz de la luna, y sus labios torcidos dibujaban una sonrisa sarcástica. Se acercó con las manos en alto y entonces vislumbré el destello de la espada. No quería rendirme sin defenderme, así que intenté agacharme, pero pensé que me faltarían fuerzas y agilidad para esquivarlo.

La espada pasó rozándome a toda velocidad. Estaba segura de que me iba a partir el cráneo, pero cuando se hallaba a sólo unos centímetros de mi rostro, se detuvo.

La sonrisa de Caspar se volvió más amplia. Su aspecto ya no resultaba amenazador, sino más bien el de un joven descarado que quiere alardear de su juguete preferido y lo que más le divierte es que los otros lo tomen en serio.

Vi que abría la boca para decir algo, pero antes de que el primer sonido llegara a mis oídos apareció tras él una sombra oscura. Caspar se apartó a un lado. Yo intenté aprovechar la coyuntura para escabullirme y huir, pero justo cuando me disponía a saltar, sentí un golpe en la cabeza. El mundo entero empezó a dar vueltas, ya no sabía ni dónde estaba el suelo, y tampoco si seguía apoyada contra la pared, o si había caído encima de ella, o ella encima de mí. Todo se volvió negro.



CAPÍTULO 7

Me despertó un leve balanceo y, al entreabrir los ojos, tuve la certeza de que me hallaba tumbada en una barca que avanzaba de noche sin rumbo por un oscuro lago.

Muy lejos de la orilla... sobre aguas de una profundidad inescrutable... las olas golpeteaban contra la proa... yo tenía la mano colgando por encima de la borda y acariciaba la superficie fría del agua... sin nada sobre mí salvo el cielo estrellado...

Pero cuando al fin abrí los ojos, el cielo estrellado se convirtió en dos lámparas. Una me iluminaba directamente desde el techo; la luz de la otra me apuntaba hacia el rostro desde un lateral. La lámpara descansaba sobre un armario que había junto al sofá... sí... un sofá, mucho más cómodo y blando que la dura madera de una barca. El cojín era lo más blando, aunque no, no era un cojín porque se mecía con un leve movimiento. Tal vez de ahí venía la sensación de balanceo. De pronto oí una respiración, ¿era la mía? En todo caso, los dedos que me acariciaban el rostro con gestos tiernos y cariñosos sí que no eran míos. Si antes me sentía sola en un lago oscuro y profundo, perdida, a la deriva, en ese instante una sensación de calidez inundó mi cuerpo aterido de frío y todo se volvió bienestar. Volví a cerrar los ojos y me entregué al roce de aquellas manos, bajo las cuales parecía que mi piel se fundiera y las dejara traspasar a mi interior, desenterrando recuerdos y sentimientos hasta entonces ocultos. Recuerdos de amor, de sufrimiento, de deseo abnegado, incondicional.

No habría sabido decir cuándo había sido la última vez que me había sentido tan protegida, sin preocuparme por Aurora, sin sentir la presión de que tenía que ser fuerte, por ella y por mí. La presión de que tenía que coger las riendas de mi vida y agarrarlas bien fuerte con las dos manos, de que no podía perder el control, de que no podía permitirme debilidades, de que no podía abandonarme y tumbarme sin más... liberada, como ahora, sin tener que tomar decisiones ni llevarlas a la práctica.

Suspiré. Todo era tan cálido... tan relajado... tan agradable. Todo era tan claro y tan liviano, que en realidad, más que estar tumbada, me sentía en las nubes, donde sólo existía la música que tocaban las mismas manos que en ese instante me acariciaban, las manos de Nathan, las manos de mi amado...

—Sophie... ay, Sophie.

Lo que se oyó fue sólo un murmullo, pero esa voz temerosa bastó para evocar una imagen en mi mente: la lucha entre Nathan y Caspar, la forma en que se abalanzaron uno sobre el otro, espada en mano, y la inalterable sonrisa en el rostro de Caspar cuando se dirigió hacia mí enarbolando la espada, resuelto a cortarme la cabeza.

Me incorporé y me di cuenta de que llevaba todo ese tiempo tendida sobre el regazo de Nathan y no sobre un cojín. La mano, que continuaba acariciándome el rostro, se apartó. El calor disminuyó de inmediato, la sensación de protección, la entrega.

—¡No me toques!

En ese instante noté una punzada de dolor. Si Caspar no me había alcanzado con la espada, ¿con qué entonces? ¿Tal vez con el puño?

Nathan me miró y al poco no pude evitar sumirme en sus ojos azules preocupados, tristes... llenos de amor.

—¡No me toques! —susurré de nuevo. En un abrir y cerrar de ojos, sus rasgos se endurecieron y adquirieron un gesto inexpresivo y distante.

—Lo siento. —Me hablaba como un extraño—. No pretendía ofenderte... sólo quería...

—¿Qué ha pasado? ¿Qué has hecho ahí fuera, en el jardín? ¿Por qué te has enfrentado a Caspar...?

Me sentía incapaz de describir la pelea con palabras; al recordarla ahora todo se me antojaba absurdo, una completa locura.

Un atisbo de preocupación ensombreció su rostro por un instante fugaz, pero acto seguido me preguntó con frialdad:

—¿Qué Caspar?

—¡Caspar von Kranichstein! —grité—. ¡Él... él me amenazó!

Nathan se apartó de mí y se puso de pie. Por un momento me pareció advertir que le temblaban las manos, pero enseguida se las guardó en los bolsillos.

—¿De quién estás hablando? —preguntó sacudiendo la cabeza—. Yo no conozco a ningún Caspar von Kranichstein.

Mis ojos recorrieron todo su cuerpo, pero no descubrí ningún signo de lucha. Estaba tan pálido como de costumbre, y en su piel no se apreciaban rojeces ni heridas. En la ropa negra tampoco se observaba suciedad ni desgarrones, y él se movía con la agilidad habitual.

—Caspar von Kranichstein... y tú... luchabais con espadas. —Al fin pude pronunciar las palabras, por absurdas que resultaran. Estaba convencida de que había sucedido, aunque Nathan, con expresión de reserva, repuso:

—Debes de haberlo soñado.

—¿Cuándo iba a haberlo soñado?

—Antes te he encontrado ahí. Por pura casualidad. Estabas tumbada en el jardín.

—¿Por qué iba a...

—Has debido de resbalar al salir a buscarme —me interrumpió—. Te has caído, te has dado un golpe en la cabeza y has perdido el conocimiento.

Con un gesto instintivo me llevé la mano a la nuca y noté una rozadura y un bulto en la piel, pero por muy lógicas que sonaran las palabras de Nathan, yo estaba convencida de que me estaba mintiendo y de que esa herida no me la había provocado una caída.

—Yo he visto lo que he visto —insistí con tozudez.

Me levanté despacio, procurando no realizar ningún movimiento brusco con la cabeza. Sin embargo, tenía la sensación de que alguien me estuviera clavando un cuchillo ardiendo en la nuca.

—¡Pero eso es ridículo, Sophie! No estarás diciendo en serio que... —De pronto se interrumpió, como si mis palabras ni siquiera merecieran ser repetidas.

Durante un rato permanecimos callados, uno frente al otro, mirándonos. Y entonces en ese instante recordé por qué había ido a su casa. Por Aurora... porque había comenzado a tocar el chelo... con una maestría como si llevara años estudiándolo.

Pero si ahora se lo contaba, ¿qué iba a decirme? ¿Que eso también lo había soñado o que me lo estaba inventando?

Abrí la boca, pero acto seguido volví a cerrarla.

Ya estaba bien.

No pensaba dejar que me tomase por tonta.



Si él no estaba dispuesto a decir nada, yo me buscaría la manera de descubrirlo por mis propios medios. Enseguida se me ocurrió una idea, e igual de deprisa la idea se convirtió en un plan.

Miré hacia el suelo porque me resultaba más fácil mentirle cuando no tenía que sostener su mirada de ojos azules.

—Ha sido una tontería mía venir hasta aquí —murmuré—. Pensé... pensé que debíamos... que después de tanto tiempo lo más sensato sería... pero es ridículo creer que... Además, tampoco sé si...

Mi tartamudeo no tenía sentido, pero él no hacía preguntas.

—¿Me... me das un vaso de agua? —dije de pronto.

Nathan asintió, parecía algo desconcertado y al mismo tiempo aliviado por mi banal petición.

En el tiempo que él abandonó la habitación y se fue a buscar un vaso para servirme el agua, yo aproveché para rebuscar mi móvil en el bolsillo del abrigo, pulsar una tecla y esconderlo debajo de uno de los cojines del sofá.

Al poco Nathan volvió con el vaso de agua, pero en lugar de cogerlo, levanté las manos con gesto de rechazo.

—Ya no quiero agua, y además tengo que irme —dije en un tono frío—. Me he equivocado viniendo. Ya no te molesto más.

La mano que sostenía el vaso volvió a temblar de manera casi imperceptible. ¿Era posible que estuviera perdiendo la serenidad?

—Sophie, yo...

—¡No! —lo interrumpí—. Tal vez tienes razón y es cierto que me he caído y he perdido el conocimiento. Creo que es mejor que me tumbe en la cama. Me duele la cabeza y estoy un poco mareada.

—Sophie, de veras que no quería...

Sin esperar a que terminara la frase, me dirigí a la puerta. Él me siguió hasta el pasillo, y después se detuvo.

Una vez en la calle, suspiré. El aire frío de la noche me hacía tiritar, pero no era eso lo que me molestaba; era la sensación de disgusto que tenía mientras examinaba con minuciosidad el jardín en busca de rastros de la pelea. En la oscuridad no logré distinguir si había pisadas en la hierba. Al avanzar a tientas hacia el seto, estuve a punto de tropezar con un objeto negro. Me hice daño al golpearme en la espinilla y salí

corriendo, aunque más por el susto que por el dolor. Miré en todas direcciones con la repentina sensación de que alguien que me estaba observando y había colocado aquel obstáculo en mi camino a propósito.

Luego, sin embargo, me di cuenta de que se trataba de la funda del chelo, que yo misma había dejado allí. La cogí, la llevé al coche y me senté, pero en lugar de arrancar el motor y marcharme, me quedé un rato esperando.

Conté lentamente en silencio hasta cien.

«Ya debe de haber pasado tiempo suficiente», me dije.

Volví a salir del coche, cerré la puerta con mucho sigilo y no fue necesario llamar al timbre una segunda vez. Nathan me esperaba con la puerta abierta y expresión de asombro.

—Sophie...

—No te preocupes, ya me marcho. Es que no encuentro mi móvil, se me debe de haber caído del bolso. Entro un momento a buscarlo.

Me abrí paso rápidamente por su lado hasta el salón. Fingí durante unos segundos que buscaba el móvil en las ranuras del sofá antes de encontrarlo, como por casualidad, debajo de un cojín.

—¡Aquí está! —A mis oídos mi voz sonó un tanto artificial, pero Nathan, que estaba apoyado en el marco de la puerta, no pareció percatarse.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó—. Lo digo por... por el dolor de cabeza...

En su voz ya no se advertía la desapegada frialdad de antes. Quizás ahora estaba mintiendo, como yo con el cuento de que había perdido el móvil. Similar como era aquel matiz de su voz al sonido de un chelo —tierno y triste a la vez—, evocaba todo un universo: Salzburgo, la primavera, la música, los paseos, la terraza de piedra, los setos del Mirabellgarten.

Yo negué con gesto malhumorado. Si permitía que me cegara la nostalgia, jamás conseguiría averiguar qué era lo que estaba ocurriendo.

Ya estaba bien, me dije de nuevo.

No seguiría consintiéndole que me tomara por tonta. Y a Cara tampoco.

Cuando ella —a diferencia de Nathan— había intentado en repetidas ocasiones aclarármelo todo, yo no la había escuchado.

—No te molestes.

Pasé junto a Nathan a toda prisa. No intentó detenerme.

Al cabo de un momento arranqué el coche y unos doscientos metros más allá volví a parar. Me metí en unos de los múltiples aparcamientos que habilitaban para los turistas, que estaban repletos durante el día y por la noche se quedaban medio vacíos. La mayor parte de las casas de los alrededores estaban a oscuras; sólo en algunos salones se veía la luz azulada del televisor.

Con las manos temblorosas rebusqué el móvil en el bolso y volví a presionar una serie de teclas. A diferencia de Nele, yo utilizaba mi teléfono para llamar, no para hacer fotos ni para escuchar música. Pero en el séptimo cumpleaños de Aurora, Nele me enseñó todo lo que se podía hacer con mi móvil. Y así habíamos grabado una canción que Aurora había aprendido en la escuela.

No sabía si lo había hecho todo bien, pero cuando acabó la grabación de la canción, se oía al menos un ruido de fondo. Parecía que había funcionado. Ahora sólo quedaba saber si Nathan había llamado a Cara por teléfono para contarle lo que había ocurrido y para decirle que yo estaba volviendo a casa. Eso era lo que yo esperaba.

La grabación duraba unos ocho minutos. Los siete primeros sólo se oía un ruido de fondo, y entonces, cuando había perdido toda esperanza, se oyó a lo lejos, como si se encontrara a una distancia infinita, la voz de Nathan.

Así que en efecto, yo estaba en lo cierto.

La voz no era clara. Al principio sólo lo oía hablar, pero no entendía lo que decía. Al cabo de unos cuarenta y cinco segundos, volvió a oírse el ruido, y después se cortó, ya fuera porque en ese instante yo había vuelto a entrar en la casa o porque la memoria del móvil estaba llena.

Escuché la grabación una y otra vez, intentando concentrarme en cada una de las palabras, hasta que al final decidí buscar un bolígrafo en la guantera y empecé a apuntar las pocas palabras que entendía en el reverso de un tíquet de compra viejo y arrugado que había casualmente en el coche. Después de escucharla tres veces me pareció que había conseguido captar el contenido de la conversación, al menos a grandes rasgos.

«Desde luego... dejado marchar. ¿Qué... que hiciera? ¿Obligarla? Decírselo todo... no, no... acompañara... ¡no creo!»

Leí ensimismada una y otra vez las palabras que había garabateado. Al parecer Clara —estaba convencida de que sólo podía ser ella— no entendía por qué Nathan me había dejado marchar.

A continuación se oyó una frase que entendí a la perfección: «No le hará nada.»

¿Se refería a Caspar von Kranichstein? ¿Acaso la había tomado conmigo?

Miré varias veces por las ventanillas del coche. De pronto tuve la sensación de que había alguien merodeando alrededor, pero al encender las luces, lo único que vi fue un gato que me miró asustado con sus ojos amarillos.

Escuché de nuevo la conversación tratando de concentrarme en las tres frases indescifrables que se oían antes de que la grabación se interrumpiera con brusquedad.

«No... contarle... no... enterarse... quiénes... somos... Felim.» Al oír esa última palabra me dio un vuelco el corazón. Probablemente, aunque la grabación se hubiera oído mejor, tampoco la habría entendido. Debía de ser una palabra importante, pensé, de lo contrario Nathan no la habría susurrado de esa forma.

«Felim.» O tal vez «Filim».

Volví a escuchar el final de la grabación otras tres veces, pero no saqué nada en claro. ¿Qué quería decir? A lo mejor las frases que había dicho eran: «No puedo contarle la verdad. No puede enterarse de quiénes somos. Somos Felim.»

Pero ¿qué significaba la palabra Felim?

Finalmente dejé el móvil en el asiento del copiloto y me dirigí a la casa.

Al llegar, toda la casa estaba a oscuras. Sólo en la ventana de la cocina se veía una tenue luz. Cara había metido a Aurora en la cama y estaba esperándome allí. Tenía delante una taza de té, pero ni siquiera lo había probado. Removió la cucharilla con un gesto nervioso cuando entré en la cocina. Casi me parecía oír las imperiosas preguntas que le quemaban los labios, pero se contuvo y yo me limité a decirle:

—Puedes irte.

Se levantó rápidamente. Al pasar a mi lado, yo instintivamente me aparté. Su rostro se estremeció con un gesto de compasión.

—Sophie...

—Te lo pido por favor. ¡Márchate!

Ella desistió. Oí que sus pasos se alejaban, el golpe de la puerta y luego el rugido del motor de su coche. Al hacerse de nuevo el silencio, yo me quedé de pie en la puerta de la cocina. No sé cuánto tiempo permanecí allí antes de asomarme a la habitación de Aurora y subir al estudio. No encendí la luz del pasillo para no despertar a Aurora. A

cada paso que daba en la oscuridad, se volvía más intensa la sensación de que estaba haciendo algo a escondidas, algo prohibido.

Cuando al fin llegué al estudio, cerré la puerta y encendí el ordenador portátil. El destello de la pantalla me deslumbró. El tiempo que tardó el módem, con un estridente pitido, en conectarse a Internet se me hizo una eternidad. En las últimas semanas la conexión se había vuelto de lo más inestable: unas veces podía navegar y enviar correos sin problemas, pero otras me pasaba horas sin poder establecer ningún contacto con el ciberespacio.

Hoy funcionaba a la perfección. Abrí la página de inicio de Google, tecleé primero la palabra «Filim» y, al ver que los resultados de mi búsqueda no eran satisfactorios, entonces tecleé «Felim». Descubrí que era un nombre propio, pero no conseguí aclarar qué había querido decir Nathan.

Apoyé el mentón sobre las manos y me quedé pensativa frente a la pantalla. ¿Qué alternativas tenía? ¿Debía volver a escuchar la grabación del móvil? Eso ya lo había hecho en el coche como diez veces y lo único que había conseguido entender era ese «Felim» que Nathan había medio mascullado.

Quizá, me dije, podía llevar la grabación a un estudio de sonido para que la analizaran correctamente. Pero para eso debía esperar al día siguiente.

«Filim. Felim.»

Entonces se me ocurrió que podía probar a escribirlo de otra manera.

«Philim.»

Tecleé la primera letra y, de pronto, oí unas pisadas a mi espalda. Me sobrecogí, y en ese instante penetró una luz por la rendija de la puerta. El picaporte comenzó a inclinarse y la puerta se abrió lentamente. Tras ella apareció Aurora descalza. Sus cabellos se veían rojizos bajo el reflejo de la lámpara del pasillo, pero su rostro quedaba en penumbra.

Volví a tener la sensación de que estaba haciendo algo prohibido, sobre todo cuando Aurora, que me estaba mirando, desplazó la mirada hacia el portátil. ¿Podía ver desde esa distancia la palabra que estaba buscando?

Yo cerré a toda prisa la tapa del portátil y forcé una sonrisa.

—¿Cómo es que no estás dormida, tesoro?

Aurora se agarró con las manos al marco de la puerta y se puso de puntillas. No sé si lo hizo porque el suelo estaba frío o porque estaba tensa.

—Has estado en casa de Nathan —dijo.



Yo di un respingo. Había pronunciado el nombre. Su nombre. ¿Es que lo conocía? ¿Sabía quién era? Su padre... o no... el hombre que siete años atrás me había abandonado no sólo a mí, sino también a ella, sin dar ninguna explicación.

—Mañana hablaremos de eso, ¿de acuerdo? Ahora, por favor, vete a la cama. —En ese momento empleé un tono de voz más duro.

Aurora posó los talones en el suelo y lentamente se dio media vuelta. Cuando ya había avanzado unos tres pasos, se volvió:

—Nefilim —dijo de pronto—. Nos llamamos... Se llaman «nefilim».

La miré boquiabierta y un escalofrío tremendo me recorrió la espalda. Aurora había tenido algunas actitudes inquietantes en las últimas semanas, y ahora volvía a inspirarme esa misma inquietud. Pero a eso se añadía otra cosa: la sensación de que yo estaba excluida. Ella sabía de qué hablaban Nathan y Cara. Yo no.

—¿A qué te refieres? —pregunté en un tono afectado.

—Pues a lo que querías averiguar. Los nefilim.

Subí la tapa del portátil sólo para mostrarle que lo apagaba y me levanté rápidamente de la silla.

—Sólo estaba buscando documentación para mi libro. Pero puedo dejarlo para mañana. La verdad es que estoy cansada.

Le acaricié el pelo, pero ella me rehuyó y se dirigió hacia su dormitorio. Yo la seguí hasta la puerta y desde allí vi que se metía en la cama y se tapaba con el edredón hasta el cuello. En ese instante me invadieron sentimientos contradictorios: por un lado sentía una necesidad casi irreprimible de entrar a darle un beso de buenas noches; pero, por otro, estaba demasiado conmocionada como para acercarme a ella. Si reprimía esos sentimientos encontrados, lograría dominarme, pero si me dejaba llevar por un sentimiento y era por mi temeroso amor hacia Aurora, no podría resistir el insoportable impulso.

Me balanceé sobre una y otra pierna con un gesto nervioso.

—Apago la luz —dije— para que puedas dormir.

Ya había entrecerrado la puerta, cuando de pronto Aurora susurró:

—Si quieres saber más cosas sobre los nefilim, busca en la Biblia. Libro del Génesis, capítulo seis, versículo cuatro.

Avancé, como antes, a tientas por el pasillo. Hasta que no llegué a mi dormitorio y cerré la puerta tras de mí, no encendí la luz. Tal vez habría sido más sencillo volver a



subir la tapa del portátil y buscar en Google la palabra «nefilim», pero me había acordado de que entre la infinidad de libros de mi padre había también una Biblia. La saqué de la librería. Estaba desgastada por el uso y tenía las cubiertas desvencijadas. ¿Tanto la había leído mi padre? ¿O es que se trataba de un ejemplar viejo que había pasado ya por muchas manos?

Yo no era ninguna experta en el tema de las Sagradas Escrituras, pero sabía que el Génesis era el primer libro. Fui pasando las hojas hasta dejarlo abierto por el sexto capítulo; era como si una densa nube de polvo surgiera de entre las páginas y me envolviera en su interior. Me humedecí los labios al notar que el polvo se me colaba en la garganta y me la resecaba.

«Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la faz de la tierra y les nacieron hijas, vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres les venían bien, y tomaron por mujeres a las que preferían de entre todas ellas. Los gigantes existían en la tierra por aquel entonces, y también después, cuando los hijos de Dios se unían a las hijas de los hombres y ellas les daban hijos. Éstos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos.»

Leí el fragmento una y otra vez, pero no entendía nada. Me senté en el sofá, coloqué la Biblia a mi lado y descolgué el teléfono. Cuando comencé a estudiar musicología después de nacer Aurora, no entablé apenas relación con otros estudiantes. Pero en una ocasión había tenido que hacer un trabajo con un estudiante de música sacra y a partir de entonces nos llamábamos muy de vez en cuando. Algunas veces me había echado una mano con las biografías de músicos. Era un organista entregado y había escrito la tesina sobre el trasfondo teológico de algunas cantatas de Bach.

En cuanto dio la señal, respondió al teléfono sobresaltado.

—¿Sí? —gritó.

—Perdona que te moleste a estas horas.

—¿Quién es? —preguntó con inquietud.

—Sophie... Sophie Richter.

—Dios Santo. ¿Sabes qué hora es?

—Lo siento —repetí—. No quería despertarte.

Exhaló un suspiro afectado; siempre había sido una de esas personas histriónicas que parece que celebren en toda regla todas y cada una de las emociones que tienen.



—Si no estaba durmiendo. Lo que ocurre es que, cuando suena el teléfono en plena noche, lo primero que piensas es que ha pasado algo terrible.

—Sólo quería hacerte una pregunta. —No sabía ni qué hora era. Había perdido la noción del tiempo.

—Venga, dispara —gruñó con desgana, aunque en cierto modo halagado de que necesitase su ayuda.

—El tema es el siguiente —comencé a decir, y le expliqué en pocas palabras que estaba en pleno proceso de documentación y que necesitaba recopilar información sobre los nefilim, esos seres que al parecer se mencionaban en el Génesis.

Él volvió a suspirar con afectación.

—Pensé que estabas escribiendo biografías de músicos.

—¿Sabes algo del tema?

Al hablar se me quebraba la voz. Tenía los nervios tan alterados que me daba la impresión de que, en cualquier momento, iba a romper a llorar, o a reír, o a las dos cosas a la vez. Mientras hablaba con él por teléfono, los ojos se me iban permanentemente hacia la puerta como si temiera que me pillasen in fraganti otra vez. ¿Que me pillase Aurora? ¿O tal vez otra persona?

De pronto se me apareció en la mente la imagen de Caspar y Nathan, la asombrosa velocidad y agilidad y a la vez odio y brutalidad con que se habían abalanzado uno sobre el otro...

Intenté calmarme y respirar despacio.

—Pues... —empezó a decir el músico sacro. Yo lo llamaba siempre así, pero se llamaba Martin Schmitzke—. A los nefilim... se los menciona en el sexto capítulo del Génesis.

—Hasta ahí he llegado yo. Tengo la Biblia delante. Pero no he visto por ninguna parte el nombre de nefilim.

—En la traducción unificada hacen referencia a los «gigantes», pero en el texto original aparece el concepto de «nefilim». El término proviene de la palabra hebrea «nefal», que significa «caer». Así que los nefilim son los «caídos». Al parecer el texto del Génesis guarda relación con un antiguo mito babilónico. La Biblia contiene numerosas referencias a tradiciones y culturas no judaicas. Probablemente ese pasaje lo redactaron los yahvistas.

—¿Quiénes?



—Yahvistas es como se conoce a los autores que escribieron los textos del Antiguo Testamento en el siglo IX. Los libros o pasajes del Antiguo Testamento que se originaron tiempo después se conocen, en función del nombre con que designan a Dios, como escritos elohistas o sacerdotales.

Sus palabras eran instructivas y traslucían el orgullo que sentía al poder hacer gala de su conocimiento.

—¿Y ese mito significa que, además de la raza humana, hay otros seres en la tierra? —pregunté dubitativa.

—Exacto. Esos seres eran los descendientes de los hijos de Dios y las hijas de los hombres, es decir, seres mixtos. Eran inmortales, pero según la Biblia desaparecieron tras el diluvio universal. Existen otras referencias aparte de la del Génesis. Creo que en el Libro de Enoc también se menciona algo.

—¿Y eso también está en la Biblia? —pregunté con precipitación mientras pasaba páginas.

—No, pertenece a las llamadas escrituras apócrifas.

Yo había oído antes esa expresión, y si no recordaba mal, se llamaba así a los textos que se originaron en la misma época que la Biblia pero que no han sido aceptados en el canon de las Sagradas Escrituras.

—¿Y qué dice en el Libro de Enoc sobre los nefilim?

—Se describen como unos seres con una fuerza sobrehumana y una maldad temible. Cometen actos violentos, ocasionan la ruina, atacan a los hombres, destruyen sus casas, ocasionan desórdenes de toda clase y siembran el pánico. En algunas ocasiones no se les denomina nefilim, sino *awwim*, que significa «hijos de las serpientes». Los padres de la Iglesia vieron después en eso una referencia a los ángeles caídos, es decir, a Lucifer. Ahora que lo pienso, los nefilim no sólo les hacían la vida imposible a los humanos torturándolos y esclavizándolos, sino que además perpetraban auténticas masacres. Parece ser que codiciaban la carne humana y devoraban a los hombres a manos llenas. Creo que en el Libro de Enoc se cuenta que con la aparición de los nefilim los hombres empezaron también a comer carne, pero la verdad es que debería volver a leer el texto despacio para confirmarlo. Esos escritos pueden llegar a ser muy confusos.

—En cualquier caso, dan testimonio de que, aparte de la raza humana, existe en la tierra otra raza que es inmortal y tremendamente malvada —exclamé sin aliento.

—Sí —se limitó a responderme, antes de proseguir—: Creo que en algún pasaje del Libro de Enoc se narra con todo detalle el origen de los nefilim. En este caso ya no

provienen de los hijos de Dios, como se refiere en el Génesis, sino de un grupo de ángeles que Dios envió a la tierra para que custodiaran el jardín del Edén. Pero en lugar de cumplir su obligación, se dejaron distraer y seducir por las hijas de los hombres. A esos ángeles se los conoce como los Guardianes o, en la traducción griega, los Grigori.

Apreté el auricular del teléfono con tanta fuerza que pensé que iba a romperse en mil pedazos.

—¿Sophie? Sophie, ¿qué te pasa? Se te ha acelerado la respiración. ¿Te encuentras mal?

Oía su voz en la lejanía.

—No —susurré—, no, estoy bien. Gracias por la información. Para empezar, es más que suficiente.

Colgué sin despedirme; me sentía incapaz de pronunciar una sola palabra más.

Grigori.

Nathanael Grigori.

Un instante antes tenía la sensación de que la tensión iba a romperme el cuerpo en pedazos, pero en ese momento me invadió un profundo agotamiento. Me puse de pie y avancé hacia la estantería para colocar la Biblia en su sitio. Pero al intentar levantar el brazo, no me respondía. De pronto el libro pesaba como si fuera de plomo. Me desplomé desfallecida en el suelo, junto a la librería, estrechando la Biblia con fuerza contra el pecho. Permanecí allí sentada durante horas, en el mismo estado en el que había encontrado a Aurora y que me aterrorizó: los ojos casi fuera de las órbitas y la mirada clavada en un punto imaginario mientras balanceaba el tronco adelante y atrás.

«Gigantes... caídos... seres malvados... inmortales...»

Al despuntar el día, me quedé dormida.

Mientras dormía se me había caído la cabeza hacia un lado. Al despertar, me dolía el cuello. Cara se agachó junto a mí y me acarició con suavidad en el hombro.

—¿Sophie? ¿Qué estás haciendo aquí?

Yo me incorporé sobresaltada, le aparté la mano y disimulé el dolor. Tenía un regusto amargo en la boca. Intenté recordar lo que había soñado; algo vago, amenazador, confuso.

Sin embargo, al recapacitar sobre ello me di cuenta de que no había sido un sueño, que había sido real. Había leído un fragmento de la Biblia y había hablado con Martin Schmitzke por teléfono sobre los nefilim. Cara se agachó a recoger la Biblia, que estaba tirada en el suelo.

—¡No! —grité, presa del pánico, y le arranqué el libro de las manos.

Ella me miró con gesto de preocupación y cierta tensión.

Antes de que ella pudiera abrir la boca, me apresuré a preguntar:

—¿Qué hora es?

—Casi las ocho y media. Aurora me ha abierto la puerta. Le he preparado un vaso de leche con cacao, y...

—¿Tanto he dormido?

Si bien unos minutos antes notaba todos los miembros de mi cuerpo agarrotados, ahora sentía una profunda intranquilidad e incluso agitación. Levanté la Biblia con un gesto acusador.

—Tenemos que hablar —le dije—. No pienso permitir que sigáis tomándome por loca. Quiero que me lo expliquéis todo de una vez por todas, y...

—Tienes razón —me interrumpió. Me cogió del hombro con delicadeza y prosiguió—: Sophie, tienes toda la razón. No ha estado bien mantenerte al margen. Yo sólo lo hice porque Nathan me lo pidió. Pero él mismo se ha dado cuenta con el tiempo de que no puede seguir ocultándote la verdad.

La claridad de sus palabras me dejó de piedra. Cuando podía enfadarme y escandalizarme porque los dos mantenían el secreto, estaba decidida a levantar la liebre. Ahora, sin embargo, me daba miedo pensar que, de una vez por todas, iba a descubrir la verdad.

—La lucha... —prorrumpí de pronto—. Lo que sucedió ayer en el jardín... que Caspar y Nathan se enzarzaron en una pelea... Nathan me dijo que había sido un sueño... y que yo me había desmayado... pero ¡ocurrió de verdad!

—Nathan está aquí. —Clara señaló con la barbilla hacia la puerta—. Está esperándote. Hemos pasado toda la noche discutiendo este asunto, y ahora está dispuesto a explicártelo todo, de principio a fin. Creo que es su deber, no el mío.

Cara me soltó. La angustia de su mirada se convirtió en ternura.

Mientras me dirigía al jardín me pasé varias veces las manos por el pelo; me notaba el rostro pegajoso, seguía teniendo el regusto amargo en la boca y los ojos se me habían hinchado y me picaban. Al salir al aire libre, no dirigí la mirada hacia Nathan, que aguardaba apoyado en la verja, sino hacia la mansión de Caspar, que se erigía en lo alto de la montaña.

No sé exactamente qué esperaba, tal vez algún signo visible de lo que había ocurrido el día anterior. Pero el moderno edificio blanco con grandes ventanales de cristal y la cubierta plana permanecía intacto en mitad del bosque. El día estaba despejado, la neblina había descendido y ya sólo cubría el lago, que parecía un enorme plato de sopa humeante.

Me froté el cuello dolorido mientras avanzaba con paso vacilante hacia Nathan.

—Sophie...

Bajó la mirada. Tenía la voz ronca.

—¿Quién eres? —le pregunté. Me mordí los labios para rectificar de inmediato mis palabras—. ¿Qué eres?

—Sophie... —Suspiró, parecía abatido por el agotamiento—. Sophie, no sabes cuánto lo siento... me habría gustado ahorrarte todo esto, créeme. Pero ahora ya sabes muchas cosas. Demasiadas cosas.

—Sí —respondí—, sé todo eso... eso de los... nefilim. —Me costó pronunciar la palabra. Nathan levantó por fin la cabeza y dirigió sus penetrantes ojos azules hacia mí.

»En la Biblia dice que son gigantes, pero ¡tú no eres ningún gigante! ¡Y Caspar tampoco! —En ese instante me dio la risa; los nervios se conjugaron en un grito estridente y artificial.

—Sophie, yo creo que lo mejor es que te sientes y así podré explicártelo todo con calma...

—Así que es cierto. No eres humano. Eres uno de esos... de esos... —Me sentí incapaz de pronunciar la palabra una segunda vez, y él tampoco dijo nada, sólo se limitó a asentir con la cabeza—. Y Caspar von Kranichstein también —añadí—. ¿Y Cara? ¿Cara también es...?

Él asintió de nuevo. Yo noté que se me resecaba la boca.

—Vamos dentro —sugirió con un susurro—, déjame que te lo explique con calma...

Unos minutos antes estaba decidida; decidida a mirar a la verdad a la cara y a hacer lo que fuera necesario para exprimirla, pero cuando Nathan levantó la mano y me acarició el hombro con delicadeza, sentí verdadero miedo. Mientras él siguiera negando mis disparates, seguirían siendo eso, disparates, locuras, delirios de mi desorbitada imaginación.

Yo me estremecí y, cuando él se levantó para hablar, yo lo interrumpí con un estridente grito:

—¡No, espera! Antes de que comiences a hablar, quiero saber una cosa: ¿hay alguna posibilidad de que podamos dejar a Aurora al margen de todo esto? ¿Es absolutamente imprescindible que me lo cuentes todo? ¿No puedo seguir actuando con ella como si no hubiera ocurrido nada?

Nathan agachó la mirada; una profunda arruga surcó su frente pálida y tersa.

—¿Quieres decir que si hay alguna forma de huir de todo esto? —Negó con la cabeza, y al levantar la mirada su expresión era de honda tristeza—. Por desgracia, no. Eso era lo que deseaba, la esperanza que he albergado hasta el último momento, y lo que me he resistido a aceptar hasta esta mañana. Pero ahora que Caspar y los suyos han aparecido, es demasiado tarde. Aurora se encuentra desde hace mucho tiempo en medio de una... una... una...

—¿Una qué?

Nathan suspiró.

—Una antigua batalla.

Ahora se hallaban en una encrucijada. Ya no había quizá ni tal vez, ni puede que algún día. Ya no había dudas, ni preámbulos ni esperas.

Ahora todo sería blanco o negro.

Pronto Sophie sabría toda la verdad, y entonces la decisión vendría sola.

Se apartó del ventanal al ver que Nathan entraba con ella en la casa.

El dolor se le extendía por el pecho cuando Nathan acariciaba el brazo de ella con suavidad, el mismo dolor insoportable de los tiempos en que hablaban y se reían, se besaban y se amaban, el mismo dolor insoportable que le producía pensar que Nathan, y no él, era el padre de Aurora. Pero él jamás se había dejado vencer por el dolor, y ahora tampoco lo haría. Nathan había engendrado a Aurora, pero él conseguiría convertirla en su propia hija.

Emitió un agudo silbido y uno de sus sirvientes apareció de inmediato.

«Son como perros falderos», pensó con desprecio.

No le gustaba ninguno de ellos. Le daban el mismo asco que la chusma humana, esas gentes estúpidas, débiles, impúdicas y malolientes. Sólo se salvaba alguna que otra mujer como Sophie, que se contaba entre los elegidos.

Despreciaba a sus sirvientes por las emociones, que les desfiguraban el rostro, por su entusiasmo y sus temores, por la ilusión con que aguardaban la guerra.

A él todas esas emociones le resultaban ajenas, las ansias de destrucción, el placer de matar, la sed de sangre. Antaño su padre tenía que obligarlo a coger las armas para pelear.

Lo que, sin embargo, conocía bien, era el deseo de venganza, una venganza bien meditada y planificada. Algo que no era fruto de un arrebato de furia momentáneo, sino de una honda necesidad de alcanzar el equilibrio y causarle a Nathan el mismo dolor que en su día padeció él.

Cuando tuvo a todo su círculo de confianza reunido, Caspar von Kranichstein los miró a los ojos uno a uno. Después sonrió con malicia.

«Ha llegado la hora. Hoy empieza todo», les dijo a sus secuaces.



CAPÍTULO 8

*E*ntramos en mi despacho y cerré la puerta. Nathan se dirigió a la ventana y yo tomé asiento en mi escritorio. Aparté el ordenador portátil y los libros a un lado, apoyé los codos sobre la mesa y me froté las sienes. El dolor del cuello había remitido, pero aun así tenía la sensación de que me iba a explotar la cabeza, de que no era capaz de asimilar todo lo que se me venía encima.

Eran tantas las preguntas que me quemaban la lengua que no lograba decidirme por ninguna y, en lugar de soltarlas, seguí con la mirada a Nathan, que caminaba nervioso de un lado a otro de la habitación octogonal. Había prometido que me lo contaría todo, pero en ese instante no sólo no parecía tener la menor intención de hacerlo, sino que, más bien, parecía arrepentido.

Al cabo de un tiempo ya no pude soportar más el silencio.

—En el Libro de Enoc se dice que los nefilim son seres malvados —dije—. Que tienden a la destrucción y la represión con avidez y violencia, que son gentes voraces y temibles.

Nathan se detuvo y se volvió hacia mí con gesto de perplejidad.

—¿No tendrás miedo de mí? —exclamó, y agregó en tono de súplica—: ¡No me digas eso, por favor! No podría soportarlo.

La tristeza de su mirada me llegó al alma y por un momento se desmoronó la dura coraza tras la que yo me había atrincherado. Pero no podía ceder ante el menor atisbo de cercanía y compasión, al instinto de consolarlo, de calmarlo. Estaba convencida de que, en cuanto diese pie a cierta calidez, me volvería loca pensando en todos los secretismos.



—En aquel momento me abandonaste —repliqué en un tono frío y distante—, creía que te daba igual lo que piense de ti.

—¡Pues lo cierto es que es justo al contrario! —se precipitó a responder—. Yo creía que ahora podrías entender por qué tuve que marcharme en aquel entonces. ¡Y desde luego no fue porque no me importaras! Sino porque tenía que protegerte. A ti y también a Aurora.

—¿Protegernos de qué? ¿De esa... esa lucha de la que hablabas? ¿De que cayéramos en manos de uno de esos seres malvados, voraces y asquerosos? ¿Un ser como tú o como Cara, que no sois humanos, sino... nefilim?

De nuevo me costó un gran esfuerzo pronunciar la palabra.

Nathan agachó la mirada.

—No todos los nefilim son malos —murmuró— y ahí está precisamente el problema.

De pronto reparé en el portátil, donde el día anterior había buscado en Google la palabra «filim» sin éxito. Respiré hondo y traté de dominar los sentimientos que en ese momento me oprimían la garganta. Debía mantener la cabeza fría, me dije, no debía ponerme nerviosa, sino proceder como en un trabajo de investigación. Recopilar datos, ordenarlos y analizarlos. Con discernimiento, dejando el corazón a un lado.

—En la Biblia se dice que los nefilim... esos gigantes... provienen de los hijos de Dios y las hijas de los hombres —dije—. Pero también se refiere a que se extinguieron tras el diluvio.

Nathan se dirigió hacia mí y se inclinó sobre la mesa. Yo paré de frotarme las sienes, dejé caer las manos y, de pronto, de forma totalmente inesperada, mis manos quedaron sobre las suyas. Una descarga de adrenalina me recorrió el cuerpo cuando Nathan me estrechó las manos, una sensación agradable e insoportable al mismo tiempo. De repente me sentí completamente despejada, notaba todas y cada una de las fibras de mi cuerpo tan tensas que parecían a punto de romperse. Aparté las manos con un gesto brusco ante el cual él retrocedió avergonzado.

—Todo lo que se dice en la Biblia, en los escritos apócrifos y en otros textos como leyendas y fábulas —empezó a explicarme en voz baja— no hay que creérselo al pie de la letra. Son los intentos de los pueblos que de algún modo presentían nuestra existencia de explicar lo inexplicable, es decir, de dar cuenta de que existen dos razas en el mundo.

—Los mortales y los inmortales —apunté yo.



—En el Libro de Enoc aparece explicado este hecho con la caída de los ángeles que tenían el cometido de custodiar el paraíso y, sin embargo, se dejaron seducir, dando origen a los seres mestizos —prosiguió Nathan—. Estos eran tan voraces que al principio se comían las cosechas de los humanos y, cuando hubieron acabado con todas ellas, empezaron a devorar a los hombres, a comerse su carne y beberse su sangre. Así, siguiendo su ejemplo, comenzaron también los hombres a comer carne y, lo que constituye un pecado más grave, a codiciar el dominio de los demás. De esa forma se creó la injusticia en el mundo. Por supuesto es sólo un mito, pero en todos los mitos hay algo de verdad. Lo que en realidad sucedió entonces sólo los ancianos lo saben, aquellos nefilim que pueblan el mundo desde tiempos inmemoriales. Yo, en cambio, nací mucho tiempo más tarde, y lo único que sé es que se ha producido algún fallo en la larga historia de la humanidad. Que existen seres... criaturas que nunca mueren, y que eso no debería ocurrir. Somos un error de la naturaleza, sí, ¡eso es lo que somos! En realidad nosotros... nosotros no deberíamos existir...

Su tono de voz era cada vez más frío, más despectivo.

—¡Nathan! —exclamé.

Un momento antes me había apartado como si el contacto con él me quemara, y en ese instante no pude resistir la tentación de levantarme y acariciarle la frente con la mano, no como gesto de cariño, sino para comprobar que era real. Su piel era lisa como el mármol, pero desprendía el mismo calor que la de cualquier humano.

—Nathan —volví a decir, con un hilo de voz apenas audible.

Él apartó la cara de mí. Al contrario que sus palabras, que me provocaban una profunda extrañeza, la expresión de duda, incertidumbre y melancolía que dibujaba su semblante me resultaba familiar. En la época de Salzburgo, esa expresión se apoderaba de su rostro con bastante frecuencia y a mí me desconcertaba.

—Sí—insistió—, yo no debería existir.

—Pero...

—Todas las historias sobre nuestro origen coinciden en una cosa —me interrumpió—. En que alguien ha cometido un error, que ha sido incapaz de resistir una tentación. En que se unieron dos especies que debían haber permanecido alejadas una de la otra. El mundo pertenece a la humanidad, no a nosotros, los mestizos, no a mí... Yo sólo tengo derecho a quedarme hasta que hayamos cumplido nuestro cometido.

—¿Qué cometido?

Se apartó de mí y empezó a caminar de nuevo de un lado a otro.

—Es un poco complicado, pero intentaré explicártelo paso a paso —me dijo—. Como he dicho antes, no todos los nefilim son malos. Mejor dicho, hay dos clases de nefilim. Están los que son como yo, los guardianes o custodios, que persiguen un objetivo muy concreto, que consiste en proteger a los humanos y subsanar el error que cometieron nuestros ancestros. Y luego están los otros, a los que en algunas partes del Libro de Enoc se los denomina *awwim,* o hijos de las serpientes, que es como los conocemos en la actualidad. A diferencia de nosotros, ellos no consideran que los nefilim seamos fruto de un error de la naturaleza, de un fallo en la evolución para el que debe buscarse solución. Ellos nos consideran la coronación de la creación, quieren erigirse en dueños del mundo, y lo someten todo a sus ansias de poder. Nuestros objetivos son, por tanto, radicalmente distintos. Y eso ha provocado que los guardianes y los hijos de las serpientes nos hallemos en lucha permanente.

—Pero ¿no se menciona esa lucha en el Libro de Enoc? —pregunté.

—Como mínimo se hace alusión a ella. Los arcángeles Gabriel, Rafael, Miguel y Uriel, o así se relata ahí, observaron que la humanidad estaba siendo esclavizada, explotada y aniquilada por los *awwim* y Dios les encomendó la misión de luchar contra ello. Precisamente ése es nuestro cometido, proteger a la humanidad de los *awwim.* Si nosotros no existiéramos, no nos hubiéramos interpuesto en su camino y no hubiéramos ido eliminándolos a lo largo de historia (con terribles pérdidas para nosotros), hace ya mucho tiempo que la humanidad se habría extinguido. Los *awwim* matan de manera despiadada. Y de un tiempo a esta parte no sólo los impulsa la avidez de carne y sangre, como al principio. Matan a los humanos y, si tienen ocasión, también a nosotros, porque de ese modo obtienen nuevos poderes y habilidades.

Mi mente procesaba despacio. Hasta ese momento tenía la impresión de que estaba entendiendo lo fundamental —la raza inmortal, las dos especies y la lucha eterna en que se hallaban—, pero ahora me daba la sensación de que las palabras de Nathan se me escapaban.

—¿Nuevos poderes y habilidades? —repetí con desconcierto.

—Eso no se menciona en el Libro de Enoc —repuso él—, no se habla del verdadero motivo de la apetencia de carne y sangre humanas...

Nathan hablaba en un tono casi mecánico, como si estuviera repitiendo lo que decía por centésima vez. ¿Era eso cierto?, me pregunté de pronto. ¿Había intentado hacerle entender esa barbaridad a otras personas antes que a mí? ¿A personas que, como yo, habían sido testigos de acontecimientos inexplicables y que ya no podían seguir tomándose a la ligera esas historias y se habían visto obligadas a aceptarlas como reales?



Entrecrucé de forma instintiva las manos a la altura del pecho, como si quisiera protegerme de sus palabras, aunque mi mente luchaba desesperadamente por comprender, interpretar y asimilar todas y cada una de ellas.

—Los nefilim somos inmortales, pero no poseemos poderes mágicos —prosiguió—. Tenemos mucho en común con los humanos, compartimos el mismo aspecto, y no somos capaces de hacer nada que ellos no puedan hacer. La diferencia más importante es que tenemos la capacidad de potenciar todos los conocimientos, las destrezas y la fuerza física. Pero la explicación no sólo radica en que disponemos de mucho más tiempo para adquirir y ejercitar esas facultades. Radica sobre todo en que podemos apropiarnos de las facultades de otros nefilim, pero también de los humanos, siempre y cuando... siempre y cuando... —Hizo una breve pausa, parecía que le costaba continuar—. Siempre y cuando los matemos.

Yo abrí los ojos como platos, pero él esquivó mi mirada y se precipitó a añadir:

—Robamos, por así decirlo, los talentos, los fusionamos y, de esa manera, nos hacemos cada vez más fuertes, más polifacéticos y más geniales. Dependiendo de cuáles sean las virtudes de la víctima, aumentamos nuestra fuerza física, nuestra intuición, nuestras dotes artísticas o nuestras capacidades intelectuales. Cuanto mayor es un nefilim y más humanos o nefilim ha matado, más poderoso y, por tanto, más peligroso es.

Yo negué con la cabeza sin comprender. La posibilidad de que alguien pudiera robar virtudes como si fueran algo tangible y material se me antojaba completamente absurda. De pronto cruzó por mi mente una imagen de una criatura humanoide, tan poco creíble como las de las películas de Hollywood, arrodillada ante un cadáver de cuyo espíritu nebuloso y ensombrecido se apodera mientras exhala un profundo y ávido jadeo. Sacudí la cabeza para apartar la imagen de mi mente. Pero había algo más que me desconcertaba.

—Si los nefilim son inmortales, ¿cómo puede ser que otro pueda matarlos para robarles sus talentos?

—Un humano normal no puede —me explicó—, sólo un nefilim es capaz de arrebatarle la vida a otro. Existen tres formas de matar a nefilim... o a humanos. Si se decapita a la víctima, sus habilidades intelectuales se traspasan al asesino. Si se la desangra, entonces se traspasa su vitalidad, es decir, sus facultades físicas. Y si arrancamos el corazón del pecho de la víctima, le arrebatamos sus capacidades intuitivas y emocionales.



De nuevo me sobrevino una imagen a la mente, y en esa ocasión no era poco realista, sino un recuerdo concreto... de un cadáver... ensangrentado... con la mirada perdida...

—No poseemos poderes mágicos —dijo Nathan—. No podemos volar, porque los humanos no vuelan. Pero la capacidad de saltar muy lejos o muy alto, por ejemplo, algo que cualquier humano puede hacer, puede llegar a estar tan desarrollada en nosotros que somos capaces de saltar tan alto y tan lejos como un campeón olímpico. Eso significa que podemos llegar a reunir capacidades especiales y extraordinarias que sólo algunos humanos poseen: piensa en el mejor velocista del mundo, que posee un oído perfecto, habla treinta idiomas con fluidez y es un destacado egiptólogo y no será un humano, sino un nefilim. Nuestros límites son casi inexistentes, no hay casi nada de lo que no seamos capaces. Con el tiempo no sólo nos hemos vuelto polifacéticos, sino prácticamente invencibles. Pero eso no sólo ocurre con los guardianes, sino también con los hijos de las serpientes. A lo largo de los siglos se han producido grandes pérdidas en ambos bandos, pero los pocos que han sobrevivido a las tremendas masacres y siguen poblando el mundo, que serán unos pocos millares, estamos igualados. La mayoría de las batallas acaban sin vencedores ni vencidos. Sólo hay un claro vencedor cuando un nefilim joven se enfrenta a uno mucho mayor. Por lo demás, nos resulta casi imposible cumplir nuestro cometido...

—El cometido —murmuré— de proteger a los humanos...

—En el fondo nuestro cometido va más allá: no sólo consiste en proteger a los humanos de los graves peligros, algo que por lo general nos complace, sino en liberarlos de una vez por todas de esa amenaza. Habremos alcanzado nuestro objetivo cuando hayamos aniquilado a todos los hijos de las serpientes.

—Y entonces, ¿qué ocurrirá entonces?

—Me cuesta imaginar que, tal como están las cosas en este momento, podamos lograrlo. Pero si llegara el día en que realmente hubiéramos eliminado a esas criaturas de la faz de la tierra, entonces nuestra misión habría concluido. Y tendríamos que autoaniquilarnos.

Yo me sobrecogí y lo busqué con la mirada. Me parecía un destino aterrador, pero su rostro no traslucía ni rastro de melancolía, sino una determinación que me estremeció. Sólo la tensión de su cuerpo y el apresuramiento de sus pasos revelaban el precio que debía de costarle esa determinación y la brutal presión a la que debía de estar sometido... a la que estuvo sometido siempre, incluso en aquel entonces en Salzburgo, cuando nos conocimos.

—Los muertos de Hallstatt —tartamudeé—, y en aquella época de Salzburgo, los muertos de Untersberg. Les arrancaron el corazón, los dejaron desangrarse, los decapitaron. Fueron nefilim quienes los asesinaron, ¿verdad? Los malos... los hijos de las serpientes.

—Sí —se limitó a responder.

Me estremecí más aún.

—Pero creía que vosotros... los guardianes... protegíais a los humanos. ¿Cómo es posible entonces que...?

—Protegemos a los humanos, muchas veces sin que ellos se percaten. Pero no siempre podemos intervenir a tiempo. Y en ocasiones los propios humanos son víctimas de nuestras luchas, hombres que por casualidad se encuentran entre los dos frentes. En cualquier caso, la codicia de los hijos de las serpientes los impulsa a atraer a humanos que tienen facultades especiales, una forma física extraordinaria, una inteligencia formidable o algún don por el que destaquen.

La frase «Una forma física extraordinaria...» quedó resonando en mi cabeza. Los alpinistas... los ciclistas de montaña…

De nuevo volvió a formarse en mi mente la imagen del muerto que encontré, tendido delante de mí, sobre el musgo, desfallecido, rígido y con la piel blanca hinchada... despojado de todas sus fuerzas...

—Si sois igual de fuertes, ¿significa eso que los guardianes también matáis a humanos? ¿Es así como os mantenéis a la misma altura que los hijos de las serpientes? —pregunté con un hilo de voz.

Fue evidente que mi pregunta lo incomodó. Aceleró el paso, retorciéndose las manos mientras caminaba. Al responder, agachó de nuevo la mirada.

—Por norma general, sólo se nos permite matar a *awwim* para ampliar nuestras capacidades. De hecho, tenemos prohibido matar a humanos. Sin embargo, el bien de la comunidad está por encima del bien del individuo. Y por eso existen excepciones. Si necesitamos de manera ineludible determinados poderes y capacidades para permanecer igualados con los *awwim*, y resulta imposible lograrlos a través de otro nefilim, entonces se nos permite matar a un humano. A ese humano se lo sacrifica en bien de la comunidad. —Tenía las manos entrelazadas.

—¿Y tú has...? —empecé a preguntar, pero las palabras se me atragantaron.

—Hay dones tan especiales que no podemos renunciar a conseguirlos, dones que muy pocos humanos y nefilim poseen. No se trata de habilidades físicas, sino más bien de destrezas mentales extraordinarias como, por ejemplo, dotes telepáticas o



telequinésicas. Fuertes, ágiles o habilidosos lo somos todos, también somos excepcionalmente listos, cultos, políglotas... pero sólo algunos de nosotros, muy pocos, pueden leer el pensamiento.

—Y si os encontráis con un humano que sea capaz —dije en un intento de comprender lo incomprensible—, entonces lo matáis...

Durante unos segundos se impuso un silencio tenso entre nosotros. Sentía todas las fibras de mi cuerpo en tensión, y no sólo por la sensación de horror que me invadía y que trataba de contener con todas mis fuerzas, sino también por el esfuerzo de concentración. Presentía que había una razón, una buena razón por la que me estaba contando todas aquellas cosas tan deprisa, por la que no me introducía lentamente y con cautela en ese extraño mundo, un mundo que existía en medio del mío y que sin embargo no era visible para los no iniciados. Quienquiera o lo que quiera que delimitara nuestro tiempo, éste era demasiado breve para que él se detuviera a explicarme una y otra vez lo que ya me había explicado, de modo que yo no podía pasar por alto ninguna de sus frases, ni una sola de sus palabras.

—También existen talentos que sólo se encuentran en los humanos y prácticamente nunca se dan en los nefilim —agregó—, ya que resultan sencillamente poco interesantes por su falta de utilidad. Para nuestra lucha no es necesario ser pintor, escultor o músico. Por eso la mayoría de los humanos con talentos artísticos viven tranquilos sin que los nefilim los molestemos.

De pronto interrumpió su nervioso caminar y se detuvo en mitad de un movimiento, paralizado por la fuerza de un recuerdo que ensombreció más aún su rostro. Yo me debatía entre la compasión que me provocaba el verdadero suplicio en el que Nathan vivía atrapado y el espanto que me producía precipitarme a aquel abismo. «¡Calla! —deseaba gritar—. ¡Basta, ya está bien!» Todo lo que había oído... lo que había experimentado... era tanto que ya no quería saber nada más.

Pero no me dejé llevar por ese impulso, sino que permanecí sentada en tensión y con la voz temblorosa formulé la pregunta que unos instantes antes no me había atrevido a formular:

—¿A cuántas personas has matado?

—A veces en las batallas es inevitable... —comenzó a decir arrastrando las palabras.

Se dirigió hacia una de las paredes y se apoyó. De pronto, a pesar de su belleza, de su erguida postura y su tamaño, parecía perdido, miserable.



—Pero hubo una vez... —Daba la impresión de que le costaba pronunciar las palabras. El tono de su voz era cada vez más bajo—. Hubo una vez que no lo hice para proteger a los humanos, lo hice sólo por mí. Por mi propio interés. Completamente a propósito.

—¿Cuándo? —pregunté. Para mi sorpresa, había dejado de temblarme la voz. Nathan acababa de confesarme un asesinato y yo ni siquiera me inmuté. Era como si hubiera traspasado una especie de barrera tras la cual se podía recopilar el máximo de información posible, pero no juzgarla, tras la cual los pecados podían ser nombrados, pero no castigados. Me incorporé y le miré fijamente—. ¿Cuándo? —volví a preguntar—. ¿Y a quién?

—Andrej Lasarew —respondió con gran esfuerzo—. Sí, así se llamaba. Andrej Lasarew. Fue a comienzos de este siglo. Andrej estaba enfermo... padecía de los pulmones... acababa de cumplir veinticinco años. Probablemente habría muerto de todas formas. —Resopló con fuerza y añadió enseguida—: O al menos eso quiero creer. Que no lo asesiné, sino que le procuré una muerte clemente. Que su muerte era un hecho ineludible y yo lo único que hice fue anticiparla. Cuando lo pienso así, siento que se aligera un poco el peso de la culpa. Pero en realidad no puedo obviar la certeza de que no hice lo correcto, de que quebranté una prohibición. Se nos permite matar en la lucha para armarnos o fortalecernos, para vencer a los *awwim* o para al menos poder mantenerlos bajo control... pero no podemos matar por nuestros intereses.

—Y entonces, ¿por qué lo hiciste? —pregunté. Mi curiosidad había vencido el miedo al horror.

—Andrej Lasarew era músico... chelista... probablemente habría llegado a ser el más virtuoso jamás visto... jamás escuchado... de haber vivido lo suficiente. En una de las épocas más oscuras de mi vida, un día lo oí tocar: había dejado tantos muertos en el camino, habían sido tantas las batallas libradas con los *awwim* que no llevaban a ninguna parte. No conseguíamos destruirnos unos a otros, no lográbamos aniquilarnos... ¡Estaba tan cansado de luchar! Ya no lo soportaba más, todos los días me preguntaba cuánto iba a durar. Sé que no podemos pensar como los humanos, que no podemos sentir como ellos, que no podemos esperar vivir libres de preocupaciones ni aspirar a su suerte. Para nosotros sólo existe nuestro destino, nuestra misión. Pero al oír tocar a Andrej, de pronto sentí que veía el mundo con otra luz, más luminoso, más refulgente, más colorido, sí, como si fuera capaz de percibirlo como lo perciben los humanos, mucho más diverso y hermoso. Lo oí tocar el chelo y me quedé tan encandilado que sentí un deseo imperioso de poder tocar como él. Estaba obsesionado con la idea de que podría ser no sólo chelista, sino un hombre como él si me apoderaba de su talento.

—Y por eso lo mataste —sentencié.

—Sí —admitió—. Por eso lo maté. Por mí. Sólo por mí. No por la lucha. No se derrota a los *awwim* con la música de un chelo.

Clavó sus ojos en los míos. Era como si los sonidos que Andrej Lasarew obtenía con el chelo resonaran en su cabeza, y de inmediato tuve la sensación de que yo también los oía. Rajmáninov, triste, añorante, dulce, titubeante, confuso, esperanzado.

Se me resecó la boca. Sentí un deseo irresistible de escuchar la música, no, no sólo de escucharla, de tocarla, de sentarme al piano y fundirme con el teclado con esa facilidad para interpretar melodías que me confería su presencia. Y anhelaba también —a raíz del anhelo de música— levantarme, acercarme a él, tocarlo y sentirlo. ¡Qué locura! ¡Justo después de su confesión! Sería mucho más lógico apartarse de él, sentir rechazo y desprecio, juzgarlo e incluso temerlo. Pero no podía. Sólo podía... amarlo. Volvía a sentirme capaz de amarlo. Ya no tenía que seguir reprimiéndome porque me hubiera traicionado y abandonado. Podía mirarlo a los ojos y creerme que él también me amaba y que no se había marchado porque yo no le importase o no fuese suficiente para él.

Nathan bajó la mirada y fue como si la música se interrumpiera. El instante en que ansiaba abrazarlo y procurarle consuelo se desvaneció y, de pronto, el hecho de haber albergado tal deseo se me antojó extraño.

—¿Y yo? —pregunté. Mi voz volvió a teñirse de frialdad, ya no traslucía ninguno de los sentimientos que un instante antes me habían invadido—. Yo soy... era una pianista con talento... ¿se te ha pasado alguna vez por la cabeza la idea de matarme? ¿Y así poder tocar el piano? Nathan se estremeció.

—¡Jamás! —exclamó totalmente escandalizado—. ¡Ni se te ocurra pensar algo así! ¡Ni por un solo momento! En aquel entonces yo...

—Pero ¿qué quieres que piense? —lo interrumpí con brusquedad—. Si no eres humano, sino uno de esos... de esos... nefilim. Si vives para aniquilar a tus semejantes, ¿por qué te acercaste a mí? ¿Qué querías de mí?

Seguí intentando mantener un tono frío, indiferente y sobrio, pero se me empezó a quebrar la voz. En realidad era otra pregunta la que me quemaba los labios. Quería gritarle: «¿Por qué me rompiste el corazón?»

No fue necesario que la formulara. Fue como si él supiera lo que yo sentía porque su rostro reflejó mi pesadumbre, reveló que durante todos esos años él había sufrido igual que yo.

—Tú perteneces a los pocos elegidos —susurró con la voz ronca—. Por eso, sólo por eso...

—¿Elegidos? —lo interrumpí—. ¿Elegidos para qué?

Asintió con la clara conciencia de que, por muy receptiva y concentrada que yo me mostrase, eran muchas las cosas que me quedaban por saber. Empezó a caminar de nuevo de un lado a otro, levantando los talones del suelo de un modo casi ceremonioso, y me aclaró con precipitación:

—En la lucha entre los guardianes y los hijos de las serpientes se han producido bajas en ambos bandos. Con el objetivo de mantenernos igualados, de evitar que el otro bando se vuelva más fuerte, debemos reproducirnos. Pero no podemos hacerlo con nuestros iguales. A causa de nuestra naturaleza, sólo podemos procrear con humanos. Yo jamás quise hacerlo. No quería ser el culpable de que una criatura tuviera que llevar mi vida y de que...

Se interrumpió. Evidentemente se dio cuenta de que acababa de referirse a Aurora. Y se había referido a ella como a una «criatura»...

—Lo siento —murmuró.

Yo no dije nada, desterré de mi mente el pensamiento de Aurora. Ya me ocuparía de su destino —del destino de una descendiente de un nefilim— cuando supiera más acerca de esos seres.

—¿Y por qué me encuentro yo entre los elegidos?

—Son muy pocos los humanos con los que los nefilim entablamos relaciones —prosiguió—. Porque deben cumplir una serie de requisitos determinados. Los elegidos, que es como los llamamos nosotros, son humanos muy especiales, con una gran sensibilidad, inteligencia y talento... humanos, en su mayoría, que descienden de algún nefilim desconocido, es decir, que, sin saberlo, ya llevan nuestra sangre. Humanos como tú, Sophie. Esos humanos ejercen un poder sobre nosotros casi mágico, una atracción a la que nosotros no podemos resistirnos. Nos...

Se interrumpió como si no existieran las palabras adecuadas para expresar lo que sintió en aquel entonces.

Yo de pronto recordé lo que dijo en la primera y única noche que dormimos juntos.

«He intentado luchar contra ello.»

En ese momento no le pregunté de qué estaba hablando. En ese entonces no podía imaginar la trascendencia que tenía esa frase.

—Los humanos poseen libre voluntad —prosiguió—. En nuestro caso es distinto. Sí, es cierto que en ocasiones yo me he revelado contra mi misión, que a menudo he quebrantado las reglas; y por supuesto he tomado algunas decisiones por mi cuenta, como hice cuando me apropié del talento de Andrej Lasarew. Pero aun así: los nefilim nos movemos por algo que es tan fuerte como el instinto animal. Podemos resistirnos a él, pero para ello se necesita una fuerza extraordinaria que yo no siempre he logrado reunir. Al conocerte a ti, al amarte... sentí que me arrastraba una fuerza de la naturaleza a la que no podía escapar. En el fondo de mi corazón sabía que en realidad debía manifestarte mi amor alejándome de ti, manteniéndote al margen de mi vida y de todo cuanto la rodeaba, dejándote vivir en paz, vivir sin mí. Pero no fui capaz. No fui lo bastante fuerte... y cuando logré alejarme de ti... ya era tarde, demasiado tarde.

Ese «demasiado tarde...» se quedó resonando en mi cabeza, «demasiado tarde».

Luego sacudí la cabeza con un gesto decidido.

—¿De veras era demasiado tarde? —pregunté en un tono cargado de escepticismo.

—Sophie, ¡te he hecho tanto daño! —se lamentó con pesar.

Eso era cierto. Nada podría hacerme olvidar lo mucho que había sufrido, la cantidad de pedazos en la que se había roto mi vida. En los peores momentos, había llegado a desear que nuestros caminos no se hubiesen cruzado nunca. Sin embargo: ¡el hecho de haber concebido y haber dado a luz a Aurora no podía ser, de ninguna de las maneras, un fracaso o un error!

—¡Déjalo ya! —grité con crudeza—. Aurora no es el fruto de una... una equivocación. Y tampoco es una criatura, ni un fallo de la naturaleza, como tú te describes a ti. Tú piensa lo que quieras, pero yo no estoy de acuerdo. Es mi hija. Lo es por encima de cualquier otra cosa. Tal vez sea también uno de vosotros... una nefilim... y...

—No necesariamente —me interrumpió.

Yo enmudecí y lo miré sin comprender.

—¿No necesariamente? —repetí al cabo de unos segundos, debatiéndome entre la confusión y el alivio.

Volvió a darme la espalda.

—Como he mencionado antes, los elegidos descienden de nefilim no reconocidos, es decir, del hijo de un nefilim y un humano que desconoce por completo su verdadera naturaleza y no se ha criado como tal. Eso significa que los seres que

nosotros engendramos no tienen por qué convertirse en nefilim. Los primeros siete años de vida parecen niños humanos completamente normales.

—Como Aurora... —murmuré.

—Exacto, eso es lo que tiene que haber sucedido con Aurora. Antes no había dado muestra ninguna de ser especial, ¿verdad? Lo más probable es que fuera tímida y reservada como cualquier niño, pero no de una forma preocupante.

Asentí.

—Pero al cumplir los siete años, cambió.

—Sí, a partir del séptimo año comienza la transformación. Su verdadera naturaleza empieza a imponerse.

En ese instante me asaltó una imagen, la habitación de Aurora en Salzburgo y ella sentada completamente inmóvil en la cama...

—Al principio Aurora sólo se quedaba mirando a un punto imaginario, como si hubiese entrado en trance; perdió el apetito, la ilusión, y luego, cuando llegamos aquí...

Me interrumpí.

—Si ningún nefilim los instruye como tal —continuó Nathan—, son niños que crecen como niños humanos normales, como nefilim inadvertidos. Alguien de los nuestros debe, por decirlo de alguna manera, «despertarlos» e instruirlos, y el período de tiempo que queda para ello no es especialmente largo.

Si no ocurre antes de los catorce años, luego ya es demasiado tarde.

—¿Significa eso que estos niños, esos nefilim desconocidos, pueden llevar una vida normal? —pregunté esperanzada.

—No siempre. Los hay que sí, pero también los hay que se sienten infelices y que no logran desprenderse de la sensación de que son diferentes. Algunos son seres con un gran talento, personas dotadas de una sensibilidad especial, tal vez incluso genios; otros se revelan como personas inestables, enfermos mentales y, en ocasiones, como psicópatas. Muchos de los grandes artistas son nefilim no reconocidos, pero también muchos dictadores, asesinos, dementes...

—Y entre mis antepasados hubo uno de ellos —dije intentando comprender su discurso—, que es lo que me convierte en uno de los elegidos. Pero Aurora... esas habilidades especiales que demuestra de forma inesperada, el hecho de que hable idiomas extranjeros, de que pueda apaciguar a los animales, de que sepa cosas que no debería saber... todo eso no comenzó cuando cumplió los siete años, sino desde que... —tartamudeé— desde que... Caspar... —concreté al fin.

—Sí —respondió Nathan con gesto sombrío—. Caspar von Kranichstein. Él fue el iniciador. Él fue quien hizo que despertara en Aurora la simiente que habitaba en su interior: capacidades que había heredado de mí, o de alguno de mis antecesores.

—Y Caspar es uno de los hijos de las serpientes —repuse al caer de pronto en la cuenta.

En ese instante me vino a la mente con mayor claridad que nunca la forma en que Caspar siseaba al oído. Por lo demás, no había en él nada que recordara a una serpiente. Cuando pensaba en su mirada vigilante, en su enjuta figura y su andar un tanto rígido, me recordaba más a una araña que teje su telaraña mortal y aguarda a su víctima...

Me eché a temblar al rememorar la imagen de Caspar enarbolando su espada y abalanzándose sobre mí con una pérfida sonrisa.

—Sí —repitió Nathan—. Caspar y yo... somos más o menos de la misma edad, del siglo XVIII, y nos hemos cruzado en multitud de ocasiones a lo largo de nuestra larga existencia. Para ser más exacto, te diré que nos conocemos desde nuestra más tierna infancia y que ya entonces libramos nuestras primeras batallas, aunque ninguna acababa con un claro vencedor. Tiempo más tarde cada uno tomó su propio camino para evitar las contiendas. Ya ninguno de los dos estábamos seguros de que fuésemos a salir vivos de la batalla. Por supuesto Caspar no era ni es el único enemigo que tengo, y estoy seguro de que yo no soy el único guardián que desearía verlo muerto. Sin embargo, creo que no hay nadie que me odie tanto como él, ni nadie que lo desprecie a él tanto como yo.

—Cuando Caspar tocó a Aurora... —De pronto esa escena me asaltó con una nitidez pasmosa—. Cuando la hipnotizó... ella se retorció... empezó a echar espuma por la boca...

—Porque el lado humano que hay en ella, por un momento, se vio desbordado, su cerebro no soportaba ese instante del desarrollo.

—Estás diciendo que tú... —tartamudeé— que tú despertaste en ella... todo lo que sabes hacer.

—No todo —contestó—. Sólo en algunas cosas es como yo, en otras muchas es distinta. Puede tocar el chelo y domina varias lenguas. Sin embargo, Cara me contó que consiguió apaciguar a un perro rabioso y eso, en cambio, no lo ha heredado de mí, sino de mi padre, que dominaba con maestría el lenguaje animal. Y aún posee otra habilidad que ni Caspar ni yo poseemos, sólo Cara tal vez, y desde luego no en la misma medida que Aurora. Ahí es donde entra mi abuela, su bisabuela: ella tenía habilidades telepáticas y era capaz de leer el pensamiento.

El dueño del perro. Su miedo a que yo lo denunciara porque no era capaz de controlar al perro, su miedo a que lo obligaran a sacrificarlo. Aurora sabía lo que le pasaba por la cabeza...

¿Era capaz Aurora de leer también mis pensamientos?

¿Había percibido mi desconfianza de las últimas semanas, mi desconfianza hacia ella?

—¿Y es también... tan fuerte como tú?

—Todavía no. Los niños no heredan todas las habilidades de sus padres. Y no todas las habilidades se manifiestan de inmediato; algunas de ellas deben aprenderse con esfuerzo. Es probable que Aurora pudiera levantar mi espada, pero no creo que fuese capaz de manejarla con soltura.

—Pero si ella es tu hija —exclamé—, entonces pertenece a los buenos, a los guardianes. ¡Y eso la convierte en una enemiga para Caspar! Cuando Caspar estuvo aquí, no me dio la impresión de que quisiera destruirla. Parecía que lo que le divertía era ejercer su poder sobre ella.

Nathan asintió de nuevo.

—En esa delicada fase entre los siete y los catorce años la línea divisoria entre nuestras estirpes aún no está clara. Según quien eduque al niño, si es un *awwim* o un guardián, el niño pasará a pertenecer a un bando o a otro. Si Aurora estuviera sometida a la influencia de Caspar, él podría convertirla con facilidad en uno de los suyos. Más tarde eso sería prácticamente imposible. Existen casos aislados de nefilim que cambian de bando, pero para ello hace falta mucha fuerza, más fuerza aún que para resistirnos a nuestros instintos. ¿Has leído alguna vez sobre el tema de los ángeles? La Iglesia dice que pueden ser buenos o malos, pero que no hay opciones intermedias. Sólo existe el blanco o el negro, los grises no. Algo similar ocurre con los guardianes y los hijos de las serpientes.

—Pero los ángeles no existen... ¿o sí?

—Gran parte de lo que se cuenta sobre ellos puede aplicarse a nosotros. Las historias sobre los ángeles pertenecen a los numerosos mitos que recogen la idea de que existen otros seres aparte de los humanos. Existen los ángeles buenos, que protegen a los hombres, y los ángeles caídos, que los conducen a su perdición. Esa creencia tiene mucho que ver con nosotros. Y también otras leyendas que reflejan conocimientos ocultos como son las historias de vampiros, hadas, brujas, gigantes, hombres lobo y cosas similares. Son seres que no existen, pero en el fondo esas historias promulgan una antigua verdad. Son relatos de hombres comunes que se han

encontrado con los nefilim, en sus diversos aspectos, y han intentado explicar así su conducta. Lo que no ocurre prácticamente es que los humanos nos vean luchar. Cuando nos movemos entre ellos, pasamos inadvertidos. No hay apenas rasgos por los que se nos pueda distinguir.

Traté de recordar nuestra época en Salzburgo, cuando empezamos a conocernos mejor, y me acordé de algo que siempre me llamó la atención.

—Tú apenas bebías y comías —señalé.

—Sí —respondió sin poder contener una sonrisa que borró de inmediato el gesto sombrío y triste de su rostro. Supongo que pensó en aquel momento en que creí que no quería comerse el pastel por coquetería. ¡Qué desagradables fueron en ese momento mis indiscretas palabras! Y a pesar de ello él se limitó a sonreír, con expresión risueña, y al poco, por casualidad, nuestras manos se rozaron...

»Aunque los guardianes tenemos que alimentarnos de vez en cuando, no experimentamos ninguna sensación de hambre —me explicó Nathan—, mientras que los *awwim* son extremadamente voraces y no sólo devoran humanos para apoderarse de sus habilidades, sino también por pura avidez de carne. —Su rostro reflejaba una repugnancia que yo también sentí—. Lo que tenemos en común —prosiguió enseguida— es la resistencia. Apenas percibimos el frío y el calor. La mayoría de los movimientos nos suponen un esfuerzo mínimo, lo que significa que somos capaces de correr tras un humano sin sudar y sin que se nos acelere el corazón.

En esa época... cuando subimos paseando al monte Kapuzinerberg... yo iba con la lengua fuera y él caminaba a mi lado sin inmutarse...

—Otra anomalía es que tenemos la sangre un poco más azulada.

De nuevo me asaltaron recuerdos del pasado.

El rastro azul en la escalera de nuestra casa... cuando oí aquellos ruidos extraños... unos ruidos que parecían idénticos al tintineo metálico de espadas que había oído en el jardín de Cara.

—Ya entiendo...

—Los hijos de las serpientes generan un halo de frío a su alrededor. No siempre, sólo de vez en cuando.

Aunque en la habitación hacía buena temperatura, en ese instante me recorrió un escalofrío. Pensé en el gélido frío que hacía en el salón de nuestra casa de Salzburgo. ¿Qué *awwim* había estado allí? ¿Caspar? ¿Acaso ya sabía de mí en aquel entonces? ¿Era por él por quien Nathan se sentía observado a menudo? ¿Y tiempo más tarde se había

enterado de que Aurora estaba creciendo, una niña humana-nefilim que poseía habilidades que a él le fascinaban?

Hubo algo más que me vino a la mente. La casona... Caí en la cuenta de que la casona en la que vivíamos Aurora y yo había sido propiedad de Caspar en el pasado. Él se la había vendido a mi padre.

El escalofrío fue en aumento a medida que reafirmaba mi sospecha de que los sucesos de las últimas semanas eran fruto de unos planes urdidos con premeditación. Para contener los temblores, me levanté despacio, justo en el mismo momento en el que Nathan se apartó de la pared.

Recordé su torso desnudo, y lo boquiabierta que me quedé al ver que era tan musculoso como el de un deportista de élite. Al principio me preguntaba de dónde sacaba el tiempo para entrenar, pero después no volví a pensar en ello. Ese cuerpo lo único que había despertado en mí era el deseo de tocarlo, de acariciarlo, de poseerlo y estrecharlo contra mí. En aquel momento no se trataba de formular preguntas ni de comprender tantas cosas, sino sólo de entregarse a la calidez y la cercanía, a la despreocupación, al sentimiento de que cuando estábamos juntos nada importaba.

Nathan se quedó inmóvil y fui yo quien recorrió el último trecho que nos separaba. Dudé si tocarlo, pero finalmente, con un gesto vacilante, posé la mano sobre su pecho, sin la intención de ser tierna, sino más bien en un intento de descubrir las formas que me resultaban familiares en aquel extraño ser.

Por un momento creí no sentir nada, ni su respiración ni los latidos de su corazón, como si fuese una estatua sin vida. Pero de pronto, al cabo de un instante, sentí un calor inmenso bajo las manos. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo y traspasó luego al mío. En mi interior afloraron varios sentimientos, unos insondables y oscuros, otros envueltos de nostalgia y esperanza. Quise separarme de él, pero no pude. Por mucho que me hubiera contado sobre sí mismo y que yo ya no pudiera borrar de mi memoria, seguía siendo Nathan, mi Nathan, el genial chelista con el que había tocado, al que había amado como nadie, el padre de mi hija.

—¿Por qué no me contaste todo esto en aquel momento? —le pregunté—. ¿Por qué te fuiste, sin más? —Hasta ese instante había logrado contener mis emociones, pero al pensar en la carta... su última carta, impasible y fría... se me llenaron los ojos de lágrimas.

—En aquel momento Caspar estaba en Salzburgo —contestó con gravedad—. Él sentía unos celos de ti como jamás ha sentido ni sentirá por ninguna otra elegida. Yo subestimé el furor con que estaba dispuesto a espiarnos y arruinarnos la vida. Después de que nos encontrásemos por casualidad (eso fue antes de que tú y yo nos



conociéramos), pensé que se alejaría, que se apartaría de mi camino y cumpliría el acuerdo tácito que, al sabernos igual de fuertes, existía entre ambos. Sin embargo, se quedó en la ciudad y se dedicó a seguirme la pista de cerca. Aunque no me atacaba, nos seguía con obstinación. Al principio pensé que conseguiría ahuyentarlo...

—Estuvo en mi casa —lo interrumpí— y yo oí cómo peleabais... en la escalera...

—Era la primera vez en décadas que nos enfrentábamos. No sólo empleamos las armas para atacarnos, sino que lo hicimos en un lugar abierto. La pelea no duró mucho porque ambos decidimos retirarnos enseguida en lugar de buscar la victoria. Pero desde ese mismo instante supe que Caspar no desistiría, que continuaría molestándome. Y cuando tú te quedaste embarazada, sólo se me ocurrió una solución: si fingía que tú ya no me importabas, él perdería el interés en ti y de esa manera no se enteraría jamás de que tú esperabas un bebé. Yo me marché de Salzburgo, y él también. Lo que yo no sabía era que Caspar sólo fingió marcharse. Me despistó y, al cabo de un tiempo, regresó. En circunstancias normales eso no habría ocurrido, pero por aquel entonces el dolor me llevó al borde de la locura. Además, él había descubierto que tú ibas a dar a luz a un bebé. Todos estos años se ha dedicado a esperar a que Aurora cumpliera siete años para poder ejercer influencia sobre ella.

—¿Por qué? —Yo no podía evitar preguntárselo una y otra vez, aunque imaginaba que esa pregunta debía de llevar años torturándolo—. ¿Por qué no insinuaste al menos...?

—¡Porque creí que, si lo hacía, te pondría en peligro! —exclamó con desesperación.

—Pero ahora, ¡ahora también estoy en peligro!

—Y yo me maldigo por ello. Todos y cada uno de los días que pasan. Me maldigo y...

—¡Cállate! —lo interrumpí, pero para conseguir que se callara tuve que taparle la boca con la mano. Sentí la suavidad de sus labios y, cuando al fin calló, deslicé la mano hacia la mejilla y lo acaricié. En sus rasgos veía, y por dentro sentía con mayor nitidez aún, como si no hubiera fronteras entre su alma y la mía. Sí, él mismo se había maldecido y odiado, se había sentido perdido y arrastrado, había estado a punto de morir de preocupación por Aurora y por mí. Me amaba. Siempre me había amado.

»Cuando Caspar vino aquí, me inquieté —murmuré—. No sabía qué pensar de él. Ese cuerpo consumido, ese rostro acartonado, y sobre todo los ojos... esos ojos oscuros e inescrutables.

—Esa es la característica que nos diferencia con mayor claridad. Los guardianes tenemos los ojos azules. Los hijos de las serpientes los tienen negros.

Todavía no había retirado la mano de su rostro, no podía dejar de acariciarlo y él no había hecho ademán de apartarse.

—Pero Cara... me has dicho que Cara también es una nefilim, y ella tiene los ojos verdes.

—Cara es un caso muy especial, ella es distinta a todos nosotros, pero ésa es una historia larga y complicada... Como te he explicado antes, es casi imposible que un nefilim cambie de bando, pero no imposible del todo...

—¿Ella no ha pertenecido siempre a los guardianes? —pregunté confundida.

—Eso tiene que ver también con Caspar, pero... —Nathan sacudió la cabeza, con lo que dejó claro que prefería no hablarme de ello en ese momento. Apartó el rostro de mí con delicadeza y volvió a apoyarse en la pared.

»Sophie, he vivido mucho y siempre he evitado mantener relaciones con mujeres humanas. Me he enamorado algunas veces, pero nunca he sentido lo que siento por ti. Aquellas semanas en Salzburgo han sido las más felices en estos largos ochocientos años que he vivi... que he existido. Llegué a creerme que era un humano, un chelista... un hombre.

Levantó la vista y, por un instante, me pareció que estaba asustado.

—No me crees, ¿verdad? No crees que te quisiera de verdad, que no estuviera jugando contigo, que...

Eludí su pregunta.

—Y ahora, ¿por qué has vuelto? ¿Cómo te has enterado de que Caspar quiere apoderarse de Aurora?

—Cara —respondió—. Confié en Cara, y Cara nunca ha querido creerse del todo que en aquel entonces Caspar se diera por vencido. Tú no te has dado cuenta, pero hace mucho tiempo que ella os mantiene vigiladas a Aurora y a ti, y en cuanto descubrió las intenciones de Caspar, me llamó para que viniera. Pero Sophie... —Vaciló un momento—. No has contestado a mi pregunta. ¿Me crees? ¿Me crees cuando te digo que te abandoné porque te amaba? ¿Que te amaba con locura?

Durante unos instantes fui incapaz de responder, tenía como un nudo en la garganta.

—Puede —conseguí articular al final con mucho esfuerzo—, puede que simplemente te hayas dejado arrastrar por ese impulso... ese instinto... esa atracción mágica que yo ejercía sobre ti como elegida... pero ¿puede eso llamarse amor?

Él sacudió la cabeza con un gesto enérgico.

—¡Un impulso sería si no hubiese podido dejarte a pesar de que era lo mejor para ti!

—Pero tú mismo has dicho...

Nathan volvió a acercarse a mí y, por primera vez, fue él quien me tocó, posó las manos sobre mi rostro y me clavó sus brillantes ojos azules.

—¡Sophie! —Apretó tanto las manos que por un momento pensé que iba a exprimirme la cabeza—. Sophie, ¡mírame!

¡Como si pudiera hacer otra cosa!

—Sophie, las emociones de los nefilim son mucho más extremas que las de los humanos, y mucho más intensas, y en ocasiones esas emociones nos controlan, queramos o no. Pero son emociones, emociones humanas. Cuando escuché a Andrej Lasarew, lo que más deseaba era volver a escucharlo tocar. Y cuando te conocí, lo que deseaba era estar contigo. Mis sentimientos eran reales... auténticos... profundos. Todo el tiempo lo han sido. Y siguen siéndolo ahora.

Se apartó de mí, pero yo seguí sintiendo la huella de sus manos. Me dio la impresión de que el azul de sus ojos se había vuelto más penetrante aún. Ahora podía experimentar en mi propia piel lo que significaba sentirse sometido a una fuerza más poderosa que uno mismo, una fuerza que anula por completo cualquier atisbo de sensatez y cordura y hace que se desvanezcan el desaliento, el desconcierto y la inquietud absolutos de una confesión. Te amo. Me perteneces.

—Sophie, ¿verdad que me crees?

Nathan, mi Nathan, volvió a dibujarse en mi mente como antes. Sí, por mucho que fuese lo que fuese, por mucho que me hubiera contado lo que me hubiera contado acerca de sí mismo y yo tuviera que vivir con ello, era mi Nathan, al que yo había amado, al que seguía amando y al que siempre amaría.

Él había vuelto a apoyarse en la pared.

—Sophie... —insistió, implorándome una respuesta.

No pronuncié una sola sílaba, pero había otra manera de contestarle, más clara que cualquier palabra. Impulsada por un instinto me acerqué a él, me puse de puntillas, levanté la cabeza y posé los labios con delicadeza sobre su boca cerrada. En



un primer momento noté que intentó apartarse, pero tenía la pared detrás y delante estaba yo. Entonces dejó de resistirse y respondió a mi cariño. No fue un beso febril, apasionado o efusivo de los que provocan un escalofrío por todo el cuerpo, sino una demostración afectuosa, natural e íntima de amor y cercanía. Le regalé mis labios, mi lengua y mi abrazo sin reservas, y por un instante dejamos de lado el malestar y los temores. Yo no tenía la menor idea de qué sería de nosotros tras ese beso —de Aurora, de Nathan y de mí—, cómo debía vivir sabiendo todo lo que sabía sin volverme loca ni caer en la desesperación. Pero en medio de aquel inmenso océano de peligros, amenazas y preguntas sin respuesta había una pequeña isla donde podíamos refugiarnos, no por mucho tiempo, sólo durante un fugaz instante, pero sí, podíamos refugiarnos, abrazarnos, acariciarnos y besarnos. Se despertó entonces el recuerdo de nuestro primer beso al amanecer, y me pareció que el resplandor rojizo del sol nos envolvía, aunque todavía sin fuerza suficiente para calentar, como un rescoldo de esperanza que alumbra con indulgencia únicamente la belleza del mundo, y nada de cuanto es maligno y execrable. Lo estreché con fuerza, quería que sintiera todas y cada una de las fibras de mi cuerpo, no quería pensar en lo que nos diferenciaba, sino en lo que nos unía: el amor, el deseo, el anhelo. Tras evocar el recuerdo de nuestro primer beso, revivió en mi memoria también nuestra primera noche juntos, el hormigueo que sentí en cada parte de piel que me acariciaba, su temblor cuando me abrí a él, la fusión de nuestros cuerpos como si fuesen uno solo y se adentrara en el abismo interior, y en ese instante estallara un nudo en la multitud de destellos que poblaban un cielo estrellado infinito donde volábamos, flotábamos y bailábamos hasta alcanzar los confines y dejarnos caer derrotados. Tendidos en los brazos del otro, sentíamos cómo se calmaba el oleaje del deseo, cómo pasaba de un arrebato fogoso a un leve cosquilleo.

Me había prohibido a mí misma evocar esas sensaciones y ahora me invadía un deseo irreprimible de revivirlas una y otra vez, de no soltar a Nathan, de entregarme a él, de desterrar tanto los pensamientos sobre quién era él como la idea de que ya no estábamos a tiempo.

No tuve ocasión de dejarme arrastrar por mis sentimientos porque todo acabó demasiado rápido. Seguíamos enlazados en el mismo abrazo cuando de pronto se oyeron pasos. Apenas habíamos tenido tiempo de separarnos cuando la puerta se abrió bruscamente.

—¡Ven, deprisa! —Cara se quedó junto al marco de la puerta, su rostro siempre contenido estaba descompuesto—. ¡Ven, deprisa!

Los rasgos de Nathan, que hacía un instante traslucían dulzura y pasión, se endurecieron de inmediato reflejando tanto fatalismo como una iracunda determinación.



—¿Ya? —preguntó Nathan.

—Sí —respondió Cara con expresión sombría—. Ya están aquí.

Bajé corriendo las escaleras sin saber qué era lo que me esperaba. Jamás había oído la voz de Cara, siempre serena, cargada de semejante espanto. Yo me imaginé lo peor, pero al entrar en el salón y mirar angustiada a mi alrededor, todo parecía en su lugar. Los rayos del sol penetraban, oblicuos, por la ventana, y las motas de polvo danzaban al trasluz. En el jardín chispeaban gotas de rocío. Lo único extraño era el sepulcral silencio que reinaba: no se oía ni el canto de los grillos ni el trino de los pájaros.

—¿Qué... qué ha pasado?

Aurora salió corriendo y se abalanzó sobre mí. Yo le acaricié el pelo y en ese instante no importó en absoluto todo cuanto acababa de descubrir sobre ella, su padre y su naturaleza... En ese instante Aurora era sencillamente mi hija, y mi deber era protegerla de quien fuera o de lo que fuera.

—Están por todas partes —dijo Cara con una expresión lóbrega.

—¿Quiénes? —pregunté ansiosa.

—Sus ayudantes —respondió Cara, y me di cuenta de que Aurora temblaba ligeramente—. Les ha ordenado capturar a Aurora...

Yo sabía a quién se refería, pero todavía había muchas cosas que no acababa de comprender.

—¿Ayudantes? —exclamé—. ¿Qué quieres decir?

—Llámalos compañeros, llámalos sirvientes o llámalos soldados —respondió Cara—. Son nefilim entrenados por Caspar... y que se han pasado las últimas semanas reuniendo fuerzas.

Si bien la serenidad volvía a dominar la voz de Cara, en ese instante yo me eché a temblar como Aurora.

«Reuniendo fuerzas.»

A cuántas personas habría arrebatado la vida esa... turba de nefilim.

—¡Sigo sin entenderlo! —exclamé confundida—. ¿Caspar está haciendo todo esto sólo para apoderarse de Aurora? ¡Ella no es la única niña que alberga un nefilim en su interior! ¿Es que piensa reunir a todo un ejército para apoderarse de cada niño?

Pensé en los dos supuestos asistentes que lo acompañaban en la primera visita. De que eran un hombre y una mujer, todavía me acordaba, pero no de su estatura ni de



sus rasgos. Sé que me pareció un tanto descortés que no me los presentara, pero jamás se me pasó por la cabeza que supusieran ninguna clase de peligro, que no fueran personas normales y corrientes sino seres con cuya ayuda Caspar pretendía arrebatarme a mi hija para convertirla en una *awwim.*

—Tú has dicho —señalé volviéndome hacia Nathan— que sois enemigos desde tiempos inmemoriales... y que desde entonces estáis igualados. ¿Cómo es que eso no lo intimida? Me parece lógico que intentase hacerse con Aurora mientras tú no estabas, pero ahora, ¿por qué no se echa atrás? Él sabe que estáis aquí y que vosotros protegeréis a Aurora de él, ¡tú y Cara!

Observé que Cara y Nathan intercambiaban una mirada, y una vez más me sentí excluida. Pero ya estaba bien de tanto respeto hacia sus secretos.

—¿Qué me estáis ocultando? —inquirí en tono impetuoso—. No hace falta que sigáis protegiéndome. Ahora sé tantas cosas que quiero que me lo contéis todo, ¡absolutamente todo!

Nathan suspiró.

—Es cierto —dijo en voz baja— que la rivalidad que ha existido siempre entre nosotros no es motivo suficiente para que Caspar ansíe apoderarse de Aurora con tanta voracidad. Las habilidades telepáticas de Aurora por sí solas le supondrían una ventaja tan mínima en una lucha, que podría perder. A eso hay que añadir que él es extremadamente cauto y prudente.

Yo desvié la mirada hacia Aurora y observé la atención con la que escuchaba aquellas palabras. Ella, sin embargo, lejos del desconcierto que me invadía a mí, se mostraba más bien calmada, como si todo cuanto decía Nathan le resultara familiar, como si todo lo que él me había explicado con tanto empeño ella lo comprendiera de forma instintiva. Me pregunté si sabía también que Nathan era su padre, y qué opinaría al respecto, pero no había tiempo para darle vueltas a ese asunto.

—Lo que sigue impulsando a Caspar a mantenerse en la lucha —continuó Nathan— es, sobre todo, la sed de venganza.

De pronto me sobresalté y me di la vuelta. Un ruido me hizo estremecer. Un ruido desconocido para mis oídos, más similar a un crujido que a un siseo, una especie de chasquido más que unos pasos. En el jardín, sin embargo, reinaba la calma... una calma extrema. Aparté a Aurora de mí, me dirigí a la ventana e inspeccioné minuciosamente el jardín paseando la mirada de un lado a otro. La pérgola, llena de trastos, estaba en sombra. ¿No era acaso el lugar idóneo que escogería un agresor para esconderse?



Me sentí observada e indefensa.

—Venganza, ¿de qué? —pregunté.

Cara se acercó a mí. Su rostro volvía a traslucir serenidad, pero me percaté de que todas las fibras de su cuerpo estaban en tensión mientras su mirada vagaba por el jardín.

—Hace muchos, muchos años, decenios, o mejor dicho... siglos —empezó a decir entre titubeos, dando signos evidentes de que le costaba depositar su confianza en mí, en una humana—, Caspar tenía una compañera —prosiguió—. Se llamaba Serafina, era una mujer humana y al mismo tiempo una elegida. Era exactamente como tú. No, no es cierto, en realidad era muy distinta a ti porque era tremendamente malvada. Era una mujer de una belleza, una inteligencia y un talento asombrosos. No sabía tocar el piano, pero tenía una voz que hechizaba y cautivaba a los humanos... una voz seductora como la de una sirena... y precisamente ése era su propósito: Serafina no quería encandilar a los hombres con su voz, lo único que deseaba era ser el centro de todas las miradas y arrebatarles a los hombres su voluntad. Serafina era una maestra de la manipulación, del chantaje, de la tentación, una mujer vanidosa y egoísta, fría y despiadada. Todas ellas eran características que Caspar no poseía, al contrario. Él dependía para todo de ella, y ella presentía lo poderosa que podía llegar a ser si se convertía en su servidora. El hecho de que Caspar fuese quien era no le asustaba lo más mínimo, sino que lo convertía en una gran tentación para ella. De forma que se entregó a él, engendró un hijo suyo y desde el principio Caspar albergó la esperanza de que ese niño —nacido de su sangre y la de Serafina— llegara a ser un nefilim más poderoso y fuerte que él. Uno que fuera capaz de vencer a Nathan y a los muchos otros por quienes él se sentía amenazado. —Cara hizo una pausa y tragó saliva—. Nosotros... nosotros teníamos el deber de impedirlo.

No añadió nada más, pero no era necesario. Un escalofrío me recorrió la espalda, y esa vez no lo provocó un chasquido desconocido, sino la certeza de cuál era el final de la historia.

Habían matado a la mujer. A Serafina. Y también a su hijo. El hijo de Caspar von Kranichstein. Y por eso ahora él quería a Aurora.

Cara no había mencionado en ningún momento cuál era el sexo del niño, pero de pronto se me apareció en la mente la imagen de un niño de ojos negros y cabello negro que tenía la piel pálida y las extremidades delgadas y nervudas, un niño que guardaba parecido con Caspar, aunque era mucho más pequeño, más tierno, y en lugar de ese desagradable bisbiseo, tenía un timbre de voz claro y luminoso.

Sacudí la cabeza para ahuyentar esa imagen de mi cabeza y me volví hacia Nathan con la esperanza de que las cosas fueran distintas a como yo me temía. Sin embargo, Nathan adoptó el mismo gesto de desesperación que al relatarme el asesinato de Andrej Lasarew, y su rostro se ensombreció. Finalmente la desesperación dejó paso a una iracunda determinación.

—Hasta entonces jamás había... matado a un niño nefilim —murmuró—. Pero en esa ocasión era inevitable... no sólo por mi propia integridad... sino por el bien de todos. Logré hacerlo gracias a la ayuda de Cara. De no ser por ella, jamás habríamos conseguido derrotar a Caspar... Y ahora... A Caspar no se le ocurriría jamás matar a Aurora, porque tiene habilidades demasiado valiosas, pero quiere arrebatárnosla para verme sufrir de la misma forma que yo le hice sufrir a él. Su idea es reemplazar con Aurora al hijo que perdió...

Yo me estremecí más aún. La imagen de ese niño se me aparecía en la mente cada vez con mayor intensidad y nitidez. Hasta ese momento había logrado reprimir toda la repugnancia que sentía hacia lo que Nathan era y hacía. Pero ahora... ¿cómo había podido hacer algo así?

Sin embargo, cuanto más tiempo contemplaba la imagen mental de aquel niño, más vacíos se me aparecían sus ojos, más afilados y angulosos sus rasgos; y cuando abría la boca, en lugar de surgir de ella sonidos claros y vivos, brotaba una carcajada, estridente y desgarradora. Sacudí de nuevo la cabeza y la imagen se esfumó, pero la carcajada no sólo permaneció, sino que retumbaba cada vez con mayor intensidad. Ya no surgía de los finos labios del niño, sino de otro lugar... parecía que envolvía toda nuestra casa.

Los demás la habían oído antes que yo. Nathan había echado a correr por el pasillo y, al regresar, no sólo llevaba un abrigo negro, sino también su espada. Aunque no era la primera vez que lo veía empuñando la espada, la visión de esa arma peligrosa y arcaica en sus finas y largas manos de chelista me resultaba insoportable.

Cara me apartó rápidamente de la ventana.

—Si tú ayudaste a Nathan a matar al hijo de Caspar, él debe de estar tan ansioso de vengarse de ti como de él —dije pensando en alto.

Los ojos de Cara brillaron, verdes, y entonces recordé lo que había mencionado Nathan un rato antes, que el color de sus ojos la diferenciaba de todos los de su especie, que no era una nefilim corriente, sino —algo casi imposible— una nefilim que había cambiado de bando. ¿Guardaba eso también relación con Caspar?



—Lo conozco mejor de lo que me gustaría —respondió, y acto seguido añadió con rabia—, pero si cree que va a intimidarme con sus miserables criaturas, ¡está muy equivocado!

—Pero si sabíais que todo esto iba a ocurrir, si sabíais de su sed de venganza, de sus ansias por apoderarse de Aurora, ¿cómo es que Caspar dispone de tantos ayudantes y vosotros no?

Cara y Nathan volvieron a intercambiar una mirada fugaz.

—¡Tiene que haber muchos guardianes que vean en Caspar a su peor enemigo! —grité al ver que ninguno de los dos respondía—. ¿Cómo es que sólo estáis vosotros dos aquí para protegernos a Aurora y a mí?

Cara tuvo una reacción inesperada. La furia se desvaneció de su rostro y se echó a reír. Era una risa cargada de amargura, un bisbiseo como el de Caspar. A mí siempre me había parecido la mujer más hermosa que jamás había conocido, pero en ese instante sus rasgos se desfiguraron de una forma que me resultó muy extraña. Reflejaban tanta amargura y decepción, tanta rabia contenida y tanta tristeza...

—Cara no es muy querida —repuso Nathan en un tono evasivo—. Es por su procedencia. —Guardó silencio antes de continuar con la explicación y, tras una breve pausa, agregó enseguida—: Yo, sin embargo, he perdido muchas amistades porque he cuestionado mi destino con frecuencia. Muchos de mis semejantes me acusan de ser un traidor y un cobarde que prefiere tocar el violonchelo antes que cumplir nuestra misión. —Volvió a hacer una breve pausa, y a continuación sentenció con firmeza—: Pero yo lucharé cuando llegue la hora.

—No tengas miedo —apuntó Cara—. Nadie puede ponernos en peligro. Caspar, a lo sumo. Y él no se halla entre los que están rodeando la casa.

Las palabras de Cara deberían de haberme tranquilizado, y además había silenciado su inquietante risa, pero al pensar que la casa estaba rodeada de enemigos se me formó un nudo en la garganta.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté con un hilo de voz.

—Porque lo sentiría.

Sus ojos verdes se iluminaron.

—¿Cómo? ¿Cómo lo sentirías?

—La razón es que nosotros...

No pudo continuar. El cristal de una ventana que se hallaba a nuestra espalda estalló hecho añicos con gran estrépito.



Me di la vuelta y vi cómo los afilados pedazos llovían sobre el suelo del salón. La luz del sol incidía sobre ellos como antes sobre las motas de polvo, haciéndolos brillar como en un chispeante lago de cristal que se revelaba demasiado hermoso como para ser un augurio de peligro y amenaza. Aparté la vista y sólo alcancé a distinguir que no era una ventana, sino la puerta que daba al jardín la que se había roto en pedazos. Mostraba un agujero lo suficientemente grande como para introducir las dos manos, pero demasiado pequeño como para que alguien se deslizase por él. No vi a nadie cuando buscaba con la mirada en el jardín y oí un revoloteo, el revoloteo de un pájaro, no, de varios pájaros, de lo que parecía una gigantesca bandada de pájaros. Entonces me pareció ver pasar algo oscuro a toda velocidad, mucho más grande que un pájaro y mucho más rápido también.

Los fragmentos de cristal ya no centelleaban. La luz que penetraba en el salón había perdido intensidad y ahora era pálida, no sólo como si una nube tapara el sol, sino como si éste se hubiera convertido en una inmensa bombilla que lucía cada vez con menos fuerza y acababa parpadeando.

Abracé a Aurora y noté que ella también me rodeaba con los brazos. La seguridad se había esfumado de su rostro y en ese momento no era más que una niña de siete años que tenía miedo.

Aun así, ella no gritó aterrorizada, como yo, cuando vimos que Nathan no era el único que iba armado con una espada. Cara también. ¿Había traído tiempo atrás a casa esa espada con la que ahora surcaba el aire, y la había guardado para poder defenderse en cualquier momento de los enemigos?

Busqué a Cara con la mirada, después a Nathan, buscaba aliento, consuelo, la tranquilidad de que todo saldría bien, pero fue como contemplar los rostros de dos desconocidos.

Los ojos de Nathan brillaban, pero no era lo único, todo su rostro parecía cubierto por un velo de luz azulada. En el caso de Cara, el velo era de un verde tornasolado. No la vi pasar junto a mí, pero de pronto apareció en la pared de la ventana. Sus movimientos eran ágiles y suaves, y al mismo tiempo tan mecánicos y precisos que parecían efectuados por un robot.

—Son cinco —dijo Cara, con la misma firmeza en la voz y en la mirada—, cinco o tal vez seis.

Las últimas palabras se perdieron en el estrépito que provocó de nuevo la bandada de pájaros. En la fachada de la ventana me pareció distinguir otra vez una sombra, o quizá más de una. Cara había logrado contar el número de atacantes, y yo ni



siquiera habría podido afirmar con seguridad que los que rodeaban la casa fuesen seres con forma humana.

—Sigue sin haber ni rastro de Caspar —anunció.

Por un instante se mostró aliviada, y por tanto humana, pero el momento de debilidad no duró mucho y enseguida sus rasgos volvieron a endurecerse.

Yo intenté estrechar a Aurora con más fuerza, pero de pronto ella se resistió y se apartó de mí.

—Auro...

Su nombre se me atragantó. Su rostro ya no mostraba el miedo de una niña, y una luz fluorescente —similar al resplandor azulado que desprendían los ojos de Nathan— la envolvía a ella también. Su piel se había tornado más pálida, reluciente como el marfil, su pelo parecía brillar, como bañado por el sol, a pesar de que el cielo se había enturbiado más aún, y todos sus músculos, que estaban en tensión, parecían dotados de una insólita fuerza. Nathan había dicho que no poseía todavía una fuerza física extraordinaria, pero en ese instante yo tenía la certeza de que podía mandarme volando al otro extremo de la habitación con un leve empujón.

La miré con una mezcla de extrañeza y desazón, pero también con respeto y amor, cuando de pronto me cogió de la mano y me apartó hacia un lado. Ella, mucho antes que yo, había advertido el estruendo y los golpes en el jardín. Algo negro y pesado pasó rozándome y, por un instante, pensé que una de las figuras oscuras había tomado impulso y se había arrojado con todas sus fuerzas contra la puerta del balcón que ya estaba medio rota. Pero lo que cayó en medio del salón no era una persona, sino un tronco de árbol del que todavía colgaban las raíces cubiertas de tierra. Mientras que yo ni siquiera habría tenido fuerza para apartarlo rodando a un lado, había alguien que lo había utilizado, a modo de lanza, para agrandar el agujero de la puerta. Los fragmentos de cristal cayeron en forma de lluvia sobre mí. Me miré las manos y advertí una gota de sangre que resbalaba con lentitud hacia el codo.

—Sophie, ¡cuidado!

Un segundo después sentí cómo los brazos de Nathan me apresaban con tanta fuerza que me faltaba el aire. Y un instante más tarde me vi en el pasillo junto a Cara y Aurora sin lograr entender cómo habíamos podido desplazarnos hasta allí, tanto ellas como yo misma, con tanta rapidez.

En el salón se oyó ese chirrido estridente tan desagradable que, más que una risotada, era un jadeo, un chirrido angustioso, como si alguien estuviera frotando dos trozos de porexpan muy lentamente. Yo me tapé los oídos con un gesto instintivo;



Nathan y Aurora se quedaron petrificados. Cara, en cambio, se deslizó silenciosamente junto a mí y, entonces, en lugar del chirrido, comenzó a oírse el estrépito metálico de las espadas. Me asomé al salón y, al ver cómo dos de las figuras oscuras se abalanzaban al mismo tiempo sobre Cara, grité horrorizada, pero ella comenzó a blandir la espada en todas direcciones hasta que logró que los atacantes retrocedieran. Yo apenas podía seguir sus movimientos; era como si la espada no sólo cortara el aire, sino que además levantase una barrera de fuerza entre ella y los enemigos, de los cuales sólo se alcanzaba a distinguir un revuelo de abrigos. Yo sabía que éstos eran de tela común, como la ropa de los humanos, pero si en ese instante alguien me hubiera dicho que a los nefilim les crecían plumas, como a los murciélagos, me lo habría creído.

Yo esperaba que Nathan entrara en la pelea pero, en lugar de eso, lo que hizo fue apartarme rápidamente de la puerta del salón.

—Sophie, escucha, ¡aquí corres peligro!

Yo me reí con sequedad.

—Ah, ¿sí? ¿No me digas?

—Caspar tiene el punto de mira puesto en Aurora y, si Cara y yo nos concentramos en protegerla, no podremos ocuparnos de ti. Aun en el caso de que los ayudantes de Caspar te ignoren, es fácil que salgas herida. Eres demasiado lenta y torpe para esquivarlos.

—¡Gracias por el piropo! —dije soltando otra risotada.

Era como si tuviera el cerebro bloqueado y ya no fuera capaz de sentir miedo. La situación era tan absurda que me sobrevino un ataque de risa histérica, pero al instante se me pasó. Volví a oír el estrépito de una espada, aunque en esa ocasión no fue en el salón, sino a mi lado y, en lugar de Cara, ahora era Nathan quien agitó el arma y se defendió como un rayo de un enemigo que intentó sorprenderlo por la espalda. No sé cómo entró en casa ni cómo Nathan consiguió dominarlo tan rápido. Lo único que vi fue que de pronto aquella criatura oscura yacía en el suelo, retorciéndose, y se agarraba el brazo. Pero ¿todavía tenía brazo? ¿O Nathan se lo había cortado?

En ese instante mi mirada recayó sobre la piel cérea y la sangre azulada de aquel ser. Lo único que no logré distinguir fueron los ojos negros, ya que los tenía entrecerrados y hundidos en las cuencas.

—Sophie, ¡tienes que ir a buscar ayuda! —me gritó Nathan. Entre sílaba y sílaba resonaba el ruido de las espadas entrechocando. Otro enemigo apareció como de la nada y se abalanzó sobre él.

Yo me agaché.



—Ayuda, ¿de quién?

De pronto, Cara apareció a mi lado y se inclinó para protegerme justo en el instante en que la hoja de una espada pasó casi rozándome. Entretanto debía de haber conseguido vencer a los agresores del salón.

—Caspar trata de ponernos nerviosos, de intimidarnos —me dijo—, por eso ha mandado a estos *awwim,* pero ésta no es la verdadera lucha para la que lleva tanto tiempo preparándose, la lucha por Aurora, la lucha a vida o muerte. Si hay algo que Caspar no admitirá es que haya testigos. No quiere armar ningún escándalo, nunca le ha gustado, por eso... Sophie, ¡tienes que llamar a la policía! Estoy seguro de que los ayudantes tienen órdenes de retirarse inmediatamente si aparecen extraños.

Escuché sus palabras con escepticismo. Parecía segura de lo que decía, pero ¿y si se equivocaba? ¿Y si esas criaturas negras decidían arremeter con sus espadas contra las personas que vinieran a ayudarnos? ¿Podía asumir esa responsabilidad?

Al cabo de un instante dejé de lado todas esas consideraciones y ya lo único que contaba era Aurora. La criatura que un instante antes estaba retorciéndose en el suelo y doliéndose del brazo, se había incorporado de un salto, ya recuperada, acababa de agarrar a Aurora por la cintura y en esos momentos estaba arrastrándola por el pasillo. Cara se plantó delante y le cerró el paso, ante lo cual la criatura apresó a Aurora más fuerte aún con sus enormes y recias manos. Vi cómo Cara intentaba arrebatarle a Aurora a aquel ser y que, al no conseguirlo, comenzó a agitar de nuevo la espada. La algarabía aumentó; las figuras se daban media vuelta, saltaban, braceaban, corrían y se arrastraban tan rápido que ya no alcanzaba a distinguir de quién eran las manos y los pies que participaban de aquella salvaje danza de la muerte. Al ver la hoja de acero de la espada surcando el aire, a punto de rozar el frágil cuerpo de Aurora, sentí el impulso de arrojarme sobre aquel amasijo de cuerpos porque prefería que me hirieran con una espada antes que ver que le hacían daño a ella. Eché a correr hacia el tumulto para poder —o eso creía yo— rescatar a Aurora, pero antes de llegar, la batalla se había recrudecido en otro punto del pasillo. Nathan tenía razón, yo era demasiado lenta y torpe para intervenir en la pelea.

Entonces se detuvieron al fin el estrépito, los gritos, los gemidos. Vi que Cara hundía la espada y tiraba de Aurora hacia sí para protegerla, y entonces la criatura quedó tendida en el suelo, inmóvil. En ese momento noté un dolor en el estómago, porque alguien debía de haberme pegado un codazo. De haber sido una espada, ya estaría muerta, y Nathan no habría podido evitarlo porque —por lo que oía en el salón— seguía combatiendo las acometidas de un atacante.



«Nathan tenía razón —pensé—. Las criaturas de Caspar tienen el punto de mira puesto en Aurora, no en mí. Y a la larga Nathan y Cara no podrían protegernos a las dos.»

Reprimí el impulso de mirar a Aurora, de abrazarla, de preguntarle una y otra vez si estaba bien, y confié en que las manos de Cara eran por ahora las más seguras para ella.

Busqué a mi alrededor con desesperación. ¿Dónde había puesto el bolso el día anterior? ¿El bolso con el teléfono móvil?

En el instante en que lo encontré —estaba debajo del perchero—, una sombra negra pasó a toda velocidad a mi lado. Me agaché instintivamente, me acuclillé, sin levantar la vista, y avancé pegada a la pared, sabiendo que a mi alrededor se estaba librando una batalla parecida a la de antes. Intenté no mirar sabiendo que no podría distinguir nada ni intervenir, y me concentré por completo en la misión de llamar a la policía.

Cuando por fin me encontraba lo bastante cerca del bolso, alargué el brazo, saqué el móvil y apreté las teclas con impaciencia. La pantalla no se encendió, la batería estaba descargada. La grabación del día anterior, que yo había escuchado hasta la saciedad, había consumido demasiada energía.

Intenté abstraerme del fragor de la batalla que oía por detrás y mantener la cabeza fría. El teléfono fijo estaba en el salón y llegar hasta allí resultaba imposible. ¿Qué debía hacer? Cara y Nathan no me habían dicho que, en caso de emergencia, podía abandonar la casa para ir a buscar ayuda, pero tal vez debía arriesgarme. Habían hablado de unos cinco o seis atacantes: uno estaba muerto en el pasillo, otros dos yacían en el suelo del salón, y Cara y Nathan estaban librando una ardua batalla en ese momento con el resto. Cuando vencieran a éstos, ¿habría pasado el peligro? ¿O habría más ayudantes de Caspar en camino?

Permanecí un rato agazapada, hasta que de pronto oí a Aurora gritar aterrorizada y, en ese instante, supe exactamente lo que debía hacer.

En cuestión de segundos estaba en el coche. De acuerdo, no podía moverme con tanta rapidez como un nefilim, pero ahora podía actuar sin vacilaciones. No recuerdo cómo puse un pie delante del otro y salí caminando de la casa.

Intenté abrir la puerta del coche, me di cuenta de que estaba cerrada y me eché la mano al bolsillo sin pensar. Al final encontré la llave en el fondo de mi abrigo y la introduje en la cerradura con la mano temblorosa. Acababa de abrir la puerta del coche e inclinarme para arrancarlo cuando de pronto oí a mi espalda ese chirrido tan desagradable como familiar, como el que suena al frotar dos trozos de porexpan.



Al volverme, vislumbré algo negro: un abrigo o, mejor dicho, unas plumas negras. Pero no era ni una cosa ni la otra: era una camisa negra.

Apenas a un metro de distancia de mí se hallaba Caspar von Kranichstein. En todas las ocasiones en que nos habíamos encontrado, su rostro recordaba a una máscara, fláccida y cérea. Ahora, sin embargo, su piel exhibía un aspecto ligeramente sonrojado y más saludable. ¿Sería acaso por la vitalidad que había arrebatado a las personas a las que había matado?

Me clavó la mirada como si quisiera atravesarme con ella. Él seguía inmóvil, aunque en un momento dado levantó lentamente la mano en dirección a mí, acercándose cada vez más a mi rostro.

—Pensé que era a mi hija a quien querías —dije en un tono inexpresivo. Me salió de forma natural el hablarle de tú. No había tiempo para formalismos ni fórmulas de cortesía.

—También —respondió lacónicamente—. Pero no sólo a ella. —Entonces estalló en carcajadas y añadió—: Estaba convencido de que Nathan y Cara se desharían de mis lacayos sin problema. Y también de que pensarían que la prioridad era proteger a Aurora. —Su risa se extinguió—. Qué insensatez... —añadió fingiendo compasión.

Qué insensatez la mía, sobre todo, por abandonar la casa dando por supuesto que a esa distancia Cara podía percibir la presencia de Caspar.

Tal vez sí la había percibido, y ahora ya era demasiado tarde para intervenir.

Caspar se acercó a mí, en ese instante su mano estaba a punto de rozarme la piel. Yo me arrimé al coche, pero no tenía margen para retroceder más y ya me parecía notar el roce de esos delgados y afilados dedos que estaban a punto de acariciarme cuando advertí que Caspar sostenía algo en la mano, algo blanco y suave. En ese momento un olor penetrante ascendió por mi nariz, sentí que algo me abrasaba la mucosa y, entre jadeos, traté de tomar aire. Acto seguido, me desmayé en sus brazos.

CAPÍTULO 9

Estaba en el fondo de un pozo, negro y profundo, húmedo y frío, y de pronto un rayo de luz muy tenue y proveniente de muy lejos cayó sobre mí. Debía recorrer un largo camino a través del negro agujero para poder alcanzarme, acariciarme el cuerpo, despertarme poco a poco la piel.

Sol…

Sí, estaba convencida de que me cegaba el sol, de que caía sobre mis párpados cerrados cada vez más refulgente, pero al abrir los ojos y apartar la vista de la fuente de luz, no vi el cielo azul, sino una pared blanca. Volví de nuevo la cabeza buscando el sol, pero había desaparecido, y en su lugar pude contemplar un techo igual de blanco que la pared. No sentía nada, tampoco me zumbaban los oídos, ni tenía el estómago revuelto, ni la garganta irritada. Era como si ya no estuviera en un pozo sombrío y me encontrara envuelta en suaves algodones, o al menos el suelo sobre el que me hallaba tendida, tras palparlo con cuidado, me pareció algodonoso. No... no era algodón... era más bien piel.

Cerré un instante los ojos, volví a abrirlos y giré la cabeza con gran esfuerzo hacia el otro lado. Allí, en lugar de una pared blanca, se abrían unos ventanales en cuyos cristales me veía reflejada, unos ventanales inmensos que llegaban desde el suelo hasta el techo y dejaban a la vista un cielo descolorido. No lucía en ninguna parte un sol que diera consuelo, calor... sólo blanco.

Al ver los ventanales hasta el suelo supe dónde me encontraba. Traté de incorporarme, jadeando con fatiga, y cuando al fin conseguí sentarme, noté un tirón en el vientre y un pinchazo en la nuca.



Blanco. Todo seguía siendo blanco: la mesa de centro, el sofá de piel blanca, un piano. En medio de todo ese blanco, sin embargo, vislumbré algo negro que iba ganando nitidez, una forma cuyos contornos iban definiéndose poco a poco. Caspar. Estaba sentado tranquilamente en el sofá de piel, con las piernas cruzadas y las manos largas y afiladas posadas en el regazo.

Me levanté de un salto y sentí como si me hubieran clavado una flecha en el cerebro. Me había movido con demasiada brusquedad. Enderecé la espalda no sólo para ver si de ese modo conseguía aliviar el dolor, sino porque presentía que no me dejarían estar mucho tiempo de pie, que alguien me agarraría, me tiraría al suelo, se abalanzaría sobre mí, me golpearía... me estrangularía... No una persona cualquiera, sino Caspar...

Sin embargo, Caspar continuó sentado tranquilamente frente a mí y no parecía tener la menor intención de levantarse. Yo podía moverme con total libertad, al menos por esa habitación blanca.

—Lo siento —se disculpó de repente.

—¿Cómo? —Tenía la lengua tan estropajosa que se me quedaba pegada a los dientes.

—Siento haberme visto obligado a causarte tantas molestias.

No sabía cómo interpretar su tono de voz. ¿Eran esas maneras tan exquisitas una burla? ¿O lo sentía de veras?

No. De ninguna manera. Nathan había matado a Serafina, el gran amor de Caspar, y ahora Caspar quería matarme a mí para vengarse. Ése era el plan, su interés por Aurora era fingido, no era más que un pretexto para engañar a Cara y Nathan.

En ese instante Caspar se levantó, andaba con paso renqueante. Yo me puse tensa, pero no se dirigió hacia mí, sino que comenzó a caminar en amplios círculos a mi alrededor.

No le quitaba la vista de encima, sabía que aquella lentitud no era más que una representación, que Caspar era capaz de realizar movimientos infinitamente más rápidos y ágiles y que yo no podía huir de él. Sin embargo, por muy descabellado que fuera, empecé a idear un modo de escapar de esa habitación. La puerta —que en ese momento se hallaba detrás de Caspar— estaba a unos diez pasos de distancia. Por las ventanas resultaría más fácil, pero ¿podían abrirse? Dejé de mirar a Caspar y escruté la habitación con nerviosismo en busca de algún objeto con que poder amenazarlo, con que poder golpearlo.



Esa idea era tan ridícula como plantearse la escapada. Cas- par era tanto más fuerte que yo que, en cuanto le levantara la mano, me mataría sin pensarlo. ¿Cómo lo haría? ¿Me degollaría y dejaría que me desangrara? ¿Me cortaría la cabeza con la espada? Aunque no la llevaba encima, estaba convencida de que la tenía escondida en algún lugar de aquella sobria habitación y que podía desenvainarla en un abrir y cerrar de ojos. O tal vez no necesitaba la espada; tal vez me arrancaría el corazón del pecho con sus propias manos... Sí, eso era lo más probable porque así, además, le rompería el corazón a Nathan.

Sin embargo, Caspar continuaba sin acercarse a mí, permanecía de pie en medio de la habitación.

—¡No tengas miedo! —Su voz sonaba como un susurro metálico, como de costumbre, pero había algo en ella que me tranquilizaba, que me paralizaba. Me sentía tan incapaz de resistirme a ella como antes al penetrante olor que me había hecho perder el conocimiento.

—Quieres matarme —dije en un tono calmado. No sentía miedo, pero se me paró el corazón al escuchar las palabras que pronunció después, unas palabras con las que yo no contaba y que no comprendí.

—Por supuesto que no voy a matarte —respondió indignado—. Sería impensable. Te quiero demasiado como para hacer algo así.

Me quedé mirándolo sin comprender. Aunque había oído sus palabras, me costaba creerlo. ¿Quererme? ¿Había dicho que me quería?

Me parecía inconcebible que esa palabra existiera en el idioma de Caspar, y más aún que significase lo mismo que en el mío. Caspar no podía quererme. Caspar quería venganza.

Se volvió de espaldas a mí con lentitud, se dirigió hacia el piano blanco y levantó la tapa. Luego, con actitud vacilante, empezó a tocar algunas notas agudas.

Si bien sus palabras no fueron capaces, cuánto me tranquilizaron esos sonidos inesperados pero tan familiares para mí. No pude menos que relajarme. Parecía que en medio de ese mundo extraño y peligroso había surgido un espacio protector donde podía sentirme segura y respirar con libertad.

Sin dejar de tocar, se sentó en la banqueta, posó la otra mano sobre el teclado y empezó a tocar, no ya notas al azar, sino una sencilla melodía. Yo me quedé mirándole las manos. Tan asombrada como había escuchado su confesión, escuché la música que, pese a la ausencia de magia y maestría, me procuraba una suerte de alivio tras el fragor de la batalla.



De pronto se interrumpió la melodía.

—Yo no soy músico como Nathan —anunció—, pero fui el que te descubrió...

Daba la impresión de que el piano había teñido su voz, porque ya no sonaba desagradable a mis oídos, sino mucho más profunda, vigorosa y armónica.

—¿Cuándo? —pregunté entre titubeos—. ¿Cómo?

Sin levantarse de la banqueta del piano, se volvió hacia mí.

—Te vi hace tiempo en Salzburgo, y supe de inmediato que eras una de las elegidas... una de las pocas personas que se diferencian del resto de la masa. Eras más hermosa que el resto, más lúcida, más inteligente, más noble, más valiosa. No hay muchas mujeres humanas con las que nosotros entablemos relaciones, pero tú eres una de ellas. Aurora podría haber sido hija nuestra... debería haber sido hija nuestra.

Su mano izquierda volvió a posarse sobre el piano, volvió a teclear, pero ya no seguía una melodía. Yo recorrí toda su figura con la mirada. Ya no me inspiraba miedo, sino una mezcla de repugnancia y fascinación. Ya en su momento, cuando nos vimos por primera vez frente a nuestra casa, me había causado una sensación especial, a pesar del malestar, y ahora sentía lo mismo. No había nada hermoso en él, nada atractivo, sino algo poderoso, algo que lo llenaba todo.

—Sé lo que estás pensando —dijo soltando una risa fría—. Estás comparándome con Nathan, ese genial chelista, ese hombre hermoso. Yo, en cambio... no sólo soy torpe al piano, es que soy un engendro del mal. Crees que ni siquiera habrías podido amarme como a él, imaginas como algo horroroso estar cerca de mí... llevar dentro a un hijo mío.

Cerró la tapa del piano con un golpe seco y fuerte que me asustó. El ruido me recordó la tarde en que Nathan me dejó y le dije a Nele que jamás volvería a tocar el piano.

—¿Qué te ha contado de nosotros? —preguntó con aparente serenidad e indiferencia mientras se levantaba de la banqueta—. ¿De nosotros, los *awwim,* los hijos de las serpientes? ¿De esos nefilim tan malvados que quieren someter a los pobres humanos? ¿Y de su noble misión de detenernos y, una vez hayan logrado aniquilarnos, exterminarse a sí mismos?

Cada nueva palabra parecía exacerbar su repugnancia y desprecio hacia Nathan. A mí siempre me había dado la sensación de que su rostro era postizo, como una especie de máscara enorme y fláccida que ahora parecía fruncirse y ceñírsele a la cara. El único gesto que la traspasaba era un odio que lo desfiguraba todo.

—Yo soy el monstruo, y él es el héroe; nosotros somos los adversarios y ellos los salvadores —prosiguió—. Así lo cuentan desde tiempos inmemoriales. Pero ésa es sólo su visión... la visión de Nathan del asunto. Sin embargo, hay otra visión. ¿Quieres escucharla?

—¿Acaso tengo elección? —dije sin pensar.

Él volvió a echarse a reír. La expresión de su rostro se relajó un poco cuando señaló el sofá blanco de piel.

—¡Siéntate! —me ordenó—. Nos llevará un buen rato. ¿Te apetece tomar algo?

Sonaba como el anfitrión perfecto. Hasta ese momento ni siquiera me había dado cuenta de que tenía los brazos cruzados a la altura del pecho, como para protegerme, y había hecho tanta fuerza que, al bajarlos, me hormigueaban. Me dirigí al sofá con las piernas temblorosas. En ese instante ya no me provocaba tanta repugnancia, pero a cambio me asaltó de nuevo el miedo por Aurora. Aunque Caspar tuviera el punto de mira puesto en mí, y no en ella, no dejaría pasar la menor oportunidad de apresarla. ¿Qué estaría sucediendo en casa? ¿Habrían podido Nathan y Cara vencer a todos los agresores?

De todos modos, al menos por lo que yo sabía, Caspar era el rival más fuerte y peligroso, y mientras estuviera allí conmigo no podía hacerle nada a mi hija. Cara y Nathan tenían tiempo de llevársela a un lugar seguro, fuese donde fuera.

—Bueno, ¿qué te apetece tomar?

—No quiero nada —murmuré.

—Vaya —respondió.

Asomó la punta de la lengua y se la pasó por los labios. ¿Tenía hambre? ¿Hambre de carne humana?

Las piernas empezaron a temblarme con más fuerza al acercarme al sofá y sentarme lentamente. Apoyé las manos contra la tapicería del sofá y la piel me resultó resbaladiza y fría.

Caspar había dejado de relamerse, pero seguía obsesionado con el tema de la comida y la bebida.

—Yo siempre estoy preparado para recibir invitados —aclaró—. Ya sabes que ofrezco seminarios para empresarios y políticos. Y sus deseos se satisfacen siempre.

Yo no sabía qué decir, pero pensé de nuevo en Aurora y me dije que lo mejor que podía hacer era darle conversación durante todo el tiempo posible, entretenerlo.



—Creía que esos seminarios eran sólo un pretexto para poder vivir aquí tranquilamente sin que nadie pregunte qué haces. Si consideras que los humanos son basura, no creo que quieras tener nada que ver con ellos ni que los agasajes por propia voluntad.

Él tomó asiento frente a mí. Entre nosotros se encontraba la mesa de cristal, una barrera fácil de traspasar pero al menos una barrera visible que me procuraba cierta tranquilidad. Me recliné sobre el respaldo y sentí las manos un poco agarrotadas.

—Llevas razón —dijo él muy erguido mientras posaba las manos sobre las piernas—, los humanos son basura. Pero hay excepciones, y no me refiero sólo a las elegidas como tú. Según Nathan, los hijos de las serpientes queremos esclavizar a los humanos, someterlos y explotarlos sin piedad alguna. No es del todo incierto lo que dice, aunque tampoco es del todo verdad. Los humanos estúpidos, inútiles, gandules, feos, insolentes y descarriados, toda esa chusma que no vale para nada debería estar contenta de servirnos en el caso de que los dejáramos vivir. ¿Qué otra cosa iban a hacer sino matarse o devorarse lentamente los unos a los otros si nadie les diese órdenes? Pero no todos los humanos son iguales. Hay unas cuantas mentes despiertas que entienden cómo funciona el mundo. Si se dejan aconsejar, pueden llegar a aprender mucho de nosotros. Nathan diría que ésos son los humanos corrompidos por las ansias de conseguir dinero y poder, lujo y reputación, humanos que siguen sus impulsos más oscuros, que trapichean y manipulan sin consideración, que se alimentan de las calamidades de los demás; personas, en definitiva, que fomentan las injusticias del mundo. Sin embargo, yo me pregunto: ¿y qué es lo justo? ¿Es justo acaso que los nefilim no podamos existir y la basura humana sí?

Mientras hablaba, agitó un par de veces las manos fibrosas en el aire. Cuando volvió a posarlas sobre las rodillas, se inclinó hacia delante y clavó sus ojos negros en los míos.

—Nathan sostiene que los nefilim somos un error de la naturaleza. Que el mundo pertenece a los mortales y que nosotros deberíamos desaparecer. Pero permíteme que te pregunte: ¿por qué tiene que ser así? Nosotros somos más hermosos, más fuertes e inteligentes, más brillantes, polifacéticos y cultos que los humanos. ¡La tierra nos corresponde mucho más que a ellos! Los pocos humanos que son capaces deberían adaptarse a nosotros y ponerse a nuestro servicio, y no al contrario, ¡no podemos ser nosotros quienes tengamos que ceder!

No podía apartar la mirada de sus manos, aunque no las movía, unas manos que habían asesinado.

—Vosotros los matasteis —dije de pronto sin poder disimular mi espanto—. Habéis matado de manera brutal... en las últimas semanas... a todas esas personas.

La garganta se me resecó más aún y el dolor de cabeza se volvió más intenso.

—Vamos —dijo quitándole hierro, y por un momento apareció en su rostro una expresión de repugnancia—. Entre ellos no había ninguno que destacara, ninguno por quien mereciera la pena malgastar una palabra, nadie por quien valiera la pena llorar. Eran puros y aburridos mediocres, llanos, simples y brutos como animales. Nos centramos sobre todo en los deportistas, porque ¿de qué sirven? Tienen una fortaleza física que a nosotros nos resulta de gran utilidad, y sin embargo ellos la emplean para fines ridículos como subir una montaña en bicicleta y volver a bajarla después. ¿Para qué sirve eso? ¿Para engañarse creyendo que serán eternamente jóvenes? Al final todos acaban bajo tierra. ¡Bah! ¡Todo ese estúpido entrenamiento para nada! Yo, caminando despacio, soy más rápido que esos engendros sudorosos. ¡Dependo de mi fuerza! ¡La necesito para sobrevivir! Y resulta que esa chusma sólo la cultiva para estar en forma, fortalecer los músculos y ganar rapidez. Eso demuestra lo mentecatos y cretinos que son. De modo que no merece la pena malgastar palabras con ellos.

Un escalofrío me recorrió toda la espalda, y al darse cuenta la máscara se le volvió a tensar sobre el rostro.

—Ya veo —prosiguió, y a su arrogancia y su desprecio se sumó también la furia— que no lograré evitar tus temerosos temblores. Nathan ha puesto todo su empeño en describirnos como unos asesinos deleznables. Pero lo cierto es que hay otra forma de verlo. Olvida los muertos de las últimas semanas. No pienses en cómo murieron. Intenta verlo desde el mismo punto de vista que yo. Piénsalo un momento: ¿acaso los guardianes, que nos hacen la vida imposible, son realmente tan puros y tan buenos? Los hijos de las serpientes podríamos haber vivido en paz con ellos desde hace mucho tiempo. Sin embargo, ellos se han embarcado en esa misión de liquidarnos y están dispuestos a abandonar. ¿Qué es lo que hacen, entonces? ¿Qué es lo que son? ¡No son más que unos asesinos! El único objetivo que tienen en la vida es aniquilar a otros. Tú crees que yo soy un asesino despreciable, pero ellos, los guardianes, fueron quienes empezaron cuando se propusieron matarnos. Nosotros no hemos hecho nada salvo defendernos.

—Pero ellos tienen que proteger a los humanos.

—¿Y por qué merecen los humanos más protección que nosotros? —exclamó indignado—. ¿Por qué ellos merecen consideración y nosotros no? Todo aquello meritorio que hace la humanidad (el arte, las lenguas, la arquitectura, la creación de los estados, las religiones, la filosofía) es fruto de las ideas de unos pocos, y créeme si te

digo que a esos pocos no les tocaríamos ni un pelo; que ésos serán siempre bien recibidos. Pero la muchedumbre... la masa... son pedazos de carne, simples parásitos, todos iguales, y por tanto sustituibles. El impulso de hacer algo con su vida y cambiar el mundo desaparece en cuanto se sientan al volante para conducir un coche potente, tienen un techo bajo el que refugiarse y se juntan renegando con unas esposas que reniegan igual que ellos para engendrar críos miserables. ¿Debe ser ésa la coronación de la creación?

Sus ojos se tornaban cada vez más negros, más profundos. Yo no podía aguantarle la mirada, y de pronto me recordó al cadáver que encontré en el bosque. Estaba igual de vacío. Igual de afligido. Igual de desesperanzado.

Había ido elevando el tono de voz, y en ese momento se frotó los delgados labios y respiró hondo.

—Sé —dijo en voz baja, como si hubiera recobrado la compostura— que el asesinato te repugna. Pero créeme: Nathan también ha dejado tras de sí un largo reguero de sangre, una montaña de cadáveres. ¡Cuántas veces ha golpeado brutalmente con la espada! ¡Cuántas veces ha arrebatado vidas sin piedad, nuestras vidas, las de los hijos de las serpientes! ¿Y qué crees que sería de Aurora si la dejaras en sus manos? Tu hija también asesinaría... para luchar contra nosotros sin compasión. ¿Es ésa la clase de vida que le deseas? ¿La vida de una asesina? ¿La de una guerrera de terrible reputación que no confíe en las treguas?

Ya no hablaba impulsado por la rabia, pronunciaba las palabras de manera calmada y enérgica al mismo tiempo, palabras que quedaban resonando en mi dolorida cabeza. Intenté carraspear, pero no pude, tenía la sensación de que el menor movimiento de mi lengua haría estallar el cuero agrietado del sofá.

—¿Qué sería de Aurora, entonces, si tú ejercieras poder sobre ella? —pregunté con un hilo de voz—. Dices que Nathan la pondría contra vosotros, pero tú harías exactamente lo mismo. Le inculcarías la idea de que los humanos son seres sin ningún valor a los que uno puede pisotear como cucarachas. ¿Cómo puedo desearle esa clase de vida?

Tragué saliva. Tenía la garganta como si un lento veneno me la estuviera descomponiendo poco a poco.

Él negó con la cabeza.

—Eso es otra cosa. A mí me repugna la chusma, pero no encuentro ningún placer en el acto de matar. Ya sé que se cuenta que no sólo trajimos la injusticia y el egoísmo al mundo, sino también la sed de sangre. Sin embargo, en los mitos antiguos no se nos representa únicamente como monstruos devoradores. El Libro de Enoc no narra que

los ángeles caídos, los padres de los nefilim, tentaran a los hombres a comer carne y a hacer la guerra. Más bien al contrario, se dice que los instruyeron en multitud de materias: les enseñaron a fabricar armas y escudos, pero también brazaletes y joyas, les enseñaron a pintarse los ojos y a engalanarse con las piedras más preciosas. Transmitieron a los hombres la medicina y la astrología, les enseñaron a interpretar el cielo y las señales del sol y la luna. —Sonrió e hizo una breve pausa—. Créeme si te digo que va mucho más allá del mero acto de matar. Cuando es útil o necesario, jamás renuncio a matar, pero me encantaría vivir en paz si me lo permitieran los guardianes. Si Aurora se pone de su lado, se verá entre la espada y la pared durante el resto de su vida. Tendrá que cumplir una sangrienta misión. Yo, por el contrario, lo único que quiero es transformar el mundo según mis ideas. Y si te detienes a contemplar lo que la humanidad ha hecho con él, es imposible que acabe siendo un lugar más deplorable de lo que es. A Aurora se lo daría todo: prosperidad, poder, arte. Si los guardianes no se interpusieran constantemente en nuestro camino, hace ya mucho tiempo que habríamos asumido el control, y Aurora podría vivir como una reina. ¿Me oyes? Como una reina, ¡y no como una asesina! Todo el talento que albergue dentro de sí podría disfrutarlo en lugar de despilfarrarlo cegada por la ira a la que conduce una guerra que ella no comenzó ni deseó. Podría decidir sobre su vida, tenerlo todo y ver cumplidos todos sus anhelos. Yo trataría de protegerla de todos aquellos que le desean el mal. De modo que no soy yo, son ellos quienes traen la desgracia sobre todos nosotros.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, sé levantó. Yo tuve que apoyar la cabeza sobre la nuca para poder mirarlo a la cara. Miraba por la ventana hacia el infinito con la mirada perdida, sumido en sus pensamientos. Al cabo de unos instantes se volvió de nuevo, rodeó lentamente la mesa de cristal y se dejó caer con actitud desidiosa sobre el brazo del sofá. Aunque mantuvo en todo momento la distancia que nos separaba, a mí me parecía sentir su cuerpo como si estuviera apretándolo contra el mío. Él desprendía frío, pero no fue eso lo que me dejó helada, lo que me paralizó. Eran sus palabras las que formaban un entramado de finos hilos. Iban envolviéndome de manera casi imperceptible, como una telaraña, tan repugnante y mortal y al mismo tiempo tan artística y bella como si brillase bajo el sol.

—Mira a tu alrededor —me ordenó, ahora en susurros—. Fíjate en mi casa, en cómo está construida y decorada. No he escatimado en nada. Lo que para los humanos es el mayor de los lujos, para mí no es más que justo lo suficiente. No soy una bestia, ni un asesino sanguinario, ni un ave de rapiña. Soy un ser que ama las cosas bellas y le gusta rodearse de ellas. No le deseo el mal a la chusma humana. Lo único que pido es que no me molesten ni me pongan trabas cuando elijo a los más débiles y hago negocios con ellos.



Hizo una pausa, se deslizó con suavidad del brazo del sofá y vino a sentarse a mi lado. La distancia entre nuestros cuerpos quedó reducida a un palmo.

—Esa lucha para la que llevo tantos años preparándome... la lucha por Aurora y por ti, ¡yo la habría abandonado con mucho gusto! Nathan sabía que yo te había descubierto primero, y en lugar de mantenerse al margen y dejarme vía libre, cogió su violonchelo, se coló en el conservatorio de música y esperó a que tú pasaras por allí. No sólo te quería porque yo te deseaba antes que él, porque para él era un reto ganarme en tu conquista, porque quería demostrarme que en la lucha por tu corazón él era el mejor. Y tal vez fuera cierto. Él es más atractivo, más simpático y más humano que yo. Pero ya en aquel entonces hay algo que habría podido prometerte: amarme y tener un hijo conmigo no te habría procurado tantos tormentos, decepción y soledad. Y aún estamos a tiempo. No me importa lo que haya sucedido ni cuánto lo hayas amado. No me importa que él sea el padre de Aurora. Yo la cuidaré como si fuera mi propia hija, y ella será mía, sin ambigüedades, sin medias tintas.

La telaraña me apresaba cada vez con más fuerza; apenas podía respirar y ya no notaba el frío, ¿llevaría mucho tiempo paralizada por el veneno? Tenía la sensación de que ya no podía moverme, aunque por dentro estaba alterada: el corazón me palpitaba a trompicones hasta la garganta y lo notaba reverberar al mismo tiempo en el estómago. Yo sabía que no tardaría mucho en rebasar la distancia que nos separaba y recorrer con sus largos dedos mi rostro, mi cuerpo. La imagen me resultaba insoportable, aunque también excitante, porque se hallaba más allá de cualquier otro sentimiento que hubiera experimentado antes y no podía compararlo con nada. Tenía miedo, pero al mismo tiempo me sentía preparada y estaba ansiosa por saber al fin qué sentiría cuando me tocara. ¿Un frío helador? ¿Un calor abrasador? Todo me parecía posible; los extremos pueden llegar a tocarse: el asco y el deseo, la repugnancia y la avidez, la necesidad de apartarlo de mí como fuera y de mantenerlo cerca, de negarle con rotundidad y al mismo tiempo de entregarle lo que tanto anhelaba. A mí.

Pero en lugar de arrimarse a mí, Caspar se limitó a recostar la cabeza en el respaldo del sofá.

—Ya conoces a Nathan —dijo con la mirada clavada en el techo—, sabes que pelea, que vive sumido en la autocompasión y la melancolía, que siempre está pensando en huir. Querría dedicarse a la música, pero no puede porque la única razón de su existencia es otra. No voy a negarte que yo también me siento atrapado, pero sólo por mis enemigos, no por lo que soy. Nathan se tiene miedo a sí mismo, no a mí, y ahora dime sinceramente: ¿cuál de los dos es más feliz? ¿Cuál de los dos está en paz con su destino?

Enderezó la cabeza de nuevo y se volvió hacia mí. Por un fugaz instante me pareció que sus ojos ya no eran tan oscuros y que en ellos refulgía algún color, aunque no sabía cuál —si marrón, verde o azul—, lo único que sabía era que había algo en su mirada y en muchas de sus palabras que me recordó a Nathan. Él insistía en destacar las grandes diferencias entre uno y otro, pero lo que se apreciaba en su voz no era lo que define a los enemigos a muerte, sino a los hermanos del alma: añoranza y desesperación a la vez.

—Tú lo que quieres es vengarte de él —dije titubeante—. Eso es lo único que te mueve. Sé lo de... Serafina... y lo del niño.

Él se estremeció al escuchar su nombre, pero recuperó la compostura enseguida. Sacudió la cabeza como si el recuerdo fuese un mosquito molesto al que podía ahuyentar.

—Ésa, efectivamente, es una cuenta pendiente entre Nathan y yo. Pero no tiene nada que ver contigo. No se trata de venganza. O por lo menos, no solamente. Yo os habría querido a Aurora y a ti aunque vuestros caminos jamás se hubieran cruzado con el suyo y Aurora no fuese su hija.

—Pero ¿qué es exactamente lo que esperas de mí? —le pregunté.

—Quiero que me ames, que confíes plenamente en mí y te conviertas en mi compañera. Y quiero que traigas a Aurora hasta mí. Tracemos un plan, si tú me ayudas podré engañar a Nathan. No creo que luchara con todas sus armas si supiera que te has decantado voluntariamente por mí. Es probable que sencillamente... se fuera. Y si tú me lo pides, Sophie, yo sería piadoso e incluso lo dejaría marchar. Además, renunciaría a la venganza por Serafina. Y comprendo que ése no puede ser el único incentivo que tengas. Quiero que sobre todo pienses en la vida que podría ofrecerle a Aurora... en la que podría ofrecerte a ti.

Entonces se produjo al fin el contacto que tanto temía y al mismo tiempo esperaba con impaciencia. Las puntas de sus dedos recorrieron mis mejillas con delicadeza, ejerciendo una presión muy ligera, más bien un cosquilleo, un hormigueo que luego se convirtió en caricia. Mi piel pasó del adormecimiento a la incandescencia. No podía retirar la cabeza, no podía apartar mi mirada de la suya. En la negrura ya no se adivinaba ninguna clase de color, y sus ojos, que tampoco reflejaban la dureza y la frialdad de antes, parecían carbones desintegrándose en polvorientas cenizas esparcidas por un golpe de viento. Y parecía que esas cenizas me envolvieran y empezaran a posarse, no sólo en mis pulmones, sino también en mi corazón, mi alma y mi mente.

De nuevo volví a advertir aquello que, en lugar de separarlo de Nathan, lo acercaba a él, y era el esfuerzo que hacían por dar una imagen de indiferencia y contención, por ejercer un control absoluto sobre sí mismos mientras, en lo más hondo, bullía una fuerza que eran incapaces de dominar por culpa del deseo de llevar una vida lo más normal posible. Los dos querían vivir sin luchas, pero no podían evitar matar. Nathan a los nefilim y Caspar a los humanos.

Sin embargo, era cierto que Nathan había matado a un hombre inocente, Andrej Lasarew, el virtuoso chelista, por puro egoísmo.

Él se arrepentía en el alma de haberlo hecho, mientras que Caspar jamás había sentido el menor cargo de conciencia por la muerte cruel de un humano.

—Tú me comparas con él —murmuró.

Yo sabía que Caspar no poseía habilidades telepáticas, pero en ese instante, mientras me acariciaba el rostro, me dio la impresión de que podía ver el interior de mi mente, como si con la mirada pudiera abrirla, introducirse y arrebatármelo todo. Con otros humanos utilizaba la fuerza bruta y les arrancaba el corazón del pecho o los dejaba desangrarse; en mi caso le bastaba la voluntad para succionar todos mis sentimientos y mis sensaciones, mi juicio, mis deseos y mis ideas. En ese momento, yo ya no sabía qué quería ni qué estaba bien.

—¿Qué me estás haciendo? —pregunté con la voz ronca.

Él retiró la mano.

—No temas —respondió con un atisbo de sonrisa—. Puedo ejercer poder sobre Aurora... puedo despertar sus habilidades, pero no tengo ningún poder sobre ti. Tú eres humana, y como tal obras por propia voluntad. Puedes tomar tus propias decisiones y reflexionar sobre todas las facetas de un asunto. ¿Sabes que a veces eso me da envidia?

—¿Envidia de qué? —susurré.

—Los nefilim somos guardianes o hijos de las serpientes, pero no hay término medio. No existen los grises, todo es blanco o negro. En unas ocasiones lo considero bueno. Y en otras, me resulta demasiado poco.

Eché un vistazo a la habitación y reparé precisamente en el contraste de los muebles blancos con su vestimenta negra.

—Sí, en ocasiones es demasiado poco —insistió—, porque la auténtica belleza reside, o eso creo a veces, en los matices. No hablo de medias tintas, pero cuando se vive en los extremos, uno siempre se balancea en el abismo más lejano del mundo. Uno nunca está en el punto medio sencillamente para vivir... para amar... —Exhaló un

suspiro—. Pero sea fácil o no, tú eres una elegida y yo te quiero, te amo. Me gustaría tener hijos contigo para ponerles el mundo a sus pies. Y a los tuyos.

Cuando dejó de tocarme, bajó la mano. En lugar de acariciarme, inclinó el rostro hacia mí y no se detuvo hasta que casi rozaba el mío. Esa cercanía fue más intensa que su suave caricia. Todas y cada una de las fibras de mi cuerpo reaccionaron a su contacto, se sentían repelidas y atraídas, seducidas por él e incluso hipnotizadas, y al mismo tiempo totalmente sobrepasadas. Todas las sensaciones me superaban. Era como si tuviera que ver colores que el ojo humano no es capaz de percibir, como si oliese algo tan fuerte que fueran a explotarme los pulmones, como si todos los sonidos del mundo fluyeran por mi interior y mi cerebro fuese demasiado pequeño para asimilarlo. Fue como si de pronto pudiera presentir cuán abrumador era su talento, cuán aplastante su fuerza, cuán diversos sus poderes, y todo ello, en lugar de embriagarme, se me revelaba como algo inabarcable, como algo demasiado grande para mí que casi no podía soportar.

En ese momento me acarició las mejillas con las dos manos, y mi fatigada mente renunció a distinguir las sensaciones: el bien del mal, lo agradable de lo repugnante, el calor del frío. ¿Qué aspecto debía de exhibir yo en ese instante? ¿Parecería asustada, confundida, aturdida, desconcertada? ¿O acaso su poderosa aura me envolvía con tanta fuerza que me había convertido en otra persona y todas las deficiencias y las miserias se habían desvanecido?

Nele me había dicho en varias ocasiones que era guapa, pero yo siempre me había considerado del montón. Ahora, sin embargo, ahora tal vez era hermosa de un modo frío e inaccesible, más hermosa que nunca. Ahora no tartamudearía al hablar, tocaría el piano con una maestría formidable, si así lo deseara, y flotaría por el aire en lugar de caminar. Así me había sentido tiempo atrás junto a Nathan, tan liviana como si pudiera acariciar el mundo con la punta de los dedos. Caspar me elevaba a una altura superior, me suspendía en el aire, donde gozaba de una libertad inigualable y me asomaba a la vez a un amenazador abismo. Caer desde esa altura no significaba únicamente un doloroso descenso, sino la muerte...

—Puedo ofrecerte tanto, Sophie, a ti y a Aurora. Puedo dártelo todo, puedo hacerte feliz.

¿Era realmente su voz? ¿Esa voz que sonaba a música celestial? Una voz que tanto prometía: una vida sin miedo, sin encogimientos, sin preocupaciones, sin impotencia.

No había pestañeado ni una sola vez mientras lo miraba, pero de pronto sus ojos oscuros se desdibujaron; sus rasgos se superpusieron con los de otro rostro. Al



principio pensé que era el de Nathan, pero de pronto comenzó a entreverse el semblante de Aurora. Sus ojos azules, muy abiertos, me observaban como el día en que, a la caída de la tarde, apareció frente a mí rígida como una vara y dijo tartamudeando: «Él está ahí.»

Ese día estaba asustada y temblaba, y el horror y la angustia de su rostro aumentaron más aún cuando Caspar la tocó por primera vez, cuando le acarició levemente la cabeza, cuando a Aurora se le pusieron los ojos en blanco, empezó a arrojar espuma por la boca, a sufrir convulsiones en todo el cuerpo y a retorcerse.

No, aquélla no era una Aurora feliz. La Aurora feliz era la que aparecía en presencia de Cara, que le inspiró confianza de inmediato, o de Nathan, al que no le había tenido miedo ni un solo instante.

Tal vez nunca sería una niña normal; tal vez la carga que llevaba sobre sus hombros era realmente pesada, y la vida que le aguardaba, si se convertía en guardiana, se vería determinada por su cruel misión más a menudo que por la alegría.

Pero a Cara y Nathan jamás les había tenido miedo. A Caspar, sí.

Yo era consciente de ello, y seguí siéndolo aun cuando el rostro de Aurora se desdibujó ante mis ojos y volví a encontrarme frente a la máscara de Caspar.

—Sophie... —De pronto su voz ya no sonaba a música celestial, había recuperado su habitual timbre metálico, y en su mirada ya no traslucía deseo, sino crueldad; toda la fascinación que ejercía sobre mí se esfumó de golpe. Ya sólo sentía repugnancia.

Traté de disimular mi repugnancia cuanto pude, intenté desterrar de mi cabeza la idea de que Caspar podía leerme el pensamiento, de que observaba todos y cada uno de los movimientos de mi mente e incluso manipularlos.

«¡No! —me dije—. No puede. No sabe qué es lo que estoy pensando. No ejerce ningún poder sobre mí, porque de lo contrario no envidiaría la libre voluntad de los humanos ni querría cortejarme.»

Me había dejado decidir, y yo había decidido.

Antes de que él me estrechara la mano con más fuerza, antes de que acercara su rostro más aún al mío, me incliné hacia delante, rompí la última distancia que nos separaba y lo besé. Pasé por alto la repugnancia, el terror, la sensación de estar besando a la muerte. Luché contra la bofetada de frío que me provocó escalofríos e intenté buscar calor en la mirada de Aurora, cuya imagen había aflorado de nuevo en mi mente. Apreté mis labios contra los suyos, lo abracé por el cuello, le acaricié el cabello negro y brillante... y me aferré a las imágenes. Imágenes de mi vida... imágenes de épocas felices. No estaba besándolo a él, sino a Nathan, y tampoco aspiraba su olor,

sino el olor del verano en Salzburgo. No estaba atrapada entre el blanco y el negro de esa habitación, sino que contemplaba el cielo rosado del amanecer en que nació Aurora.

Por fin terminó. El beso ya había durado suficiente.

—Me quedo contigo —me apresuré a prometer en cuanto separé mis labios de los suyos—. Tienes razón. Fue un error elegir a Nathan. Quiero hacerlo, quiero dar marcha atrás. Pero me siento tan cansada... Necesito algo que me levante el ánimo, beber algo, y me gustaría quedarme sola para aclarar mis ideas... sólo un rato... de veras... y luego ya pensaremos entre los dos cómo debemos actuar.

Agaché la mirada. No me quedaba otra alternativa que engañarlo, pero el brillo oscuro que desprendía su mirada me resultaba insoportable. Yo comprendía que no siempre había sido un monstruo, que su amor no era fingido, que era real. Sin embargo, también sabía que por ese amor, o lo que él denominaba así, era capaz de pasar por encima de cuantos cadáveres fuera necesario.

No me respondió ni hizo preguntas, sencillamente se levantó y salió de la habitación con una sonrisa y con un paso que ya no era rígido, sino animado y ligero.

Durante unos minutos no me moví. Mientras lo había estrechado contra mí, había conseguido vencer al frío de mi corazón, pero ahora me sentía como atrapada en un iceberg. Cuando al fin pude levantarme, sólo alcancé a dar unos pocos pasos. Al pasar junto al piano, me detuve, coloqué con un gesto instintivo las manos sobre el teclado y después de muchos años sin hacerlo, volví a tocar.

«Si lo oye —me dije—, se alegrará. Seguramente creerá que estas notas sellan mi decisión de quedarme.»

Me senté en la banqueta y toqué a dos manos algo que ni siquiera sabía qué era, si era armónico y melodioso, si era una pieza de algún compositor o una improvisación. Mientras tocaba, busqué por toda la estancia con la mirada. Mis ojos repararon primero en la puerta, y luego en los ventanales, que llegaban hasta el suelo. Antes me había parecido que era imposible abrirlos, pero en ese momento advertí que en el lateral izquierdo de la pared había una placa de cristal superpuesta sobre otra. Quizá se podía agrandar la estrecha rendija que quedaba entre ellas y pudiera deslizarme por ahí.

El sonido del piano todavía resonaba cuando me abalancé hacia la ventana y comencé a empujar y a tirar de las hojas de cristal. El cristal se me partió en las manos; rompí a sudar y la frente se me cubrió de fría humedad. En uno de los tirones, la ventana finalmente cedió. Contuve la respiración, me deslicé hacia el exterior y avancé por el alféizar, a unos dos metros de distancia del suelo. Sin pensármelo dos veces,



salté al vacío, aterricé sobre la hierba blanda, permanecí unos segundos hecha un ovillo en el suelo y esperé hasta que el dolor de brazos y piernas remitió. A continuación me levanté de un salto y eché a correr.

Caspar saldría tras de mí en cuanto se percatara de que había escapado, pero quizá todavía disponía de algunos minutos y eso me concedería cierta ventaja. Tal vez incluso me diera tiempo a llegar a casa y ponerme a salvo.

Un gran vacío se apoderó de él al verla salir corriendo. Un vacío conocido. Un vacío odiado. Y también irrenunciable.

Hacerse el muerto, el ciego y el frío no sólo significaba renunciar a la plenitud, sino también protegerse de la decepción y la locura.

Eran dos escollos que había tenido que salvar en diversas ocasiones. Decepción porque no había conseguido cumplir un objetivo, porque había perdido a su amada, porque le habían arrebatado de repente aquello que estaba a punto de alcanzar. Y la locura era peor aún porque ya ni siquiera estaba seguro de que mereciera la pena luchar por aquello que quería lograr a toda costa. Porque ya no sabía quién era, ni quién tenía que ser.

Un instante antes le había parecido tan sencillo seducir a Sophie, cautivarla con la promesa de lujo y poder, de una vida cómoda consagrada a alcanzar su propio bienestar y no unos ideales. Sin embargo, en ese momento, al observar el salón vacío, todo eso que le había ofrecido como un reclamo valioso se le antojaba miserable y mezquino.

No había sido suficiente como para mantenerla a su lado. Había huido.

Él apretó los puños.

Se dio cuenta enseguida, y no le habría costado mucho detenerla, pero como tantas otras veces, se contuvo y decidió esperar. ¿Para qué darse prisa? Disponía de tiempo de sobra para castigarla cuando hubiera recuperado el control y se hubiera repuesto de la tristeza, cuando hubiera conseguido enterrar todos los sentimientos, los sentimientos vivos y a flor de piel que albergaba hacia ella.

No le costaría. Porque ¿cómo iba a sobrevivir algo vivo y a flor de piel en ese vacío envuelto en frío y soledad?

Masculló su nombre una y otra vez.

Sophie...

¡Sophie!

Sophie. Había elegido a Nathan.



Pensó en aquella noche, muchos años atrás, en que esperó a Sophie a la puerta del edificio donde vivía en Salzburgo y le susurró al oído: «Él es el impostor.»

Sintió un deseo irreprimible de volver a gritarle esa misma frase al verla huir de su casa, de rogarle que reconsiderase su decisión, que no temiera. Pero al abrir la boca, surgieron de sus labios unas palabras totalmente distintas.

No, Nathan no era el hombre inadecuado para ella. Ella era la mujer inadecuada para él, Caspar. No estaba a su altura.

Él había puesto el mundo entero a sus pies y ella lo había rechazado, se había revelado, a pesar de ser una elegida, como una completa estúpida.

Aflojó los puños y en su rostro se dibujó una sonrisa. El beso de Sophie había disipado todas sus tensiones, había extendido un ardor agradable por sus agarrotadas extremidades, provocándole escalofríos en una piel que por lo general era del todo insensible. Ahora ya no era ella, sino un recuerdo lo que le provocaba todo eso. El recuerdo de Serafina.

Serafina nunca fue tan estúpida como Sophie, Serafina aspiraba a llevar la corona que él le había ofrecido. De hecho, en su mente, ella encajaba mucho más que Sophie con la imagen que él tenía de una reina perfecta: tan voluptuosa como era, con sus llamativos cabellos pelirrojos, su voz melódica, su escandalosa risa... Ahora bien, siempre fue un poco vulgar, nunca gozó de la elegancia y la delicadeza de Sophie.

Y sin embargo: Serafina lo quería. Ella le dio un hijo... un varón con el cabello negro.

Suspiró, presintió que por un momento su rostro reflejaría su dolor, su abatimiento, su decepción. Al poco ya no quedaba nada: ni sentimientos, ni recuerdos, ni dudas.

La mataría, naturalmente que sí.

Su expresión se volvió hierática.

«Puedo vivir sin ella —pensó—. Además, todavía me queda... Aurora.»



CAPÍTULO 10

—¡Aurora, Cara, Nathan!

Grité sus nombres una y otra vez. Desde la distancia la casa parecía intacta. No se veían rastros de la batalla que se había librado y tal vez seguía librándose allí. Lo único que me llamó la atención fue la puerta del coche abierta de par en par. En ese instante llegué al coche, me detuve y agudicé el oído. Cuando se extinguieron el crujido de mis pasos y el jadeo de mi respiración, todo quedó en silencio. A lo lejos se oía el tráfico, las copas de los árboles susurraban con el viento, pero ya no se oía el tintineo metálico, ni el silbido de las espadas cortando el aire, ni los gritos.

—¡Aurora, Cara, Nathan! —grité de nuevo, con cautela al principio, y luego cada vez más alto al ver que nada se movía.

Sabía que no disponía de mucho tiempo, probablemente Caspar ya se hubiera dado cuenta de que había huido y venía tras de mí.

Corrí hasta la puerta de la casa, que estaba entornada. La abrí empujándola cuidadosamente con el pie. Aunque me creía preparada para asumir el espeluznante espectáculo que esperaba encontrar, no pude evitar pegar un grito ronco al contemplar la magnitud de los destrozos. Había pedazos de cristal por todas partes, y trozos de platos rotos, lo que significaba que la batalla se había extendido también a la cocina. El perchero estaba tirado en el suelo, y las cortinas arrancadas.

Lo peor de todo era la infinidad de manchas azules que había por todas partes, manchas —ahora lo sabía— de sangre. Sin embargo, de las criaturas negras que Nathan y Cara habían matado no había ni rastro. Seguí avanzando con las piernas temblorosas hasta llegar a la puerta del salón, que la habían arrancado de los goznes y colgaba medio torcida del marco. Respiré hondo antes de apartarla a un lado para

poder ver el salón. Estaba vacío. Allí tampoco se veían muertos por ninguna parte, lo único que permanecía intacto era el gigantesco tronco que alguien había empotrado contra la puerta de cristal. El sol penetraba al sesgo haciendo resplandecer las manchas de sangre azul y dotando los fragmentos de cristal de un color blanquecino. Las sillas estaban patas arriba, los libros habían caído de las estanterías y tenían páginas arrancadas, y una parte de la vieja chimenea había quedado reducida a escombros. Salté con cuidado por encima del tronco y salí al jardín. La tierra de los parterres estaba removida, la hierba pisoteada, y las herramientas que guardaba bajo la pérgola estaban desperdigadas por todas partes. Noté el suelo pegajoso, casi como si estuviera enfangado, al caminar por el césped.

—¡Aurora, Cara, Nathan!

Gritaba cada vez más fuerte. El pánico se estaba apoderando de mí. ¿Qué había sucedido después de que yo abandonase la casona? A juzgar por el caos que reinaba en la casa, el asunto no había quedado zanjado con los cinco primeros atacantes. ¿Cómo había terminado la batalla? ¿Dónde debía ir a buscar a Aurora, Nathan y Cara?

La casa de Cara. Puede que hubieran llevado a Aurora allí... no era un lugar muy seguro, puesto que Caspar sabía dónde vivía, pero refugiarse allí por un tiempo les daría la posibilidad de recobrar fuerzas y urdir un nuevo plan...

Que yo consiguiera llegar hasta casa de Cara ya no estaba tan claro.

Antes de que tuviera tiempo de decidir si intentaba llegar hasta allí o no, advertí una sombra por el rabillo del ojo. Al volverme, vislumbré una figura estática junto a la verja del jardín. El fuerte contraluz me deslumbraba de manera que, en un primer momento, sólo alcancé a distinguir los contornos, pero no el rostro.

«¡Caspar!», pensé, y un tremendo escalofrío me recorrió el cuerpo.

Me había seguido hasta allí... y ahora me atraparía... o no... no era Caspar... la figura era más pequeña... más redonda... era una mujer.

—Cara...

El nombre se extinguió en mis labios. La mujer salió de su parálisis y echó a correr hacia mí.

—Sophie, ¿qué ha pasado?

Jamás la había visto tan horrorizada. La mujer que estaba allí no era Cara. Era Nele.

—¿Qué haces tú aquí?



La voz me salió ronca y quebrada. Creo que Nele no me oyó. Había venido corriendo hacia mí, me había agarrado del brazo y se había quedado mirándome un momento, luego me había soltado, se había dirigido hacia el inmenso agujero de la puerta de cristal y en ese instante estaba contemplando el salón. Los ojos se le salieron de las órbitas al ver el tronco.

—Sophie, ¿qué ha pasado? Y todas esas manchas azules... ¿qué son?

Sin responder, miré rápidamente a mi alrededor y la obligué a entrar en el salón. Allí no estaríamos a salvo de Caspar y sus ayudantes, pero al menos dentro de casa no me sentía tan expuesta. ¿Teníamos alguna posibilidad de escondernos? ¿Se había salvado alguna de las habitaciones de los destrozos? Mi estudio, quizás. O a lo mejor la habitación de Aurora. También había un sótano, aunque yo sólo había bajado una vez. Cuando quise volver a tirar del brazo de Nele, ella se resistió.

—Por todos los santos, ¿quieres decirme qué ha ocurrido? —Estaba prácticamente afónica.

Yo no sabía qué responderle, y me limité a suspirar:

—Ay, Nele, ¿por qué has venido?

—¡No podía quitarme de la cabeza la conversación que tuvimos por teléfono! Me he pasado horas esperando a que me llamaras, pero no me has llamado.

En un primer momento no comprendí a qué se refería, pero al cabo de unos instantes recordé la conversación en la que yo le pregunté por Cara, que se había presentado en mi casa de manera inesperada. Me daba la sensación de que habían pasado años desde entonces.

—Nele, ¡ahora mismo no puedo explicártelo! Tú tienes que esconderte, y yo... yo tengo que buscar a Aurora.

—Aurora. —Sus labios pronunciaron su nombre en silencio. Volvió a recorrer el dantesco escenario del salón con los ojos desorbitados y susurró con cara de pánico—: ¿Dónde está? ¿Le ha pasado algo? ¡Antes he oído que llamabas a Nathan! ¿Es que Nathan ha vuelto...?

Asentí, luego negué con la cabeza, volví a asentir.

—Es una historia muy larga, pero no tengo tiempo para contártela. Tengo que buscar a Aurora, y...

Nele me agarró por el antebrazo.

—Llevo todo el día llamándote, pero saltaba el contestador, y el teléfono fijo estaba comunicando. Estaba tan preocupada que he venido hasta aquí en cuanto he

podido. ¡Sophie, haz el favor de contármelo! ¿Qué ha pasado? ¿Tiene algo que ver con... con los muertos?

Me sobresalté. Me había parecido oír unos pasos que se acercaban, pasos y un murmullo de voces...

—¡Chisss! —le dije, y agudicé el oído nerviosa.

¿Me había equivocado? ¿Era sólo el susurro del viento?

Los pensamientos se me agolpaban en la cabeza. Esconder a Nele... buscar a Aurora... tal vez debía coger el coche... aunque la última vez Caspar me había capturado allí...

—Nele, ¡de verdad! Te lo explicaré todo, pero en otro momento. ¡Tienes que esconderte! Mejor dicho, ¡tienes que marcharte de aquí ahora mismo!

—Pero ¿por qué tengo que esconderme? ¿De quién?

—Has venido en coche, ¿verdad? ¿Dónde lo tienes?

—Pero...

—Corre todo lo rápido que puedas hasta el coche y vete. Yo te llamo más tarde.

La agarré del brazo con un enérgico gesto y la arrastré hasta la puerta.

—No pienso irme —se resistió—. Voy a quedarme aquí.

Antes sólo lo había entreoído a lo lejos, pero en ese instante oí los pasos y el murmullo de voces con nitidez. Se iban acercando cada vez más. Los pasos se detuvieron delante de la puerta; el murmullo de voces guardaba parecido con el bisbiseo chirriante de los ayudantes de Caspar.

La puerta seguía entornada. Primero llamaron con unos golpes y, al ver que nadie respondía, un pie se deslizó por la rendija.

—Señora Schwarz —dijo una voz masculina—. ¿Señora Richter?

—¡Yo soy Nele Schwarz! —gritó Nele, y echó a correr hacia el hombre. Era un oficial de policía que me resultaba un tanto familiar. Al menos exhibía una expresión igual de malhumorada que la del policía al que me quejé de las intromisiones de Caspar.

Me volví hacia Nele con una mirada interrogante, luego hacia el oficial y de nuevo hacia Nele.

—He informado a la policía —se precipitó a aclarar Nele, y antes de que dijera nada, añadió exaltada—: ¿Qué querías que hiciera? Llego aquí... me encuentro la casa

vacía... la puerta del coche abierta... Os he buscado a Aurora y a ti por todas partes, y encima... ¡este caos!

El oficial avanzó hacia el interior y, al ver los destrozos, cambió la expresión de su rostro. El mal humor pareció convertirse en una profunda desconfianza.

—Pero ¿qué es lo que...? —empezó a decir.

Sin prestar atención a las palabras del oficial, suspiré:

—Ay, Nele, ¡tienes que entenderlo! ¡Debes marcharte de aquí cuanto antes! ¡Y yo también!

El oficial negó con la cabeza, se plantó delante de mí con las piernas abiertas y levantó los brazos.

—Inspector Roland Wenzel. —Y tras esa breve presentación, agregó con contundencia—: Aquí de momento nadie va a ninguna parte.

Pocos minutos más tarde se congregó en casa cerca de una docena de policías. Llegaron en cuatro coches patrulla y cerraron las puertas de un golpe al salir de los vehículos. Lo que Nele les había contado, fuera lo que fuera, les había alarmado.

Dos días antes yo me habría sentido completamente segura en su presencia. Sin embargo, ahora sabía que todos aquellos hombres con sus armas de servicio no podían ofrecernos ninguna protección. Caspar y sus secuaces podían convertir la casa en un campo de batalla en cuestión de minutos y matarlos a todos. Y yo tenía que evitarlo por todos los medios.

Reprimí el impulso de echar a correr y salir en busca de Aurora, y aguanté la dura mirada del oficial.

—No ha ocurrido nada —dije, intentando quitar hierro a la situación mientras los agentes se abrían paso entre nosotras—. Mi amiga ha sido excesivamente prudente al llamarles porque estaba muy preocupada. Creyó que me había pasado algo porque no conseguía localizarme. Pero ya estoy aquí, y estoy bien. ¡De veras! Así que ya pueden marcharse.

El inspector Roland Wenzel me lanzó una mirada cargada de desconfianza y no se movió ni un ápice cuando sus compañeros pasaron a su lado. No fue hasta que se oyó una algarabía de voces en el salón cuando se dirigió hacia allí para ver qué provocaba aquel escándalo.

—Por favor... —le rogué con desesperación, y salí tras él—. De veras que no ha pasado nada.

Cuando entré en el salón, uno de los agentes señalaba con el entrecejo fruncido al tronco del árbol que había volado por la ventana; otro gritó desconcertado al descubrir las manchas de sangre azules.

—Bueno, bueno... —El inspector Wenzel me miró con escepticismo—. Así que no ha pasado nada. ¿Y quiere explicarme por qué parece que un huracán haya arrasado su salón?

Intenté buscar las palabras adecuadas, pero antes de que diera con ellas noté que Nele me agarraba del brazo.

—¡Sophie, por favor, tienes que contarnos qué ha pasado aquí! ¡Mira cómo está todo! ¿Tiene esto algo que ver... algo que ver con los terribles asesinatos?

Me quedé mirándola fijamente a la cara y al mismo tiempo abstraída en mis propios pensamientos. Los asesinatos... Sus palabras resonaron en mis oídos... Los asesinatos de Caspar... los asesinatos de sus criaturas... que arrebataban las fuerzas a sus víctimas... ¿Estaría pisándome los talones? ¿Tendrían rodeada la casona él y sus lacayos?

Sacudí el brazo para liberarme de Nele.

—¡Suéltame! —grité con impaciencia—. ¡Ésta es mi casa! —añadí en un tono un poco más moderado, volviéndome hacia el oficial de policía—. No tienen derecho a entrar aquí de esa manera. ¡Márchense! ¡No es el momento de hacer preguntas!

Roland Wenzel intercambió una fugaz mirada con sus compañeros; algunos mostraban el mismo gesto de desconfianza que él, otros parecían inquietos, y otros no podían ocultar su inmensa perplejidad.

Nele me agarró con más fuerza.

—¿Dónde está Aurora? —gritó presa del pánico.

El inspector asintió con gesto de aprobación.

—Eso me gustaría saber a mí también —dijo—. Su hija tiene siete años, ¿no es así?

La desconfianza se convirtió entonces en sospecha. ¿Acaso creían que yo le había hecho algo a mi hija? ¿Que el caos del salón lo había provocado yo misma? ¿Que había arrojado un tronco a través de la ventana? ¡De eso no podían creer en serio que fuera capaz!

—Mi hija está bien. Todo está en orden. Aurora está... está... —pero no continué—. ¡Se lo ruego, váyanse de una vez! —insistí—. No tenemos tiempo para...

—¿No tenemos tiempo para qué? —me apremió el oficial.

Resultaba imposible acabar la frase que tenía en mente: «No tenemos tiempo para quedarnos aquí parados charlando. Porque si nos quedamos, moriréis todos. Moriréis degollados por los nefilim, por los hijos de las serpientes... una raza inmortal que puebla la tierra y que sólo puede ser controlada por los guardianes, unos seres de la misma especie que, al contrario que los primeros, se dedican a proteger a la humanidad.»

Respiré hondo mientras buscaba desesperadamente una escapatoria.

—Mi hija está con su padre —dije al fin—, y le aseguro que está bien.

Nele se quedó boquiabierta al oír mis palabras.

—¿Está con Nathan? ¿Nathanael Grigori? Entonces, ¿es cierto que ha vuelto? Ya me pareció extraño que antes...

—¿Se puede saber quién demonios es Nathanael Grigori? —preguntó irritado el inspector.

Yo me sobresalté, no por la pregunta, sino porque me pareció oír un ruido, un susurro que me resultó familiar, una especie de rumor, un bisbiseo. Me volví hacia la ventana y me pareció ver pasar una de las siluetas negras, que tal vez había venido a por mí, o quizás a por Aurora.

—Nathan Grigori es el padre de Aurora —se apresuró a aclarar Nele—. Hace ocho años él...

—¡Cállate! —exclamé, tapándole bruscamente la boca—. Eso no le concierne a nadie. —Después, dirigiéndome al policía, dije—: Y ahora ustedes hagan el favor de marcharse de mi casa inmediatamente. ¿Tienen una orden de registro? ¿No? Entonces no tienen ningún derecho a estar aquí. Esto es... es... ¡allanamiento de morada!

Nele me cogió por los hombros y me obligó a mirarla a los ojos.

—Sophie... ¿de qué estás hablando? ¡Tranquilízate! ¡Los agentes sólo pretenden ayudarnos! ¡Sea lo que sea lo que ha pasado, tienes que calmarte!

—¿Calmarme? Pero ¿tú tienes la menor idea de lo que...

Me mordí la lengua. Por más que se lo suplicara, los oficiales de policía no mostraban la menor intención de marcharse. Además, Nele empezó también a intercambiar miradas con los agentes y, para mi sorpresa, se advertían en sus ojos no sólo desconcierto y pánico, sino también resignación. Asentía con la cabeza como si así les confirmase que, en efecto, yo había perdido el juicio...



Tal vez ya les había dicho por teléfono que mi estado nervioso era bastante delicado y que con el tiempo había perdido la cabeza por completo.

—¡Por favor! —grité, aunque sabía que era en vano—. Por favor, Nele, ¡al menos tú tienes que creerme! ¡Tienes que irte de aquí ahora mismo! No puedes quedarte... es una cuestión de vida o muerte... si no te marchas podrías...

—De modo que sí guarda relación con los asesinatos —aseveró el oficial—. Cuéntenos lo que sepa al respecto, señora Richter.

Cerré los ojos, intenté concentrarme de nuevo en mi respiración, pensar a toda prisa qué debía hacer, qué debía decir. Un ruido me sobresaltó, de nuevo el mismo bisbiseo, no, una estridente carcajada. Nadie pareció percatarse, todas las miradas se centraban en mí. ¿De los labios de quién había surgido esa risa? ¿De los de Caspar? Yo estaba convencida de que, si volvía a caer en sus manos, me mataría. Quizás ésa era la única oportunidad que tenía de proteger a los demás: escapar de ellos.

—No puedo... no puedo explicárselo —tartamudeé.

Acto seguido me solté de Nele, pasé corriendo junto al oficial y corrí hacia la puerta de casa. Si lograba llegar hasta el coche... mientras hubiera testigos, Caspar no me apresaría... esperaría hasta que estuviéramos fuera del alcance de la vista de los policías.

Mientras corría caí en la cuenta de que no tenía la llave del coche. Se me debieron de caer de la mano cuando Caspar me asaltó. A lo mejor todavía estaban allí... en la grava…

Apenas había comenzado a agacharme cuando de pronto noté que me agarraban con fuerza y me levantaban bruscamente. Eran dos policías, que, sujetándome cada cual por un brazo, me condujeron de nuevo hasta la casa y me arrastraron por el pasillo hasta el comedor. No pareció impresionarles en absoluto que yo me resistiera y pataleara con todas mis fuerzas.

—No quiero...

—Usted no va a ninguna parte, señora Richter.

Algo se desató en mi cabeza, probablemente el inmenso nudo de nervios, incertidumbre y miedo a la muerte, y perdí los estribos.

—¡Suéltenme! —¿Era mi voz?—. ¡Suéltenme! ¡No pueden detenerme! ¿O acaso creen que pueden protegerme? ¿Que pueden protegerse ustedes? ¿De Caspar? ¿Caspar von Kranichstein? No es un hombre normal, es un...

—¡Sophie, por el amor de Dios!

La fuerza con que me estaban sujetando no logró detenerme, pero sí la voz de Nele. Por unos instantes me miró fijamente como si no sólo tuviera miedo por mí, sino también de mí.

—Yo no era en absoluto consciente de que era tan... tan grave —murmuró Nele con perplejidad.

No se me escapaba que Nele ya no me estaba hablando a mí; estaba hablando de mí.

Empecé a patalear de nuevo y en una de mis sacudidas golpeé en la espinilla a uno de los agentes, que torció el gesto, dolorido, mientras yo forcejeaba con los brazos y las piernas, pero las manos que me sujetaban eran fuertes como el acero y, en cuestión de segundos, me encontré tumbada boca arriba en el sofá. Intenté levantar la cabeza, pero Nele se inclinó sobre mí y me acarició la frente.

—Todo irá bien, Sophie —me decía una y otra vez en tono tranquilizador—. Todo irá bien.

—¡Nada irá bien! —grité—. Nele, ¡te lo suplico! Soy tu amiga, tú me conoces, puedes confiar en mí, tienes que creerme. Sé que parece una locura, pero…

Oí el crujido de un coche sobre la grava, luego el chirrido de la verja del jardín y después pasos. Alguien se estaba acercando a la casa. ¿Era un humano? ¿Un nefilim?

Cerré un instante los ojos y, al abrirlos de nuevo, ya no era Nele la que estaba inclinada sobre mí, sino un hombre vestido de blanco.

—Es que antes he llamado también a los servicios de emergencias —aclaró Nele para tranquilizarme, y acto seguido se volvió hacia el hombre de blanco y le dijo—: ¿Puede darle algo para calmarla? Creo que sufre una fuerte crisis nerviosa. Ya hace algún tiempo que... me tiene muy preocupada.

El sanitario se inclinó más aún sobre mí y un segundo hombre apareció a su lado. En ese momento ya no me sujetaban los policías, sino los dos hombres de blanco. Grité primero a Nele, luego a los sanitarios, aun a sabiendas de que mis forcejeos y mi resistencia sólo conseguirían empeorar mi situación, pero la impotencia, el miedo y la incomprensión de todos ellos me impulsaban a luchar con uñas y dientes hasta que se me agotaran las fuerzas.

—¡Déjenme! —grité—. ¡Déjenme en paz!

De pronto noté una punzada en la zona de flexión del brazo; una aguja me atravesó la piel, adentrándose en la carne, otra punzada, no, más bien un hormigueo que comenzó a extenderse por todo el cuerpo. Al principio lo veía todo rojo, como si una nube sanguinolenta me envolviera la cabeza, y entonces todo se desvaneció. Muy a



lo lejos, como si se encontrara en el extremo opuesto de un túnel, oí que Nele trataba de convencer a los agentes de policía:

—No pueden interrogarla ahora. ¡Miren en qué estado se encuentra! Ahora no está en condiciones, déjenla tranquila...

El inspector Wenzel objetó algo en un tono áspero, mencionando varias veces el nombre de Aurora.

—No, no —oí que respondía Nele—. ¡Se está equivocando! Sophie jamás le haría nada a su hija. ¡Eso se lo garantizo!

¡Hacerle algo a Aurora! ¿Cómo podían pensar algo así? Yo quería decir algo, defenderme, pero los labios no me respondían. No conseguí articular ni una sola sílaba. Ni siquiera podía levantar la mano. La única prueba de que mi cuerpo seguía con vida era el hormigueo. Tenía la sensación de que miles de hormigas me recorrían la piel. De pronto se tambaleó el sofá donde me habían tumbado, no, no era el sofá, era una camilla. Ya no podía oponer ninguna clase de resistencia; la flacidez se había apoderado no sólo de mi cuerpo, sino también de mi mente; ya no sentía miedo, sólo sentía ganas de estar en silencio, tranquilidad... no tener que luchar contra nadie... ni contra nada...

Vi que el inspector se inclinaba sobre mí, murmuraba otra vez algo sobre un interrogatorio y ordenaba que me incorporaran. Nele lo apartó a un lado.

—¡Haga el favor de dejarla en paz!

—¡Es una cuestión de minutos! —replicó el inspector, ¡y no sabía cuánta razón tenía!—. ¡Tenemos que encontrar a la niña y ella es la única que sabe dónde está...!

«No —pensé para mis adentros—, no lo sé», aunque quizás eso tenía su parte buena... si yo no lo sabía, tal vez Caspar tampoco.

Nele me acarició la frente.

—Todo saldrá bien, Sophie, todo saldrá bien.

El balanceo aumentó cuando me sacaron del salón; me daba la impresión de que cada vez el techo claro del pasillo estaba más cerca... cada vez más cerca... Y luego volvió a aparecer el rostro de Nele, que había permanecido a mi lado y se inclinaba sobre mí. Nele, que hacía todo cuanto podía para protegerme y que quería impedir que me sometieran a un interrogatorio de varias horas. No tenía ni idea.

—Sophie... —balbuceó.

«Deberías haber confiado en mí, te estás equivocando», quería decirle, pero no podía articular palabra.

Las puertas de la furgoneta se cerraron detrás de mí. Lo último que vi fue el rostro de preocupación de Nele. Había intentado que la dejaran acompañarme en la ambulancia, pero como no éramos parientes, no se lo habían permitido. Yo me sentí aliviada, porque, con un poco de suerte, si se mantenía alejada de mí, estaría a salvo de cualquier ataque.

La ambulancia se puso en marcha lentamente; de nuevo se oyó el crujido de las ruedas sobre la grava. Alguien me acarició el rostro.

—¿Adonde me llevan? —pregunté. Me notaba la lengua deformada y rígida, pero al menos podía hablar.

El rostro sonriente del sanitario se inclinó sobre mí. En tono tranquilizador, dijo mi nombre.

—Nosotros cuidaremos de usted.

Me puse a buscar desesperadamente cómo podía defenderme de su contacto y evitar que me llevaran al hospital contra mi voluntad. Sin embargo, mi escasa movilidad no me permitía ni levantar la cabeza. La sensación de rigidez en la nuca era tan fuerte como en la lengua.

«Ay, Nele...», me lamenté para mis adentros.

—Usted no debe preocuparse por nada —insistió el sanitario.

—Déjenme... dejen que... que me levante... —susurré con un hilo de voz. Cada sílaba me suponía un esfuerzo sobrehumano.

—Todo está bajo control.

En ese momento, a pesar de que aquel hombre tan sonriente no tuviera culpa ninguna de mi situación, le habría pegado una bofetada, pero las fuerzas tampoco me llegaban para eso. Ni siquiera podía apretar el puño, y después del fatigoso esfuerzo que me había supuesto hablar, la lengua se me había hinchado por completo y me llenaba toda la boca.

—Todo está bajo control —repitió—. Todo saldrá bien.

«Nada... ¡nada saldrá bien!», quería gritarle, pero no podía, ya no podía resistirme, y tampoco podía advertirles del peligro.

De pronto se oyó un golpe tremendo en la ambulancia, los frenos chirriaron y el vehículo comenzó a dar bandazos. El vaivén fue tan fuerte que los sanitarios —en ese

momento pude ver que eran dos— salieron despedidos hacia el otro extremo de la ambulancia. En la parte delantera se oyó que alguien maldecía:

—Pero está loco...

La frase acabó con un estridente chillido, y yo estuve a punto de caer de la camilla, que se estrelló contra la pared de la ambulancia.

—Escapen —intenté decir, pero el sanitario, que había logrado levantarse con gran esfuerzo y se frotaba el codo con gesto de dolor, me miró sin comprender qué le decía. No sé si porque mis palabras no tenían ningún sentido para él o porque apenas podía vocalizar.

»Escapen —insistí de nuevo, pero mi voz se perdió entre el ruido: los frenos volvieron a chirriar, el motor rugió, de pronto todo quedó en silencio, y acto seguido se oyó un último estruendo. Procedía de arriba. Algo pesado había caído sobre el techo de la ambulancia. O alguien había saltado encima.

El sanitario se volvió.

—Pero ¿qué demonios...? —gritó.

Yo intenté levantar la cabeza, cada centímetro era un suplicio. Al cabo de unos segundos logré incorporar la cabeza lo suficiente como para ver que ambos intercambiaban primero una mirada de confusión, y luego alzaban la vista horrorizados. A causa del violento choque el vehículo siguió tambaleándose unos instantes, y finalmente se paró.

—¡No! —quería gritarles, cuando uno de los hombres se dirigió hacia la puerta—. ¡No abran la puerta!

Aunque hubiera podido decírselo con claridad, mis palabras no tenían ningún sentido. Como si una puerta pudiese detener a Caspar...

Al instante una ráfaga de aire fresco irrumpió en el interior de la ambulancia. Volví a recostar la cabeza sobre la camilla porque ya no tenía fuerzas para mantenerla levantada. Atrapada en la parálisis de mi propio cuerpo, no me quedó otro remedio que limitarme a oír lo que sucedía: las voces nerviosas de los sanitarios, que acto seguido se convirtieron en un grito de pánico, un sonido metálico, un golpe seco y un gorgoteo. Como a cámara lenta, levanté la mano y vi que la tenía cubierta de multitud de pequeñas gotas rojas. Sangre.

Un segundo grito, y de nuevo el ruido metálico y el gorgoteo.



—Por favor —supliqué, aunque sabía que ya era demasiado tarde y que ambos sanitarios habían muerto—. Por favor, déjalos vivir... ellos no tienen ninguna culpa... no tienen nada que ver conmigo...

Seguía sin poder levantar la cabeza, pero logré revolverme hasta colocarme de lado y fue entonces cuando vi los dos cuerpos de blanco retorcidos en el suelo de color aluminio. Uno había caído boca abajo; el otro, el que me había dedicado varias sonrisas llenas de compasión, me miraba con los ojos vacíos.

Del corte de la garganta le brotaba sangre. En ese instante una sombra cubrió a los muertos y luego a mí. La luz era tan cegadora que no alcancé a distinguir de Caspar más que su enjuta y negra silueta.

—La culpa es tuya, Sophie —sentenció con frialdad, señalando con el mentón hacia los dos cadáveres—. No debiste escapar.

Yo esperaba oír algún ruido en la cabina del conductor, supliqué para mis adentros que el conductor huyera, que saliera corriendo de allí todo lo rápido que pudiera, pero todo permaneció en silencio, y entonces comprendí que él había sido el primero en morir.

—Nathan dijo que a ti nunca se te ocurriría atacar delante de testigos... —La lengua se me quedaba pegada al paladar en cada sílaba—. Y la ambulancia —añadí haciendo un esfuerzo ímprobo para continuar— está en medio de la calle... la descubrirán en cuestión de minutos...

—Eso ahora ya no importa —respondió con indiferencia—. Es demasiado tarde para seguir manteniendo las reglas. Cara y Nathan se han tomado la molestia de quitar de en medio los cadáveres de mis servidores para ahorrarle el espectáculo a la chusma humana. A mí, sin embargo, a estas alturas me trae sin cuidado lo que el vulgo piense de mí.

Caspar se dirigió hacia mí muy despacio, casi recreándose en cada paso. En ese momento, su figura negra me tapaba por completo la luz, mientras inclinaba su rostro macilento sobre mí, igual que había hecho antes el sanitario. Sus largos dedos me acariciaron la piel.

—Pobre Sophie —susurró—, ahora ya no puedes volver a escapar, por mucho que lo desees. Y ni siquiera es culpa mía.

Parecía que el frío que fluía por sus manos dejara una fina película de hielo sobre mi cuerpo. Yo ni siquiera intenté resistirme a sus caricias.

—Hazme lo que quieras —murmuré—, pero Aurora se encuentra a salvo. Nathan y Cara la protegerán y...

—¡Eso ya lo veremos! —me interrumpió.

Caspar me incorporó. Yo, paralizada por el miedo, el frío y el sedante, no podía defenderme. Me esperaba que me empujara de la camilla, pero él tenía algo diferente en mente. No vi venir el puño, de repente noté el golpe en la cara, cargado de ira.

Al principio creí que me iba a explotar la cabeza, que me reventaría la piel, pero cuando se me despejó la vista, me di cuenta de que el dolor había generado tanta adrenalina en mi cuerpo que había perdido la rigidez.

—¡Traidora! —siseó Caspar.

Noté un regusto metálico en la boca; la sangre caliente se me deslizaba por los labios y la barbilla.

—Puedes golpearme tanto como quieras —mascullé—, pero siempre amaré a Nathan. Y Aurora siempre será su hija.

—¡Yo te habría convertido en la reina de mis dominios?

—¡Reina! ¡Qué estupidez! —Tras cada palabra notaba que recobraba más movilidad en la lengua—. Tú no eres ningún rey. Eres un asesino.

Caspar emitió un estridente sonido, y yo me preparé para recibir el siguiente golpe. Sin embargo, en lugar de golpearme de nuevo con el puño, me levantó y me cargó a la espalda como un saco. Contraje el vientre de dolor cuando su hombro se me clavó en la carne. Casi no me llegaba el aire.

Él saltó de la ambulancia y echó a correr. Yo cerré los ojos. Cada vez que los abría un momento, veía el suelo del bosque, hojas, piedras, musgo, ramas, raíces. Íbamos por la montaña, montaña arriba, cada vez más arriba y más deprisa. Al cabo de un rato el bosque ya no era tan frondoso, el húmedo suelo marrón y verde se tornó más árido. En ningún momento oí sus jadeos ni gemidos, sólo mi fatigada respiración. A continuación dejamos atrás el bosque y llegamos a una pradera. Él comenzó a abrirse camino a través de la hierba alta y crujiente y, a nuestro paso, las flores olorosas me hacían cosquillas en la cara, zumbaban las abejas, y de vez en cuando las briznas se me enredaban entre los dedos. En un momento dado la hierba se volvió más corta, más delgada, más amarillenta. Setos espinosos y solamente alguna que otra conífera bordeaban el camino. Las piedras empezaban a cubrir el suelo, hasta que finalmente desembocamos en un campo rocoso. Yo intenté levantar la cabeza para echar un vistazo al valle y hacerme una idea de la altura que habíamos alcanzado, pero me resultó imposible.

Por fin Caspar se detuvo, y al mirar hacia abajo ya no vi nada vivo, sólo una roca gris, fría y desnuda. Me arrojó al suelo duro. En la superficie sobre la que caí no cabían más de dos personas, y alrededor se abría un gran abismo.

Desde el angosto saliente de roca se divisaba todo el lago, tan negro como si, en lugar de agua, estuviera compuesto de pegajosa brea.

Alzó la vista. A la cumbre nevada de la montaña no llegaba ninguna de las nubes grises que avanzaban ante sus ojos: viejas, imponentes y tan por encima de la chusma humana, que ésta corría a postrarse a sus pies.

Ambas eran buenas: la blancura de la nieve, la negrura del agua; ambas separadas por una frontera definida, de una nitidez absoluta, sin mezclarse. Claridad y oscuridad. Bondad y maldad. En medio, nada. Nada perdido, al contrario que en los frondosos bosques verdes entre el lago y la montaña, donde algunos claros se habían agostado por el sol del verano, que las praderas y los pastos repletos de flores, o que el brillo aturquesado de los arroyos y charcas.

Todo no era sino el atuendo de un mundo falaz que fingía que la vida era fastuosa y colorida, aromática y espléndida, de un mundo que incitaba a alcanzar belleza, alegría y felicidad, todas ellas envolturas llamativas y, sin embargo, huecas por dentro. La verdad que se ocultaba en ellas era llana y prosaica: la existencia en el mundo se reduce a la lucha, nada más. Los despreciables humanos acostumbraban contemplar boquiabiertos el brillo del mundo como los niños las pompas de jabón, que ignoran que al instante estallarán, pero él no pensaba dejarse engañar. No seguiría tratando de convencerse de que había algo que en realidad no había, no volvería a desear jamás encontrar los matices ni los diferentes lados de las cosas.

Observó que a Sophie se le descompuso el gesto de dolor cuando la arrojó sobre la roca, pero se mordió los labios y reprimió un grito. Al menos eso debía reconocérselo: Sophie poseía un gran dominio de sí misma. En ningún momento se mostró temblorosa, suplicante o cobarde. Era todo determinación. Mientras supiera que su hija se encontraba a salvo, se mantendría serena, y eso a él le producía admiración. Había contemplado con tanta frecuencia rostros desfigurados por el pánico a morir, había observado cómo las almas supuestamente orgullosas se convertían en sabandijas quejosas cuyas ansias de dinero, amor o prestigio quedaban empañadas por el impulso de sobrevivir. La muerte era un espejo, y tenía unos límites muy bien definidos. Y en ese espejo se veía reflejado con absoluta crudeza quién era cada cual, mucho más claro que en la vida.

Sophie intentó levantarse, pero él la agarró por la nuca, la arrastró unos cuantos pasos más hacia delante y se detuvo en el borde más extremo del abrupto precipicio. Un empujón y Sophie caería al vacío.



– ¡Hazlo de una vez! – murmuró ella. El la soltó y retrocedió unos pasos.

– ¿Es que no quieres matarme? – preguntó, y levantó la vista – . ¿A qué esperas?

– A Cara y a Nathan.



CAPÍTULO 11

Caspar retrocedió y me dejó tendida en el precipicio. Miré al cielo. Aunque en ese instante no me había empujado al vacío, tal como yo me esperaba, bastaría un solo movimiento en falso y caería, surcaría el vacío hasta estrellarme contra el suelo, un suelo pedregoso y sembrado de arbustos espinosos, me rompería todos los huesos al resbalar sobre piedras, ramas y pinchos y finalmente quedaría tendida en el suelo, cubierta de rasguños y rodeada de sangre. Inmóvil. Muerta.

Me lo imaginaba a la perfección y, sin embargo, no sentía miedo. En ese momento me parecía, tal vez debido al efecto del calmante, que ni siquiera tenía por qué caer, que podría extender las alas y echar a volar, liberada de todo peligro, de todo miedo.

Mientras permanecí tendida, el sol alcanzó su punto más alto, quedó oculto tras las nubes y volvió a salir de nuevo. Había perdido la noción del tiempo, pero aun así reparé en que el efecto de la inyección iba remitiendo poco a poco. En las partes por donde me habían agarrado y apretado las manos de Caspar, comenzaba a sentir dolor. Levanté la cabeza y esa vez lo conseguí. Me incorporé sin que ninguna fuerza invisible me lo impidiera.

La roca sobre la que me senté era lisa y fría. Ni siquiera había una grieta a la que poder aferrarme. Evité mirar al vacío y me volví hacia Caspar. No se encontraba lejos de mí, como una columna delgada, oscura. No me prestó atención, parecía inmerso en sus pensamientos. Miraba al infinito con la mirada perdida. ¿Cómo había podido suscitar ese hombre... no, no era un hombre, era un hijo de las serpientes... cómo había podido suscitar en algún momento algo que no fuera profundo desprecio y repugnancia?

—Nathan y Cara no vendrán —dije en susurros.

Él no reaccionó. Ya creí que no me había oído, cuando de pronto murmuró:

—Sí, claro que vendrán. —Tras una breve pausa, agregó con furia—: Vendrán porque tú le pedirás ayuda a Nathan.

Yo negué con un gesto enérgico de cabeza y sentí una punzada de dolor tan fuerte que un sinfín de chispas blancas me inundó la vista.

—No pienso pedirle ayuda.

Avanzó lentamente un paso hacia el precipicio, pero no se acercó más.

—Me has traicionado, Sophie —señaló—, pero voy a concederte otra oportunidad. Te dejaré vivir si llamas a Nathan y lo atraes hasta aquí.

Su voz ya no poseía un tono seductor, sino que era fría y sobria, como la de quien se propone cerrar un trato comercial.

—Mi vida a cambio de la de Nathan —observé lentamente—. Parece que ésas son las cuentas que has hecho.

—Sí —respondió, lacónico.

Yo volví a negar con la cabeza, aunque esa vez con un gesto más lento y delicado.

—No te conformarías con la muerte de Nathan. Quieres a... Aurora. Y yo sería capaz de morir con tal de saber que mi hija está bien.

En ese momento Caspar posó un pie sobre el saliente de roca. Yo sentí un hormigueo en el estómago, como si me encontrara en la azotea de un rascacielos mirando hacia el vacío. Sólo tres pasos más... pensé... tres pasos más, un empujón, y caeré...

Caspar no siguió avanzando.

—Conmigo estaría bien.

—No —le respondí—, de eso no conseguirás convencerme. Y no puedes obligarme a atraer a Nathan hasta aquí. Él lo verá igual que yo. El bienestar de Aurora está por encima de... de mi propia vida.

—En ese caso me veré forzado a recurrir a otros medios.

Avanzó un paso más hacia mí y, aunque intenté reprimirlo con todas mis fuerzas, el hormigueo que sentía en el estómago se volvió tan intenso que comenzó a temblarme el cuerpo entero. Lo más probable era que Caspar no pensara empujarme de una patada sin más, seguramente pensaba agarrarme, levantarme y no... no iba a arrojarme al vacío, todavía no. Sería una muerte rápida, demasiado rápida, y no le serviría para alcanzar su objetivo. Lo que quería era asustarme, conducirme una y otra



vez al borde del abismo, dejarme suspendida en el aire y tirar de mí en el último momento. Tal vez pensaba golpearme otra vez, causarme dolor. Se apoderó de mí un miedo indescriptible. No sabía si iba a poder soportarlo, si no me iban a abandonar las fuerzas. Enderecé la espalda, intenté dejar la mente en blanco, no pensar en nada salvo en Aurora. Sin embargo, al intentar conjurar la imagen de su rostro en mi mente no vi a mi hija, sino a Nathan mirándome con unos ojos cargados tanto de preocupación como de ternura. En medio del pánico, me invadió una agradable sensación de calidez.

«Cuida de ella —le supliqué hacia mis adentros—, ¡cuida bien de mi pequeña!»

Cerré los ojos, me concentré en esas palabras, y me enderecé más aún. No sucedió nada. Cuando volví a abrir los ojos, Caspar se hallaba ante mí con los brazos en alto, y no para agarrarme, amenazarme o hacerme daño.

En ese momento percibí la ronca respiración, los jadeos y los resuellos, pero no procedían de la boca de Caspar, sino de las fauces de las figuras negras que ascendían a la carrera por la montaña.

Grité horrorizada. No venían solos... traían consigo a una mujer que se balanceaba indefensa a hombros de una de las criaturas.

Nele... ¡habían capturado a Nele!

Al llegar la arrojaron con brusquedad a los pies de Caspar.

—Nele...

Al principio, al pronunciar su nombre una y otra vez, se le estremecía el cuerpo. Estaba acurrucada, como si quisiera hacerse muy pequeña, pero al fin entreabrió los ojos, asustada. Su mirada recayó en mí, abrió los ojos un poco más, manteniéndolos fijos por el miedo. Tenía los ojos clavados en mí y al mismo tiempo me atravesaba con la mirada. Al observarla con mayor detenimiento advertí que al principio debía de haberse defendido con uñas y dientes. Prueba de ello eran los innumerables rasguños ensangrentados que salpicaban su rostro, así como las heridas de las manos, con las que debía de haber repartido golpes a diestro y siniestro. Tenía el pelo alborotado.

—Nele... —musité de nuevo.

¿La habían capturado en mi casa o la habían atrapado después?

—Por favor... —Aunque era consciente de que mis súplicas serían del todo inútiles, no pude evitarlo—. Por favor... ¡no la metas en esto!

Caspar se inclinó sobre mí y de inmediato noté una ráfaga de frío que, como un manto grueso, me envolvía.

—No me has dejado alternativa. —Hablaba en un tono tan bajo, y esa vez sin bisbiseos, que su voz resultaba casi dulce, amable.

Se incorporó de nuevo, apartó la vista de mí y se inclinó sin ninguna prisa sobre Nele. Por un instante, pensé en intentar deslizarme a rastras, pero acto seguido me di cuenta de que apenas realizara el más mínimo movimiento, él me iba a agarrar.

La sombra de Caspar cayó entonces sobre Nele. Él levantó las manos con un gesto de recibimiento como dando la bienvenida a su noble hogar a una invitada muy esperada.

—¿Ves a tu amiga? —le preguntó con voz amable—. ¿Y ves el vacío al que caería... si por casualidad cayera?

Nele seguía con la mirada fija y perdida, pero los labios empezaron a temblarle, y entonces vi que intentaba balbucear alguna cosa que no alcancé a oír.

Gaspar le entregó un teléfono móvil que yo reconocí enseguida; era el mío, ya con la batería completamente cargada.

—Lo que tienes que hacer para salvarla de una muerte terrible es muy sencillo. Marca el número de Cara Sibelius, pídele que te pase con Nathanael Grigori... y descríbele lo que ves. —La sonrisa de Caspar iba ampliándose, una sonrisa que, más que maliciosa, era la de un hombre de negocios simpático y atento.

A Nele no sólo le temblaban los labios, las manos también. El teléfono se le escurrió nada más cogerlo, pero lo recuperó de inmediato.

—No lo hagas, Nele, te lo ruego, ¡no lo hagas! —le grité.

Intenté atraer su mirada hacia mí, grité su nombre una y otra vez, sin reparar en que Caspar se había desplazado de un salto hasta mí, cuando de pronto me agarró, me puso de pie y me amenazó con la mano en alto. Y yo, que llevaba tanto tiempo reprimiendo el miedo aterrador que sentía, ya no pude dominarme.

Alguien comenzó a pegar unos gritos estridentes y ensordecedores. Tanto que pensé que iban a estallarme los oídos.

Nele...

Pero no era la voz de Nele. La misma voz, torturada y atormentada, volvió a gritar, y entonces me di cuenta de que se trataba de mi propia voz. Gritaba, invadida por un dolor que, sin saber siquiera si me brotaba del rostro, el cuello o el estómago, culminaba en la cabeza como una explosión de luz. Cuando el sinfín de destellos empezó a apagarse, volví a abrir los ojos e intenté moverme con cuidado, sometida al



ritmo de ese dolor palpitante, y en ese instante vi que Nele hablaba nerviosa por teléfono.

—¡No hagas eso! —intenté gritar otra vez—. ¡No le digas a Nathan que venga!

Pero no logré articular una sola palabra. Era demasiado tarde.

Me dejé caer sobre la roca, cerré los ojos y, por un momento, olvidé dónde estaba, quién me amenaza. Me asaltó la sensación de que, en lugar de verme atrapada al borde de un barranco, me había precipitado a un vacío sin peligros ni temores, pero también sin amor y esperanza, sola y huérfana.

Al abrir de nuevo los ojos, entorné la mirada deslumbrada; el sol incidía directamente sobre mi rostro. A juzgar por su baja posición, la tarde debía de estar bien avanzada. En el cielo azul no se apreciaba ni una sola nube.

«Qué paradójico —me dije—, qué paradójico que haga un día tan espléndido...»

No encajaba que hiciera ese tiempo en un día así. En alguna parte proseguía la vida, los niños reían y jugaban, la gente se sentía contenta o de mal humor, se besaba o discutía. Sí, el mundo era inmenso, pero mi mundo no. El mío se circunscribía a aquel precipicio, alrededor del cual aguardaba la muerte.

«Ay, ¡si sólo se tratase de mi muerte!»

Pero en el rostro de satisfacción de Caspar se adivinaba que el plan había funcionado y Nathan y Cara se hallaban ya de camino, probablemente acompañados por Aurora.

Levanté la mano y me palpé el rostro. No sabía dónde ni cómo me había golpeado para que yo hubiera dado semejantes gritos de dolor. Volví a notar un regusto metálico en la boca, pero tal vez tanto la sangre como la hinchazón y el hormigueo de la mejilla provenían aún del golpe que me había propinado en la ambulancia. En todo caso, comprobé que podía mover las extremidades —no me había roto nada—, y que podía también inspirar y espirar profundamente.

Miré hacia Nele. Después de haber cumplido su misión, permaneció acurrucada, sin moverse, con una mirada que recordaba a la de un cadáver. Por un instante me asaltó el temor de que realmente pudiera estar muerta, que hubiera sucumbido al miedo o que alguna de las criaturas la hubiera liquidado porque ya no desempeñaba ninguna función.

—Nele... —susurré.

Una de las figuras oscuras que se encontraban apostadas junto al saliente de roca se echó a reír. Me volví hacia ella, me entretuve unos segundos en examinarla y aparté la vista de ella: era una auténtica caricatura de Caspar. No cabía duda de que Caspar era un ser inquietante, pero irradiaba un brillo que lo dotaba de un aspecto humano, un aura que desprendía algo repugnante y fascinante a la vez. Sus ayudantes, sin embargo, parecían autómatas sin alma. A mí me horrorizó enterarme de que Nathan había matado al hijo de Caspar, pero ahora, al pensar en él, no me lo imaginaba como un niño indefenso, sino como una de esas despreciables criaturas, aunque más pequeño y débil, y en ese momento comprendí que Nathan no había tenido elección.

Dirigí la mirada de nuevo hacia Nele, que continuaba inmóvil.

—¡Nele! —intenté llamarla una vez más.

Caspar avanzó un paso y se colocó entre las dos para impedirme que viera a mi amiga.

—Todo esto es por tu culpa —sentenció con sarcasmo.

Aunque tenía la voz temblorosa a causa del miedo, logré controlarla lo suficiente para preguntar:

—¿Qué le has hecho a Nele?

Caspar se encogió de hombros como si quisiera dilatar la respuesta.

—¿Hacerle? ¡En realidad nada! Pero al parecer ella no ha resistido tan bien el ascenso de la montaña. No temas, no está muerta. Sólo se ha desmayado. —Mirando al cielo, soltó una carcajada de desdén y de mofa hacia la fragilidad de la muchedumbre humana, aunque también de repugnancia.

Yo deseé con todas mis fuerzas que, tal como Caspar decía, Nele sólo hubiese perdido el conocimiento, aunque pocos segundos más tarde dejé de pensar en el estado de mi amiga.

De pronto un rumor rompió la calma, casi como el susurro del viento que silbaba entre los arbustos espinosos. Después se convirtió en el crujido de unos pasos presurosos abriéndose camino entre la hierba. Alguien llegó corriendo, qué digo corriendo, como una exhalación. Yo, que seguía con la mirada clavada en el rostro de Caspar, advertí que le cambiaba la expresión, que el desprecio y la sorna dejaban paso a la avidez. Sus ojos negros brillaban.

—Pero bueno... —exclamó en tono triunfante.

Yo me volví muy despacio, aunque ya sabía quién venía hacia nosotros antes de que Caspar lo anunciara con tanto júbilo. Hasta el último instante albergué la

esperanza de que se mantuvieran alejados del peligro, pero en ese instante, cuando Nathan y Cara se dirigieron hacia nosotros y yo le devolví a Nathan la mirada de preocupación, me invadió una sensación de calidez y por un fugaz instante sentí que no me hallaba al borde de un precipicio. Me sumergí en el azul de los ojos de Nathan, y lo sentí tan cerca que creí notar sus manos delicadas sobre mi rostro, su fibroso cuerpo, cálido y protector, contra el mío, nuestros corazones latiendo al mismo compás. Nadie ni nada podía arrebatarme esa felicidad: su amor incondicional, su firme voluntad de protegerme del mal, y la certeza de que —aunque muriera allí mismo— abandonaría este mundo en paz con él, sabiendo que me amaba y amando yo también. Ya no me asustaba tanto morir. Mi situación era desesperada, pero aun así podía aferrarme a la idea de que Nathan y yo nos pertenecíamos. En lo más hondo de mí sentía la esperanza de que nada podría separarnos, la confianza de que, de algún modo, todo iba a salir bien.

Cuando Nathan apartó la mirada de mí y se volvió hacia Caspar, la calidez se desvaneció por completo. Lo que no me abandonó fue el alivio, el gran alivio que sentí al ver que Aurora no estaba con ellos.

No tenía ni idea de dónde podían haberla escondido, ni siquiera estaba segura de que se encontrara a salvo, pero algo me decía que estaba bien, al menos en ese instante.

Nathan y Cara recorrieron los últimos pasos a tanta velocidad que yo apenas pude seguirlos con la vista. Y lo que sucedió a continuación, cuando llegaron a la cumbre, también transcurrió a un ritmo que me desbordó por completo. Aún no había alcanzado a distinguir las espadas cuando embistieron con ellas a las criaturas de Caspar. En un instante crujía la hierba bajo sus pies y al siguiente volvían a pisar la roca desnuda; no, no la pisaban, más bien revoloteaban, ágiles y ligeros, sobre ella. En ese momento se oyó un chirrido tan ensordecedor que creí que iba a explotarme la cabeza.

Al instante dos de las figuras negras que habían acarreado a Nele hasta allí yacían en el suelo con los brazos extrañamente retorcidos. Yo los miré confundida, hasta que comprendí que los habían degollado y que del cuello les brotaba sangre azul.

Me asombró ver lo rápido que Nathan y Cara acabaron con esas criaturas, y eso despertó esperanzas en mí. Si habían logrado vencerlos a los dos tan fácilmente, tal vez uniendo sus fuerzas podían eliminar a Caspar, liberarme, llevarse a Nele de allí... Justo en ese instante Cara se inclinó sobre Nele. Le tomó el pulso y le hizo una señal a Nathan para indicarle que estaba viva.

«Sí, Nele está viva... sólo ha sufrido un desmayo... todo saldrá bien...»

Pero había cantado victoria demasiado pronto. En cuanto miré el rostro de Caspar, el horror volvió a apoderarse de mí.

Caspar no se inquietó lo más mínimo por la pérdida de sus dos compañeros de batalla. Por lo visto eran los más débiles, dos criaturas de las que podía prescindir y cuya muerte había asumido de antemano. Soltó una amenazadora carcajada y me pareció que no sólo oía su risa, sino que ésta me recorría todo el cuerpo como una ola de frío que lo impregnaba todo, inundando y cubriendo de horror cada fibra y cada poro.

—Bueno —dijo—, vosotros habéis calentado antes de venir.

Nathan se dirigió muy despacio hacia él y se detuvo a pocos pasos de distancia. En su rostro no se apreciaba movimiento, pero vi que las manos le temblaban ligeramente. Yo también percibía la tensión, casi corporal, que crecía entre ellos. Ya en la batalla que libraron en el jardín de Cara se había notado esa misma sensación, como si el aire estuviera cargado de electricidad; en ese instante, el odio y el rechazo que sentían el uno por el otro surcaban el aire como rayos. La luz del sol ya no era cálida, luminosa ni agradable, sino que parecía el frío resplandor de una lámpara de neón.

Cuando Nathan comenzó a hablar, su voz resultaba casi irreconocible. Era dura y distante, desposeída de la ronquera que a mí me conmovía, y de la calidez que le confería la delicadeza de su melancolía.

—Tú nunca has deseado luchar contra mí. ¿Por qué ahora sí? ¿O es que llevas años planeándolo con alevosía?

La sonrisa se borró de los labios de Caspar; en lugar de diversión, su rostro exhibía una mueca de honda satisfacción.

—Tienes razón. Siempre te he evitado. Pero eso no significa que sea un cobarde. Tal vez en alguna ocasión me comporté como tal, cuando en su momento dejé escapar la oportunidad de vengar a Serafina. Pero no volveré a permitir que, por segunda vez, me arrebates aquello que es mío. —Hizo una breve pausa—. Respóndeme con sinceridad, Nathan: ¿no quieres tú también zanjar este asunto entre nosotros de una vez por todas? ¿Cuánto tiempo hace que nuestros caminos se cruzan? ¿No estás tan harto de ver mi cara como yo de ver la tuya? Al final de esta lucha sólo quedará en el mundo uno de los dos. Tú o yo.

—Si tú lo dices —replicó Nathan con expresión de indiferencia—. Pero hay algo que debes saber: aunque consigas derrotarme, Aurora nunca será tuya.

A mí se me cortó la respiración al oír el nombre de mi hija.

—No la encontrarás —apuntó Cara, y avanzó también hacia ellos— porque la hemos escondido en un lugar seguro. Aunque Nathan no estuviera, ¡yo jamás permitiría que cayera en tus manos!

Con un gesto amenazador, Cara enarboló la espada, pero Caspar no sólo no pestañeó, sino que soltó una carcajada. En ese instante, los ojos verdes de Cara resplandecieron bajo la oscura mirada de Caspar.

—Yo de momento sólo pretendo batirme con Nathan, no contigo —aclaró, recuperando la seriedad de súbito—. Créeme que no sería para mí un plato de buen gusto luchar contigo, querida Cara. Serafina siempre te odió, y sé que por entonces entraste en el juego... pero no soy un monstruo. Si quieres refugiarte en un lugar seguro, ésta es tu oportunidad.

Cara sacudió la cabeza con rabia. La oferta de Caspar no la desconcertó como a mí. El hecho de que Nathan y Caspar eran viejos enemigos, lo sabía, pero yo estaba convencida de que Caspar sentía también un profundo desprecio por Cara. Sin embargo, él acababa de ofrecerle la posibilidad de huir, a la nefilim de peculiares ojos verdes, a la única que se mantenía fiel a Nathan y que estaba dispuesta a todo para proteger a Aurora de él.

A Caspar no le pasó inadvertida mi estupefacción, y por primera vez se dirigió a mí:

—Sí, no soy un monstruo —repitió con sorna—. Si Cara no alza su espada contra mí, no le haré nada. Es tan merecedora de la venganza como Nathan. Pero hay ocasiones en que uno debe situar la piedad por encima de la justicia... ¿no crees, hermanita del alma?

Al pronunciar esas últimas palabras, hizo una leve reverencia hacia Cara.

Yo me volví, escudriñé los ojos verdes de Cara y advertí que su rostro se hallaba conmovido por sentimientos que jamás había visto en ella. Ella siempre se mostraba calmada, destilaba una serenidad capaz de aplacar cualquier turbación del alma y, sin embargo, en esos momentos su rostro traslucía vergüenza y una profunda consternación.

—Cara...

—Es cierto —afirmó tras un breve titubeo—, soy hermana de Caspar.

Mi confusión aumentó.

Nathan me había explicado que el de Cara se contaba entre los casos excepcionales de nefilim que se habían rebelado contra su destino —sus ojos verdes eran la prueba visible de ello— y había traspasado la frontera casi insalvable que

separaba a los guardianes de los hijos de las serpientes. Pero jamás se me habría pasado por la cabeza que les uniera una relación de parentesco, y jamás había reparado en la similitud de sus nombres.

Cara y Caspar.

Cara me miró.

—Mi madre —empezó a explicarme— era una de las elegidas. Amaba a mi padre y aceptaba quién era... qué era... pero nunca aprobó sus actos. No podía impedir que matara a humanos, en realidad ni siquiera lo intentaba porque era demasiado débil. Pero ella siempre fue consciente de que él era malvado, y jamás permitió que le arrebatara su amor por la belleza, la verdad y la bondad.

Caspar soltó de nuevo una risotada, aunque sin tanta convicción. Por un fugaz instante su mirada quedó teñida de gravedad y tristeza, como la de su hermana, reflejando esa herencia de su madre, aunque en él no latía con la misma fuerza que en Cara, que había cambiado de lado.

—¡Ahórranos tus sensiblerías! —siseó—. Estoy seguro de que ahora me recitarás ese viejo dicho tuyo: «No podemos escoger de quién nacemos, pero podemos decidir quiénes somos.» ¡Menuda estupidez!

—¡Es cierto! —replicó Cara con firmeza—. Tal vez no valga para todo el mundo. Pero yo lo he conseguido, ¡y si hubieras querido, tú también!

—¿Conseguir qué? ¿Negar sencillamente lo que soy? ¿Salir corriendo? ¿Cómo tú? A mi lado estabas destinada a convertirte en alguien grande.

—¡Sí, en una gran asesina! —Cara estaba tan iracunda que en esos momentos su voz siseaba como la de los hijos de las serpientes.

—¿Quién quiere matar a quién aquí? —le preguntó Caspar.

—Eso debería preguntarte yo a ti. Tú eres el que nos ha traído hasta aquí, el que lo ha planeado todo.

—Si Nathan no se hubiera interpuesto en mi camino... —Caspar sacudió la cabeza—. Pero ése es un problema entre él y yo. Tú no tienes nada que ver en esto. Ésta no es tu lucha, Cara. ¡Márchate! ¡Desaparece! No entiendo por qué siempre ayudas a Nathan y por qué quieres mantener a Aurora alejada de mí. ¡Conmigo todo le iría bien!

—¿Igual de bien que me fue a mí con nuestro padre? —replicó Cara—. ¡En realidad a ti también te repugnaba lo que hacía! Lo que pasa es que te empeñabas en disimularlo y te burlabas de mí. Yo tuve que presenciar cómo vosotros atacabais a los hombres como animales de presa, cómo os reíais a carcajadas de ellos cuando os



miraban con la cara descompuesta por el pánico, cómo tú te sentías lleno de orgullo cuando él te elogiaba. Pero a mí no me engañabas. A ti no te producía el mismo placer que a él. Después siempre limpiabas a conciencia, aunque a escondidas, la sangre de tus víctimas. Y a pesar de todo te reías de mí cuando yo hacía lo mismo.

El rostro de Cara no había traslucido jamás sus viejas tribulaciones y, sin embargo, en ese instante parecía que las llevara grabadas en el semblante. El suyo era un tormento más destructor que la constante lucha interna de Nathan con su destino, y más profundo aún que el deseo oculto de Caspar de vivir en paz. Ninguno de ellos se sentía conforme con lo que era, pero ambos parecían ser capaces de superar su infelicidad interior cuando llegaba el momento de luchar. Sin embargo, Cara probablemente nunca lograba olvidarlo, su tormento la acompañaba siempre, en cada paso, en cada aliento. ¿Sería tal vez ésa la razón de que siempre se mostrara contenida? ¿Porque llevaba años, décadas, entrenando para que nadie pudiera intuir sus verdaderos sentimientos?

—¡Tú tuviste la culpa de que él te atormentara de ese modo! —gritó Caspar—. Con que hubieras demostrado una sola vez lo fuerte que eras él te habría dejado tranquila. ¿Acaso era tanto pedir? ¡Él sólo quería que mataras a una persona y te apropiaras de sus cualidades! ¿Tan terrible es eso? ¿Una persona?

Cara negó enérgicamente con la cabeza.

—Que no seas capaz de comprenderlo... que me hagas esa misma pregunta una y otra vez... ¡eso es lo que nos mantendrá separados el resto de la eternidad!

—Veo que estás convencida de que eres mejor que yo, pero ¿crees que luchando también serás superior?

Yo me había preparado instintivamente para el comienzo de la lucha, y tampoco me había pasado por alto la inquietud con la que lo esperaban las criaturas negras, que lo observaban todo. Aun así, tras el intercambio verbal de los hermanos, me sorprendió cuando de pronto desenfundaron las espadas, a tal velocidad que yo apenas pude distinguir quién la alzó primero para embestir al otro. Contemplé boquiabierta los ágiles movimientos circulares, esa danza magistral que constituía un espectáculo de armonía y muerte a la vez, sin saber a ciencia cierta si la percepción de lo que estaba sucediendo delante de mí era correcta: parecía que Caspar había atacado a Cara, ante lo cual Nathan intentó protegerla mientras los tres ayudantes de Caspar que quedaban vivos se abalanzaron sobre él. Se movían tan rápido que yo sólo alcanzaba a distinguir una maraña inextricable de cuerpos de la que asomaban espadas por aquí y por allá. Los gritos se elevaban, gritos de victoria, dolor, odio y sarcasmo.

—¡Corre! —oí que me gritaba Cara—. ¡Sal corriendo!



En ese instante me di cuenta de que Caspar estaba demasiado ocupado como para percatarse de mi huida y que podía alejarme del precipicio. El camino hacia el valle estaba libre. Pero no eché a correr hacia abajo, sino que me abalancé sobre Nele, le palpé el cuerpo y le tiré del brazo.

Comprobé que respiraba, el corazón le palpitaba, pero continuaba con los párpados cerrados.

—¡Nele! ¡Por favor, Nele! ¡Despierta!

Como seguía sin moverse, intenté cargar con ella, pero pesaba demasiado.

—¡Te he dicho que corras! —volvió a gritarme Cara—. ¡Tienes que irte de aquí!

Yo seguí sin hacer caso de la orden desesperada de Cara. Ni por un momento se me pasó por la cabeza abandonar a Nele, que siempre había estado a mi lado, que siempre me había ayudado.

La algarabía era cada vez más atronadora, parecía que el suelo vibrara.

Empecé a zarandear a Nele, a pellizcarle la piel y a darle cachetes cada vez un poco más fuertes. El tintineo metálico de las espadas se oía más cerca; por las ráfagas de aire que me llegaban sabía que las hojas nos pasaban rozando. Nuestra situación era cada vez más peligrosa, más desesperada, y entonces al fin Nele abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? —farfulló.

Aunque volvió en sí, permaneció unos instantes acurrucada en el suelo, sin fuerza, con la mirada igual de vacía que antes. Todavía no era ni la sombra de la Nele enérgica, parlanchina y algo chillona que yo conocía. Parecía una niña desorientada.

—¡Levántate! —le grité—. ¡Arriba! ¡Tu vida corre peligro!

Después de una sacudida que le recorrió el cuerpo, empezó a parpadear cuando se percató de lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor. A ella, que no las había oído nunca, el estrépito de las espadas debía de resultarle más ensordecedor aún que a mí. Justo a nuestro lado cayó una figura negra y exhaló un último siseo. Yo ya lo había oído otras veces y más o menos pude soportarlo, pero Nele chilló horrorizada cuando le salpicó un chorro de sangre.

El susto le dio fuerza. Por fin se levantó y dejó que yo la guiara. La forcé a agacharse al pasar corriendo junto a los que libraban la batalla, intenté mantener la máxima distancia procurando al mismo tiempo no dar ningún paso en falso hacia el



amenazador abismo. Las piedras que pisábamos parecían temblar bajo nuestros pies mientras nos alejábamos corriendo. Cuando atravesamos el pedregal y logramos dejar atrás el precipicio y el tumulto, seguí el rastro de las pisadas que Cara y Nathan habían dejado a su paso en la tierra húmeda y la hierba. En varias ocasiones resbalé o me enganché con las ramas espinosas de algún arbusto. Llevaba a Nele agarrada de la mano, pero no la solté en ningún momento, y tampoco volví la vista atrás.

¡Lejos! ¡Lejos! ¡Tenía que llevarla lejos de allí!

Esa orden resonaba en mi cabeza a cada paso que daba. El camino del valle, que a hombros de Caspar me pareció tan corto, se me estaba haciendo eterno. Cuando dejamos atrás los arbustos de espino, iba rozándome con las piedras, enganchándome con las raíces, cortándome con la hierba, pero no sentía nada, sólo el impulso del temor a que alguien nos asaltara en el camino, nos detuviera y Nele volviera a verse amenazada.

Al fin llegamos a la entrada de la arboleda, cuyo techo de hojas y pinochas nos protegía de la resplandeciente luz del sol.

Nele gimoteó.

—¡Sophie! —Por primera vez se resistió contra la firmeza de mi mano y me obligó a mirarla—. Sophie, ¿qué está pasando?

En sus facciones podía adivinarse un desconcierto absoluto. Yo la comprendía perfectamente, había vivido en mi propia piel lo que significaba verse rodeado de sucesos inexplicables. Pero no era el momento de pararse a dar explicaciones.

«¡Lejos! ¡Lejos!» En mi cabeza seguía resonando lo mismo: «¡Tengo que llevarme a Nele lejos de aquí!»

—¡Nele, corre! —le supliqué con premura—. Ahora no hace falta que sepas lo que está pasando. ¡Ahora tienes que ponerte a salvo!

Mis palabras fueron inútiles.

—Esos hombres... —farfulló entre titubeos— asaltaron la casa... y a los policías los...

Al recordarlo, se llevó la mano a la boca.

—¡Nele! ¡Cálmate! ¡No pienses en eso! Ahora tienes que...

De pronto salió de la parálisis. Entonces fue ella quien me agarró de la mano, tiró de mí y siguió corriendo, deprisa, cada vez más deprisa. Cuando resbalaba, me arrastraba con ella y ambas caíamos al suelo. Patinamos en el suelo enfangado del bosque, nos enganchábamos con los troncos de los árboles. Pero ella se incorporaba de

inmediato y seguía tirando de mí sin inmutarse. Yo me dejé llevar hasta que atravesamos el bosque casi entero, y entonces la frené.

—¡Nele! —grité—. ¡Nele! ¡No puedo seguir!

—¡Pero si tú misma acabas de decirlo! ¡Tenemos que alejarnos de aquí como sea! —respondió.

—Tengo que volver —repliqué—. Sólo quería que tú te pusieras a salvo, y aquí ya nadie te asaltará. Sigue corriendo, busca un lugar donde esconderte y no llames a la policía, ¿me oyes? La policía no puede con ellos. Ya lo has visto, no existen armas con que vencerlos. El único que puede derrotar a Caspar es...

Me interrumpí. Nele me tiró de la mano, pero finalmente me soltó al ver que yo me resistía con firmeza y echó a correr de nuevo. Al cabo de pocos pasos se detuvo y volvió la vista atrás.

—Sophie...

—¡Vete! —le imploré una vez más—. ¡Corre! ¡No te preocupes por mí! Pero no digas una sola palabra... ¡a nadie!

No hizo preguntas, pero tuve que pedirle, suplicarle y al final gritarle varias veces que se fuera, hasta que en algún momento se dio media vuelta y, empujada por las escalofriantes imágenes que había presenciado, se adentró en el valle.

Yo me sentí aliviada al verla alejarse, con la esperanza de que en el camino se cruzara con alguien que cuidase de ella.

Me remordía la conciencia dejarla marchar así, pero no podía acompañarla. No mientras Cara y Nathan estuvieran luchando por su vida. ¡Tenía que ayudarlos!

Tenía claro que no podía entrar en la batalla, pero tal vez conseguía distraer a Caspar, hacerle perder los nervios con mi inesperado regreso y que por unos segundos Nathan gozara de una ligera ventaja.

No sabía cómo, pero sabía que tenía que intentarlo. Cuando Nele al fin desapareció en la sombría frondosidad del bosque, me di media vuelta y emprendí de nuevo el ascenso.

Por un rato sólo existimos mi jadeante respiración, el tortuoso suelo que pisaba y yo. Después ya no pude mantener ese paso tan ligero, pero a pesar de los resuellos no me detuve ni una sola vez.

Al tiempo empecé a oír a lo lejos el estrépito de las espadas, pero a medida que me acercaba al precipicio, me di cuenta de que ya no era intenso. En ese instante oí con nitidez los gemidos, los quejidos, los siseos y el estrépito metálico, pero ya no era tan



estridente, pues tanto las bocas como las espadas se habían reducido en número. Estaba a punto de dar los últimos pasos cuando tropecé con una figura oscura y caí al suelo. Rápidamente me levanté asustada y retrocedí un par de pasos y rodeé el cadáver, sin pararme a mirarlo con detenimiento. El siguiente cuerpo que encontré en el camino lo esquivé con cuidado, y lo mismo hice con el tercero.

El ejército de Caspar... menguado... tal vez destruido del todo.

Me sentí aliviada, esperanzada, hasta que, unos pasos más allá, grité horrorizada. Había vuelto a toparme con un cuerpo en mitad del pedregal, pero en esa ocasión la vestimenta no era negra.

Miré a Cara a los ojos, sus ojos verdes permanecían tan inmóviles que temí que estuviera muerta. Aterrada, me arrodillé junto a ella y noté que las piedras afiladas se me clavaban en la piel.

—Cara...

Emitió un débil quejido. La espada se le había deslizado de las manos y yacía a unos cuantos metros de distancia, no muy lejos de donde luchaban Nathan y Caspar, los únicos que todavía se hallaban en disposición de blandir sus espadas. La lucha parecía más encarnizada y feroz que la noche que se enfrentaron en el jardín, pero aun así a Caspar le quedaban fuerzas para gritarle a Cara:

—¡Te lo advertí, Cara! ¡No deberías haberme desafiado!

En ese instante vi la herida: un corte abierto y profundo a lo largo del pecho, del que brotaba la sangre azul.

Me incliné sobre ella y la miré aturdida. ¿Qué debía hacer? ¿Intentar detener la hemorragia? Sabía que a los nefilim sólo podían matarlos sus iguales, pero ¿qué sucedía cuándo los herían?

—¡Cara! —exclamé—. ¿Qué debo hacer?

No me respondió, pero en ese instante oí la voz de Nathan, que gritó entre jadeos:

—¡Llévatela de aquí!

Los acontecimientos parecían sucederse en un círculo absurdo. Acababa de afrontar exactamente la misma situación unos instantes antes, al verme frente al cuerpo inmóvil de Nele y tener que huir con ella. Ahora tenía que huir de nuevo, pero esta vez con Cara, que me miraba con la mirada perdida sin moverse.

—¡Cara! —la llamé, y volvió a soltar un quejido.



De nuevo oí la voz de Nathan:

—Ella te conducirá hasta Aurora. Yo entretendré a Caspar.

Los gritos de Caspar, más fuertes y estridentes que el estrépito de las espadas al chocar, destilaban auténtica ira. Poseído todavía por el desprecio hacia su hermana, se dio cuenta de que había cometido un grave error al herirla en lugar de matarla. No sé si no había podido o no había querido, pero en su rostro advertí la sorpresa al ver que yo había regresado y estaba ocupándome de Cara.

Brotaba cada vez más sangre de la herida abierta. Yo, sin dudar más, me quité rápidamente la chaqueta —hasta ese momento ni siquiera fui consciente de que la llevaba puesta— y la presioné contra el pecho de Cara. Al cabo de un instante el tejido quedó impregnado del viscoso líquido azul. Reprimí la repugnancia que me producía, no sólo el aspecto de la sangre, sino también el insólito frío que desprendía su piel.

En un primer momento Cara yacía inmóvil bajo mis manos, con el rostro cada vez más pálido, la mirada cada vez más vacía, pero de pronto una sacudida le recorrió todo el cuerpo y empezó a incorporarse poco a poco.

Entonces oí un grito furibundo de Caspar. Quería abalanzarse sobre nosotras, pero Nathan se lo impidió. Si bien era cierto que Caspar no podía alcanzarme con la espada, me daba la sensación de que me atravesaba con los ojos cada vez que me miraba. Por un instante me quedé mirando, como hechizada, la negrura de sus ojos y sólo vislumbré instinto asesino.

—¡Tú...! —exclamó.

—¡Marchaos de aquí ahora mismo! —gritó Nathan.

Y una vez más tuve la impresión de que el tiempo, en lugar de avanzar, giraba en círculos, de que en realidad era imposible salir de esa situación porque regresaba una y otra vez al angustioso punto de partida. Tiré de la mano fláccida de Cara. Apoyé su cuerpo débil en el mío y emprendí el descenso de la montaña. Entre resbalones y tropezones, conseguimos avanzar, aunque con la constante inquietud de que alguien pudiera asaltarnos.

Pero yo había logrado llegar hasta el bosque con Nele, y con Cara también lo haría. Su rostro traslucía el inmenso dolor, pero respiraba y podía caminar.

—¿Dónde está? ¿Dónde la habéis escondido?

Me detuve por primera vez y sujeté a Cara con los brazos al ver que, entre jadeos, intentaba farfullar algo. Daba la impresión de que hablar le costaba un esfuerzo ímprobo. Hasta entonces habíamos atravesado el bosque sin problemas, pero en ese

instante volvía a salirle sangre del pecho a borbotones; empalideció más aún y cayó de rodillas.

—¿Dónde está Aurora?

Cara intentó hablar de nuevo, pero antes de articular palabra, alzó la vista atemorizada. ¿Nos estaban siguiendo? ¿Habría sobrevivido alguna de las criaturas oscuras de Caspar y tramaba atacarnos por sorpresa? Agudicé el oído, atenta a los ruidos del bosque, pero no oí absolutamente nada, ni el gorjeo de los pájaros ni el susurro del viento.

—Cara, ¿adónde quieres que te lleve?

Por un instante temí que se le agotaran las fuerzas y quedara tendida en el suelo del bosque, pero apretó los dientes y luchó por levantarse de nuevo.

—Sólo... ne... necesito... tiempo...

—¿Y Aurora?

—Con... Josephine...

Yo tardé unos segundos en comprender de quién hablaba. La bondadosa y anciana mujer de la pequeña tienda de ultramarinos no pertenecía a este mundo, formaba parte de una normalidad que se había desvanecido hacía tiempo. Pero cuando Cara asintió con firmeza, me di cuenta de que habían tomado la decisión correcta. Josephine era discreta. A Caspar jamás se le ocurriría buscar a Aurora precisamente en esa pequeña tienda, a la vista de todos.

Cara avanzó un par de pasos y volvió a detenerse.

—¡Continúa tú! —me pidió.

—Cuando no puedas más, continuaré yo sola. Pero mientras puedas ir avanzando, aunque sea paso a paso, pienso quedarme contigo para ayudarte —dije con determinación.

Volví a preguntarme si Cara poseía poderes autocurativos y cómo funcionaban. Sin duda debía de tenerlos, porque de lo contrario ya se habría desangrado. Mientras caminábamos seguí presionando contra el pecho la chaqueta de la que caían gotas oscuras. También yo estaba manchada de sangre azul por todas partes. Me pregunté cómo iba a explicárselo a Josephine.

Cara pareció adivinar mis pensamientos y dijo con la respiración entrecortada:

—Josephine y yo... somos amigas... desde hace tiempo... Siempre está dispuesta a... a ayudar... Es muy amable... y sobre todo... no hace preguntas.



Logramos avanzar otros diez pasos más y en ese momento afrontábamos un tramo del camino especialmente escarpado. Nos deslizamos de árbol en árbol por el suelo crujiente del bosque. La corteza se me quedaba grabada en las palmas de las manos.

—¿Cómo es que Caspar no te ha matado?

Cara continuaba sin poder hilar una frase completa.

—Nathan se... se lo impidió... pero de todos modos... no se habría atrevido...

Respiró hondo, su voz poseía un tono metálico.

—De niño Caspar estaba como yo... perdido... odiaba con toda su alma el mundo de nuestro padre. Pero después él acabó acomodándose mientras que yo me enfrenté a él.

Su voz era cada vez más débil, y no quise seguir haciéndole preguntas para no fatigarla. A mí me confundía que Caspar no la hubiera matado, pero más aún que, ahora que su ejército había quedado totalmente destruido, continuara luchando él solo contra Nathan. ¿Por qué, sabiendo que su regimiento no resistiría, no se había preparado mejor para procurarse una mayor ventaja sobre su enemigo mortal? ¿Por qué justamente ahora se embarcaba en una lucha de igual a igual que llevaba siglos, incluso después de morir Serafina, evitando? ¿Existía la posibilidad de que, sin nosotros saberlo, tuviera un as guardado en la manga?

No merecía la pena pensar en ello. Resbalábamos, tropezábamos y volvíamos a levantarnos. Cada vez que caíamos me asaltaba el miedo de que en algún momento a Cara se le agotaran las fuerzas, pero siempre logramos seguir adelante.

Al cabo de un rato entreoí a lo lejos el ruido de los coches en la carretera. Nunca habría imaginado que algún día ese ruido me parecería música celestial.

—Estamos en lo alto del pueblo —masculló Cara—, ya sólo nos queda un trozo... y saldremos del bosque justo al lado de la tienda de Josephine.

Yo apenas me atrevía a pensar que nuestro destino se hallara tan cerca. Sin embargo, ciertamente, al cabo de poco tiempo el mar oscuro de árboles empezó a aclararse, dejando a la vista el parque, donde pocas semanas antes Aurora había estado jugando con otros niños de su edad, y el tejado rojo de la tienda de Josephine. Hasta entonces había concentrado todas mis fuerzas en lograr que Cara llegara hasta allí, pero en ese momento noté que las rodillas me temblaban de cansancio. Apenas podía sostenerme en pie, y menos aún seguir ayudando a Cara.

Josephine debía de habernos visto porque salió precipitadamente de la tienda y se dirigió corriendo hacia nosotras.



El bombardeo de preguntas que yo esperaba no se produjo. En silencio y sin prestar atención a la viscosa sangre azul, agarró a Cara y la sostuvo por debajo del brazo, como yo, para aliviarle el resto del camino.

—Aurora... ¿dónde está Aurora? —grité yo, presa del pánico.

—Aurora está bien. Todo está bien.

Con gran fatiga logramos recorrer los últimos metros. Los enormes árboles que bordeaban la calle nos protegían de las miradas de los curiosos. Y cuando alcanzamos al fin la tienda, tuvimos que levantar a Cara para que traspasara el umbral. Nada más entrar, Cara se desplomó, y yo caí también de rodillas.

—¡Aurora! —grité.

Josephine se apresuró a cerrar la puerta desde el interior.

—¡Arriba! —respondió señalando a su espalda—. Aurora está arriba...

Entonces distinguí la portezuela que se abría tras la caja. Volví a ponerme en pie, y casi sin fuerzas, me dirigí hacia la puerta y la abrí. Una escalera conducía al piso de arriba, donde al parecer vivía Josephine.

Cara, no sé cómo, también consiguió levantarse y me siguió con ayuda de Josephine. A cada peldaño se quejaba de dolor, y yo misma también creí que iba a estallarme el pecho de cansancio. Pero me sentía capaz de soportarlo todo con tal de saber que estábamos a salvo. Al fin llegamos al piso de arriba y Aurora se lanzó a mis brazos. Estaba pálida, tenía los ojos muy abiertos, pero se encontraba sana y salva y, en ese instante, eso era lo más importante.

Tomé a Aurora en mis brazos, la estreché contra mí y noté que no sólo su cuerpo, también el mío, se relajaba. No dijo nada, tampoco hizo preguntas, sólo enterró la cabeza en mi pecho.

«Bien... está bien...»

Al levantar la vista, vi que Josephine estaba cerrando las ventanas. No comprendí qué pretendía con eso. Había cerrado la puerta de la tienda para que nadie nos molestara, pero ¿por qué cerraba a cal y canto todas las ventanas? ¿Sabía que en la montaña estaba librándose una batalla? ¿Era una medida de protección contra Caspar, del que tal vez le había hablado Aurora?

Aurora se separó de mí y corrió hacia Cara, que se encontraba tendida en el suelo con la mirada clavada en el techo. Aurora le acarició el rostro.

Cara intentó sonreír y levantar la mano, pero no le alcanzaron las fuerzas y volvió a caerle con flaccidez sobre el suelo.



—No tengas miedo —dijo con un hilo de voz—, me pondré bien enseguida. Aquí estamos a salvo.

Yo seguí a Aurora y me arrodillé a su lado.

—¿Qué debo hacer entonces para ayudarte?

—Se curará sola... sólo necesito tiempo... tiempo para descansar...

Cerró los ojos y no pareció darse cuenta de que Josephine acababa de cerrar la última ventana de la tienda. La habitación —en ese instante reparé en que, salvo por un viejo sofá desgastado, estaba vacía— quedó casi a oscuras, pues por las rendijas penetraba una luz débil y mortecina. Sin el sol abrasador se notaba más frío; el sudor que aún me cubría la frente, se secó sobre la piel.

Alcé la vista.

—¿Dónde... dónde puedo lavarme? Estoy llena de...

No continué la frase. Josephine se encontraba no muy lejos de mí, con el cuerpo muy erguido y los brazos cruzados a la altura del pecho. Había algo en su postura que me irritó. De pronto parecía mucho más grande y la joroba que formaba su espalda había desaparecido. Y su piel, su piel arrugada y ya marchita, ¿cómo es que de repente exhibía esa tersura? Además se había deshecho el moño que acostumbraba llevar y lucía el cabello suelto sobre los hombros. Sin embargo, lo más extraño de todo era su mirada. Con lo cálidos, bondadosos y expresivos que me habían resultado siempre sus ojos, y ahora de pronto eran tan oscuros... tan negros... negros y inescrutables.

Oí un grito, pero esa vez no provenía de mi garganta, sino de la de Aurora. Cara también protestó. Vi que intentaba levantarse pero no lo conseguía.

—No te esfuerces —dijo Josephine. No era su voz, la voz de la mujer anciana y amable que solía conversar conmigo y regalarme manzanas. Su voz recordaba más bien al siseo de una serpiente.

»¡No te esfuerces! —exclamó de nuevo—. Nunca he sido amiga de emplear la fuerza física, pero en tu lamentable estado podría derrotarte casi sin mover un dedo...

—Tú... —exclamó Cara.

—Sí —Josephine estalló en carcajadas—. ¡Ésa es la más valiosa de mis facultades! Que nadie me reconoce. ¡Sólo Caspar sabe quién soy! Y estoy dispuesta a ayudar a Caspar en la lucha contra Nathan.

Abandonó la postura erguida, desenlazó las manos y las levantó con un gesto amenazador mientras se acercaba hacia nosotras y nos fulminaba con la mirada.



—En cuanto os mate a vosotras dos, me llevaré a Aurora con él.



CAPÍTULO 12

Eran muchas las cosas que en los últimos días me costaba comprender. Sumida en el desconcierto y la estupefacción, me pasaba el día boquiabierta, sacudiendo la cabeza o sencillamente pasmada, sin querer creer lo que veía y oía.

Sin embargo, en ese momento no sólo me sentía tremendamente impactada, sino también engañada. Engañada por Josephine, la anciana supuestamente entrañable y encantadora, pero también por Cara, Nathan y Caspar, que me habían contado muchas cosas sobre los nefilim, pero al parecer se habían olvidado de mencionar una cuestión capital. Y es que no todas las personas de esa raza eran, a primera vista, más hermosas, fuertes, rápidas, inteligentes y ágiles que los humanos. Sacudí la cabeza. ¡Era demasiado, sencillamente demasiado!

¡Era increíble que Josephine perteneciera también a los nefilim! Y más increíble todavía que al mismo tiempo luciera esa apariencia de anciana débil. O no, al parecer ya no era débil, porque en ese instante sacó la espada que guardaba bajo el sofá y comenzó a blandiría en el aire con una fuerza que daba miedo.

Yo me quedé mirándola boquiabierta, y tal vez fue precisamente eso lo que nos salvó: yo expresé mi indignación, confusión y desconcierto, pero en ningún momento mostré miedo. De alguna forma eso pareció herirle el orgullo a Josephine.

Al ver que no me echaba a temblar ni me achantaba ante su ataque, Josephine bajó la espada.

—¿No os lo esperabais? —siseó, abriendo los labios en una sonrisa cada vez más amplia y enajenada—. Pues sí, yo también soy de los nefilim.

Algo se iluminó en sus ojos; probablemente no era la primera vez que se regodeaba en la sensación de triunfo que experimentaba al revelar su verdadera naturaleza.

Se abrió paso junto a mí y se agachó delante de Cara.

—Que Sophie no me reconociera es lógico —exclamó casi con júbilo—. ¿Cómo iba una estúpida humana como ella a intuir la verdad? Aurora me daba un poco más de miedo, pero un crío que todavía está comenzando es fácil de engañar. —Con evidentes aires de suficiencia, se relamió—. Pero a ti —añadió inclinándose con un gesto exagerado sobre Cara—, que te haya engañado a ti, ¡es una auténtica proeza! —Lanzó la cabeza hacia atrás y soltó una estridente carcajada. Sus finos cabellos quedaron flotando en el aire como una telaraña.

El aspecto de aquella mujer me repugnaba más aún que el de Caspar y sus criaturas negras. Josephine no estaba rodeada de un aura oscura, maligna y siniestra; la imagen que daba con la imponente espada en la mano era más bien ridícula y grotesca. La rapidez de sus movimientos y la fuerza hercúlea no encajaban con su viejo cuerpo.

—Jamás habría pensado que eras una nefilim de incógnito... —observó Cara entre quejidos.

—La gran debilidad de los nefilim —apuntó Josephine en tono aleccionador— es su vanidad. Ven a un humano hermoso, inteligente y con talento, y al instante están deseando apoderarse de sus habilidades. —La anciana sacudió la cabeza con desprecio, como si esa vanidad le fuera del todo ajena, aunque su presuntuosa sonrisa demostraba lo contrario.

»Yo jamás he ido así por el mundo —continuó—. Ser cada vez más hermoso, más fuerte y más inteligente en el fondo significa también llamar cada vez más la atención y convertirse por tanto en blanco de otros. De esa forma uno acaba atrayendo a los guardianes como un imán. A mí, sin embargo, nunca me han molestado. ¡Es cierto! Soy una nefilim de incógnito. He ido reuniendo poderes y talentos, pero siempre he procurado matar a personas a las que ya nadie prestaba atención, o quizá nunca gozaron de ella: a los ancianos, a los mentecatos, a los mediocres. No quería a la escoria pero tampoco a los mejores. Buscaba el término medio. Buscaba a aquellos que no destacan en nada para bien ni para mal, y de esa manera tuve mucho donde escoger. Alguien como tú, Cara, llama la atención; yo no. Yo aprendí a vivir tranquilamente entre los humanos, aprendí no sólo a conocerlos a fondo, sino también a comportarme como ellos, y en un grado de perfección que ninguno de vosotros ha alcanzado.

Cara hizo el intento de decir algo, pero no pudo.



—Si lo que deseas es llevar una vida normal y discreta —pregunté yo en su lugar entre susurros—, ¿cómo es que has decidido aliarte con Caspar? A él le trae sin cuidado lo que el mundo piense de él. Con el tiempo ha acabado sobrepasando los pocos límites que en su día respetaba.

Josephine se volvió hacia mí y me escudriñó de arriba abajo. Dudó a la hora de responder, como si entablar conversación con una estúpida mujer humana fuera un acto de extrema amabilidad.

Al final, tuvo a bien contestarme.

—¡Yo no quiero pasar inadvertida para llevar esa clase de vida! Ésa es mi arma, y es una de las mejores que existen. Yo también he disputado mis peleas. He matado a muchos guardianes, y he disfrutado con ello. Lo que más me gusta es contemplar sus estúpidos rostros cuando se ven atrapados en mis garras. Como vosotras ahora.

Se le contrajeron las comisuras de los labios y el rostro se le desfiguró al esbozar una sonrisa tan delirante como cruel.

—¡Hay que ver lo tontos que sois los guardianes! —dijo volviéndose de nuevo hacia Cara—. ¿Por qué os habéis fijado el objetivo de proteger a los humanos? ¡Bah! Yo he vivido mucho tiempo entre esa chusma, los conozco bien, mucho mejor que vosotros, sé de las trivialidades a las que dan vueltas todo el día, y la verdad es que nunca entenderé por qué os complicáis la vida por ellos. Me cuesta entenderlo tanto como a Caspar.

Cara consiguió levantar la cabeza lo suficiente como para apoyar los codos en el suelo, pero acto seguido Josephine le colocó los brazos debajo de la espalda, posó el pie sobre la pálida frente de Cara y le empujó la cabeza contra el suelo.

—Ya hemos hablado bastante —exclamó, y la sonrisa se borró de su rostro—. Caspar me ha dejado muy claro lo que espera de mí. Si alguien intenta alejar a la niña de él, yo lo mataré. Y llevaré a Aurora con él.

Retrocedió, se colocó sobre Cara con las piernas abiertas y levantó la espada. Yo sabía que no tenía ningún sentido intentar detenerla, pero no pude evitarlo. Antes de que asestara el golpe —probablemente para decapitar a Cara— me abalancé sobre ella. Mis ojos repararon en los de Cara, pero si bien mi mirada estaba sumida en la desesperación total, la suya carecía de expresión, como si ya hubiese muerto, como si no tuviera sentido luchar, como si liberarse de la carga de su existencia supusiera casi un alivio. Tiré del brazo de Josephine y conseguí que volviera a bajar la espada. Ella me miró como a un insecto molesto y me pegó un empujón con el que me envió volando a la otra punta de la habitación. Yo me estrellé contra el suelo, solté un quejido y me froté los miembros del cuerpo doloridos.

Entretanto Josephine había vuelto a alzar la espada y la blandía sobre Cara. Yo ya no podía hacer nada, salvo gritar, gritar con total desenfreno y desesperación. Pero no fueron mis gritos lo que hizo que Josephine se estremeciera y se quedara paralizada.

Aurora se había plantado delante de ella, había alzado la mano con los dedos extendidos, como el día que logró apaciguar al perro rabioso. En su rostro no se apreciaba atisbo alguno de estremecimiento ni de miedo, sólo determinación. Yo sentí el impulso de lanzarme sobre ella, apartarla de Josephine, protegerla con mi propio cuerpo, pero antes de que pudiera moverme, Aurora ordenó en un tono frío y autoritario:

—¡No! ¡No lo hagas!

Y Josephine bajó la espada.

Por un momento me invadió una sensación de alivio, convencida de que se había obrado un milagro, de que Aurora había conseguido dominar la voluntad de Josephine gracias a sus habilidades telepáticas.

Lo que dijo Aurora a continuación fue tanto más terrorífico y turbador. Nada me hacía suponer que presenciaría algo así.

—¡No lo hagas! —repitió Aurora, todavía con la mano en alto—. ¡Quiero hacerlo yo!

Yo me quedé paralizada, tenía la sensación de que no me llegaba el aire. Josephine se alejó de ella.

—¿Tú...?

Entonces Aurora se echó a reír, pero no como solía reír mi niña, con carcajadas alegres y luminosas. No, se reía con un bisbiseo metálico y al mismo tiempo los dientes le castañeteaban muy deprisa, de tal manera que la risa quedaba extrañamente entrecortada. Sonaba sarcástica y malvada.

Sin embargo, de pronto, Aurora calló.

—Caspar se enfadaría si te opusieras a mi deseo —aclaró, adoptando de nuevo el mismo tono frío y autoritario.

Yo sacudí la cabeza. No podía ser que fuera mi Aurora quien hablaba y reía así. Su cuerpo, de repente, me resultaba ajeno. ¿Era más grande, más esbelto?



Ésa no era Aurora, no era mi niña, alguien la había cambiado, alguien había introducido en su envoltura a otro ser distinto, a un ser malvado y cruel.

—¿Quieres matar a Cara? —preguntó Josephine, visiblemente desconcertada y fascinada, porque ella tampoco esperaba esa transformación.

—¿Crees que no soy capaz? —replicó Aurora con aspereza—. Caspar se enfadaría mucho si supiera que dudas de mi capacidad.

—Bueno, es que tu formación —se defendió Josephine— ¡acaba de empezar! ¡Tienes siete años recién cumplidos! Y ellos... Cara y Nathan... han ejercido mucha influencia sobre ti.

Aurora sacudió la cabeza con desprecio.

—¡Si te oyera Caspar te mataría aquí mismo! —exclamó Aurora iracunda—. ¿Acaso crees que Cara y Nathan han ejercido el más mínimo poder sobre mí? Mucho antes de que ellos aparecieran en mi vida, Caspar se comprometió conmigo. ¿Y no pensarás —Aurora hablaba con aire de superioridad—, no creerás que él ha renunciado a su compromiso?

Josephine se encogió de hombros con perplejidad, y en ese instante pareció de nuevo una mujer anciana completamente normal, con la piel arrugada, los ojos sin brillo y el cuerpo encorvado.

—Es cierto entonces que quieres matar a Cara —observó—. Y a tu propia madre.

Aurora bajó la mano, que hasta ese momento había mantenido alzada con un gesto amenazador, y se dirigió a Josephine. Yo intenté atraer su atención, quería mirarla a los ojos azules, pero cuando continuó hablando, sólo fui capaz de echarme atrás, agacharme y llevarme las manos a la cara horrorizada.

—Si tú supieras —prosiguió Aurora—. ¡Si tú supieras lo repugnantes que me resultan todos ellos! ¿Crees que lo comprenderías sólo porque has vivido mucho tiempo con los despreciables humanos? ¿Oculta, sin salir a la luz? ¡Nada de eso! ¡Mi suplicio y mi repulsión no pueden compararse con nada! ¡Cómo me miraba mi estúpida madre temblando de miedo! ¡Y cómo solía tocarme, con cuidado, como si yo fuera de cristal! ¡Cómo era incapaz de comprender que yo de pronto supiera hablar otros idiomas! Pero era demasiado cobarde para hacerme preguntas. Siempre ha cerrado los ojos, se ha hecho la ciega y la sorda... Cara, por el contrario, no era cobarde ni ciega, sino atrevida y vanidosa. Y de veras llegó a creer que podía educarme. ¡Ja, ja!

Soltó una carcajada estridente, y al igual que antes, de pronto, se quedó callada. El silencio nos envolvió. A mí me impedía hablar la estupefacción, y a Cara la falta de fuerzas. En cuanto a Josephine, me daba la impresión de que su mente maquinaba a un

ritmo febril. Parecía haberle asaltado la duda de que Aurora realmente fuera como aparentaba ser y de nuevo el mismo brillo, tan triunfal como enajenado, volvió a refulgir en sus ojos.

—¡Ahora entiendo por qué Caspar mostraba ese desorbitado interés en ti! —exclamó en un tono estridente—. Ciertamente eres una niña especial... No... —rectificó enseguida—, una nefilim muy especial. Llegarás a ser uno de los grandes.

Con un gesto de respeto agachó la mirada, y esa vez ya no dudó a la hora de alzar la espada, pero no para golpear a Cara, sino para entregársela a Aurora. Ésta la esperó con la mano extendida y, cuando estaba a punto de cogerla, se apartó de la empuñadura.

—Todavía no —aclaró—, todavía no. Debo esperar a que llegue mi hora.

Yo no comprendí qué quiso decir con eso, y menos aún por qué de pronto se dirigió a la ventana y abrió los postigos. Una pálida luz crepuscular penetró en la sombría estancia; una prueba de que ya estaba atardeciendo.

Josephine frunció la frente.

—Pero en ese caso tendremos que esperar demasiado —apuntó con manifiesta decepción.

—Caspar lo quiere así —respondió Aurora fríamente.

Yo ya no entendía nada, ¿cómo iba a entender? Mi cabeza daba vueltas y vueltas en torno a una sola cosa: ¿dónde estaba mi hija? ¿Qué habían hecho con Aurora? ¿De dónde había salido ese monstruo terrible que estallaba en carcajadas, daba órdenes con una tremenda frialdad y hablaba de mí con tanto desprecio?

En cambio, Cara sí lo había entendido.

—Al alba —murmuró—, esperan al alba...

Las horas que siguieron se hicieron largas y cortas a la vez. En algunos momentos, tuve la sensación de que llevaba allí agachada toda una eternidad. En otros, volvía a albergar la esperanza de que sólo tenía que abrir los ojos, despertar del todo y comprobar que todo aquello había sido una siniestra pesadilla. Mientras aguardaba inmóvil en el rincón, me parecía que la habitación se hacía cada vez más angosta y pequeña, que el aire era más sofocante, pero en realidad era la cárcel de mi mente la que era más angosta y terrible. Las preguntas daban vueltas en círculos como presos que anhelaban la libertad y chocaban una y otra vez contra los muros fríos y mohosos de la prisión. ¿Realmente era posible que fuese a matarme mi propia hija, que parecía odiarme con toda el alma?

Tardé en comprender por qué estaban esperando al alba: al parecer la luz la dotaría de una fuerza especial y el monstruo que dormitaba en su interior despertaría del todo.

Mi perplejidad era aún mayor. Esas horas en que la noche se desvanece y el día comienza a despuntar, siempre habían sido especiales para mí. Los momentos más hermosos de mi vida se habían producido en esa franja del día: mi primer beso con Nathan al amanecer, y después el nacimiento de Aurora, que dio su primer grito justo cuando la luz rosada bañaba toda la habitación. ¡Me parecía imposible que quisiera matarme precisamente a esa hora!

La busqué con la mirada, pero ella me evitó. Intenté acercarme, pero se apartó enseguida. Tiempo atrás, cuando comenzó a sufrir la transformación, yo le tenía miedo, se me hacía difícil tocarla, abrazarla, acariciarla. Sin embargo, en ese momento, a pesar de sus malas palabras, no me inspiraba ningún miedo. Habría sido capaz de cualquier cosa para expulsar de su tierno cuerpo a ese demonio que la poseía, a esa fuerza extraña y abominable que residía en su interior.

Ahora deseaba tocar al menos su envoltura, estrecharla contra mí, oler sus cabellos, acariciar su piel... quería demostrarle al demonio que no le tenía miedo y que estaba dispuesta a vencerlo con amor.

Pero tras intentar varias veces en vano acercarme a Aurora, Josephine se plantó delante de mí con la espada en alto.

—¡Mantente alejada de ella y no se te ocurra tocarla! ¿Es que no te das cuenta de que te aborrece?

Yo no me amilané ante la espada. Me mantuve firme, sin miedo, ante el acero amenazador, porque prefería morir antes que mantenerme alejada de mi hija. Sin embargo, la voz de Cara me frenó.

—No te enfrentes a ella —me ordenó en susurros.

No sabía por qué razón Cara quería contenerme. ¿Acaso ella había aceptado, al contrario que yo, que habíamos perdido a Aurora? ¿O aún albergaba la esperanza de que algo hiciera dar un giro a nuestra situación y no muriéramos al alba?

La escudriñé con detenimiento, pero bajo la luz mortecina del anochecer apenas pude distinguir sus contornos. Por la voz parecía algo más recuperada, aunque continuaba teniendo las mejillas hundidas y pálidas. Levantó la cabeza, tal vez en señal de que empezaba a recobrar fuerzas y pronto podría defendernos.

Sin embargo, aunque en efecto ése hubiera sido su plan, al cabo de un instante ya se lo habían echado por tierra.



—Está recuperándose —observó Josephine clavando la mirada en Cara.

¡Qué ingenua fui al creer que Josephine no se daría cuenta ni haría nada por impedirlo! Con la espada en alto y actitud amenazante, Josephine se acercó a Cara y comenzó a agitar el arma sobre su cabeza. Yo intuí cuál era su plan. No pensaba matarla, pero sí herirla de nuevo para que siguiera perdiendo sangre. Cara intentó rodar para colocarse de lado, pero no lo consiguió. Josephine esbozó una sonrisa sarcástica, levantó el brazo y cuando iba a cargar contra Cara... se detuvo en mitad del movimiento.

—Yo —dijo Aurora con esa voz extraña y metálica, más repulsiva que cualquier voz que hubiese oído jamás—. ¡Quiero hacerlo yo!

Josephine se volvió lentamente hacia ella. Igual que antes, su mirada quedó nublada por la confusión y el escepticismo.

—Sí —insistió Aurora—, Caspar querría que yo hiciera esto para... practicar.

Con actitud resuelta se dirigió a Josephine, tomó la empuñadura de la espada y se la quitó de las manos. Josephine opuso una débil resistencia y se echó atrás, como yo, que lo único que pude hacer fue apartarme. En realidad lo que quería hacer era plantarme delante de Cara y caer en los brazos de mi hija, quería gritarle hasta que expulsara el demonio de su interior. Pero al verla con la gigantesca espada en alto y la expresión vacía en el rostro, me bajó toda la sangre a los pies, perdí la sensibilidad en todo el cuerpo y la imagen se me desdibujó. Caí de rodillas. Todos mis pensamientos convergían en un único grito: «¡No! ¡No, no, no!»

No podía moverme, no podía protegerme de aquella visión.

«¡No, no, no!»

Lo que me hizo recobrar el conocimiento fue oír unas palabras en lengua extranjera que sonaban a retahíla y que alguien pronunciaba lentamente como un hechizo. No sabía de qué boca provenían, y tampoco estaba segura de a qué idioma pertenecían.

Antes me había golpeado la cabeza contra el suelo. Ahora, poco a poco, la sangre volvía a circular por mis extremidades y yo iba recobrando la vitalidad.

—¿Qué has dicho? —oí que gritaba Josephine con voz estridente—. ¿Qué le has dicho a ella?

Así pues, había sido Aurora quien había hablado a Cara en esa extraña lengua. Ese signo de esperanza no duró mucho tiempo.



—Era ruso —respondió Aurora, y continuó en el mismo tono metálico—. Cuando me cuidaba, Cara siempre quería saber cuántos idiomas dominaba. Ella estaba convencida de que podía enseñarme alguno más, y también de que su misión era prepararme para vivir como una nefilim. ¡Ja! Yo ya sabía, desde hacía mucho tiempo, quién era y de qué era capaz.

¡Qué cargantes me resultaban sus permanentes comentarios de sabelotodo!

—Y ahora, ¿qué le has dicho ahora?

—Lo insoportable que era para mí tener que estar con ella. ¡Lo insufribles que fueron las últimas semanas! Tú ya conoces a la chusma humana, Josephine. Sabes por qué clase de cosas se interesan. Siempre con el dichoso asunto de la comida... siempre me tocaba engullir alguna cosa: pasteles, cacao, huevos...

Se estremeció de asco como si le hubieran puesto un gusano delante de los ojos, y se empeñó en levantar la espada. No lo hizo con la extrema facilidad de Josephine, tuvo que realizar tanto esfuerzo que se le desfiguró el rostro, pero aun así logró levantar el arma y agitarla a toda velocidad sobre Cara.

Yo cerré los ojos cuando oí que Cara gritaba angustiada. Puede que los nefilim fueran más fuertes, listos y habilidosos que los humanos, pero sentían el dolor exactamente igual. Al menos ésa era la conclusión más evidente oyendo los gritos de Cara. Sus alaridos eran estridentes y atronadores, a continuación disminuyeron y finalmente se convirtieron en lastimeros quejidos y sollozos.

Cuando cesaron, quise acercarme para calmarle de alguna forma el dolor —aunque sabía que no estaba en mi mano—, o al menos darle apoyo, pero al dar el primer paso, Aurora desvió la espada hacia mí. Por primera vez pude mirarla directamente a los ojos, pero como en la calle había anochecido, ya no pude distinguir su color y lo vi todo gris.

—No te acerques a ella —siseó.

Yo me estremecí, volví a sentarme en el suelo y escuché cómo poco a poco iban extinguiéndose los lamentos de Cara. El «no» suplicante que me resonaba en la cabeza se convirtió en una certeza simple pero inamovible: no iba a matarme... mi hija no iba a matarme... no, iba a matarme el demonio.

Pero si ese demonio era tan poderoso, si ya no podía llegar a Aurora, eso sólo podía significar que él no sólo la había suplantado, sino que la había matado, sí, que Aurora había muerto mucho antes que yo. En ese instante perdí todo el miedo a morir; es más, deseaba morir. La muerte ya no simbolizaba unas tinieblas desiertas y vacías,



sino la promesa de volver a ver a Aurora. Sí, Aurora aguardaría en la puerta del mundo hasta que yo llegara y fuera con ella.

Mis pensamientos eran cada vez más confusos. Llevaba días sin comer, beber y también sin dormir. En ese instante tampoco podía conciliar el sueño, pero me vi atrapada en una especie de ensoñación, como si soñara con los ojos abiertos. Sí me percaté de que el demonio seguía hiriendo una y otra vez a Cara, que gritaba atormentada, pero ya no impresionaba, ya no me parecía real. También los pensamientos sobre Nathan se desvanecieron. Al principio me preocupaba cómo estaría desarrollándose la lucha contra Caspar. Imaginaba que lo derrotaría y vendría a rescatarnos, pero ya hacía rato que había perdido toda esperanza. Si Nathan descubriera en qué clase de monstruo cruel se había convertido Aurora, la mataría, como mató al hijo de Caspar, y aunque, salvo la envoltura, aquel ser no tenía nada en común con mi hija, la imagen me resultaba insoportable. Prefería morir antes que presenciar esa escena, morir y reencontrarme con la verdadera Aurora.

Mi cuerpo se volvió insensible, vacío y liviano. Parecía que la gravedad perdiese fuerza. Yo flotaba, flotaba cada vez más alejada del suelo, hacia el techo, y desde la altura me veía tendida, como un pedazo inútil de carne del que tal vez quisiera apoderarse otro demonio. Sin embargo... yo no era una nefilim... porque yo pertenecía a la masa humana... al menos para Josephine, que se burló y se rió de mí... y para el demonio, que no paraba de decir cosas terribles sobre Cara y sobre mí...

De pronto ambas se quedaron en silencio. También Cara enmudeció. Había dejado de emitir quejidos de dolor. ¿Qué sucedía?

Volví en mi ser, pero ya no me sentía liviana ni liberada, sino pesada y paralizada. Aun así, pude girar la cabeza lo suficiente para advertir la luz amarillenta que penetraba por las rendijas, que se me antojó demasiado deslumbrante para ser el alba.

Vi que Aurora alargaba la mano hacia la espada.

—Ha llegado la hora.

A pesar de mi vacío interior, por un momento sentí cierta satisfacción. Tal vez había transcurrido la noche, tal vez había llegado mi hora, pero esa luz no era la luz del alba, no era la auténtica. Esa luz no era del suave y lento despertar de un nuevo día.

Josephine también dudó:

—No, no —murmuró—, todavía es demasiado pronto. Apenas ha pasado la medianoche.



La luz amarillenta dibujaba sombras extrañas en las paredes que luego se desvanecían.

Aurora, o más bien el demonio, no se dejó confundir.

—El momento lo decido yo —sentenció.

—Pero tú no puedes...

—¿Es que no confías en mí? —preguntó interrumpiendo con brusquedad a Josephine—. ¿Qué crees que pensaría Caspar de eso?

—Pero... —replicó Josephine.

—Caspar me ha ordenado que las mate. Es mi primera prueba de fuego.

—Yo no tengo nada en contra de eso, pero... la luz... todavía no ha amanecido. Es...

Aurora se quedó mirándola fijamente a los ojos.

—¡Abre una de las ventanas! —le ordenó—. ¡Ábrela bien! Así podrás ver el cielo. En cuanto las nubes se deshagan en hilos rosados, hazme una señal.

—¡De veras que aún no ha amanecido!

—¡Si yo lo digo, es que es así!

Durante unos instantes se miraron, libraron una lucha de poder silenciosa que hizo vibrar el aire. Yo me arrimé instintivamente a la pared y advertí en la expresión de Josephine cómo el desconcierto dejaba paso al miedo, no tanto a Aurora como a Caspar.

Al final cedió, agachó la mirada y se dirigió hacia una de las ventanas. La abrió, abrió también las contraventanas y parpadeó al verse cegada por la luz, igual que yo.

Yo me incorporé de un salto, no sólo estimulada por el aire fresco que irrumpió de pronto en la asfixiante estancia, sino porque de repente intuí, o mejor dicho, supe qué sucedería, y no me cabía en la cabeza que hasta ese instante no lo hubiera visto venir.

Josephine se apartó de la ventana. El resplandor amarillento que alumbraba la habitación no provenía del sol naciente, sino de los coches que pasaban por la carretera. Se oyó el rugido de los motores y luego todo quedó a oscuras y en silencio.

—No es...

Al volverse y darse cuenta de lo que había sucedido a sus espaldas, Josephine rompió a gritar.

Aurora le había pasado a toda velocidad la espada a Cara y ésta se había levantado con una agilidad felina. Ni rastro de las quejas lastimeras de las últimas horas, de la ronca respiración, de la fragilidad, nada. Asió la empuñadura de la espada y se sostuvo sobre las piernas firmes con el arma en alto.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó Aurora.

Aquélla ya no era la voz metálica del demonio, sino la voz de mi niña. Mi Aurora.

—¿Podrás hacerlo? —volvió a preguntar.

Yo ya no oía los suspiros de Josephine ni qué contestó Cara. Para mí sólo contaba una cosa: que era Aurora quien pronunciaba esas palabras.

Cara no estaba en absoluto sorprendida, agitaba la espada en el aire con suma facilidad, como si no pesara. Para Josephine, sin embargo, descubrir de pronto que Aurora no era una actriz buena, sino soberbia, capaz incluso de engañar a su propia madre, supuso un impacto tan gigantesco como para mí. Josephine se apartó de la ventana.

—¡Mocosa sinvergüenza! —exclamó al abalanzarse sobre Aurora—. ¡Me has mentido! ¡Me has estado engañando todo este tiempo! Tú...

—No creerás de veras que yo pertenezco a Caspar —la interrumpió Aurora.

Su voz volvía a ser completamente nueva para mí, aunque ya no sonaba tan desagradable como el siseo metálico de antes. Sonaba antigua, antiquísima, y no encajaba en absoluto con una niña de su edad. Era como si en su cuerpo albergara un alma que hubiera vivido desde el principio de los tiempos.

Lanzando un grito, Josephine levantó las manos en un intento de apresar a Aurora, pero la ira y la rabia la hicieron olvidarse de Cara, que apareció como un rayo y se interpuso entre ellas. Al instante siguiente la espada surcaba el aire a toda velocidad, oí un ruido, como un rasgón o un estallido, y acto seguido un grito, más desgarrador aún que los quejidos que Cara lanzó por la noche. Antes de que tuviera ocasión de ver qué había sucedido, Aurora apareció junto a mí y me cogió de la mano.

—Ven, ven conmigo, ¡deprisa!

De nuevo el mismo ruido, y el mismo grito a mi espalda, luego bajé dando tumbos la escalera de la mano de Aurora y, al llegar a la tienda, me golpeé con una estantería. Sin prestar atención al dolor que noté en el codo, estreché a Aurora contra mí y la abracé. Creí que iba a estallar de pura felicidad, gratitud y alivio.



—Lo siento —masculló, cuando por fin la solté—. Mamá, tenía que fingir que yo...

—¡Yo sí que lo siento! —la interrumpí yo—. Siento mucho que, aunque sólo fuera por un momento, haya llegado a creérmelo.

No sabía si algún día lograría perdonármelo.

—¡Pero tenías que creértelo! Sólo podía funcionar si te lo creías. Si tú hubieras fingido creértelo, Josephine se habría dado cuenta.

—Pero... ¿y Cara? ¿Qué le has hecho a Cara?

En ese momento me acordé de las palabras rusas que Aurora había pronunciado.

—Al principio ella tampoco entendía nada —me explicó Aurora—. Pero luego le he dicho en ruso que fingiría que la hería y que ella debía gritar. No se me ocurría ningún otro idioma, lo que pasa es que no sabía si Josephine entendía también el ruso. Pero ¡ha funcionado!

Los gritos de Cara resonaron de nuevo en mi mente, tan desgarradores, ¡y tan reales!

En ese instante sonaron en el piso de arriba unos gritos similares. Como no quise imaginar lo que estaba sucediendo, agucé el oído y lo supe inmediatamente: si yo hubiera tenido la posibilidad y la fuerza, habría ido, igual que Cara, a por Josephine.

Al fin cesaron los gritos. Noté que una sacudida recorría el cuerpo de Aurora liberando con ella toda la tensión acumulada a lo largo de las últimas horas. Había tenido que defenderse ella sola. Y había tenido que esperar el momento adecuado en que Cara recuperó más o menos las fuerzas. Y todo ello con el miedo constante a que Josephine la descubriera.

Cara comenzó a bajar las escaleras, y ya no tenía nada en común con el ser débil e indefenso que poco tiempo antes estaba tendido en el suelo sin poder defenderse. Descendió despacio, escalón a escalón. En la penumbra y con la espada en la mano, parecía un arcángel. Su rostro mostraba una expresión de gravedad.

Sin preguntar, supe de inmediato que Josephine estaba muerta y que Cara había dejado que se desangrara para apoderarse de su fuerza física, que en esos instantes era lo que necesitaba con mayor urgencia. Discretamente la examiné con la mirada en busca de algún rastro de la viscosa sangre azul, pero en la penumbra no se distinguían los colores. Se dirigió hacia mí, y yo instintivamente hice ademán de abrazarla, pero la espada que sostenía en la mano me hizo echarme atrás. El acero desprendía un brillo negro, como si estuviera cubierto de pez.

—¡Tenía que haberlo imaginado! —exclamó Cara—. Tenía que haber imaginado quién era Josephine. Cómo he podido ser tan tonta, cómo he podido creer que era una adorable ancianita, ¡es imperdonable!

Una profunda arruga surcó su tersa frente.

—Pero seguro que ellos dos, Caspar y Josephine, llevan mucho tiempo planeando todo esto. Probablemente él buscó a propósito a un nefilim secreto que quisiera asociarse con él y ganarse no sólo tu confianza, sino también la mía. Con lo bien que ha sabido fingir y disimular, ¿cómo ibas a imaginártelo?

Cara sacudió la cabeza con gesto sombrío.

—A lo mejor era imposible saber que era una nefilim, pero por lo menos no debía haber depositado toda mi confianza en ella sin ningún miramiento... No debía haber dejado a Aurora con ella... Eso ha sido...

Se interrumpió al comprender que no era el momento para romperse la cabeza con eso. Josephine estaba muerta; el peligro estaba conjurado. Pero eso no significaba que estuviéramos a salvo.

—Caspar —murmuré—. Nathan...

La lucha que estaba librándose en la montaña cuando nosotras huimos de allí, ¿continuaría activa o ya se habría decidido el vencedor?

—¿Qué debemos hacer ahora? —pregunté—. ¿Qué...?

Me atraganté con mis propias palabras. Hasta ese momento había dirigido la mirada todo el tiempo hacia Cara, pero al apartarla y buscar en el lugar donde se encontraba Aurora, descubrí que ya no estaba.

—¡Aurora! —grité.

Cara suspiró y, al contrario que yo, no se mostró sorprendida ni asustada, sino más bien pareció resignarse a aceptar lo inevitable.

Yo eché a correr hacia la entrada de la tienda. La puerta, que hasta un momento antes estaba cerrada, se encontraba abierta de par en par. Fuera era noche cerrada, y al mirar a un lado y a otro en busca de mi hija, no hallé ni rastro de ella.

—¡Aurora! —grité hacia la oscuridad. Cuando Cara se acercó a mí, ya no me atreví a tocarla—. ¿Dónde está? —grité desesperada, y la agarré de la mano—. ¿Adónde ha ido?

Cara volvió a exhalar un suspiro y respondió:

—Ha ido a hacer lo que tiene que hacer. Al rescate de Nathan.



La noche era cerrada, oscura como boca de lobo. Frente a la tienda de Josephine, el resplandor de las farolas marcaba el camino; de vez en cuando pasaba un coche e iluminaba la calle; a lo lejos, algunas luces que no se apagaban en toda la noche situaban la ciudad de Hallstatt. Pero a medida que nos adentramos en el bosque y ascendimos la montaña, todo quedó sumido en la oscuridad. Sólo de vez en cuando aparecía la luna entre las nubes, y su débil halo desprendía una luz pálida que permitía distinguir el negro de los árboles del gris todavía oscuro del cielo. Cara iba tirando de mí de tal manera que yo recorría el escarpado camino a un ritmo increíble.

—Nathan dijo que tú podías sentir la cercanía de Caspar —susurré. En el silencio de la noche cualquier chasquido sonaba como un estruendo, y mis susurros parecían gritos.

—De niños yo solía esconderme a menudo de mi padre, y la mayoría de las veces Caspar era quien se encargaba de buscarme... y castigarme —respondió—. Acabé desarrollando una sensibilidad especial a su presencia. Cuando se trata de él, es como si tuviera ojos en la nuca. Siento su presencia.

—Y ahora —pregunté—, ¿lo sientes ahora?

—Todavía no.

Dejé de hablar para ahorrar fuerzas y traté de concentrar toda mi atención en no tropezar con las raíces. Nuestros pasos no siempre crujían sobre el manto de hojas, a veces se hundían en el musgo aterciopelado. Cuando abandonamos el bosque y llegamos a la pradera, se me mojaron los pies con el rocío que se deslizaba por las briznas de hierba.

Ya no era tan de noche. El aire parecía más frío, más inclemente, comenzaba a despuntar el día. En un momento dado, Cara se quedó inmóvil y agudizó el oído.

—¿Oyes algo? —le pregunté sin aliento. Yo no oía nada salvo los latidos de mi propio corazón, que eran como un tumultuoso martilleo.

—No estoy del todo segura...

—¿Crees que seguirán luchando todavía?

No sabía si debía esperar oír el ya familiar estrépito metálico de las espadas o no. De oírlo, significaría que Nathan todavía no había derrotado a Caspar, o incluso que existía el riesgo de que Nathan perdiera la batalla, pero si seguía con vida, tendríamos la posibilidad de intervenir nosotras, y también Aurora.

—¿Es que Aurora sabe... es que sabe ya que Nathan es su padre? —pregunté entre jadeos—. ¿Por eso quiere ayudarlo?

Yo era consciente de que Aurora había adquirido de forma instintiva todos sus conocimientos sobre los nefilim y reconocía a Nathan y Cara como iguales, pero no sabía si intuía el vínculo especial que los unía.

Cara asintió.

—Ella lo siente... —se limitó a decir justo antes de agarrarme de nuevo y arrastrarme montaña arriba.

Yo la seguí a ciegas, perdí la orientación. Cuando se me ocurrió abrir los ojos en algún momento, sólo veía sombras grises y negras, pero era incapaz de distinguir dónde acababa la montaña y terminaba el cielo. Poco a poco comenzó a clarear. Ya no sólo la luna desprendía una pálida luz; los bordes de la bóveda celeste también resplandecían débilmente en el saludo, todavía tímido y retraído, del alba.

—Ahora —murmuró Cara de repente—, ahora parece que oigo algo...

No dijo qué, pero aceleró el paso. Debía de tener un oído muy agudo, porque yo tardé una eternidad en comenzar a entreoír el estrépito metálico, los jadeos y los quejidos.

Intenté distinguir alguna figura de la oscura pared de roca que se erigía ante nosotras, pero la niebla, que se elevaba vaporosa desde el suelo, engullía todo asomo del alba y cubría la montaña como un manto gris. Por un momento me pareció percibir un movimiento, pero en cuanto mis ojos se centraron en un punto fijo, ya no vi nada.

—¡Aurora! —grité mirando con desesperación en todas las direcciones, pero la niebla gris lo envolvía todo y no me permitía ver—. ¡Aurora!

Las paredes de roca me devolvieron el eco de mi voz, pero también el estrépito metálico de las espadas, que se oía sin cesar.

—¡Aurora!

Cara me agarró.

—¡Allí! —gritó.

Y en ese instante la vi, la vi en el saliente de roca, en el precipicio donde yo había estado antes. Se encontraba en el borde del abismo. Su esbelta figura sobresalía por encima de la niebla. Estaba de espaldas a nosotras, de tal manera que no podíamos verle la cara, sólo los cabellos, que caían sueltos sobre la espalda y, en lugar del habitual brillo rojizo, lucían un color negruzco. Su fina ropa ondeaba al viento, pero no parecía tener frío, porque aguantaba en una posición erguida.



El estrépito metálico se extinguió y entonces, al detenerse, pude divisar por primera vez las dos figuras, distinguir una de la otra, y observar cómo ambas se volvían hacia Aurora con gesto de estupor.

—¡Aurora! —grité de nuevo.

Aurora no se movió, ni siquiera se inmutó. Si bien a ella el abismo no parecía inspirarle ningún miedo, a mí se me cortó la respiración. El banco de niebla se amoldaba a la roca abrupta como un lecho acolchado, pero yo sabía que al menor paso en falso Aurora se precipitaría al vacío.

Quise echar a correr hacia ella y alejarla del abismo, pero Cara me lo impidió.

—No —exclamó—. ¡No, déjala! ¡Deja que lo haga!

Yo no sabía de qué hablaba, sobre todo porque Aurora no hacía nada; los dos hombres volvieron a la realidad y reanudaron la lucha. Desaparecieron en la sombra de la pared de roca, la niebla comenzó a escampar y envolvió las piernas de Aurora. Pero antes de que engullera toda su figura, los ovillos grises se descompusieron en hilos blancos cada vez más finos, cada vez más transparentes. Cara me tiró del brazo y señaló en otra dirección. Yo me resistía a apartar la mirada de Aurora, pero al final me volví.

Yo había contemplado el amanecer en muchas ocasiones, pero nunca había experimentado la violencia con que el nuevo día se deshacía de la noche. Inmóvil, me dediqué a mirar y a escuchar; mi mente parecía llena de música, pero no de música terrenal compuesta por el hombre, sino de una música tan perfecta que tenía que ser celestial. Sonaba melancólica como la arisca flauta de pan mientras un sutil rayo de luz ascendía por la espalda de la montaña de enfrente, cada vez más rápido, hasta que finalmente alcanzó la cumbre —los sonidos de la flauta de pan dejaron paso a las agudas y penetrantes notas de un flautín—y alumbró la oscura cima. Los tonos intensos de los vientos graves ponían música de fondo al centelleo del casquete de nieve que coronaba la montaña con su limpia blancura. El sol ascendió más aún y comenzó a cegarnos. Sus rayos eran como mil brazos que arrancaban el manto gris a la noche hasta liberar de la penumbra las montañas que se elevaban enfrente. Infinidad de tonos aislados se fundieron en mi mente en un todo abrumador. El sol resplandecía todavía con gran esfuerzo; las primeras luces rojizas caían sobre el lago oscuro y quedaban engullidas por su negrura. Pero poco a poco las copas de los árboles comenzaron a revelar su verdor. En mi cabeza resonaba un redoble de tambores, templado y contenido únicamente por las cuerdas oscuras, mientras el astro ardiente alcanzaba definitivamente el cielo. La cruz que coronaba una de las montañas se veía aumentada bajo la luz fogosa y no sólo parecía gigantesca, sino tan cercana como si



pudiéramos tocarla con sólo alargar la mano. Los tonos salvajes y fragorosos se tornaron más suaves, dulces y armoniosos, cuando en ese instante los cálidos rayos de sol comenzaron a bañar también la montaña donde nos hallábamos. Sólo el lago permaneció desnudo y negro.

Me volví. El alba acariciaba la figura de Aurora. Sus cabellos brillaban como si ardieran. En cuanto percibió la luz, alzó los brazos y se puso de puntillas.

La tentación de salir corriendo y apartarla del precipicio era inmensa, aunque no tanto como el impulso de mantenerse a distancia por puro respeto.

En ese instante cesó la melodía del alba, y lo único que se oyó fue su voz.

—¡Caspar von Kranichstein! —gritó.

El estrépito metálico se interrumpió de nuevo, pero en esa ocasión sólo quedó inmóvil uno de los combatientes. Ambas figuras surgieron de la niebla, bañadas por un sol matutino cuyos rayos eran cada vez más cálidos e intensos. Instantes antes todos sus movimientos seguían siendo tan rápidos que apenas me permitían distinguirlos, y sin embargo en ese momento todo transcurría como a cámara lenta.

Aurora volvió a pronunciar el nombre de Caspar, y éste se dirigió hacia ella, acercándose cada vez más al precipicio. Atraído de forma mágica por la llamada de Aurora, Caspar caminó hacia ella sin volver la vista atrás ni una sola vez. Aunque yo no alcanzaba a ver el rostro de mi hija, creí sentir cómo brillaban sus ojos azules, cómo ejercían un poder increíble sobre Caspar y cómo procuraban que éste se olvidara de Nathan. A primera vista Caspar parecía hipnotizado, ahora Aurora era la fuerte, tal vez porque la luz del alba le daba fuerzas, o quizá porque tras horas de batalla Caspar estaba exhausto. Él seguía acercándose, más y más cada vez; bajo el resplandor rojo alcancé a distinguir su rostro, todo manchado de sangre azul. Además, tenía los cabellos alborotados, en lugar de lisos, y la mirada perdida y cansada. Pero su boca dibujaba una sonrisa, y no una sonrisa sarcástica ni cínica, sino devota y feliz. Enfiló el saliente de roca. En la mano sostenía con firmeza la espada.

Solté un grito: a pesar del poder que Aurora ejercía sobre él, el arma era una amenaza mortal. Tras desembarazarme como pude de mi parálisis, eché a correr hacia el saliente y, en ese instante, vi que Nathan también acudía, y no al ritmo moroso de Caspar, sino a una velocidad de vértigo. Cuando parecía que estaba a punto de derribar definitivamente al enemigo, la fuerza que Aurora ejercía sobre Caspar se desvaneció. Su cuerpo pegó una sacudida. Desvió la mirada de los ojos azules de Aurora, la sonrisa se borró de su rostro y entonces éste dejó de traslucir fascinación y entrega y pasó a mostrar de nuevo todo su ensañamiento y crueldad. Nathan había alzado la espada, pero antes de que golpeara con ella al enemigo, Caspar la frenó con la

suya. Por un instante, las dos hojas quedaron suspendidas una contra la otra como si se fundieran en una sola, pero de inmediato prosiguieron su vuelo encarnizado surcando el aire. A mí la lucha me traía sin cuidado, sólo tenía ojos para Aurora, que continuaba situada de puntillas en el extremo del saliente.

—¡Aurora! —grité—. ¡Baja de ahí, ven aquí!

Pero no logré evitar que Aurora volviera a gritar el nombre de Caspar y que éste se viera sometido de nuevo al poder de sus ojos azules, momento que Nathan aprovechó para golpearlo con la espada, provocando una salpicadura de sangre azul. Pero no estaba muerto. Con las últimas fuerzas, Caspar levantó la espada, apuntó hacia Nathan y se abalanzó sobre él para clavársela. Sin embargo, en medio de ese gesto, resbaló de forma inesperada hacia atrás y la espada cayó en dirección a Aurora.

Ella se echó a un lado y esquivó el afilado acero, pero ese movimiento tan brusco la desequilibró. Durante unos instantes pugnó por recobrar el equilibrio, se tambaleó hacia un lado, luego hacia otro y finalmente se precipitó al vacío.

—¡Nooo!

¿Quién había gritado? ¿Nathan, Cara, yo... o Caspar? Vi que él estaba acurrucado en el suelo sin poder moverse. Tenía la mirada clavada en el saliente ahora ya desierto, donde segundos antes se encontraba Aurora. Yo no alcanzaba a vislumbrar la expresión de su rostro, no distinguía si mostraba horror o alegría.

Nathan bajó la espada. Cara lo abordó y se la quitó de la mano.

—Deja que lo haga yo —la oí decir—. Tú ocúpate de Aurora.

Antes que Nathan, yo salí corriendo montaña abajo y divisé a lo lejos, ondeando en el vacío, la ropa de Aurora. Había volado al menos quince metros antes de impactar contra el suelo, y después había continuado rodando sobre tierra y piedras hasta quedar enganchada a un arbusto.



CAPÍTULO 13

—¡**N**o respira! —grité—. ¡No siento los latidos de su corazón!

Los últimos metros los bajé resbalando, más que corriendo, por la pendiente; tenía tierra y polvo debajo de las uñas, y las manos, los antebrazos y las rodillas cubiertos de arañazos y manchas azules. Pero no sentía nada. Cuando llegué hasta Aurora, no me la encontré retorcida en una posición antinatural, sino boca arriba, como si durmiera. Sus cabellos castaños rojizos se disparaban en todas direcciones como si fueran alambres. A primera vista no se apreciaban heridas, pero yo presentía que estaba muy mal. Me incliné sobre ella y vi que le salía sangre de uno de los oídos. De la nariz le brotaba un líquido incoloro, tenía la boca abierta y la expresión congelada. En un principio me pareció percibir su respiración entrecortada, pero al acercarme más a la cara, el jadeo cesó. La agarré de la muñeca y, al no encontrarle el pulso, le palpé el cuello y el pecho.

Nada. Ya no había vida en ella.

Antes no me había atrevido a cogerla para no hacerle daño, pero en ese instante la zarandeé con suavidad, gritando su nombre una y otra vez.

—¡No respira! —grité de nuevo—. ¡No siento los latidos de su corazón!

Entonces al fin apareció Nathan a mi lado. El hecho de que hubiera tardado tanto en recorrer ese tramo era un claro síntoma de su fatiga tras la lucha, aunque eso no se reflejaba en su mirada, una mirada —dirigida en esos momentos a Aurora— cargada de amor, preocupación y miedo. También él comenzó a gritar su nombre y me impidió que siguiera zarandeándola.

—Lo más probable es que haya sufrido un golpe en la cabeza... debemos evitar que la mueva.

—Pero tiene que volver a respirar... —farfullé yo.

Aparté las manos temblorosas de ella. Entonces fue él quien se inclinó sobre Aurora, posó las dos manos, una sobre otra, en el costado izquierdo de su pecho y comenzó a presionar. De vez en cuando interrumpía el masaje, colocaba los labios en los de Aurora y le insuflaba aire bien por la boca, bien por la nariz. Al cabo de un rato me di cuenta de que la secuencia era siempre la misma. Ejercía presión en el pecho quince veces, después dos respiraciones en la boca, otras quince veces en el pecho, y dos respiraciones en la nariz.

—¿No puedes hacer nada más que esto? —le grité—. No es una niña normal, ¡es una nefilim! ¡Y los nefilim son inmortales! Sólo pueden morir a manos de otro nefilim, pero no por una caída de un barranco.

Nathan continuó con el masaje cardíaco y la respiración boca a boca.

—Acaba de cumplir siete años, todavía no ha terminado de desarrollarse...

—¡Pero ha conseguido engañar a Josephine! ¡Y ha intervenido en vuestra lucha!

—Precisamente por eso —murmuró Nathan sin interrumpir el masaje—. Ha consumido todas las fuerzas que tenía y ya no le quedan más.

Yo quería añadir algo más, pero me mordí la lengua porque sabía que no tenía sentido. No podía decidir sobre la vida de mi hija a fuerza de esgrimir argumentos, lo único que podía hacer era tener paciencia, esperanza y miedo.

Nathan apartó la mano del pecho de Aurora y volvió a incliñarse sobre su rostro. Noté que las lágrimas que ya no podía seguir conteniendo me empañaban los ojos, y no vi que poco a poco Aurora comenzaba a recuperar el color en las mejillas. Pero oí que Nathan gritaba aliviado:

—¡Respira! ¡Ya respira!

Al enjugarme las lágrimas, unos grumos de tierra se me quedaron pegados a las pestañas. Me incliné sobre Aurora y entonces noté el latir de su corazón, leve y palpitante.

—Tenemos que llevarla hasta el valle de inmediato y llamar a una ambulancia —exclamó Nathan—. Tiene el pulso muy débil. Si no la atienden pronto, el corazón podría parársele de nuevo.



Y volvió el frío. Al principio sólo como un cosquilleo sobre la piel que fue tornándose cada vez más doloroso, como si le atravesara los huesos y se le clavara en todos los miembros de su cuerpo. La bestia estaba agotada. Aunque aún lo tenía apresado con los dientes, ya no sacudía la mandíbula. Ahora el frío lo inundaba por completo, pero ya no lo sentía. Tampoco sentía amargura, rabia ni agitación. Había perdido, y no le importaba. Todos los sentimientos se le habían ido agotando en el transcurso de la noche. Y aunque le hubiera quedado alguno, jamás se lo habría mostrado a Cara.

Ella estaba inclinada sobre él, espada en mano, y ya había recobrado fuerzas suficientes como para darle una estocada. Él no podía defenderse.

De niños solían luchar a menudo. El padre los obligaba, y también le ordenaba a él que golpease y torturase a Cara sin piedad si ella resultaba perdedora. El padre detestaba la debilidad y la castigaba sin compasión... no... mandaba que la castigaran. Se lo mandaba a él.

La mayor parte de las veces él obedecía las órdenes. Aunque no siempre. En ocasiones la animaba a rebelarse, pero ella, en lugar de pegarle con fuerza, se limitaba a rozarle sutilmente con la espada.

¿Estaría ella rememorando todo aquello en esos momentos?

—Hazlo, si es que puedes —la animó.

Lo asaltaban otros recuerdos y lograban calar a través de la gélida capa que el frío había posado sobre su cuerpo: recuerdos de Serafina, que a Cara nunca le gustó. Serafina no alcanzaba a comprender cómo podía estar descontenta una nefilim con las habilidades de Cara. Si Serafina hubiera sido la hija de su padre, ¡ellos dos se habrían entendido tan bien! Él nunca habría tenido que forzarla a combatir, jamás habría tenido que castigarla por no mostrar suficiente fervor y ansias de victoria.

No sucedió nada. Cara continuaba mirándolo.

—¡Hazlo ya! —insistió él con voz ronca.

¿Acaso dudaba ella como había dudado él el día anterior?

Habría podido matarla, y de haberlo hecho, probablemente ahora no se encontraría en esa situación. Pero tampoco se arrepintió al realizar esa reflexión, simplemente soltó una carcajada. Sus papeles habían cambiado; él, no ella, había demostrado ser el más débil, el más cobarde.

—Si no te hubieras dejado llevar por nuestro padre... —comenzó a decir Cara—, si te hubieras rebelado contra él... y si tiempo más tarde no te hubieras sometido a la voluntad de Serafina... podrías haber sido como yo...

A él se le removió algo por dentro.

—Preferiría morir antes que ser como tú —respondió en susurros—. ¿Para qué te sirve estar del lado de los vigilantes?

– Para no tener que matar humanos.

– ¿Y a mí? A mí tienes que matarme. Por Nathan. Por Aurora. Por Sophie...

De pronto vio el rostro de Sophie frente a sí con total nitidez, después se desdibujó al mezclarse con el de Serafina, pero finalmente lo desbancó. Sophie... que le recordaba a su madre... a su madre dulce, demasiado dulce... y demasiado débil...

Ella jamás se había atrevido a salir en defensa de sus hijos para protegerlos de la rigidez del padre. Sophie, en cambio – aunque se parecían, en ese aspecto eran opuestas – lo había hecho. Sophie había entrado en una lucha, por muy inútil que fuera, con los poderes más oscuros del mundo, y todo por Aurora.

– ¡Hazlo de una vez!

Vio cómo las dudas se disipaban del rostro de Cara mientras levantaba la espada. Cerró los ojos. Y entonces ya no hubo más frío, ni más rostros del pasado, sólo negrura, como si se hubiera sumergido hasta el fondo de un oscuro lago.

Esperé en el pasillo del hospital. En el aire se respiraba un penetrante olor a desinfectante; las atareadas enfermeras entraban y salían de las habitaciones; en ese momento estaban sirviendo la comida. Cuando mi mirada recayó sobre el guiso de carne con arroz y guisantes, no pude evitar sentir náuseas, y más aún cuando un hombre pasó cojeando a mi lado con la bolsa del catéter a rebosar.

Me senté en una silla, me agarré a los brazos de aluminio y reviví de nuevo el viaje en ambulancia, donde los sanitarios habían luchado por salvar la vida de Aurora. Había sufrido varias paradas cardíacas, pero había conseguido superarlas todas. La habían intubado, y le habían inmovilizado la columna y la cabeza.

Traumatismo craneoencefálico moderado con riesgo de hemorragia cerebral fue lo que figuraba después en el diagnóstico médico.

No me acordaba de si era el mismo médico que, tras sufrir el episodio de convulsiones, la examinó y dictaminó que era una niña completamente sana.

En cualquier caso, parecía preocupado, caminaba con nerviosismo y adoptó una expresión seria cuando, tras horas de espera, se acercó a mí.

Yo apenas podía moverme y me mantuve agarrada a los brazos de la silla cuando Nathan se abalanzó sobre él. Nathan había permanecido a mi lado en todo momento; su presencia me procuraba tranquilidad, aunque nada de lo que había dicho había llegado a mi cabeza.



El médico estudió a Nathan con la mirada, y luego a mí. Hasta ese momento yo no había logrado reunir fuerzas suficientes para ir a lavarme, así que tenía tierra, polvo, ramitas, hierbas y sangre por todas partes.

—¿Cómo está? —preguntó Nathan.

—Por ahora se encuentra estable, pero hemos tenido que inducirle un coma artificial. El objetivo es que no vuelvan a producirse subidas de la presión intracraneal. A partir de ahora se la mediremos por medio de un drenaje ventricular. Le hemos administrado osmodiuréticos, sobre todo manitol. Con una ecografía abdominal y torácica podremos determinar otras posibles lesiones. Ahora debemos esperar. No podemos descartar secuelas neurológicas, pero no nos pongamos en lo peor.

Yo me quedé paralizada. Al parecer el médico pensó que yo no había entendido sus palabras porque se inclinó hacia mí y, como si hablara a un niño asustado y obstinado, me dijo:

—¿Lo ha oído, señora Richter? Aurora...

—Sí—murmuré—, está estable... hay que esperar... manitol...

De las horas y días siguientes, apenas me acuerdo. En algún momento, logré salir de la parálisis y permití que me curasen las heridas a mí también.

No les hice saber, más tarde fui consciente, que llevaba horas y horas sin comer ni beber nada, aunque en ese momento no tenía ganas de comer ni beber, lo único que me interesaba era Aurora.

Una enfermera con voz chillona me aclaró con dureza que no me dejarían ver a Aurora hasta que yo hubiese recuperado las fuerzas, y que debía tomarme una infusión para compensar la pérdida de líquidos.

Cuando me clavaron la aguja en el pliegue del brazo, ni lo noté. Me pasé horas absorta en el gotero que iba vaciándose con una inquietante lentitud. Más tarde me dieron algo de comer. Con total desgana, fui consiguiendo que aquello bajase por mi garganta reseca, aunque todavía ahora no sé qué era porque no sabía a nada.

—Todo saldrá bien... —dijo Nathan.

De ahí en adelante esas palabras estuvieron presentes en mi mente: «Todo saldrá bien.» Fueron las únicas palabras que traspasaban el silencio, el largo silencio que reinaba a los pies de la cama de Aurora, en la que no decía nada, en la que no se movía.

En realidad no había silencio. Aurora estaba conectada a un monitor cardíaco que emitía un pitido tras cada latido, y en la habitación entraba gente permanentemente que abría y cerraba la puerta. Pero yo no me enteraba de nada, sólo notaba de vez en



cuando que Nathan posaba la mano sobre mi hombro mientras yo contemplaba a Aurora.

Me quedé dormida, pero algo me despertó de nuevo. A lo lejos oí una discusión entre Nathan y una de las enfermeras. Ella insistía en que me fuera a dormir a una habitación para familiares porque no podía pasar la noche en la unidad de cuidados intensivos. Sin embargo, en un momento dado, la enfermera desistió. Posiblemente una de las miradas ardientes que adoptaban los ojos azules de Nathan fue lo que consiguió persuadirla.

Pasaron tres días.

Nathan mantuvo varias discusiones acaloradas frente a la puerta de la unidad de cuidados intensivos, sobre todo con los agentes de la policía, que estaban empeñados en interrogarme. No sé si también a ellos los persuadió con su penetrante mirada, pero fuera como fuese logró que aplazaran el interrogatorio. De la única que no pudo o no quiso protegerme fue de Nele. Un día se presentó en la habitación de Aurora, estaba algo más pálida y demacrada de lo normal, tenía el cuerpo cubierto de rasguños y manchas azules, y una expresión de profundo aturdimiento por la preocupación y el horror que le causaba tanto el estado de Aurora como lo que ella había sufrido. Me levanté despacio, sentí que la sangre me bajaba de pronto a las piernas, que empezaron a hormiguearme. Nos quedamos unos instantes en silencio, una frente a la otra, desposeídas de la naturalidad y la espontaneidad que impulsan a dos buenas amigas a abrazarse. Yo me alegraba de verla y también de saber que se encontraba bien —el primer sentimiento íntimo que fui capaz de albergar aparte de temer por mi hija—, pero al mismo tiempo sentí que se abría una distancia insalvable entre nosotras, entre su profunda extrañeza y mi incapacidad para ofrecerle una explicación que pudiera paliarla. ¿Qué sabía Nele? ¿Qué pensaría de mí?

—Pero ¿cómo has podido meterte en algo así? —murmuró Nele al fin, sacudiendo la cabeza y evitándome con la mirada.

En ese instante advertí la presencia de Nathan junto a la puerta.

—Se lo he contado todo —dijo, y con una señal me dio a entender que no debía malinterpretar sus palabras.

Al parecer Nathan y Cara se habían inventado una historia que resultara creíble para contársela a Nele y a todos los demás, aunque no tenía mucho que ver con la verdad. Yo no dije nada: por un lado, porque no sabía qué le habían contado y, por otro, porque la preocupación por Aurora me hacía sentir todavía demasiado fatigada y desesperada como para poder luchar por mi amistad con Nele. De todas formas, esa preocupación era lo que nos unía. Si bien Nele se mantuvo a cierta distancia de mí, sí se

acercó a ver a Aurora, y entonces su mirada perdió cualquier atisbo de reproche y pasó a traslucir únicamente pesadumbre.

—Pero... pero ¿volverá en sí? —preguntó—. ¿Podrá recuperarse del todo después de esto?

Yo levanté las manos con gesto de impotencia.

—Esperamos que sí —apuntó Nathan en susurros.

Nele no le hizo caso. Al parecer ella temía preguntarme por qué lo había dejado entrar otra vez en mi vida.

—¿Cuánto tiempo... cuánto tiempo has pasado en el hospital? —le pregunté entre titubeos.

Ella seguía sin querer mirarme a los ojos.

—No mucho... sólo fueron dos días... Después regresé a Salzburgo... pero quería saber cómo estaba Aurora.

—Yo te... te llamo en cuanto sepamos algo —murmuré.

Nele asintió, acarició el rostro de Aurora y se volvió hacia la puerta para marcharse igual que había llegado, sin decir nada.

—¡Nele! —exclamé antes de que abandonara la habitación. Ella se detuvo sin volverse—. ¡Nele, lo siento!

No sabía exactamente por qué estaba disculpándome, pero me dolía en el alma que todos los sucesos del pasado se cernieran como sombras siniestras sobre nuestra amistad.

—Está bien —murmuró ella, y se marchó.

Nathan se acercó a mí.

—Le he contado que...

—¡No! —Levanté las manos con un gesto de rechazo y sacudí la cabeza, agotada—. ¡Ahora no! ¡Ya me lo contarás más tarde!

No me hallaba en situación de escucharlo y seguir dándole vueltas al asunto de Nele. Mi amiga se encontraba bien, y eso era lo más importante, pero en cuanto salió por la puerta, todo mi mundo, mi pensamiento y mi sentir volvieron a centrarse única y exclusivamente en Aurora.

Transcurrían horas y más horas. Yo no soltaba a Aurora de la mano, tan diminuta junto a la mía, tan alabastrina y suave. La estrechaba y procuraba transmitirle todas mis fuerzas, y le suplicaba para mis adentros que no se rindiera.

Al cuarto día, el médico decidió despertarla del coma inducido. No sé qué le dieron, sólo sé que al cabo de un rato empezaron a temblarle las pestañas. Hasta entonces lo había deseado con todas mis fuerzas, pero en ese instante, de pronto, lo supe con total seguridad: todo iba a salir bien, tal como Nathan había profetizado.

Cuando Aurora abrió los ojos en la cama del hospital, se la veía pequeña e indefensa. Tenía el rostro blanco como el papel, una sensación que acentuaba la venda que llevaba enrollada en la cabeza, bajo la que sólo escapaban algunos mechones de pelo.

El médico me apartó con delicadeza a un lado y comenzó a agitar ante los ojos de Aurora un objeto que parecía una linterna. A primera vista dio la impresión de que estaba satisfecho con la reacción de Aurora a la luz, porque asintió y después pronunció varias veces su nombre.

—¿Aurora? ¿Aurora?

Los ojos de Aurora, fijos en un primer momento en el doctor, recorrieron toda la habitación y se detuvieron en mí.

—¿Dónde estoy?

¡Hablaba! ¡Respondía a su nombre! Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Aurora, cariño, estás en el hospital...

—Mamá...

Volví a estrecharle la mano y, por primera vez en días, noté que respondía con un gesto débil. El médico prosiguió con la exploración y comprobó los reflejos en los brazos y las piernas.

—Parece que todo está en orden —anunció—. De todos modos, vamos a hacerle un TAC, pero probablemente no le quede ningún tipo de secuelas.

—¿Dónde estoy? —volvió a preguntar Aurora.

—En el hospital.

—¿Por qué?

Intercambié una mirada con Nathan, tras lo cual Aurora desvió también su mirada hacia él y lo escudriñó con gesto de confusión.

—¿Quién es ése? —preguntó.

—¿Recuerdas lo que ha pasado? —le pregunté yo en lugar de responder.

La confusión de su rostro aumentó. Me planteé si debía ayudarla, si debía explicarle lo que había sucedido, pero decidí guardar silencio porque no quería volver a despertar sus miedos.

—Sí —respondió de pronto Aurora, y me estrechó la mano con más fuerza—. ¡Sí, ahora me acuerdo!

—¿De qué te acuerdas?

—¡De mi cumpleaños! —exclamó—. ¿Me he perdido mi cumpleaños?

Su cumpleaños había sido en marzo, y ahora estábamos en julio.

Yo intercambié otra mirada con Nathan.

—¿Qué es exactamente lo que recuerdas? —le pregunté.

—La tarde... la tarde que estábamos preparando mi fiesta de cumpleaños. Tú hiciste un pastel, y tía Nele iba a venir... ¿Qué ha pasado? ¿He cumplido ya siete años? ¡Todavía no he abierto los regalos!

Hablar aún le suponía un esfuerzo agotador, así que Aurora cerró los ojos.

Le acaricié la mano. Todo lo que había sucedido desde su cumpleaños —su transformación, el traslado a Hallstatt, la lucha de los nefilim— parecía haberse borrado de su memoria.

Cara sacudió la cabeza desconcertada.

—Nunca he oído nada igual —repetía sin parar.

—Normal —señaló Nathan—. No es algo que ocurra tan a menudo.

Nos habíamos refugiado en la cafetería del hospital para poder charlar con tranquilidad. A esas horas de la tarde estaba desierta, la cocina estaba cerrada y el mostrador tenía las persianas bajadas. La luz en el comedor era tenue.

—Qué extraño —murmuró Cara.

Mientras que Nathan caminaba inquieto de un lado a otro, yo estaba sentada, agotada como pocas veces en mi vida, pero feliz. Aurora estaba bien. Ya no existía el riesgo de que le quedaran secuelas. Y el hecho de que no se acordase de nada, en ese momento me parecía totalmente insignificante.

Cara, sin embargo, no salía de su asombro.



—Qué extraño —repitió—. No entiendo cómo es que mantiene intactos todos los recuerdos precisamente hasta la tarde de su cumpleaños. ¿Es casualidad... o es que de alguna manera su subconsciente ha dado la orden concreta de eliminar toda la información que guarda alguna relación con los nefilim?

Nathan se detuvo.

—La pérdida de memoria puede ser transitoria —reflexionó en voz alta—. Es posible que un día vuelva a acordarse de todo.

—Pero también es posible que no —repuso Cara con gesto pensativo—. A lo mejor el fuerte golpe que sufrió le ha provocado algún... algún daño que impide su transformación en nefilim.

—¿Daño? —exclamó Nathan indignado—. En el supuesto de que Aurora siguiera siendo una niña normal y feliz sin habilidades especiales, ¿de veras considerarías eso un daño?

Cara se encogió de hombros. Yo la escudriñé con detenimiento, pero no hallé indicio alguno de todo el sufrimiento que había soportado. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y en medio una raya perfecta que marcaba más aún la forma de corazón de su rostro. Lucía una falda lisa negra y en la parte de arriba un chaleco claro que realzaba el verde de sus ojos. Su mirada traslucía el desconcierto que le producía la pérdida de memoria de Aurora, pero ningún asomo de tristeza por la muerte de Caspar. ¿Acaso le atormentaba el hecho de haber tenido que matarlo con sus propias manos? ¿O es que intentaba reprimir cualquier pensamiento que tuviera que ver con ello?

Desde el día de los sucesos en la cima de la montaña no había vuelto a hablar con Cara, y hasta ese momento me había mordido la lengua, pero ya no pude contenerme más y objeté con cautela:

—Bueno, de todas formas lo importante es que vivirá.

—Sí —murmuró Cara—, vivirá... pero ¿cómo? ¿Qué será? —Cara lanzó una mirada suplicante a Nathan y, dirigiéndose a él, dijo—: Tal vez deberíamos preguntar a los ancianos.

—¿Los ancianos? —pregunté confundida.

—Los nefilim del principio de los tiempos —aclaró Nathan—. Viven siempre escondidos, prácticamente nunca se muestran al mundo. Ellos pusieron a prueba a Cara, de lo contrario jamás hubieran consentido que cambiara de bando y luchara con los guardianes.

—Tal vez ellos sepan qué deberíamos hacer con Aurora —sugirió Cara.

Nathan negó con un gesto de cabeza enérgico.

—¡No tenemos que hacer nada! Lo que ha ocurrido no incumbe a los ancianos.

La memoria me flaqueaba, ya sólo me acordaba vagamente de las palabras que había empleado Nathan al contarme que en su día se había negado a consumar su misión para poder dedicarse al violonchelo. Eso había desencadenado la cólera de muchos guardianes, entre los cuales probablemente figuraban los ancianos.

No quiso ahondar más en el tema.

—Ya nos romperemos la cabeza más adelante con ese asunto. Ahora tenemos que preocuparnos de acordar lo que Sophie contará a la policía. No tardarán en interrogarla, y cuando lo hagan tendrá que corroborar la historia que nos hemos inventado, la historia que explica por qué murieron tantos agentes en el caserón. Y por qué Nele...

Me levanté de un salto. Era el primer movimiento brusco que realizaba en mucho tiempo.

—Dios mío, ¡Nele! —exclamé—. Le prometí que la llamaría en cuanto Aurora empezara a recuperarse.

Cara me agarró de la mano con actitud tranquilizadora.

—No te preocupes, yo he hablado por teléfono con ella.

—¡Pero si tú no la conoces!

—Bueno, después de explicarle todo lo que ocurrió...

En ese instante me vinieron a la mente las palabras que Nele pronunció junto a la cama de Aurora: «¿Cómo has podido meterte en algo así?»

En aquel momento me faltaban las fuerzas para preguntar, pero ahora quería saber:

—¿Qué es lo que le habéis contado?

—Lo mismo que tendrás que contarle tú a la policía.

—¿Sabe lo de... lo de los nefilim?

—No —se apresuró a contestar Nathan, al tiempo que Cara negaba con la cabeza—. Unos hombres con una fuerza extraordinaria la arrastraron hasta una montaña, donde ella fue testigo de una extraña lucha con espadas. Eso es todo.

—Escucha con atención lo que Nathan y yo hemos pensado —dijo Cara—. Debes corroborarlo todo, palabra por palabra, delante de la policía, ¿me oyes, Sophie?

Asentí e intenté concentrarme.

—Pues verás: Caspar era el jefe de una secta —continuó Cara—, de una comunidad bastante oscura y peligrosa que seguía una vieja tradición, que aquí, en los alrededores del lago de Hallstatt, donde el pasado permanece tan vivo, parece resultar especialmente atractiva. Los miembros utilizan armas medievales, y entre ellas espadas...

—¿Y por qué iban a matar a tanta gente con ellas? —la interrumpí.

—Respecto a eso, puedes en cierto modo ceñirte a la verdad. Todas las víctimas, incluidos los agentes de policía que murieron en tu casa, fueron asesinadas porque los miembros de la secta se dejaron contagiar por el desvarío de que matándolos conseguirían apoderarse de sus capacidades. Tú, Sophie, estuviste durante un tiempo fascinada por ese culto, aunque en cuanto descubriste por dónde iba el asunto, te distanciaste inmediatamente de ellos. Lo que pasa es que las sectas no dejan marchar a la gente así como así y, cuando quisiste irte, empezaron a presionarte, secuestraron a tu hija y destrozaron tu casa. Por temor a que le hicieran daño a Aurora, no podías contarle la verdad a la policía. Por el contrario, decidiste recurrir a Nathan y a mí, que somos viejos amigos tuyos, para que ayudásemos a liberar a Aurora. El jefe de la secta, Caspar von Kranichstein, perdió completamente la cabeza y, probablemente bajo los efectos de alguna droga, mató primero a todos los demás miembros de la secta y después se suicidó.

—¡Todo eso es un auténtico disparate!

—Pero algunos de los detalles se corresponden completamente con la verdad. Todas las víctimas murieron por heridas infligidas con espada, yo incluso he entregado la mía a la policía como prueba. Pesa tanto que a nadie se le ocurriría pensar que tú o yo podemos levantarla y mucho menos matar a alguien con ella. Nadie nos relacionará con los asesinatos, ¡al contrario! Y tampoco sospecharán de Nathan. Según nuestra versión, él llegó a Hallstatt después de que secuestraran a Aurora, y nadie puede dar fe de que hubiera estado en tu casa antes...

—Pero cuando encuentren el cadáver de Caspar, verán que no se suicidó, sino que...

Me interrumpí, no quería acabar la frase.

Cara bajó la mirada.

—No encontrarán el cadáver —se limitó a aclarar.

Nathan se volvió hacia ella sorprendido; al parecer él tampoco sabía nada del tema.

Sin levantar la cabeza, Cara aclaró con contundencia:

—Hice lo que tenía que hacer, y no me arrepiento. Yo soy la única responsable de que mi... hermano nunca se pusiera en manos de un patólogo.

—¿Qué has hecho con el cadáver? —preguntó Nathan.

—Ése es un secreto que me guardaré para mí —murmuró Cara.

Al fin levantó la vista de nuevo, aguantó la mirada escrutadora de Nathan con un gesto inexpresivo y finalmente se levantó. Nathan no hizo más preguntas, y yo tampoco quise remover lo que se ocultaba tras la frente amplia y tersa de Cara.

—Me quedaré aquí hasta que den por cerrada la investigación —anunció Cara con aparente indiferencia—. Corroboraré mi declaración tantas veces como sea necesario. Pero cuando acabe, ya no habrá nada que me retenga en Hallstatt. Mi misión aquí habrá concluido. La decisión de qué hacer con Aurora os corresponde a vosotros.

—Pero ¿adónde vas a ir? —exclamé yo, consternada—. Aurora está tan a gusto contigo, y aunque ahora no te reconozca, yo creo que le encantaría...

Cara realizó un gesto negativo con la mano.

—Necesito urgentemente un cambio. Y un poco de distancia. Todo esto ha sido... ha sido demasiado.

Por primera vez un gesto de tristeza le ensombreció el rostro y se le quebró la voz. Tal vez se trataba de Caspar, de la carga con la que tenía que vivir a partir de ahora. Pero en lugar de rendirse, tragó saliva y se dirigió hacia la puerta.

Antes de abandonar la cafetería, se volvió por última vez hacia mí.

—Sophie, antes de que sucediera todo esto, mi visión sobre lo que el futuro le deparará a Aurora discrepaba de la de Nathan. Él deseaba que Aurora pudiese llevar una vida normal, mientras que a mí me parecía que la transformación era inevitable. Ahora ya no estoy tan segura. Tal vez este accidente la ha convertido en una persona normal. Puede que la simiente habite en su interior y que en algún momento despierte, o puede que no. No sé qué sucederá. Y tampoco sé qué significa para... vosotros.

No añadió nada más, pero comprendí lo que quería decirme. Por el momento, la transformación de Aurora se había visto interrumpida, pero no sabíamos si para siempre o sólo de manera transitoria. De una manera o de otra, las probabilidades de que llevara una vida normal eran mayores si no vivía cerca de ningún nefilim.

Yo me dirigí hacia Cara y la abracé en silencio, y al verla alejarse me invadió un tremendo desaliento. Hasta ese momento me había sentido muy feliz porque todo había salido bien y mis seres más queridos estaban sanos y salvos, pero en ese instante

me di cuenta de que lo más difícil estaba por venir: decidir si Nathan y yo podíamos construir una vida en común.

Durante los días siguientes, Nathan propuso varias veces que nos fuéramos a casa unas horas, pero yo me negaba a dejar sola a Aurora aunque sólo fuera un tiempo. No quería apartarme de los pies de su cama ni un instante, quería cerciorarme minuto a minuto de que cada día se encontraba mejor. Cada pequeño avance se convertía en un auténtico triunfo: el primer día que pudo incorporarse y, más adelante, levantarse, el primer día que comió sola y con apetito, el primer día que aguantó despierta un buen rato sin cansarse. Sólo cuando el médico que la trataba anunció que no tardarían en darle el alta, accedí a la petición de Nathan. Había llegado el momento de poner la casa a punto para el regreso de Aurora.

Hasta entonces no había dedicado ni un solo instante a pensar en el estado de destrucción en que se encontraba nuestra casa, los innumerables fragmentos de cristal, el tronco en medio del salón, la sangre de los muertos. Pero al llegar ese momento comencé a plantearme cuánto tiempo y dinero iba a costamos poner orden en medio de tanto caos. Sin embargo, cuando Nathan me llevó a casa, ya no quedaba ni rastro de los destrozos. Las ventanas rotas no estaban arregladas, sino tapadas de forma provisional con listones de madera, pero, por lo demás, alguien se había encargado de ordenar la casa a fondo y hacer desaparecer todos los restos de la batalla.

Yo miré asombrada a mi alrededor, en cambio Nathan no parecía especialmente sorprendido.

—Es probable que Cara se haya ocupado de todo...

Cara, el espíritu del bien de las últimas semanas al que nunca yo podría agradecerle lo suficiente todo lo que había hecho.

Entretanto, ella —tal como anunció— se había marchado de Hallstatt. En el momento de despedirnos me invadió una melancolía que jamás antes había sentido, melancolía y también cierto desánimo. ¿Cómo iba a arreglármelas sin ella? ¿Cómo iba a conseguir volver a la normalidad? ¿A soportar los interrogatorios de la policía, que incluso tras mi detallada declaración volvía una y otra vez? ¿A recuperar el contacto con Nele y luchar por nuestra amistad? Hasta ese momento había apartado todo eso de mi mente.

Exhalé un suspiro y acto seguido me forcé a entrar en todas las habitaciones procurando, en la medida de lo posible, no pensar en los momentos de pánico que

había vivido allí ni en todas las criaturas que habían muerto entre aquellas cuatro paredes. No sabía si soportaría quedarme a vivir en esa casa mucho tiempo más, pero durante la convalecencia a Aurora le sentaría mejor estar en el campo que en el piso de Salzburgo, y yo estaba decidida a sacarle todo el partido posible.

Tras recorrer la casa de punta a punta, salí al jardín. La tierra del suelo estaba levantada, el césped cubierto de piedras y ramas, y la valla arrancada en algunos tramos. Sin prestar atención al caos, me senté suspirando en el banco —que había sobrevivido— y al cabo de un instante Nathan tomó asiento a mi lado. Permanecimos en silencio un rato. Había atardecido, el cielo ya no era azul intenso, sino de un violeta pálido, y aparecía cubierto por algunas nubes que, más que montañas nevadas, parecían hebras vaporosas. A través de los árboles todavía se vislumbraba el azul verdoso del lago, pero al extinguirse la luz apagó también el último destello del agua, tornándola tan negra como el bosque. Contemplé la espesura de los árboles, que como siempre a esa hora del día parecía un laberinto impenetrable. Pero ahora ya no había nadie que pudiera asomarse y acecharnos a Aurora y a mí desde allí, nadie que albergase el deseo de convertirme a mí en su esposa y a Aurora en su pequeña.

Tomé aire fresco y respiré hondo, me sentí relajada y al mismo tiempo se agolparon en mi cabeza todas las preguntas que en los últimos días había querido aparcar.

—¿Y ahora? —le dije a Nathan.

No respondió. Sus ojos azules parecían apagados. Yo instintivamente me arrimé a él para sentir su cuerpo fuerte y nervudo.

—¿Y ahora? —volví a preguntar.

—Yo soy quien soy —murmuró—. No vale la pena que me engañe, y a ti tampoco. No soy chelista, soy un nefilim. ¡Ojalá lo hubiese aceptado mucho antes! Quizás así las cosas habrían ido de otra manera, y no habrían perdido la vida tantas personas.

—¡Ni se te ocurra echarte la culpa de lo que ha ocurrido! —exclamé con ímpetu—. Todo ha sido obra de Caspar, no tuya. Y ahora él está muerto y ya no podrá volver a hacerle daño a nadie. En eso es en lo que tienes que pensar, y en que eso tenemos que agradecértelo a ti. ¡Y en que estás vivo! Igual que Aurora.

Me cogió la mano sin decir nada y la estrechó.

—Sí, Aurora está viva, pero ¿qué va a pasar con ella... qué va a pasar con nosotros?



Miré al infinito que se abría a espaldas de Nathan, mientras repasaba las distintas opciones que teníamos. Yo ya llevaba mucho tiempo dándole vueltas, pero nunca me había atrevido a ponerlas sobre la mesa.

—Existen cuatro posibilidades. Que te quedes con nosotras, a Aurora no le influya y se convierta en una persona normal. Que te quedes con nosotras, y ella empiece a transformarse otra vez. Que nos dejes y ella siga siendo una niña normal. Y que nos dejes y, aun así, se produzca la transformación. Tal vez sería una transformación débil y ella sólo notaría de manera muy sutil que en su interior habita algo que nunca alcanzará a comprender ni a controlar del todo.

Nathan exhaló un suspiro.

—Me gustaría tanto que fuera feliz.

—Sí, ojalá supiéramos cómo —repliqué sin poder disimular mi desesperación en la voz—. ¿Cómo llegará a ser feliz? ¿Como humana? ¿Como nefilim?

—Me gustaría tanto poder ahorrarle los conflictos.

—Pero ¿acaso crees que puedes? ¿No me has dicho tú mismo que aquellos cuya naturaleza nefilim no llega a aflorar nunca son personas con extraordinarias facultades y, sin embargo, muchas veces fracasan en la vida, su naturaleza latente les arruina la vida o son psíquicamente inestables?

Me estrechó la mano con más fuerza.

—Yo te quiero, Sophie —murmuró—, los años que me mantuve alejado de ti fueron insoportables. En su momento me convencí de que tenía que realizar ese sacrificio, pero ahora me pregunto si tuvo sentido, si no fue una tremenda equivocación. Por un lado, me prometí a mí mismo que jamás volvería a tomarme la libertad de tomar por mi cuenta y riesgo decisiones que afectasen a otros. En ese momento me marché porque creí que era lo correcto, pero jamás debí obligarte a afrontar unos hechos ya consumados ni debí ocultarte quién era. Pensé que de esa manera te protegía, y sucedió lo contrario. Tal vez en ese momento no habrías podido digerir toda la verdad, pero yo debería haber confiado en que eras capaz de decidir por ti misma, y ahora confío plenamente en que es así. Aceptaré de buen grado la decisión que tomes. Sea cual sea tu decisión, haré todo cuanto pueda para apoyarte.

Me tomó la otra mano, la estrechó y me arrastró hacia sí. Nos miramos. Hasta ese momento lo único que había ocupado mi mente era el bienestar de Aurora, pero al sumirme en el azul de sus ojos, pensé también en el futuro de mi propia vida. ¿Cómo transcurrirían las cosas sin él? ¿Podía soportar no estar con el hombre al que amaba a pesar de lo que sabía sobre él y lo que había sucedido? Pero, por otra parte, ¿qué

significaría vivir con él? ¿Asumir que siempre habría una lucha? Y había otra cosa que me preocupaba más aún. Él pertenecía a una raza de seres inmortales y yo no. Quien nos viera en este momento, pensaría que hacíamos una magnífica pareja, pero ¿qué imagen daríamos al cabo de veinte, treinta o cuarenta años?

—Pase lo que pase con nosotros, Sophie —murmuró Nathan—, tienes que prometerme una cosa. Prométeme que volverás a tocar el piano.

Yo sacudí la cabeza con un gesto de irritación. En un momento como ése, se trataba de una petición totalmente intrascendente e incluso ridícula, diría yo. Sin embargo, a continuación lo miré a los ojos y volví a oír la música, nuestra música, nuestra interpretación de Rajmáninov. La sonata en sol menor.

Nos vi en la azotea, en una terraza de piedra, paseando por la orilla del Salzach, besándonos al amanecer, y entonces me incliné y lo besé ahora también, en el presente, y él respondió a la presión de mis labios, al contacto de mi lengua.

La luz del alba se extinguió, el aire era fresco, y nosotros seguíamos besándonos. Cuando el cielo se tiñó definitivamente de negro y los mosquitos en busca de luz y calor comenzaron a acribillarnos, yo me levanté sin soltarle las manos.

—Ven —le susurré con la voz algo ronca mientras lo arrastraba conmigo—, vamos dentro.

Cuando nos tumbamos en el sofá del salón, me pareció percibir en el aire unas vibraciones ya conocidas, la misma tensión que noté en su apartamento cuando tuve la sensación de que nos atraíamos y nos repelíamos al mismo tiempo.

Nathan apartó sus labios de los míos, me estrechó la cabeza con las manos y me miró fijamente.

—¿Estás segura? —me preguntó.

—¿De qué tenemos que hacer de ahora en adelante y cómo tenemos que vivir? —contesté—. No, claro que no. Sin embargo, hay una cosa de la que sí estoy segura: ahora mismo no soportaría que te marcharas.

Él esbozó una sonrisa.

—No pienso marcharme. No pienso dejarte sola. Esta noche, no.

Se inclinó hacia delante y me besó la frente, la punta de la nariz y los lóbulos de las orejas. Los puntos donde nuestros labios se encontraban ardían; se me ponían los pelos de punta. Cerré los ojos y entonces empecé a sentirlo todo con mayor intensidad: no sólo sus caricias, sino también la reacción que provocaban en mí. El palpitar de mi corazón no eran simples latidos en el pecho, sino tañidos por todo mi cuerpo que, lejos

de ser desagradables, resultaban como olas de un agua suave y tibia donde yo podía sumergirme, dejarme llevar, lavarme de todos los miedos, las angustias y las preocupaciones. Sólo contaba el ahora, y el recuerdo de la primera noche que pasé con Nathan. Esa noche cobró vida de nuevo permitiendo que el entonces se fundiera con el ahora. La chica tímida de diecinueve años a la que Nathan, sin vacilaciones, tocó y acarició ese día, tal vez ya llevaba dentro de sí a la mujer madura a la que él abrazó: una más fuerte, más decidida y más experimentada en afrontar los temporales de la vida. Y, viceversa: en ese instante se despertó en mí la chica de entonces, la chica a la que le impresionaba todo lo que le ocurría, la que se entregaba sin pensar a toda suerte de sentimientos y sensaciones fuertes, la que no conocía límites a la hora de amar.

Existía una diferencia: en el pasado hubo en nuestros movimientos mucha precipitación al despojarnos de la ropa. Ese día, sin embargo, nos desvestimos muy despacio, casi con temor. Cuando estuvimos desnudos, nos detuvimos un instante en lugar de entrelazarnos y perdernos en el otro sin pensar. Era un momento demasiado hermoso como para abandonarse al embeleso y la avidez sin antes apreciarlo y celebrarlo.

Con un gesto titubeante me decidí al fin a acariciarle el cuerpo, exploré cada centímetro, y entregué entonces el mío a sus manos, sus labios y su lengua. La lentitud despertaba una pasión mayor que la precipitación ciega por la que nos dejamos arrastrar en su día. Los pensamientos se acallaron, los recuerdos se desvanecieron. Y tras ellos sólo quedaron las ganas de amarnos y tenernos, de besarnos y acariciarnos, las ganas de quemarnos, retorcernos y estremecernos, de helarnos y abrasarnos, de soltarnos y volver a fundirnos, de aferramos el uno al otro en las sacudidas temblorosas y recrearnos después en el descanso. No había reglas, ni fronteras, sólo el deseo de seguir allí, de que durase más, de que nunca acabara.

Cuando por agotamiento nos quedamos entrelazados en la cama, él fue el primero en hablar.

—Te amo, Sophie.

Quise sonreír, y lo logré, pero no pude contener la emoción y las lágrimas me empañaron los ojos.

Esa noche apenas dormí, y sin embargo a la mañana siguiente me sentía fresca y descansada. No hablamos —ya nos lo habíamos dicho todo—, nos limitamos a disfrutar, al menos por un fugaz instante, de esa felicidad sosegada y sin agitaciones. Cuando salí de la ducha, Nathan había preparado café —sólo para mí, pues él se contentaba con agua—, y así nos sentamos en la cocina, yo con mi taza y él con su vaso, y nos dedicamos a contemplarnos el uno al otro con amor.

Eso duró un rato, hasta que comenzó a inquietarse, se levantó y me dijo:

—Venga, ¡vámonos al hospital!

El médico nos había dicho el día anterior que Aurora debía empezar a pasar tiempo levantada y que le convenía tomar el aire, así que podíamos salir a dar un paseo a los jardines del hospital. Al pensar en ello, vi la imagen clara de nosotros tres. Aurora todavía se sentiría débil y el vendaje blanco que llevaba en la cabeza recordaría la gravedad de la herida, pero le encantaría volver a sentir el sol en la piel. Nathan y yo caminaríamos uno a cada lado para protegerla y guiarla entre los parterres de flores. Al vernos, la gente nos tomaría por una familia, una pequeña familia feliz.

Me levanté y lo seguí hasta la calle. El aire matutino todavía era fresco y me penetró a través del pelo aún mojado.

Con un gesto cauteloso, volví la mirada hacia el terreno de Caspar. Los grandes ventanales de la casa no exhibían un aspecto acogedor y luminoso, sino que reflejaban los setos altos y oscuros. ¿De quién pasaría a ser la casa ahora?

Nathan siguió la dirección de mi mirada.

—Ya no puede hacernos nada —dijo con voz sosegada.

—Sí—murmuré, aunque pensé para mis adentros: «Pero habrá otros... seguro que hay otros que pueden hacernos daño... hijos de las serpientes que van a por ti... o que tienen interés en Aurora... suponiendo que todavía habite en ella una futura nefilim... cosa que no sabemos...»

Igual que el día anterior, las preguntas comenzaron a agolparse en mi mente y ensombrecieron mi rostro: ¿qué debíamos hacer? ¿Qué decisión debíamos tomar? ¿Qué era lo mejor para Aurora, para mí y para él?

Seguía sin saber la respuesta y sentía que la infinidad de dudas me desgarraba por dentro... hasta que volví a ver con nitidez la imagen de los tres paseando por el jardín del hospital.

Al día siguiente debíamos tomar una decisión, pero aún faltaba un día para eso.

Conduje a Nathan al coche.

Ese día era nuestro.

Lo pasaríamos con Aurora y disfrutaríamos de sus avances, por la tarde regresaríamos a casa, nos prepararíamos la cena, nos sentaríamos en el jardín a ver la puesta de sol y nos amaríamos toda la noche.



Nathan había vivido tantos años desde el siglo XVIII que para él un día y una noche no eran prácticamente nada. Pero también para un ser humano común como yo ese tiempo —esa ínfima parte de toda una vida— era de una fugacidad casi irrisoria.

«Pero para el amor —pensé—, para el amor no existe el tiempo, para el amor el ahora es la eternidad.»

Los pensamientos oscuros se desvanecieron. Le tomé la mano a Nathan y la estreché.

Ese día éramos amantes. Ese día éramos una familia.



EPÍLOGO

Abrió los ojos y el cielo que se abría sobre él se resquebrajó. Pequeños fragmentos con los cantos afilados y reflejos azulados cayeron sobre él. Volvió a cerrar los ojos, el dolor lo martirizaba.

No. Pasado un rato se dio cuenta. El cielo no se estaba despedazando, eran sus ojos los que lo descomponían. Su visión distorsionada le transmitía una imagen fragmentada del mundo que no encajaba. Su respiración sonaba ronca, sus quejidos, jadeantes. Los fragmentos de los ojos debían de haberse deslizado hasta la garganta y haberla rasguñado ligeramente primero, y desgarrado por completo después, porque la voz —igual que la vista— le fallaba. Pero el dolor, por insoportable que fuera, estaba haciéndole volver en sí, devolviéndole los recuerdos.

Había caído al abismo... al abismo insondable y oscuro... como el fondo cenagoso del lago... Allí lo esperaba la muerte... la nada...

Sin embargo, el reino silencioso y oscuro no lo había devorado, el averno más bien lo había escupido. Al palparse, se dio cuenta de que no estaba mojado ni cubierto de barro, y tampoco ensangrentado ni rígido.

No, no había muerto.

Abrió los ojos de nuevo y tuvo la impresión de que miraba el mundo a través de una telaraña. ¿Recuperaría algún día la visión? ¿Conseguiría emitir con la garganta algún sonido que no fuese como el lamento de un animal herido? ¿Reuniría algún día fuerzas suficientes para levantarse?

Cara no se había atrevido a matarlo.



No sabía si debía interpretarlo como una prueba de su amor o como un fallo, si eso la convertía en una estúpida cobarde, en una hermana benévola o en una sádica cruel. Eran muchas las cosas que no sabía.

Sentía los miembros de su cuerpo, pero apenas podía moverlos.

Lo habían perdonado, pero se sentía condenado.

Seguía con vida, pero no tenía ni idea de qué hacer con ella.